MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Vol. 8

OBRAS COMPLETAS

IDEARIO POLITICO SOCIAL II

(Pensamiento nacionalista y americanista)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1990
ISBN 980-231-100-6

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Vol. 8

OBRAS COMPLETAS

IDEARIO POLITICO SOCIAL II

(Pensamiento nacionalista y americanista)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

COMISION EDITORA

David Morales Bello
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Director General

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Anabel López de Del Pozo

SUMARIO

Pág.

Criterios de Selección y ordenamiento del volumen 8 XI

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 8
IDEARIO POLITICO SOCIAL II
(Pensamiento nacionalista y americanista)

ALEGRIA DE LA TIERRA (Pequeña apología de nuestra agricultura antigua) 3

PROLOGO GALEATO 7
Café 17
Una taza de café 21
Cacao 29
Cambure 33
Papas 39
Maíz 47
Ganado 53
Algodón 59
Trigo 65
El pavo 69
La huerta 75
Neveras 81
La muerte de los Kateyes 85
Celuloide y "5 y 6" 91
Añil 95
Responso a la vieja pulpería nacional 99
Guaicaipuro 107

Pág.

Caña de azúcar 111
Arroz y tordos 119
Tabaco 125
Yuca 135
Tierra ocupada 141

AVISO A LOS NAVEGANTES (Tradición, nacionalidad y americanidad) 147

AL LECTOR 149
Aviso a los navegantes 151
La tierra de los padres 155
El caballo blanco y la mula negra 159
La muerte de los muertos 165
El magisterio perenne de Martí 169
Venezolanidad y tradición 173
Tradición y nacionalidad 177
La unidad de lo diverso 181
Léxico para antinacionalistas 185
Andresote 189
La guía para el injerto 193
Variaciones sobre el tema de la nacionalidad 197
La unidad de nuestra Historia 203
La crisis de nuestra lectura 209
La defensa de nuestro pensamiento 213
Veneno a lo cómico 217
Hilo de contrabando 223
Conciencia y fronteras de la Patria 227
Nacionalismo vergonzante 233
La nueva Erin 237
Los ríos regresan a su cauce 243
El arraigo de la bauxista 247
El drama del petróleo 251
El cartel petrolero 255
Espartaco 261
Los caminos de la paz 265
Moteles y metromolis 269
Control de la vida y de la muerte 273

Pág.

El nacionalismo latinoamericano 277
En torno al nacionalismo latinoamericano 281
Brasil 287
Bandoleros 293
La batalla por el buen cine 297
Balance 301

PATRIA ARRIBA (Nuevo ensayo sobre los valores de la hispanoamericanidad) 303
EXERGO 307
POST- SCRIPTUM 359

Historial bibliográfico del volumen 8 365
Indices del volumen 8
Indice onomástico y toponímico 371
Indice de materias 391

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 8

Con los tres títulos agrupados en este volumen 8 culmina el pensamiento nacionalista de Mario Briceño Iragorry. Lo inicia **Alegría de la tierra,** libro de singular fortuna. Por varias razones se complementa con **Mensaje sin destino,** incluido en el volumen 7. Primeramente, ambos fueron divulgados en la prensa periódica dentro de la columna "Bitácora", que don Mario publicaba los miércoles en el diario **El Nacional.** Lo mismo que **Mensaje sin destino, Alegría de la tierra** circuló gratuitamente en libro auspiciado por Industrias Pampero, gracias a las probadas convicciones nacionalistas de Alejandro Hernández. Llegó así a manos de la juventud que resistía la dictadura perezjimenista, cada vez más represiva. Uno y otro libro ganaron liderazgo a don Mario entre las mayorías nacionales, cuando se agudizaba la crisis de autoridad moral en el país. El escritor pudo no haber producido más obra. Esos dos títulos habrían sido suficientes para grabarlo en la memoria colectiva de su pueblo como el gran profeta de nuestras crisis, más provocadas que fortuitas. No era un oráculo. Era una conciencia crítica con profundas raíces ancladas en la historia. Por eso vio claro. Por eso quema a veces la pupila y las manos culpables.

La pasión nacionalista de Briceño Iragorry se galvaniza en **Alegría de la tierra** desde el *Prólogo galeato* que abre el volumen. Allí, con orgullo indisimulado el autor valora sus textos en estos términos: "Estos artículos, así estén desprovistos de la gravedad con que los economistas y los políticos suelen tratar tales temas, conquistaron entusiastas lectores, que ya desearan para sus sesudos estudios muchos agrónomos y muchos doctores en Economía. La razón resulta asaz sencilla cuando se piensa que he tratado de manera frívola un grave problema nacional. I la frivolidad resulta muchas veces más grave que un tratado de

geometría euclidiana, cuado con ella se aborda un tema solemne. Sobre todo, en un país donde se ha dado en la flor de mirar todas las cosas a través del prisma multicolor de la burla y de la fiesta. Toda la suerte de mis escritos periodísticos deriva de haber presentado la antigua abundancia agrícola como telón de fondo para el drama de nuestra culpable escasez presente. Lo demás queda a la sensibilidad del buen lector".

Nadie mejor que el propio Briceño Iragorry pudo juzgar la vigencia que **Alegría de la tierra** hubo de mantener en sus contenidos. Parece libro escrito hoy, para alertar ante esa desnacionalización progresiva de nuestras riquezas que estamos presenciando. Si el éxito del libro fue rotundo en su momento, el autor terminó convirtiéndose en voz colectiva de protesta contra la dictadura que, bajo ropaje nacionalista, destruía las posibilidades productivas de la agricultura y vendía a trozos y a plazos la riqueza mineral del subsuelo, a manos extranjeras, lo cual significó un poco vender nuestro futuro "a futuro" y arrastrar las consecuencias que hoy nos agobian. El exilio y la agresión física no tardaron en golpear al pensador. Queda el testimonio, la voz admonitoria para los lectores de estas **Obras Completas,** cuarenta años más tarde.

Con **Aviso a los navegantes,** la conciencia nacionalista del autor se americaniza. Escrito en el exilio de Madrid, la perspectiva de los problemas se ensancha a todo el Continente, bajo la evocación de Manuel Ugarte, un escritor socialista y nacionalista argentino, quien influyera con su pensamiento anti–imperialista desde los años de juventud de Briceño Iragorry, en las circunstancias que narra el primer ensayo donde nace el título del libro. Otros pensadores, Martí en primer término, y también Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Sanín Cano, etc., son traídos al coloquio entablado con los lectores para despertar una conciencia defensiva de los valores americanistas, un llamado a la unidad latinoamericana en defensa material y moral de nuestra integridad.

El volumen se entorna con un tercer ensayo, **Patria arriba,** escrito en Madrid, con el dolor del exilado, recrudecido por las analogías que el pueblecito de Arévalo, "cuna de sus mayores" acentúa. Torna los ojos,

como en el *Poema del Cid,* al solar nativo tan remoto y despierta en el ensayista una nostalgia profunda, animada por su enorme erudición histórica. El conjunto forma, pues, una tríada de planteamientos que van ampliando la perspectiva, desde el terruño al país, de éste al Continente y de allí a la visión universal de un mundo sacudido por conflictos y luchas liberadoras como el que correspondió presenciar a Briceño Iragorry.

En este volumen, como en casi todos, se han reproducido las primeras ediciones de las obras, por suponerlas revisadas de mano y ojos de su autor.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 8

ALEGRIA DE LA TIERRA
(Pequeña apología de nuestra agricultura antigua) (1952)*

(*) Tomado de la 1ª ed, Caracas: Edic. de Industrias Pampero (Biblioteca Venezolanista, 1), 1952. 177 p.

A LA GRATA MEMORIA DE JUAN FRANCISCO DE LEON, PRIMERA VICTIMA EN LA DEFENSA DE LA TIERRA CONTRA LA EXPLOTACION DE INTERESES FORASTEROS.

PROLOGO GALEATO

Algunos amigos me han pedido la reproducción en cuerpo de libro de los diversos artículos que he dedicado en la prensa diaria a comentar, desde un punto de vista histórico, la crisis de nuestra producción agrícola. Estos artículos, así estén desprovistos de la gravedad con que los economistas y los políticos suelen tratar tales temas, conquistaron entusiastas lectores, que ya desearan para sus sesudos estudios muchos agrónomos y muchos doctores en Economía. La razón resulta asaz sencilla cuando se piensa que he tratado de manera frívola un grave problema nacional. I la frivolidad resulta muchas veces más grave que un tratado de geometría euclidiana, cuando con ella se aborda un tema solemne. Sobre todo, en un país donde se ha dado en la flor de mirar todas las cosas a través del prisma multicolor de la burla y de la fiesta. Toda la suerte de mis escritos periodísticos deriva de haber presentado la antigua abundancia agrícola como telón de fondo para el drama de nuestra culpable escasez presente. Lo demás queda a la sensibilidad del buen lector.

No había razón para olvidar la tierra, como aconteció al hombre venezolano, cuando vio sus arcas hinchadas de la moneda petrolera. Entonces debió afirmarse más en sí mismo, en su suelo, en su realidad nacional. Pero perdimos la cabeza y olvidamos que el pan nuestro de cada día sólo está asegurado cuando lo recogemos de la tierra, con nuestras propias manos colectivas.

Cada economía marca un carácter a la sociedad. Nosotros pasamos de la agrícola a la minera con tanta violencia, que se resintieron las propias fibras morales de la nacionalidad. Desde la Colonia veníamos sufriendo mudanzas en las fuentes de enriquecimiento, pero siempre en

el orden de los frutos de la tierra. A la economía del cacao, del tabaco, de los cueros y del sebo antiguos, se sumaron progresivamente el añil, el café, el algodón, la caña, la madera etc., sin que hubiese crisis como la producida desde 1922, al aparecer el generoso petróleo.

Fue mucho el dinero que vino de fuera, pero inmediatamente ocurrió el proceso del retorno. De ésto no se hizo a tiempo cata y cala. Apenas en años recientes hemos advertido cómo hacemos el juego del presunto rico que endosa al mismo librador el jugoso cheque con que paga deudas de nueva urgencia. Nosotros no hemos hecho sino devolver a los países del capitalismo industrial el dinero que nos pagan por nuestro aceite. I ello en razón de que no aprovechamos oportunamente la marejada de los millones para buscar de hacer con ellos más fecundas las fuentes de nuestra producción doméstica.

Olvidamos lo pequeño, lo urgente, lo ordinario de cada día. Olvidamos la tierra. Estas notas mías no constituyen sino una débil campanada entre las tantas como suenan en las torres prevenidas del patriotismo. Son apenas recados, memorias, recuerdos de la alegría que mana de nuestra dulce tierra patria. Son como notas recogidas del cuaderno de viaje donde el hombre viejo de Venezuela dejó el aviso de su experiencia agradecida. Como el cuaderno de bitácora marca al navegante de hoy el rumbo que siguió ayer el timonel, he querido recoger en esta terrestre bitácora las notas del viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional.

Hombre de la ciudad, preferentemente dedicado a oficios de escritorio y biblioteca, por desgracia no he cultivado otra tierra que la de mi corazón y de mi espíritu. Ello no empece para que sienta el imperativo indeclinable de la conciencia agrícola que define e ilumina nuestra historia. En el orden de los valores nacionales, podemos repetir con orgullo la misma frase que Cristo aplicó a su Padre: Pater meus agricola est. *También nosotros podemos decir:* Nuestro Padre Bolívar fue agricultor. *I lo fueron los valientes capitanes españoles que echaron las bases de las nuevas nacionalidades hispánicas del Nuevo Mundo. I lo fueron la mayoría de los constructores civiles de la República y la mayoría de los viejos caudillos que, a las leyes, prefirieron su recia*

voluntad como método de gobierno. I lo son los hombres sencillos, sufridos y alegres que aún luchan, bravía y tesoneramente, por ganar la independencia económica del país.

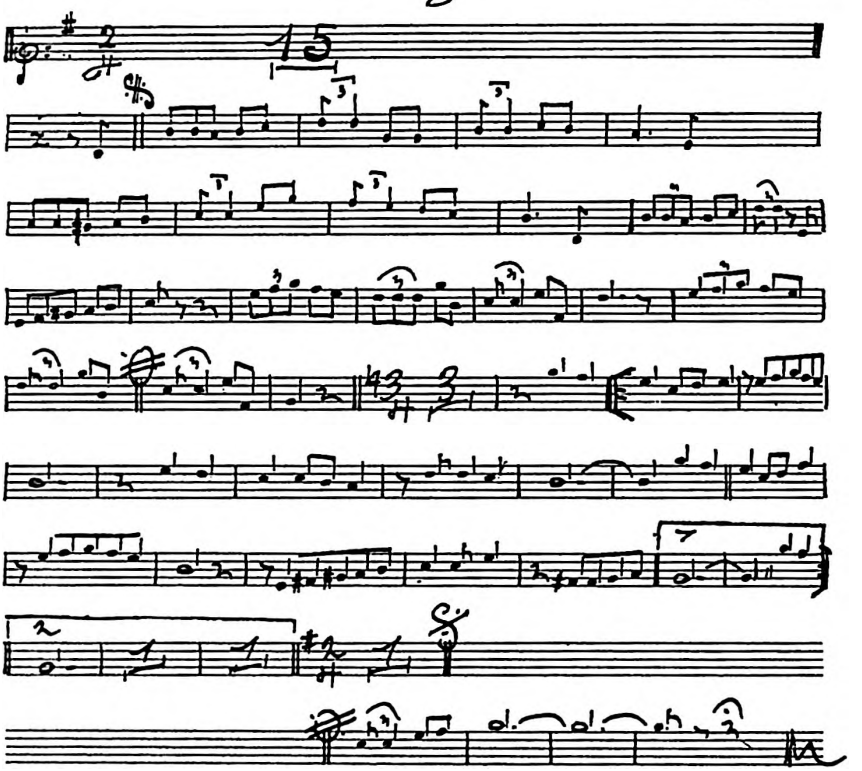
Cuando arreglaba estas páginas, para de nuevo meterlas en la imprenta, tuve oportunidad de escuchar a Conny Méndez en su magnífico merengue "Transformación". Se ha distinguido esta fina y admirable artista por su nobilísima pasión de venezolanidad. Las canciones de Conny Méndez son verdaderos mensajes de amor a Venezuela. Generosamente la artista ha accedido a que formen parte de este libro la letra y la pauta de la pieza musical que resume el vuelco de una economía que olvidó la tierra nutricia. Supla, pues, la expresiva música el espíritu de fiesta que falta a mis palabras, y tenga así verdadera alegría el ánima alerta que realice idealmente, con la ayuda de estas notas, el viaje antiguo del hombre que trabajó con fruto el suelo patrio.

Caracas, 19 de abril de 1952.

"La Transformación"

Voz — de: Conny Méndez

- Merengue -



LA TRANSFORMACION

(Conny Méndez)

Compadre ¿qué está pasando en la tierrita en que nací?
que ya nadie chupa caña ni se oye vender maní,...
I si es hasta el cigarrillo hay que fumárselo en inglés...
I no sabemos si andamos al derecho o al revés,
Pues las calles se han vuelto un tablero de ajedrez.

¿Qué pasó con las arepas, las *carâutas* y el café?
¿Qué pasa con la *comía,* que *tou* la tienen que *traê?*
se fueron los conuqueros *pa* los campos petroleros,
Los peones son albañiles, los gañanes carpinteros.
Podríamos *comé* petróleo, pero va *pa 'l* extranjero.

El merengue y el valse murieron por el són,
I ahora se toma *güisqui* en vez de ron.
Hoy hablamos inglés, italiano y portugués,
I hasta la pulpería es hoy *Delicatés.*

Compadre ¿qué está pasando en la tierra del papelón,
que en cada cañaveral hay una urbanización?
En cada siembra *e* café ahora hay un *cabaré,*
Los chivos se murieron, las totumas se pudrieron,
Pero lo que sí es de ley, en jugar al *cincuiséi.*

De lo poco que resiste a la actual transformación
Son los postes de teléfono, en su misma posición,
Los cables son pura tiña, en rica vegetación,
Por eso es que rara vez se logra una conexión.
Ahorita van a *servi* para escapar un chaparrón.

¿Te acuerdas de aquellos "truenos" en lechuza al botiquín?
Las niñas en la ventana esperando al patiquín.
Ahora es la *fuentesoda,* con merengadas de leche Klim.
El *cañón* se volvió *picó,* el *cuatrico* se perdió,
Y cuando el tráfico lo permita, ya la fiesta se acabó.

ALEGRIA DE LA TIERRA

Mía es la voz antigua de la tierra

León Felipe

CAFE

a Pedro Pineda León,

Un amigo, conocedor de mi afición al buen café, me ha obsequiado un frasco de "Coffee and Chicory Essence", frabricada por Paterson and Sons, en Glasgow, Escocia. "Con una cucharada dulcera en una taza de agua caliente, me dijo, puedes preparar rápidamente un excelente café". Hice la prueba, y me resultó aquello un brebaje con el mismo sabor brómico del desagradable Sedobrol. Sin embargo, parece que está a la moda en algunas mesas elegantes este infame bebedizo, que si en verdad no es café ni cosa que se le parezca, tiene al menos para los tontos el mérito preclaro de proceder de una ilustre ciudad británica.

Pero si no pude darme el gusto de saborear la deleitosa esencia

que en los festines
la fiebre insana templará de Lieo,

para evocar la *Silva* en que el Maestro inmortal exaltó las excelencias de nuestra ubérrima Zona, tuve, en cambio, un magnífico centro de interés para componer lugar que diese buena área a una meditación sobre nuestra insana vida económica.

Este café de Escocia, a la par de otros tipos de café elaborado que nos traen de los Estados Unidos, pone de resalto nuestra falta de sentido patriótico y nuestra notoria carencia de interés por defender la economía vernácula. En Venezuela, dicen, no hay suficiente café, o, por mirarse el

fruto más como agricultura exportable que como producto para el consumo doméstico, se le envía al Exterior para trocarlo con bagatelas. (Cuando ejercía la Embajada de la República en Colombia, recibí carta de un amigo caraqueño interesado en torrefacción de café, a quien le ocurrió la idea de importar grano colombiano). Lo cierto es que nuestro café, o el café tostado que se nos vende en Caracas, es actualmente caro y malo, y hay quienes digan que su producción, a los actuales salarios rurales, es antieconómica. No lo dudo, si se toman en cuenta los rudimentarios sistemas empleados en la siembra, poda y beneficio del cafeto.

Cuando fui Ministro en Costa Rica, clásico país de la convivencia y de la caficultura, propuse al Gobierno un plan de cooperativas para el beneficio húmedo del grano, elaborado por mí bajo el consejo de un experto cafetalero *tico*. El Gobierno no lo tomó en cuenta, y se limitó a "regalar" no sé cuántas trilladoras de mano a los agricultores, con lo que nada mejoró la industria. El subsidio del café, tan necesario para compensar los efectos del cambio internacional, ha servido muchas veces para beneficio de los intermediarios más que de protección al dueño de las matas, y salvo un intento de José Rafael Berti, no sé que se hayan buscado arbitrios para compensar la carencia de braceros por medio de una producción intensiva en áreas más reducidas y, consiguientemente, más fáciles de ser trabajadas. Las cooperativas de beneficio, bajo la intervención de organismos donde estén representados los terratenientes, pueden conducir a la obtención de tipos uniformes en calidad, a menores costos de trabajo. Porque ésto es lo que falta a nuestro café: tipos de deshidratación uniforme, que lo hagan apreciado de los tostadores extranjeros.

Si nos diéramos cuenta de la bondad de nuestro café, llegaríamos a producir un grano capaz de competir con los tipos de la "Torre de Pisa", que es la marca del mejor café de Tres Ríos, en Costa Rica. Porque nuestro café, con un aroma que lo iguala a los mejores cafés de Guatemala y El Salvador, tiene cuerpo y acidez que superan el de Costa Rica y Manizales de Colombia. El café costarricense, si en verdad recibe un óptimo tratamiento, tiene sobre el nuestro, además, el favor de una leyenda que lo hace ser considerado en la propia City londinense como

de mayor categoría sobre los demás de América. Es decir, supo hacerse a tiempo sus ejecutorias de hidalguía. Pero el nuestro es, o era, mejor. Pude comprobarlo en cierta oportunidad que el Presidente de Costa Rica, don León Cortés, comía a la mesa de mi Legación en San José. A la hora del café, se lo hizo repetir hasta por segunda vez, y dirigiéndose muy complacido a su Ministro de Salubridad, mi excelente amigo Toño Peña Chavarría, le dijo: "Con razón todos reconocen que no hay café como el nuestro. Este está admirable!". Entonces yo, muy orgulloso, me atreví a decirle: "Presidente, me apena decir a su Excelencia que el café que tomó es de Venezuela, y para más señas, de la hacienda de mi mujer".

Pude haber faltado a la etiqueta diplomática cuando corté al Presidente el regusto de sus alabanzas para el café *tico,* pero para un diplomático preocupado por las cosas de su país, no hay mayor satisfacción que poner de resalto las riquezas y recursos de la Patria.

El orgullo y la satisfacción que experimenté hace trece años, se me han convertido hoy en frío de vergüenza al tener en mis manos la "coffee and chicory essence" destilada en Glasgow, Escocia. La he visto no sólo como expresión de un ridículo *snobismo* que está destruyendo nuestras más profundas fibras nacionales, sino como el epílogo sombrío de una cultura. Para mí el alargado frasco contentivo de la amarga mixtura con que se intenta cafetizar el agua caliente, es perspicuo testimonio de la derrota infligida a nuestra agricultura por la peligrosa torre de petróleo. Claro que éste da mejores réditos y, bien administrado, serviría para hacer feliz al pueblo, pero desdichadamente sus ganancias han estado condicionadas a la pérdida de valores irreparables, que una vez trocados con dinero, desaparecen como factores de nacionalidad. La libertad y la confianza de derivar de nuestro propio suelo el diario nutrimento, no las compensan los jugosos cheques que de inmediato endosamos para adquirir en mercados extranjeros aquello que una recta política económica puede y debe hacer que se produzca en la nación. Nada explica que hoy hayamos de importar brebajes que simulen el gusto de la almendra sabea. A diez años de distancia, más o menos, del día feliz en que entre un *adagio* de Mozart y un *largo* de Haydn, fue sorbida en el risueño valle de Caracas la primera taza de café destilada con la rica

tostadura de las rojas bellotas de los cafetales de Mohedano y de Blandín, la industria y el interés de nuestros mayores ya exportaban en 1789, por el puerto de La Guaira, doscientas cincuentiseis mil trescientas libras del grano, con destino a las colonias extranjeras. Tal vez un saco de ese buen café pudo llegar entonces a Glasgow, Escocia, y algún alegre caballero, en brumosa tarde, dejó de tocar la gaita familiar para embriagarse con todo el aroma de nuestro valle familiar, que iba quinta-esenciado en el verde grano donde asentó por más de un siglo nuestra riqueza nacional. Hoy, los descendientes del alegre caballero escocés, corresponden nuestro obsequio de antaño con un brebaje que si no da gusto a labio alguno, sirve, en cambio, para engrosar las ganancias de los mercaderes sin reflexión.

UNA TAZA DE CAFE

a Raúl Santana

Arístides Rojas dejó escrito el recuerdo de la primera taza de café, destilada con bellotas caraqueñas. Aquello ocurrió en nuestro delicioso valle alrededor de 1785, cuando fructificaron los arbustos plantados en sus haciendas de Chacao, por el padre Mohedano y por don Bartolomé Blandín. Buenos tiempos corrían para la Provincia. Había bastante dinero y festivo espíritu. Gobernaba a Venezuela el Brigadier don Manuel González Torres de Navarra, hombre culto y muy dado a la alegría. Célebre el recuerdo de este Gobernador por su iniciativa a favor del teatro profano, que había sido abolido en razón de las férreas disciplinas impuestas por el duro y piadoso obispo Díez Madroñero. A este ilustre Prelado debió asustarle el recibimiento que se le hizo en Caracas. No era el Obispo para avenirse con el espíritu permanentemente festivo de los caraqueños. Aquellos bailes que vio ensayar en su honor en la Plaza Mayor, el día de la llegada, en especial la deshonestísima "contradanza del diablo", debieron haberle puesto de punta los cabellos, y aún con pelo la corona, y a poco luego resolvió modificar de raíz la disoluta vida caraqueña. Nada de bailes. Nada de fiestas. Penitencia y oración, en cambio, como remedios para la salvación del alma.

Todas las calles recibieron nombres de Santos. En las esquinas se colocaron nichos con imágenes alumbradas en la noche, algunas de las cuales perduran como recuerdo de la Caracas que se va. Y en los zaguanes se expuso, sobre el segundo portón, la imagen del patrono de la familia. Nosotros todos vimos aún anchos zaguanes de la época colonial,

en cuyo piso se mezclaban ladrillos, piedras menudas y huesos. Todavía en algunos, así se hayan reducido a meros pasadizos, perdura la costumbre de exhibir un retablo piadoso (No os riáis, pero en el zaguán de una casa nueva, habitada por unos criollísimos amigos, de muy buen nombre religioso, ví sustituido el viejo santo por un bonito cuadro que luce el conocido verso inglés: *Home, sweet home).*

Puso, pues, el Señor Diez Madroñero a sólo rezar a los caraqueños. La ciudad, si en verdad hubo de dar una respetable impresión piadosa, con sus continuos Rosarios nocturnos y sus frecuentes procesiones, debía ofrecer una vida poco triste. A Diez Madroñero sucedió el Obispo Mariano Martí, con más mundo que su antecesor, y, consiguientemente, decayó el espíritu de severa piedad, que había hecho de Caracas un convento. Torres de Navarra no tuvo oposición en su empeño de fomentar la alegría, y restauró el antiguo carnaval, que el Obispo Diez Madroñero había prohibido por medio de severas pastorales. Las cosas ahora son distintas: bailes y comedias mantienen en punto de regocijo el espíritu de Caracas. Como he dicho, había buena plata, y la paz de Europa era propicia al comercio criollo, que se libertaba de los guipuzcoanos. Caracas empezaba a recibir nuevos alientos culturales. Desde 1771 estaba abierto el Convento de San Felipe Neri, en la esquina donde hoy se conmueven las bases de la hermosa Basílica de Santa Teresa y Santa Ana. Prepósito del Convento era su fundador el Padre Sojo. Allá iba a tener uno de sus grandes puntos de apoyo nuestra tradición musical, que ya en la Catedral contaba con el genio creador de los Carreños. En la Catedral, sin embargo, la música miraba a sólo el coro. Entre los neristas había reuniones dedicadas al cultivo de la música profana. Pero en la deliciosa Caracas agrícola de fines del Siglo XVIII, la música tenía que buscar, como propicio acompañamiento, el rumor de la fronda y el murmurio de las tiernas aguas que bajaban del Avila. Antes de hacerse música de salón, fue la nuestra música bucólica. Mozart y Haydn fueron ensayados en "Blandín" y "La Floresta", al amor proteccionista del Padre Mohedano, de los Blandín y del Padre Sojo. Allá nació nuestra música y allá crecieron los primeros arbustos caraqueños de café, plantados por la mano generosa del futuro Obispo de Guayana, quien no adivinó que su nombre eclesiástico daría entre nosotros genealogía cristiana al arbusto que entró en el mundo europeo

con el prestigio de las bendiciones de los fieles de Alah. Se tomó la primera taza de café, nutrida del suelo caraqueño, entre las románticas melodías del cuarteto de Juan Manuel Olivares, Francisco Velázquez y los dos Carreños.

Nacen y crecen juntos café y música, al compás de la patria, que ya siente cómo se hinchan sus músculos para la gran batalla de la libertad.

La tradición del café se enlaza, para el bulto de la historia, con la estupenda tradición de nuestra música. Todos saben cómo no es cierto que fuera el Padre Mohedano quien introdujese el cultivo del café en nuestro país. El Padre Gumilla, en su maravilloso "Orinoco Ilustrado", asienta que él sembró con sus propias manos las primera semillas en las Misiones del Sur, alrededor de 1730 (De estas semillas deben derivar los cafetales salvajes que sombrean las selvas de la Paragua guayanesa). Lo inexplicable del caso es que traído desde París a Martinica en 1720, no hubiera el café llegado a Caracas antes que a otras regiones del país, donde fue cultivado con primacía a nuestra Capital. En Nirgua y la Cordillera debió empezar a recogerse antes de 1770; y seguramente en Maracaibo o en Puerto Cabello, por marzo de 1779, tomó la fragata "San Vicente Mártir", de la Compañía Guipuzcoana, las primeras doscientas cinco libras de café venezolano que aparecen registradas en el Puerto de Pasajes, en Guipúzcoa, pues de contrabando ya lo habían llevado a Europa los holandeses un poco antes.

Los años iniciales del café en nuestro valle caraqueño, no los conocemos con la precisión con que sabemos el curso de la música y de las ideas revolucionarias, pero su cultivo despertó el mismo entusiasmo que había promovido en nuestra refinada sociedad el sublime arte. Las estadísticas de aduanas dan cantidades superiores al cacao y al añil cuando finaba el siglo. La historia demuestra una constante correlación de fuerzas que, por distintos caminos, van a un mismo fin. El café aparece en nuestro país coincidiendo con la revolución comunera y con el propio nacimiento de la venezolanidad integral. Si el primer café que llegó a Pasajes el año de 1779 fue embarcado en Maracaibo, salió, pues, de la flamante Venezuela que gobernaba Unzaga y Amézaga, y no del

Virreinato de Santa Fe. Y con el café apareció la música. El mestizo café va a ser el fruto republicano por excelencia. A su lado el cacao representa el fastuoso poderío colonial. Es el símbolo de una América vencida. Constituye la fuerza de una pesada economía de dominio sobre el aborigen, que permitió al criollo llano comprar títulos que lo igualasen al noble peninsular. En cambio, el café es ágil, enhiesto y mestizo. Será el fruto que balanceará la economía de la república. Tiene, además, sobre el cacao la virtud de poder ser almacenado durante largo tiempo y de dominar así los riesgos que impone con frecuencia la intranquilidad política en la nueva república. Es fuerte de aguante como el hombre venezolano.

En el orden general, el café es la tierra y el trabajo que se convierten en unidad de cambio para el juego de la riqueza. La música es la voz de los espíritus que callan y buscan signos universales de expresión. Protegida por la burguesía y por el clero criollo, tomó posesión del alma popular. El coro nerista estuvo luego formado por hombres de la clase baja. Cuando en 1795 se siente en Caracas el aire de la inminente revuelta, el mulato Juan Bautista Olivares, hermano de Juan Manuel, es maestro de capilla de San Felipe. Se le acusa de tener "ascendiente o superioridad sobre los de su clase" y de usar "cuatro especies mal combinadas que tiene en el cerebro". También es díscolo, mulato, músico y nerista Antonio Lauro. Y díscolos son todos estos músicos de fines de siglo y de principios del XIX. Por ello, apenas comenzaba la Revolución, Salias encuentra al voltear la esquina quien le ponga música vibrante al *Gloria al bravo pueblo,* y por eso mismo, Boves se complace en hacer degollar a cuanto músico toma prisionero. Los músicos cargaban el mensaje de la libertad, como el café guardaba el secreto donde descansaría la República.

El escaso café que dió la rica tostadura celebrada orquestalmente en "Blandín" y "La Floresta", pasaba en 1808, año definitivo para nuestra Revolución, de la cantidad anual de diez mil quintales, que daban a sus dueños un magnífico rendimiento de cuarenta mil pesos, así fuera rudimentario y pobre su cultivo y, en especial, deficiente el regadío de las vegas de nuestro valle incomparable. En aquel año, el Real Consulado se ocupaba con grande interés en mejorar el cultivo del café y

a su costa fue publicada una curiosa "Memoria de los abonos, cultivo y beneficios que necesitan los diversos valles de la provincia de Caracas para la plantación del café". Es muy significativo e interesante pensar que hubiera sido esta publicación el primer folleto impreso en Caracas. Así lo cree el Maestro Key Ayala, autoridad en achaques bibliográficos. Lo cierto es que de la primera edición de esta memoria no se conoce ejemplar alguno. En 1833, reconstituída la República, alguien habló de ella, seguramente en la Sociedad Económica de Amigos del País. Husmeando rutas, se llegó a poner mano en una copia que remitió desde Coro el doctor José María Tellería. La reprodujo en su ilustre imprenta Tomás Antero, y su edición fué costeada por los hombres más ilustres del momento: Fermín Toro, Tomás Lander, Angel Quintero, Domingo Briceño y Briceño, Francisco Javier Yanes, Manuel Felipe Tovar, Rafael María Baralt, Santos Michelena. ¡Qué nombres!...

Lograda la paz, era preciso fomentar la riqueza que había sido destruída por la guerra. Desde Londres lo había proclamado Bello:

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra: el fértil suelo,

áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humano, y le tribute esclavo.

Peñalver, cuando tornó en 1823 a su hacienda valenciana de "Los Aguacates", había escrito a Santander: "En Venezuela todos los agricultores están arruinados por la guerra". Bolívar mismo se ocupó en el problema del café, y mal conocedor de la causa de la decadencia del cultivo, llegó a aconsejar que "fuese sustituído por otro". El ignoraba que, junto con la falta de braceros que reclamaban los batallones, sobraban los usureros que, a punta de intereses, mantenían sin ánimo al agricultor.

Poco divulgadas aún, las causas de nuestras luchas políticas del siglo último tienen raíces profundas en la carencia de justicia en la relación

mantenida entre los tenedores del dinero y los dueños de la tierra. Ese desequilibrio lo aprovechó a la continua el cacique antiguo. Pero este capítulo, que en mucho tiene que hacer con el pie forzado que me dió Eduardo Arroyo Alvarez, no habría tiempo de tratarlo en esta charla.

Mi presencia en el "Hogar Americano", cuando se inician estas tertulias literarias, tiene otra explicación: recientemente escribí en mi columna de "El Nacional" una nota acerca de la importación que estamos haciendo de polvo y de esencia de café. En mi nota no dije nada nuevo, puesto que con una impavidez desesperante vemos a diario cosas peores, que sirven de testimonio de la ruina que amenaza a nuestra Patria. Hablé yo entonces del café, y se pensó que pudiera trasladar el tema para este primer "café literario" del "Hogar Americano". Buena la idea, a ella me sumé con entusiasmo, pues si en verdad el arbusto sabeo está de capa caída, y a nadie preocupa que se acabe en Venezuela, mientras el petróleo pueda suministrar el dinero con que lo adquiramos en otras partes, las tazas que de él destilemos nos sirven para animar estas lúcidas tertulias, donde los venezolanos de distintas ideas y de diversas categorías económicas podemos dialogar. Ya desempeñará nuestro café en ruina una nobilísima misión. Nos pondrá a hablar. Cosa necesaria en un país semimudo, donde los hombres se reúnen para hacer golf, jugar al dominó, armar una "canasta" o tomar whisky. Para todo nos reunimos, menos para dialogar. Y suele suceder que cuando nos disponemos a cruzar ideas, si es que las cruzamos, terminamos peleando, en razón de nuestra carencia de tolerancia y comprensión. Bien vengan estas tertulias en torno al humeante y agónico café nacional. Su fragancia puede decirnos muchas cosas. Puede darnos el secreto de cómo, junto al progreso y al empuje que representa la torre de petróleo, es posible que extienda su digna verdura, salpicada de nívea flor, el altivo arbusto que dio savia económica a la vieja República, en que alternaron la dignidad ilustre de Fermín Toro y la dignidad primitiva de Cipriano Castro, no corrompido aún por la eterna desvergüenza del político capitalino.

Sirva, pues, el café de estímulo para platicar acerca de tantas cosas que nos son comunes y a veces placenteras. El hablar descansa el ánimo. "Penas comunicadas remedio suelen tener", dice el viejo proverbio. Y todos nosotros tenemos nuestras grandes y nuestras pequeñas penas, la

mayor parte comunes, en razón de la comunidad del gentilicio. Hablemos en torno a nuestra taza de café, con la misma esperanza con que hablaron en 1785 los visitantes del Padre Mohedano; con la misma esperanza y con la misma fe con que en 1811 platicaban en la *Sociedad Patriótica,* seguramente en torno a sendas tazas de café, Miranda, Bolívar, Francisco Espejo, José Félix Rivas, Juan Escalona, Martín Tovar Ponte; y con la misma esperanza angustiada con que, entre grillos y barrotes, preparaban su miserable *guayoyo* Joaquina Sánchez y Luisa Cáceres de Arismendi, patronas de las mujeres que saben luchar por el decoro y la libertad. Tomemos como símbolo de nuestros valores vernáculos, el aromoso café; tomémoslo hasta con un valor de rito sagrado. Si en el simbolismo realístico de Anteo, éste, para ganar nueva fuerza, necesita pisar la tierra nutricia, pensemos que al regustar el licor de nuestro criollísimo fruto, estamos comulgando con la tierra de nuestros padres, estamos respirando el aire que en nuestros campos acarició las rojas bellotas, estamos iluminando nuestro espíritu con los mismos fecundos rayos solares que quedaron aprisionados entre las níveas estrellas en flor de los cafetos...

CACAO

a Héctor Cuenca

Trataron los cabildantes de Caracas, en junta de 9 de octubre de 1604, acerca de la conveniencia de que Pedro de Fonseca Betancourt llevase "poder complido y bastante" para tratar con el Consejo de Indias y con los jueces de la Casa de Contratación sobre la necesidad de que pudiesen venir sueltos, si no en flota, los dos navíos cuyo viaje anual, a solicitud del Procurador Sancho Briceño, había autorizado Su Majestad en favor de esta Provincia, y los cuales se tardaban en llegar. Pedro de Fonseca Betancourt era yerno del viejo capitán poblador Don Sebastián Díaz de Alfaro, conquistador y fundador de Santiago de León de Caracas, y quien había "fabricado en la costa desta ciudad un nabío pequeño, con mucha costa, el cual enbía a los reynos de España con frutos desta provincia". La nave se llamaba "Nuestra Señora de Candelaria". Era, como se lee, escasa de porte y estaba destinada a la navegación de altura entre Venezuela y Europa. Criolla era la nave y criollo el ímpetu que la empujaba a dominar los mares.

Llevaba, pues, la barca de Díaz Alfaro frutos del país a la Península. ¿Qué productos de la tierra interesaban al comercio de ultramar por aquel tiempo? A más del oro y de las perlas, que se enviaban mediante permisos especiales, tenían buen precio los cueros de vaca y los cordobanes, el tabaco y el cacao. Estos artículos constituían los renglones exportables que empezaban a formar nuestra riqueza.

El cacao había ganado ya en las Cortes europeas puesto de privilegio, y las grandes damas mantenían disputas acerca del mejor modo de confeccionarlo, si cocido en olla hasta el desgrase, o bien mezclado en la jícara, donde hervía el agua azucarada. En aquel tiempo no había recibido los honores de la estampa el "Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate", que en Madrid publicó más tarde Don Antonio Colmenero de Ledesma. Pero cada soldado y cada clérigo regresados de las Indias eran vistos como magos graduados en el secreto de la almendra olímpica y teológica.

Iba, pues, cargado de cacao de nuestra costa el "Nuestra Señora de Candelaria". Salido en octubre, seguramente por diciembre fueron descargados en Sevilla los sacos contentivos del maravilloso regalo con que América aumentó el tono placentero de la Europa renacentista. Junto con los villancicos navideños, monjas alegres cantarían frente al Niño Jesús la expresiva octavilla

Chocooolate de Caracas,
chocooolate de mi vidaaa.

Como el barco era pequeño, las fanegas no serían muchas, pero sí de excelente calidad, como legítimo producto de la tierra que llegó a producir, y aún produce, el mejor cacao del mundo. ¡Y que alguien se atreva a negar al de Chuao este noble y excepcional título! Brillat-Savarin escribió en su "Fisiología del Gusto": "Se está de acuerdo en que los árboles que dan el mejor fruto son los que crecen sobre las orillas del lago de Maracaibo, en los valles de Caracas y en la rica provincia de Soconusco". Tal fue el papel que jugó el cacao en nuestra economía colonial, que la palabra llegó a extender su sentido hasta servir para denominar a la misma nobleza criolla. "Grandes cacaos" se llamó a los ricos propietarios que, con el producto de la almendra, adquirieron títulos de Castilla. La hidalguía creada por Carlos I y Felipe II para los heroicos pobladores y sus descendientes, fué superada por la *nobleza de cacao* (Hoy la dignidad de descender de los próceres que hicieron la República la sustituye la holgura que produce una buena cuenta de Banco, ganada a base de petróleo o por saber trasladar a la personal los

dineros de la cuenta de la Nación). Aún en el día "echársela de gran cacao", significa en Venezuela lucir falsas ínfulas. Más noble que el tabaco, que el añil, que la caña y que el café, que sucesivamente marcaron el tipo dominante de nuestra economía agrícola, el cacao recibió de Linneo nombre de "bebida de dioses". *Theobroma cacao.*

Cuando Don Pedro de Olavarriaga, por comisión del Virrey de Santa Fe, visitó a Venezuela en 1721, formó una extensa memoria sobre cultivos, y ella fué parte a que se abrieran las fauces de los cortesanos que fundaron en seguida la Compañía Guipuzcoana. Buen producto de exportación, los vascos intensificaron su cultivo, y en 1799, cuando el comercio se hacía libremente, de La Guaira fueron embarcados para colonias extranjeras veinte y nueve mil quinientas ochenta fanegas de cacao, despachadas en cuatro fragatas, once bergantines, dos balandras y cuarenta y cinco goletas que habían visitado aquel año nuestro puerto principal.

Estos son cuentos antiguos, pero que sirven de testimonio de la iniciativa y del trabajo de nuestros mayores. Cuentos un tanto románticos que dan, en cambio, buenos ejemplos. El viejo Sebastián Díaz de Alfaro, armando en su primitivo astillero de La Guaira, el modesto navío "Nuestra Señora de Candelaria", concreta un símbolo admirable de pujante creación. Aquéllos eran hombres empeñados en formar una patria. En 1604 Sebastián Díaz de Alfaro soñaba con una gran Caracas, donde, seguros y dignos, pudieran descansar y soñar sus descendientes. De entonces a la fecha, Santiago de León ha crecido intensamente, enormemente. Jamás pensó el esforzado poblador que la ciudad llegara a traspasar los linderos de su molino de Chacao, donde se ayudaba a moler las seis mil fanegas de harina, que por entonces consumía anualmente la capital. (Es decir, entonces Venezuela producía lo que necesitaba para comer). Menos pudo pensar que llegase a suceder en su Caracas, bonachona y apacible, llena entonces de la rica almendra teobrómica y bien abastecida de gordas vacas de ordeño, la escena que a diario contemplamos en nuestros bares y refresquerías. Ayer la ví por enésima vez. Junto a la mesa donde sorbía mi criollísima taza de café, un mozo sirvió a dos lindas muchachas, de ojos y piel delatores de nuestro alegre mestizaje, una mezcla de cacao y leche, derramada de una lata que decía: "Milk and cocoa de luxe". No sé de qué sitio del Norte nos envían

nuestros *buenos vecinos* este brebaje, que es uno de los tántos enlatados, cuyas leyendas extranjeras son manera de libelos infamatorios contra nuestra incapacidad y nuestro entreguismo. A mi memoria vino entonces el recuerdo triste de Sebastián Díaz de Alfaro, y lo imaginé cuando, en unión del yerno, calafateaba su nave, nuestra nave antigua. No sé por qué pensé que si la historia pertenece a Dios, en el presente mete la mano el Diablo. Pensé otras cosas enfadosas, y terminé avergonzado de llevar un apellido de la misma procedencia castellana que honró Don Sebastián Díaz de Alfaro.

CAMBURE

al General José R. Gabaldón

"No hay sermón sin San Agustín", es frase derivada de las frecuentes citas que del gran Obispo de Hipona suelen hacer los oradores sagrados. Con ellas dan lustre de oro a la más pobre palabra. Tampoco se puede hablar ni se debe jamás escribir de nuestra agricultura, sin volver sobre los temas ya tratados con maestría sin igual por Andrés Bello. Algunos han llegado a negar derecho al Príncipe de las Letras Americanas de que se le mire como uno de nuestros más representativos poetas en el orden de lo nacional. Es decir, en el orden de la expresión de los valores que tipifican lo "nacional" nuestro. Yo creo que Bello es el primero y el más antiguo de nuestros grandes poetas nacionales. Su poesía expresa lo nuestro con un sentido de profundidad verdaderamente vatídica. Aún más, Venezuela, como valor consustanciado con el propio espíritu del poeta, sirvió a Bello de numen distante. Desde la brumosa Londres gustó a sus anchas de nuestro luminoso paisaje. En las tardes sin luz de la City, él se sentía alumbrado en lo interior por el sol quemante del trópico. Era el poeta que sabía evocar. El Poeta.

Pudiera tenerse como el mejor de Venezuela aquel poeta que llegue a las más altas cumbres de la creación ecuménica. Pero para ser considerado "poeta nacional" es requerido que exprese un nexo profundo con el alma del país y con su vario paisaje. (Andrés Eloy Blanco, por ejemplo). Es también "nacional" el poeta cuyas poesías hayan sido adaptadas por la voz y por la memoria del pueblo. (Ezequiel Bujanda y Andrés Mata, pongamos por caso). Todo el contenido creador de nuestro paisaje lo

elevó Bello a latitudes de sublime espiritualidad. Renovador de la poesía didascálica, tomó la naturaleza tropical como idónea tribuna. Fué el poeta que supo evocar. Fué el Poeta.

Pie obligado para todo tema que se relacione con la exuberancia de nuestra zona tropical, en Bello hallamos la más acabada pintura del banano o del cambure *, que para el caso es la misma *Musa.*

I para ti el banano
desmaya al peso de su dulce carga:
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo:
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo:
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava:
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

En el ámbito sonoro de estos pocos versos, el Maestro inmortal pintó la generosidad de la planta y pintó lo parvo del esfuerzo que pide su cultivo. El trópico lo recibió como espléndido regalo de manos del fraile dominico Tomás de Berlanga, quien, desde Canarias, lo llevó a Santo Domingo en 1516. Lo recibió con la risa luminosa de sus soles y luego hizo más grato el fruto, en gracia de su fuerza fecundante. Dió el banano o cambure alimento al esclavo. Pan sin nobleza, se le sirvió fuera de manteles. Y así como ayudó a mantener la fuerza física del antiguo siervo, ha dado, también, su amistad al hombre sin tierra, que con la venia del amo, puede arrimar unos "hijos" a la vera de la acequia cantarina. Planta opulenta que da generoso pan a la peonada, y cuando

(*) Cambur o cambure son voces con que nuestro pueblo designa esta musácea. Yo aprendí en Occidente a llamarla cambure.

seca, ofrece pleitas para tejer la humilde estera donde descansa el fatigado labrador. Donde crece no hay hambre. En mirándola, el hombre puede olvidar las preocupaciones del trabajo y vivir sin hilar, como los lirios del Evangelio. Depons le da por ello la gracia de mantener el hartazgo que afamaba en Europa al pan de las Indias.

Todo en el banano es útil: la hoja, que entre sus muchos usos tiene el de sazonar la hallaca multisápida; la concha seca, que sirve para labor de esteras y rodetes; la cepa y la cáscara, aprovechadas como excelente forraje y aun como materia textil, en fin, el fruto, diverso y vario en gustos y colores, ora aprovechado como pan, ora como recado de olla, ora como finísima golosina, digna de cardenalicias mesas.

Nada pide para su cultivo. Es fruto ubérrimo que devuelve el ciento por uno. Se parece a esos Bancos donde, con poca moneda inicial, se concluye haciendo repartos de fabulosos dividendos. Entre nosotros, así ocurra que para pagar hoy un plátano haya de recortarse el diario, la agricultura del banano y su distribución en las ciudades han sido vistas con indiferencia. Actualmente el General José Rafael Gabaldón estudia un plan de distribución de bananos, que puede abaratar la dieta del pueblo. Si Gabaldón no fuera un romántico empedernido e incurable, se asociaba con algún gringo e hincharía de plata. Pero Gabaldón es persona decente, que prefiere el hambre a la claudicación.

En los climas donde no se le cultiva, el banano tiene precio y aprecio. En Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Escandinavia es fruta de primera calidad, cuidado si de mayor estima que las manzanas y las peras. Esto ha hecho del comercio internacional del banano uno de los más pingües negocios. A la par del café, se le ha llamado "oro verde". Vaccaro Brothers, la Cuyamel Fruit Company, la Atlantic Fruit Company, la United Fruit Company han jugado un papel predominante en las finanzas del Caribe. Estos trusts, hoy reducidos al poderoso pulpo de la United Fruit, han sido los brujos malévolos de la política de Centro América.

Hay el "imperio del banano", como existen el "imperio del petróleo" y el "imperio del hierro". "El Imperio del Banano" es el título del libro

publicado en 1935 por Ch. D. Kepner, Jr. y J. H. Soothill, traducido al castellano en 1949. En él se desnuda la sutil, rastrera y corruptora política de los monopolizadores del banano en la hoya del Caribe. Centro América, especialmente, ha sido teatro del feroz gansterismo de los bananeros, en quienes parece que superviviese el linaje esclavista de Walker. Cuando Sam Samurray, Presidente de la Cuyamel, se vió desairado por el Licenciado Estrada Cabrera, en relación con unas concesiones de tierras para siembra del banano a las márgenes del río Motagua, se pasó a Tegucigalpa y obtuvo, bajo títulos hondureños, derechos de explotación sobre las tierras anteriormente solicitadas en Guatemala. De allí derivó una guerra entre ambos países. Toda la historia centroamericana de fines del pasado y de todo este siglo, está orientada por los intereses bananeros. Con la plata del banano se han comprado fusiles, machetes, senadores, diputados, jueces, coroneles y cabos. (El actual Gobierno guatemalteco ha apoyado a los obreros contra la voracidad del pulpo frutero, y ya el Departamento de Estado lo calificó de comunista).

Estudiar el secreto del monopolio es harto complicado. Entran en juego mil factores, de ellos principal el del transporte, tanto terrestre como marítimo. El Gobierno les hace concesiones que ponen en sus manos la suerte de los sembradores. En un contrato costarricense figuró la siguiente estipulación: "Todos los plantíos de bananos y las propiedades bananeras pertenecientes a cualquier otra persona o compañías o empresas, quedarán incluídos bajo los anteriores términos". Si la United Fruit necesitaba quebrantar el derecho de propiedad garantizado por la Constitución costarricense, allí estaban los complacientes diputados y los alegres abogados de que tánto ha hablado el Maestro García Monge.

Dos veces ha fracasado la United Fruit Company en sus intentos de meterse en Venezuela. Cuando se asume una responsabilidad, (y es bastante la de oponerse al imperialismo), se puede faltar a la modestia. En las dos oportunidades que fracasaron los propósitos de la Frutera, yo puse mi pequeña ayuda obstruccionista. Por ello, cuando fuí Ministro en Costa Rica era el único diplomático a quien Míster Chittenden, Gerente de la United en San José, dejaba siempre de invitar a sus continuos y suntuosos festines.

Plátano, banano, cambure. Variedades de la misma *Musa*. Todas fáciles de crecer y fáciles, también, para enriquecer a sus explotadores y distribuidores. Por ello entre nosotros el vocablo cambure ha adquirido un valor nuevo. Todos, plátano, banano y cambure, parecen ser la negación de la antigua sentencia griega que enseña cómo "antes del triunfo, los dioses pusieron el sudor". El cambure es la negación del sudor. Sin ningún esfuerzo se le logra. Es sinónimo de regalo, de facilidad, de sinecura. Hoy se da al cargo burocrático en general el nombre de "cambure". Ello obedece a un proceso de extensión sufrido por el primitivo valor metafórico de la palabra. Se llamó inicialmente "cambure" al cargo sin trabajo, a la canongía, a la gabela. En su original connotación no entraba la noción de esfuerzo sino la noción de ocio. Cuando el burocratismo creció desmesuradamente con fines de demagogia y de proselitismo político, la mayoría de los viejos cargos de gestión se multiplicaron, como los hijos del banano, y se convirtieron en verdaderos "cambures". El Presupuesto Público se llamó desde entonces la "fronda musácea". A su abrigo el hombre venezolano se tendió indolente para acumular sin trabajo. Y como la dotación de los cargos creció a manera de columna de mercurio en tarde de agosto, el "no hacer" se convirtió en "hacer". Con "buscarse un buen cambure" el problema estuvo resuelto *.

He aquí la gran consigna de trabajo de un país que clama por el esfuerzo tenaz de todos sus hijos. Un país que debiera convertir en días las noches para trabajar por su destino. Y la mata de cambure, del mismo modo como esteriliza el suelo, ha esterilizado y desviado la voluntad cívica del venezolano. Al amor del sombroso cambure nos hemos echado a dormir. Toda otra carrera fue sobrepujada por la carrera de "asegurar el cambure". Aquí, allá, fácilmente o a cualquier costo, el venezolano ha de tener un "cambure". Cambure de presupuesto o cambure de comisión. Por ello, mientras se abandona el suelo, mientras todo escasea, el bananal del gobierno crece sin medida. Al cambure de la Administración pública, "escasa industria bástale", como del banano generoso dice

(*) Persona de autoridad me dice que fue primera en aparecer, en el orden político, la frase "cortar el cambure", como sinónimo de estar mal con el gobierno, en razón de que se dejaba de cortar los bananales domésticos a quienes tuviesen influencia, cuando Samuel Darío Maldonado, como Director de Sanidad, consideró dichas plantas peligrosos depósitos de zancudos.

el Maestro. Con él crecen todas las posibilidades de gastar. El hace fácil el camino de la abacería, donde el sueldo se convierte en agricultura enlatada, procedente de Estados Unidos. El "cambure" es una de las fórmulas diabólicas de que los socios de los reyes del petróleo se valen para que el oro regrese a su lugar de origen. Lejos de convertirse en sueldos y despilfarros el dinero que nos da nuestro petróleo, debió convertise en instrumentos de permanente riqueza nacional. Lejos de haberlo regado como sustancia esterilizadora sobre nuestro antes humífero suelo, debimos propender a obras que hicieran duradero nuestro progreso. Hoy, si falta pan y falta carne, los altos sueldos y los salarios estirados permiten adquirir potes extranjeros.

Inútil fue mi esfuerzo por detener la entrada en Venezuela de la United Fruit Company. El imperialismo parece invencible. Para eso están los finos negociantes que saben llevarse, no los verdes cambures, sino los verdes cheques que compramos con el dinero que nos da nuestro petróleo, para pagar el pan nuestro de cada día.

PAPAS

a Juan Bautista Clavo.

Con donoso y deleitable estilo, que hace adivinar un buen *gourmet,* describe el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer Cronista del Nuevo Mundo, el más estimado bastimento de los indios. "Una batata curada no es inferior en el gusto a gentiles mazapanes". "Se comen cocidas o asadas, en potages e conservas, e de cualquier forma son buena fructa, e se puede presentar a la Cesárea Magestad por muy preciado manjar". Antes, mucho antes de 1535, año de la edición de la primera parte de la estupenda "Historia General y Natural de las Indias", escrita por el insigne Cronista, de quien derivamos título los modestos Cronistas de hoy, la patata había sido llevada a España. El mismo lo dice: "las he llevado desde aquesta cibdad de Sancto Domingo hasta la cibdad de Avila, y aunque no llegaron tales, como de acá salieron, fueron avidas por muy singular e buena fructa, e se tuvieron en mucho". De estas primeras patatas aclimatadas en el suelo de Avila, debieron derivar aquellas por las que Santa Teresa de Jesús, apartada del parecer de Oviedo, mostraba "harto mala gana de comer", según escribía a la Priora de Sevilla en 26 de enero de 1577.

Sin embargo, Inglaterra quiso para sí el mérito de introducir el tubérculo en Europa, y los cronistas ingleses dijeron que Hawkins la llevó en 1565. (En la época del Gobernador Bernaldes, llamado "Ojo de Plata", visitó aquel famoso corsario el puerto de Borburata y amenazó con quemar el poblado si no se le permitía vender a los vecinos parte de los

negros esclavos que traía al efecto. Este "caballero" es el fundador de la trata de negros como sistema de riqueza de Inglaterra. Por ello y en vista de sus "nobles y civilizadoras hazañas", Isabel I le dio carta de hidalguía y le autorizó escudo, en uno de cuyos cuarteles podía colocar un negro encadenado). Otros historiadores dicen que Walter Raleigh llevó la batata desde Virginia a Londres, mientras hay quienes aseguran que primero en llevar la papa fue el pirata Drake, quien dizque la embarcó en el Pacífico, donde parece que sólo tuviera tiempo de robar e incendiar. Quizá sea uno de estos "ilustres" piratas el introductor de la papa o de la patata en las islas británicas, y probablemente pasara con su leyenda desde allí a Alemania, ya que en Offendburg, en el Baden, se ha consagrado un monumento en honor del Drake, que dice: "Sir Francis Drake introdujo la patata en Europa el año de 1580". Ya entonces tenían los españoles más de medio siglo de conocer la deliciosa raíz, llevada de Andalucía a Italia por los Padres Carmelitas Descalzos. Pero estos anglo-sajones todo lo bueno que le puedan arrebatar se lo quitan a España. Hasta que se diga que nuestros castizos y viejos bajeles llevaron a Europa la primicia del eminente tubérculo, que hoy hace el regalo de ricas y de pobres mesas.

Con el nombre taino de *Batata,* sostenido entre dos ilustres palabras latinas, entró la dulce raíz a la literatura del Viejo Mundo, en las graves páginas de Pedro Mártir de Angleria. La lengua vieja se iba, también, a enriquecer con los vírgenes vocablos de las Indias. Cuando Alderete publicó en 1606 su tratado "Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España", dejó escrito: "algunos tomaron (nombre) de los antiguos, que acá tenían, como nosotros de las Indias llamando a su trigo maíz, y a las raízes que de allá vinieron no vistas, ni conocidas antes en Europa, dezimos patatas".

Pero esto del nombre tiene sus secretos lingüísticos: recogen los primeros en venir a Indias la *batata,* o sea nuestra papa dulce o camote, *(Ipomea purpurea);* posteriormente dieron con la *papa* corriente, (*Solanum tuberosum*); y por cruce de vocablos, surgió la voz *patata* que usan los españoles y la voz *potato* de los ingleses. Nosotros hemos dejado para la dulce, los nombres de patata y batata, los ingleses dieron en denominarla *sweet-potato.* En el Táchira se llama a la papa con el

nombre que Jiménez de Quesada le dio, cuando al tropezar con ella en tierra chibcha la bautizó de *Turma.* Aquellos indios la llamaban *Yoma.* También se la dijo *Creadilla de tierra.* Los timoto-cuycas la llamaron *Güis* y *Kué.* Los ayamanes *Bí.* En Mucuchíes aún se cultiva una variedad llamada *Ruba.* La etimología de la papa en su aventura a través del mundo, hay necesidad de estudiarla, como su propia historia, a base de cruces. En un cuadro semántico, papa y patata tendrían la relación de estirpe de las *Convalvuláceas* y de las *Solanáceas,* dentro del orden de las *Tubifloras.* Pero, para aquellos que quieran conocer los pelos y las señales de uno y otro tubérculos, está abierto el camino en un buen tratado de Botánica, y para quienes quieran saborear la curiosa historia de los vocablos, está abierta de par en par la puerta labrada del primoroso librito que el ilustre Pedro Henríquez Ureña escribió sobre la razón de algunos indigenismos.

Se metieron papa y batata en España, y a poco hubo necesidad en Madrid de fijarles precio como a artículo regalado. Posiblemente pocas gentes podían pagar seis reales y más por libra de patatas, cuando Tirso en "El amor y la amistad" (III,5), refiere "que a un lacayo siempre dan" treinta reales de sueldo. La épica hambre española debió mirarlas como manjar de dioses. Manera de trufas sagradas para el regalo sibarítico. Tan deseadas, acaso, como nuestra pobre gente desea hoy un modesto, casto y sabroso huevo de gallina. "–¿A qué saben los huevos?", preguntaba en días pasados un gracioso tertuliano de la Ceiba de San Francisco. Casi tema para una Silva fúnebre sería el viaje al Norte de nuestras viejas gallinas en el pico airoso del águila yanqui. Pero no entremos aún en estos caminos.

Si en Inglaterra prosperaron las "potatoes", a punto de producir no sólo maravillosas variedades, sino de adquirir dignidad religiosa con las *Quaker's style potatoes,* en Francia, en cambio, hubo una feroz resistencia para su admisión como pan suplementario. Los heroicos esfuerzos del ilustre botánico Antonio Agustín Parmentier tuvieron necesidad del apoyo manual de Luis XV. Para animar al pueblo, el Rey con sus sacras manos, sembró en Versalles, a ojos de la multitud, la generosa poma. Luis XVI, que usaba su flor en la *boutoniere* para acrecerla en dignidad, prosiguió ayudando a Parmentier en su política de

la *pomme de terre,* como se ilustró en francés el americano nombre de la papa. Una buena pensión recibió el tenaz botánico por su aportación al enriquecimiento de la dieta del pueblo que iba a hacer la gran Revolución. La Convención, obnubilada como suelen presentarse en la Historia todos los políticos que toman la venganza como instrumento de regeneración social, despojó a Parmentier del premio que merecidamente habíale concedido el Trono. Su nombre, en cambio, ha quedado en los sacramentarios de cocina. La *Pomme de terre a la Parmentier* es buena compañía para un *Filet Mignon.* Su devoción hacia la papa, llevó a Parmentier a idear una cuchilla para hacer las rebanadas más fáciles de saltear. Este modesto instrumento fue visto por el Doctor Guillotin, a quien dolía, y con razón, el modo cruel como el verdugo separaba del tronco la cabeza de los condenados a muerte. De allí salió la famosa y piadosa guillotina, que dejó sin sitio para la corona al bueno de Luis XVI.

El prestigio europeo de la papa fue tal que la guerra sostenida por Federico el Grande con su hermano el Príncipe Henrique por la sucesión de Baviera, se conoce en la historia con el nombre comercial y culinario de "Guerra de las Papas". Cualquiera pensaría en una guerra entre comadres en pleno mercado de vituallas.

Oro de Verdad, Europa ha sabido utilizar la papa hasta como fuente de producción alcohólica. Holanda, en especial, ha llegado a ser país que, con Estados Unidos y Canadá, compite en el prestigio de producir la mejor papa del mundo. ¡Holanda, que ha tenido que robar tierra al mar y darle artificialmente fuerza nutrimental! Los expertos soviéticos, después de inútiles experiencias, lograron aclimatar la papa en el Polo Norte. Hasta el Gran Lama del Tibet se da el lujo de comer papas fritas.

Nosotros tuvimos desde la época de los indios nuestras buenas papas y nuestras ilustres batatas. *Sus rubias pomas la patata educa,* canta Don Andrés en su *Silva* maravillosa. En 1841 escribía el gran Codazzi: "Si se compara el producto que da esta planta en las provincias de Mérida y Trujillo, (en Mérida estaba incluído el Táchira), con las de Barquisimeto, Carabobo y Caracas, y se toma un término medio, se puede asegurar

que una fanegada produce veinticuatro mil libras de papas, que es el doble de lo que dan en Francia, y ese terreno suministraría durante un año el pan a cerca de cuarenta y cuatro personas, a razón de cinco libras diarias, y le vendría costando medio real al día o veinticinco pesos al año, lo que daría un producto anual de mil pesos al cosechero, habiendo dos cosechas al año. En una fanegada hay ciento diez y seis mil seiscientas plantas que dan, término medio, cuatro y media libras cada una, y en un año dos cosechas. Supongamos que un décimo de la población se sirva de esta raíz como pan, a fin de poder comparar más fácilmente el consumo que se hace de ella en el país, en clase de verdura, y tendríamos ciento cinco millones ciento veinte y ocho mil libras, que darían un valor de dos millones, ciento setenta y cuatro mil doscientos ochenta y dos pesos. Este producto se conseguiría en un espacio de dos mil ciento cuarenta y ocho fanegadas, a las cuales se pueden agregar por diferencia de terreno, etc., ochocientos cincuenta y dos; resultarían cinco mil fanegadas empleadas en este cultivo, y ciertamente el cálculo no es exagerado si se considera el consumo que se hace en el país". Sáquense nuevos cálculos, súmese la posibilidad de abonos y mejores sistemas actuales, agréguesele a todo un gerónimo de patriotismo, y tendríamos papas.

Pero no. Nosotros preferimos la papa importada. Quizá para muchos resulte mejor negocio adquirirla del vendedor extranjero. Comprar vituallas en la bodega de enfrente, no lo ha hecho jamás la mujer del bodeguero. Es conocida, en cambio, la costumbre de ciertos dueños de botillería y aún de ciertos maridos, de salir a emborracharse en el mostrador o en la alcoba vecina. Esto tiene sus razones en los terribles enemigos del alma que nos enseña Ripalda. Lo otro, lo que debiera ser imposible, lo hacemos nosotros. Tenemos la tierra y tenemos los brazos, y no sembramos la papa, porque ello representa trabajo. Preferimos que nos la "pelen" fuera. Para eso hay buen dinero dentro con qué pagarla. Ayer no más daba noticia la prensa diaria de que un comerciante de La Guaira había tenido una bonita utilidad de sesenta mil bolívares en sólo un embarque de papa que recibió de Nueva York. Otro periódico ha publicado que, como en Nueva York ha habido una huelga portuaria, y nosotros dependemos de la distribución neoyorquina, tenemos que pagar la escasez de papas. ¡Loados sean Caco y Mercurio! Sin embargo,

en fecha muy reciente hubo una buena cosecha de papas en Trujillo, pero al llegar los camiones a Barquisimeto, hubieron de regresarse, porque la plaza estaba abarrotada a causa de una abundosa importación de papa americana hecha por una firma de Puerto Cabello. A cualquiera ocurre pensar que el permiso para importar productos de la tierra debiera consultar nuestras cosechas.

Ya lo he apuntado en relación con la muerte de nuestro trigo. La preponderancia que en Venezuela han llegado a tener los comerciantes sobre los agricultores, ha provocado el hecho inverso de que sean los intereses comerciales quienes marquen rumbos a la economía del país. Demás de esto, el comercio, así esté en manos criollas, representa la extensión distribuidora de la industria internacional. El comerciante muchas veces se convierte en mero agente del capital extranjero y en enemigo de la producción vernácula. Por eso se amparan los comerciantes en las altas, sutiles y complicadas manipulaciones del capitalismo internacional. Si las papas extranjeras estuviesen sometidas a tarifas prohibitivas, aquí se sembrarían más papas y no ocurriría el desaliento en que deben hallarse hoy los cultivadores de papa trujillanos. Pero la protección a lo nuestro está subordinada al margen que nos permitan los intereses de los petroleros. Hace poco se publicó en uno de nuestros diarios una tesis bastante curiosa respecto al futuro Tratado Comercial que se discute con Estados Unidos. No debe intentarse la protección de nuestra industria, dice un conocido abogado petrolero, porque, retaliativamente, no se lograrían buenos aforos en los puertos americanos para nuestro oro negro, y se aprovecharían las "empresas independientes" para atacar nuestro petróleo. Si se busca la razón de este argumento, salta el mascarón de proa con que nos asustan los intereses del industrialismo internacional. Todo ha de quedar lo mismo. Para que los yanquis sigan extrayendo tranquilos nuestro petróleo, que por hoy necesitan más que nosotros, debemos sacrificar el porvenir de lo nuestro. Los "independientes" y algo más "blanco" tienen a su orden los intereses del Norte para asustar a nuestra timorata gente. ¡Por lo tanto, resulta aconsejable que, para proseguir gozando la "buena amistad" que generosamente nos profesan, debemos continuar recibiendo papas del Norte, maíz del Norte, harina del Norte, pollos del Norte, huevos del Norte y vainas del Norte!

No creyeron jamás los Regidores de Trujillo que en 1578 daban relación de la ciudad al Consejo de Indias, que en su modesta escritura iban a consignar, para que lo entendiéramos nosotros, un amargo vaticinio: "Hiere en el asiento del pueblo muy de lleno el Norte". Se referían ellos a los vientos. Hoy tiene el concepto la solemnidad de una parábola. Así es, lamentablemente. Hieren muy de lleno en el asiento del pueblo, de todos nuestros pueblos, los aires que vienen del Norte.

MAIZ

a Augusto Márquez Cañizales

La situación geográfica de Venezuela permitió que a la hora de la conquista española aposentaran ya sobre su suelo las principales agriculturas aborígenes: la papa, procedente del Perú; la yuca, del Brasil, y el maíz con *habitat* en la América Central. Fundamentalmente este último cultivo se había difundido a través del territorio nacional. Ya nuestras tribus, pues, habían adquirido el sedimentarismo correlativo con el laboreo del suelo. Eran nuestros indios señores de las tres principales fuentes de alimentación del antiguo hombre americano. Tenían nuestros indios asegurado su sustento a base de la arepa y del casabe. Las papas se cultivaban en la Cordillera. Habían venido del altiplano chibcha. Variaba el nombre del maíz según la diversidad de las tribus.

Y para tí el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano.

canta el Maestro inmortal, cuando quiere que nuestros hombres, cansados de guerrear, vayan a la paz fecunda del trabajo del campo. "Jefe altanero de la espigada tribu", no sólo lo es el maíz en su mundo botánico, sino en un sentido humano. A él pertenece el gobierno de la familia indiana. En torno a su cultivo, como alrededor de un dios agreste, se movía la sociedad incipiente. Dios lo era en el sentido providente de la creación. Y tuvo templos. Y se le dio figura semihumana. Sirvió para el

trueque antiguo con la sal, con la hamaca, con el curare, con el pescado, con la flecha. En sus tan calumniadas octavas, Juan de Castellanos habla de la actividad mercantil de los indios de Maracaibo, quienes

celebraban ferias y mercado
a trueco de la sal y del pescado,

que venían a buscar los indios de tierra adentro, y los cuales traían

...maíz y otras cosas semejantes,
a rescatar con estos pescadores.

Deliciosas noticias nos dan todos los cronistas antiguos acerca del cultivo y del beneficio del maíz por los indígenas. De ellas transcribiré la concisa pintura de López de Gómara, hecha en un estilo directo y realista, como de la propia Santa Teresa: "Es, en fin, el maíz cosa muy buena y que no la dejarán los indios por el trigo, según tengo entendido. Las causas que dan son grandes, y son estas: que están hechos a este pan, y se hallan bien con él; que les sirve el maíz de pan y vino; que multiplica más que trigo; que se cría con menos peligro que trigo, así de agua y sol como de aves y bestias; que se hace más sin trabajo, pues un hombre solo siembra y coge más maíz que un hombre y dos bestias trigo". Quizá esto último no lo hubiera escrito la Santa de Avila. Esta suma heterogénea de dos bestias y un hombre como unidades de trabajo, no se le hubiera ocurrido a la Doctora de *Las Moradas.* Ella habría preferido poner a trabajar a un hombre con dos ángeles, como en la leyenda de San Isidro.

Como nuestros indios no tenían altas formas culturales que imponer a los conquistadores, les impusieron su dieta. Claro que el español no se adaptó fácilmente al pan de los vencidos. Frente al maíz altanero, plantó la espiga de trigo, símbolo de la civilización dominadora. Luego, las colinas y los valles se vieron dorados por la espiga preclara que servía de nutrimento a la vieja cultura del Mediterráneo. Caracas estaba a boca del siglo XVII rodeada de trigales y cubierto su valle de molinos. Cuando en 1582 informaba el Gobernador Pimentel al Consejo de Indias, escribía: "el trigo y cebada se coge agora poco porque se comienza a sembrar". De

Mérida y Trujillo se enviaba a la fecha, por el Puerto de Maracaibo, harina y galleta para Santo Domingo y Cartagena. Pedro José Olavarriaga, escribió que Trujillo producía por 1721 todo el trigo que consumía la Provincia antigua de Venezuela. Más, la Guipuzcoana descuidó su cultivo, por no interesarle para la exportación.

Pero si prosperó la rubia espiga, a su lado, con señorío indestructible, perduró la alegre caña del maizal. Cuando Francisco Camacho, uno de los fundadores de Trujillo, llamaba a la familia que había quedado en España, decíale, para alentarla al viaje, que había acá "mucha cosa de comer". Esa mucha cosa estaba representada en primer término por la arepa y por el bollo indígena. Por la tostadura del cariaco. Por la chicha fermentada, en la que el español vio un sustituto de los vinos riojanos. En fin, por el pan nuestro de cada día, que se presentaba fácil a la épica hambre española.

Según Spinden, el signo vegetal de la cultura americana es el maíz. Con el arroz de China y con el trigo de Europa, Noráfrica y el Cercano y Medio Oriente, goza del privilegio de cubrir una de las más vastas zonas alimenticias del mundo. Signo de una cultura y, consiguientemente, afinco de un abastecimiento autónomo, el maíz determinaba, para el porvenir de los pueblos americanos, la soberanía del pan. Nuestros indios aruacos, caribes, timoto-cuicas, banibas, guaraúnos, girajaras, tenían el gobierno de su alimento. Quienes no lo sembraban, poseían en cambio, la sal, el veneno y la pesca para hacer el trueque con los labradores. Recibieron un nuevo estilo de pan, pero, en cambio, dieron al vencedor el suyo propio. Nuestro criollo se crió, no a dos carrillos, sino a dos panes: tuvo el trigo del conquistador y mantuvo el maíz, la yuca y la papa del indio rendido.

La historia del trigo reclama otras razones para explicarse. Razones de tierra y razones de comercio. Era buen negocio, desde los días de la Guipuzcoana, traerlo de fuera, y se fue abandonando el cultivo. Entre nosotros el comercio siempre ha dominado a la industria. El maíz, en cambio, siguió siendo pan de aguante. Lo consumía el pueblo y lo consumían las bestias de carga. Quizá fue ésta la intuición que llevó a López de Gómara a sumar para un producto infernal, indios y bestias. El

maíz es el alimento fundamental de quienes han creado la riqueza. El pueblo, que ha trabajado siempre como un animal. Las bestias de carga, que le han ayudado con una paciencia casi humana. Más nobles que la máquina, los animales ayudaron al peón. El maquinismo deja sin trabajo al hombre o lo convierte en mera rueda de su complicada invención.

El español jamás pensó desahuciar al maíz como cultivo útil. Todo lo contrario, el criollo estilizó sus usos. El viejo budare de barro se tornó en budare de hierro, colado en Toledo o en Inglaterra. El pan primitivo que, envuelto en la propia hoja de la mazorca, se cocía al rescoldo de la lumbre, se convirtió en la fina confección culinaria que distingue la cocina del Caribe. La hallaca o tamal corresponde en el arte de comer a lo que el barroco representa en el arte de construir. La hallaca es la más perfecta expresión del barroquismo culinario de la Colonia. Es la conjunción sibarítica del maíz de América con las finas carnes y los saporíficos aliños venidos de Europa: pasas, alcaparras, aceitunas, almendras, aceite, carne de vaca, carne de puerco, etc. En Nicaragua parece que la lingüística mantuviese el doble origen de esta deliciosa vianda: *acatamal,* como se la llama, es palabra compuesta de *aca,* carne, y *tamal,* el primitivo pastel, de maíz y de ají. En Guatemala, los viejos colonos que dieron mil contornos al barroco que hizo de la Antigua una de las más suntuosas ciudades del Nuevo Mundo, llegaron hasta aderezarla con crema de chocolate. La hallaca, que pudiera considerarse como la apoteosis colonial del maíz indígena, es el plato de la América fiel al maíz. Representa la generosidad de la cultura que se nutrió en el ámbito fecundo de la Colonia. El pan arcaico que se ofreció de molde para recibir los mil sabores de la mesa europea. El maíz en la suprema expresión de su fuerza de nutrimento y de goloso deleite (Quizá sería un delito no recordar como excelente y deliciosa manera de gustar el maíz, las sabrosas *cachapas,* y en especial, las que saben preparar, como manjar de Dioses, las cocineras de Guayana).

El cultivo del maíz, hecho más fácil al consejo del arado y con la ayuda del férreo barretón, ha sufrido una grande merma y un notable abandono durante los años que corren. Si en verdad se solicita la arepa para la dieta diaria, todos sus otros derivados han sido puestos de lado. Las señoras encuentran laboriosa la elaboración de la vieja y nutritiva *mazamorra,* y

a ésta prefieren la avena, que viene del Norte *ready to eat.* El pueblo ya no toma la sabrosa *chicha.* Es bebida quizá un poco vulgar. Hay tántas cosas nuevas que tomar; por ejemplo, los jugos enlatados que se importan de Norteamérica.

En 1930 preguntaba yo a un agricultor de provincia acerca del estado económico de su región, y me habló de la crisis del malojo. Al hacerme explicar el caso, entendí que hacía referencia al abandono de los sembradíos de maíz, en razón de haber sido abolido el transporte por medio de recuas y de usarse en su lugar el camión de gasolina. "Es la lucha entre el malojo y el petróleo", me afirmaba con rústica y admirable precisión el amigo. ¡Sí, señor! Era el bulto, en simbolismo rural, de la ofensiva abierta contra la vieja economía agro-pecuaria. El agricultor empezó a abandonar las siembras de maíz y el maíz empezó a venir a menos. Comenzó a fallar el viejo y generoso maíz que nos legó el indio triste y resignado. Ya la tierra no lo da con la fecundidad antigua. El petróleo la ha esterilizado para las disciplinas agrícolas. El mechurrio mata al rastro. Y hubo entonces necesidad de importarlo. Se trajeron de fuera grandes cantidades de maíz, porque aquí no se cultivó en forma racional. El pueblo vio irse a las nubes el precio del grano. La arepa de nuestra tradicional dieta, empezó a reducir tamaño. Se convirtió en una manera de botón para indumentaria de payaso. También hubo, como es lógico, acaparadores de maíz. Apareció hasta un mercado negro de maíz. Se vio, en cambio, mucho comerciante enriquecido por los altos precios a que se llevó el antiguo grano nacional.

La gente en general ha visto con indiferencia este problema. Si el maíz se acaba, se comerá otra cosa o se traerá de otra parte. Lo que interesa es que el petróleo nos dé la moneda para pagar lo que tengamos necesidad de importar. Es tan fácil traerlo todo del Norte. En lindas cajas nos viene un excelente pan horneado en Nueva York. También vienen cajas de cartón con virutas de maíz, aprestigiadas por el nombre de *Corn Flakes.* Traen, también, detestables trociscos de arepa horneada, que nuestras gentes "bien" saborean con deleite para hacer boca a los cocteles. Nosotros estamos para eso. Es elegante en el mundo internacional tener dinero suficiente con que comprar lo que se necesite, cueste lo que cueste. Además, así mantendremos la buena amistad de los vendedores poderosos.

Pero al lado de esta alegre e inconsciente actitud general, se vive el dolor de saber que la regocijada confianza puede trocarse en nuestra ruina definitiva. Signos a diario los topamos para pensar en el final de nuestro festivo drama. Acabo de tropezar con uno que jamás pudieron pensar nuestros buenos y confiados abuelos. El domingo último fuí invitado a un campestre sancocho de gallina. Yo estaba cerca de la olla del sacramento, cuando ví que la señora de la casa abría unas pequeñas cajas de cartón envueltas en papel impermeable, de las cuales sacaba mazorcas de maíz para echar en la hirviente marmita. Acuciado por la curiosidad, madre de sabios y madrastra de tontos, pedí que me mostrasen las cajas. ¡Dios, lo que ví! Mazorcas heladas, mazorcas traídas en las cavas de los barcos del Norte, bajo el nombre de *Frozen corn on cob.* ¡Mazorcas heladas!... No hablé nada, porque se me heló la sangre. No sé si de tristeza o de rabia. En cambio, la señora habló hasta por los codos para ponderar las excelencias de este rico, dulce, maravilloso maíz en mazorca que estamos importando del Norte. "¡Es divino!", decía la dama, con un regusto de maritornes en día de fiesta.

GANADO

a Juan José Palacios

Por 1546 vivía en Cubagua el Capitán Francisco Ruiz, cuando recibió pliegos de Santo Domingo con orden de trasladarse a Maracapana, para encabezar una expedición que abriese camino hacia el Nuevo Reino, a donde era preciso llevar una punta del ganado que ya se multiplicaba en Tierra Firme. "Desguazando ríos desbordados", como se lee en la probanza, cumplió su duro encargo el valiente castellano, a quien acompañaban cuarenta hombres de caballería y buena masa de negros. Esta expedición debió haber desarrollado un arco de gran amplitud y sobrado riesgo a través de las llanuras venezolanas, para concluir con el dominio de la áspera cordillera de los Andes granadinos.

El hacer caminos era oficio diario de los conquistadores. Fracasada su tentativa de dominar a los indios de la región cuicas, Diego Ruiz Vallejo y Juan de Villegas, retornaron a El Tocuyo el año 1547, donde, para tener ocupación fructuosa,

Determinaron pues de hacer saca
A tierra de longuísima distancia,
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,
Sería de grandísima ganancia,
Si por los llanos, acia Guayamaca
Cortando por aquella circunstancia
Se pudiese hallar algún entrada
A este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,
Con soldados que trajo de buen tino,
Y no pequeña copia de ganado,
Procuró descubrir aquel camino;
Y fué tan venturoso y acertado
Que con gran brevedad al reino vino:
Vendieron principal y multiplicos,
Y a sus moradas se volvieron ricos.

Y aunque pareció vender barato
Según suele quien usa mercancía,
Algunos perseveran en el trato
Y enriquecen con esta granjería:
Y desde entonces se estampó contrato
De que gozamos todos este día,
Y dura y durará la compra y venta
que por aquel camino se frecuenta.

A la fría Tunja, donde escribía sus "Elegías" el Beneficiado Juan de Castellanos, llegaba, pues, a fines del Siglo XVI el ganado que los españoles habían radicado en nuestro suelo nacional. No sólo bastaba para el consumo del criollo de acá, pero también para hacer trato con las Provincias del Nuevo Reino de Granada.

En las capitulaciones para nuevos gobiernos, el Rey ordenaba que se trajesen vacas, ovejas, puercos, ya que el indio apenas comía venado, báquira, iguana y lapa, y en el litoral, pescado fresco o conservado en sal. "Agora mas se le han acrecentado con nuestra venida vaca e carnero. Esto comen los Indios", escribían en 1579 los Regidores de Nueva Segovia. Se había igualado nuestro aborigen al hombre europeo del Siglo XIII. "La carne era de los mismos animales que consumimos hoy día: buey, vaca, cordero, cerdo", escribe un historiador contemporáneo, cuando pinta la vida material del hombre del medioevo europeo. Los dos mundos se habían equiparado en materia alimenticia. Ya era dueño nuestro indígena de una nueva fuente de proteínas, que avivarían su energía y darían mayor capacidad a su resistencia.

Con la vaca y el buey, vino el caballo. El indígena miró míticos valores en el ímpetu de las cabalgaduras. Luego les tomó confianza y robó caballos del poblador, para probar la suerte de la carrera sobre pies extraños. El llanero ya es tipo mestizo. Es el hombre que conoce las quiebras del suelo y que sobre él cabalga en pos de la aventura. Potros, caballos, novillos, vacas, carneros y mautes llenan la anchura venezolana. De los puertos salen embarques de cecina, cueros, cordobanes y jamones, que van a Santo Domingo y Cartagena. No había doblado su cabo el Siglo XVI, y de Mérida y Trujillo se enviaban jamones para aquellas ciudades. Y al hacer los Alcaldes de Nueva Zamora, en 1579, la descripción de la región, declaran que "se da en esta tierra el ganado vacuno, porque se cría muy grueso, y las novillas de a dos años vienen en esta tierra paridas, y es tan buena tierra para ganado, que ha acaecido en esta tierra matar toro andando con atajo de vacas, y sacarle más de siete arrobas de sebo y grosura".

Con el tabaco, el cacao, el café y el añil, ambos ganados constituían a principios del Siglo XIX la fuente principal de riqueza de Venezuela. Cuando comenzó la guerra de Independencia, según cálculos de Codazzi, había en nuestro país 4.800.000 cabezas de ganado vacuno; 430.000 caballos y 270.000 mulas. Por eso la suerte de la libertad estuvo en manos de quienes dominaran los Llanos. Guayana resistió el empuje de la Revolución hasta tanto el indomable Piar rindió las Misiones del Caroní. El triunfo no radicó en acallar la prédica de los Capuchinos realistas, sino en quitarles las ricas fuentes de aprovisionamiento que constituían los gordos ganados de las maravillosas y ricas sabanas de Guasipati. Cuando Bolívar entró en Angostura, a la par que se ocupó en organizar la Segunda República, ordenó los grandes salazones para la campaña de los Llanos y de Nueva Granada. La carne fué racionada, pues se necesitaba cecina, cecina, cecina, como nerviosamente decía Bolívar. La gente angostureña tuvo que ocurrir al escaso peje del río o a la dieta frugal. Al propio Libertador, para moverlo a ceder en la rigidez de sus ordenanzas bélicas, cantaron unas lavanderas del riachuelo de La Logia, sitio cercano a la quinta donde se hospedaba el Padre de la Patria, la siguiente coplilla:

La cabeza me duele
y el cu...erpo me arde,

por comer merecure
en lugar de carne.

Bolívar celebró el espíritu festivo de las lavanderas, y ordenó se les diese carne fresca.

Cuando la carne cecinada fue suficiente y los rifles venidos de Inglaterra aseguraron una superioridad sobre el enemigo, Bolívar remontó el Orinoco y fué a concluir en Boyacá su parábola de victorias. Los hombres que portaban el estandarte de la libertad, cargaban como bastimento, carne de los mismos ganados venezolanos que el Beneficiado Castellanos vió llegar a Tunja, cansados y desmirriados, a fines del Siglo XVI. Había prosperado la cría. Con ella se había creado una riqueza y una conciencia de nacionalidad, cuyo primer supedáneo era la independencia económica. La guerra no podía hacerla un pueblo sin carne ni pan propios. La cría había servido de instrumento a los fieros soldados de la libertad.

En 1949 fuí como representante diplomático de Venezuela a Bogotá. Desde el avión, cuando llegaba, admiré la opulenta cosecha vacuna que puebla la deliciosa Sabana santafereña. Aquello da impresión de abundancia y de riqueza. Luego, a mi oficina acudieron los negociantes de ganado que solicitaban licencias para traer cabezas a Venezuela. Más tarde, el Gobierno me ordenó obtener permiso para adquirir dos mil vacas de vientre para fortalecer nuestra decadente ganadería. Me tocaba, pues, vivir el reverso de la abundancia antigua. Ya en Venezuela no había ganado. En años anteriores, aún cercanos, exportábamos tasajo para el Japón, y enlatados de carne para Panamá, Centro América y las Antillas. Años atrás se enviaron novillos a Cuba. Algunos vivos le "metieron" a los compradores vacas por machos. Los negociantes hacían la vista gorda y se dejaban engañar de nuestros "vivos". Aquellas vacas parieron y dieron fuerza a la ganadería cubana.

¿Dónde está nuestro ganado? Un viejo llanero me decía en días pasados: "Hay fundaciones de las que solo queda el sitio y el tablero". Unos dicen que hay suficientes reses y que no debe permitirse la entrada de ganado forastero. Otros asientan que no hay ganado en sentido nacional y que

debe racionarse la carne. Cristo dijo: "Por el fruto conozco el árbol". El fruto principal de una buena ganadería es la leche. Y nosotros estamos tomando leche importada. Claro que es higiénica y fácil de manipular la leche en pote. Y también da buenas ganancias a los importadores. Según el criterio de los abogados petroleros, su libre importación debe mantenerse en beneficio de la industia aceitera. Si se la cohibe, pueden venirnos represalias. Cualquiera, en cambio, pensaría que es patriótico fomentar la lechería nacional. Otros, más prácticos, creen que es más cómodo tener nuestras vacas en las praderas yanquis. Por lo menos allá, dicen, no les da aftosa (Y ya sirve para algo la peste).

Si no hay leche, tampoco hay suficiente carne para la dieta del pueblo. Somos el país de la paradoja. La nación que en América tiene *per capita* el más alto Presupuesto Público, ocupa el último lugar como consumidor de carne: kilo y medio mensual por cabeza. Por eso se nos dificulta a todos saborear con frecuencia un buen Chateaubriand. Para comerlo, hay necesidad de sacrificar el salario de varios días o esperar que un amigo nos invite al *Paris* o al *Vert Galant.* A mis amigos les recomiendo, sin embargo, un sistema cómodo para gustar buena carne. Aviven la imaginación y lean cualquier libro con buenas recetas de asados. Lo demás es obra del espíritu. Y no hay que olvidar que la carne es uno de los grandes enemigos del alma. Nosotros caminamos a la espiritualidad absoluta. Mientras menos carne tengamos, nuestro ayuno adquirirá perfiles de Cuaresma. Si a lo mejor pudiéramos salvar el alma para la vida eterna. Pareciera que eso buscasen los yanquis, cuando nos invitan a rezar sus mismas preces y a comer esos magníficos pavos que traen en las cavas generosas de la *Grace Line.* No hay como tener amigos diligentes y serviciales. ¡Qué vivan los gringos!...

ALGODON

a Jesús Leopoldo Sánchez

Los Alcaldes de la Nueva Zamora de Maracaibo, cuando a instancias del Gobernador Don Juan de Pimentel, describieron en 1579 la ciudad y sus términos, dejaron anotado que podía sacarse de la Laguna, hacia puertos extraños, "mucha ropa de algodón". Claro que no se trataba de ropa hecha, como esa que hoy nos viene de Estados Unidos, sino simplemente de lienzos y tejidos, conforme a la primera acepción que reconoce al vocablo el Diccionario de la Lengua Castellana. ¿Cómo labraban sus tejidos los indios dedicados a esta labor? Pues, seguramente, en los mismos rústicos telares que hasta hoy usan algunas tribus del Sur.

Siguiendo la husma en los informes de la época, hallamos que los Alcaldes de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo anotaban, en relación coetánea a la de sus colegas marabinos: "No se vive de ninguna granjería sino de sembrar un poco de algodón y hacer algunos lienzos, algunas mantas y hamacas". Al declarar los Alcaldes de El Tocuyo la suerte de granjerías de los vecinos, decían "...el tracto y contractación principal de la tierra es... algodón que se hace hilar i hilado se hace lienzo con que se tracta y contracta y sostienen los vecinos". Hace también referencia el Gobernador Pimentel, en su relación de Santiago de León, al trueque de lienzos de algodón que se mantenía con los vecinos de Margarita. Por donde se evidencia que antes del arribo de nuestro abuelo hispánico, ya el indio había visto cómo

el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve,

según el verso magistral del viejo Bello.

Parece que la región donde mejor prosperaba la industria del tejido fuese la de El Tocuyo y la Paz de Trujillo. Dice Aguado, que los moradores de El Tocuyo tenían noticia de los indios cuicas, en razón de que " algunas veces enviaban algunos criados suyos con rescates a que comprasen hilo de algodón". Interesaba a los vecinos de El Tocuyo el algodón de los cuicas para alimento de la industria de telares que había propulsado el Gobernador Pérez de Tolosa. Yo logré ver en mi infancia trujillana, que lamentablemente me ofrece ya ricas perspectivas de tiempo, una burda jerga, coloreada de azul, llamada *Tocuyo.* Tal fue la fama y precio de estas telas, que Fray Pedro Simón dice que llegaron con su nombre local hasta los reinos de Quito y del Perú.

Cualquiera dirá que en el orden nacional cultivo yo el chovinismo, por las frecuentes citas que hago de Trujillo; mas, sucede que en materia agrícola mi región nativa es retazo completo de tierra, con páramos, valles, mesas, llanuras y costas, donde se producen desde el trigo y los duraznos de altura hasta el cacao enamorado de los litorales. De otra parte, es cosa excusada que yo sepa algo más de historia local de Trujillo que, pongamos por caso, de San José del Unare, población de Guárico, para mí célebre y grata apenas por ser cuna del incomparable Pedro Sotillo.

Hallaron, pues, los españoles algodón en América, así se haya escrito recientemente entre nosotros que fue introducido por los colonos europeos. En su segunda carta a Carlos V, Hernán Cortés refiere cómo Moctezuma le había ofrecido unos tejidos de algodón de gran belleza, tanto por el color como por el arte de labor. Juan de Castellanos al referir la paz que los españoles entrados a la provincia de los cuicas celebraron con el cacique Boconó, nos dice

La cual a nuestras gentes peregrinas
Hizo guardar Vallejo muy de veras;
allí le presentaron mantellinas
o mantas de algodón algo groseras.

Y al describir el templo de la diosa Icaque, situado en alrededores de la actual ciudad de Escuque, dejó escrito el mismo cronista que

Descubren de los ídolos los senos
Hechos de hilo, no sin sutileza,

lo cual confirman los Alcaldes de Trujillo, al decir, en 1578, que sus ídolos "eran hechos de hilo de algodón".

Tan abundante llegó a ser en aquella región la recolecta del algodón, que al otorgar carta testamentaria por 1685 el Capitán don Andrés Sanz de Gaviria, consignó una cláusula en los siguientes términos: "Item. declaro que es mi boluntad que a cada una de las indias de mi encomienda se le den media arrova de algodon por via de restitución de lo que puedo serles en cargo de lo que me ubieren hilado y ci con la dicha media arrova de algodon no satisfago enteramente Ruego y encargo al Padre doctrinero que oi es que aviendoles satisfecho la dicha media arrova de algodon les pida en mi nombre que por amor de Dios me perdonen lo mas que les estubiere deviendo".

Que averigue Vargas quién introdujo el algodón en nuestro mundo de América durante la época precolombina, puesto que su *habitat* es la India asiática, de cuyos pobladores dejó escrito Herodoto que lo tejían con lucimiento. En España, Francia, Italia, Inglaterra se le designa con nombres derivados del árabe *goton.* Algodón vale por *al-goton.* Los indios de mi tierra lo llamaban *chachó.*

Torcer el algodón, así no fuera para tejer lienzos, constituyó durante la Colonia y durante la República una pingüe industria. Con él se fabricaban hamacas, cordones, capelladas y pabilo. El pabilo era el alma de la luz. Ni la cera, ni el sebo, ni el aceite alumbraban sino en gracia de la mecha, donde era recogido el fuego del pedernal. Mientras no hubo alumbrado eléctrico, el comercio de pabilo fue de grandes dimensiones de lucro. Don José María Rojas, padre del famoso Don Arístides y del escritor José María, era llamado en Caracas "Rey del Pabilo", en razón del gran negocio que tenía de este renglón algodonero. Por eso, cuando al insigne autor de las "Leyendas Históricas" informaron que su hermano había comprado un Marquesado pontificio, respondió, rápido y burlón: "Siempre tonteando el pobre José María. ¡Cómo va a hacerse Marqués, cuando nosotros somos "Príncipes del Pabilo"!

Junto con el pabilo para las candelas del alumbrado y de los templos, se tejió la hilaza para la capellada de las alpargatas, ora de fique, ora de suela. Gran industria, que ha dado alimento a numerosos hogares venezolanos, la de tejer capelladas para la fábrica de *valencianas.* (Así se llamaron en Occidente las alpargatas de suela y capellada tejida, que originariamente eran llevadas de la ciudad de Valencia). Las niñas pobres recibían su maquinilla o telar del industrial, junto con los hilos de diversos colores, y en el recatado silencio del hogar ganaban con altiva modestia el sustento de la familia. También los hombres trabajaban en sus domicilios en la obra de montar capelladas y taloneras. Mis manos de muchacho se endurecieron en este oficio, cuando me fue necesario ganar lo que la madre generosa no podía propocionarme.

El gran desarrollo de la agricultura algodonera en nuestro país coincidió con la invención de los telares automáticos (1776). De 1782 en adelante las siembras tomaron cuerpo en todo el país. En 1795 se exportaron cincuenta y siete mil setecientos noventa y cinco libras para países extranjeros, por sólo el puerto de La Guaira. Cuando Depons visitó a Venezuela, encontró en Aragua simples molinos de madera para el desmote e hilado, mientras en Cariaco se utilizaban molinos metálicos. Por 1840 se expedían al Exterior alrededor de treinta mil quintales. Ocurrida la Guerra de Secesión en Estados Unidos, quedó libre la antigua mano esclava, y con el alza de los salarios, subió el costo del algodón. Esto hizo valorizar la agricultura algodonera en general. Sin embargo, de 1876 a 1881 hubo un notable descenso en nuestra producción de algodón, a causa de diversos problemas interiores. En lo sucesivo la siembra del fruto se intensifica, en razón del desarrollo de nuestra industria textil.

Por entonces el viejo Domingo Antonio Olavarría había organizado en Valencia una compañía anónima, de mucho más aliento que la rudimentaria empresa establecida en Macarao el año de 1858 por los señores Juan y Gabriel Machado. Aquí empieza en serio nuestra industria textil, que hoy, en pleno desarrollo, lucha con la competencia de los hilados extranjeros. Ante una superabundante producción de fibra en 1951, (cuatro millones de quilos, cuando nuestros telares despachan sólo tres), los algodoneros y los tejedores acudieron con éxito a los

organismos oficiales, quienes han tomado la buena medida de subir los aforos de los hilados extranjeros y de impedir la importación de ropa hecha, actitud lógicamente proteccionista que debiera extenderse a muchos otros renglones, y con la cual podría remediarse en parte las fatales consecuencias de la "tonta curiosidad", denunciada por Julio Salas como "desgracia propia de pueblos semi-civilizados". El ilustre sociólogo decía: " Creemos inocente y aun laudable enviar nuestro dinero fuera del país en cambio de artefactos exóticos, muchos de ellos no de primera necesidad, que con su introducción a Venezuela crean una ficticia falta que nos hace seguir dando anualmente nuestro oro patrio. Está aún en nuestro cerebro, a este respecto, el infantil criterio con que hace cuatrocientos años los indios de Margarita entregaban a Niño y a Guerra sartas de magníficas perlas a cambio de cascabeles, abalorios y espejitos". Esto escribía en Ejido de Mérida, por 1905, el celebrado autor de "Tierra Firme". Jamás pensó el eminente compatriota que llegaría a importarse de todo en Venezuela. Hasta rubios huérfanos que vienen a dar compañía artificial a hogares horros, donde los niños venezolanos no tienen acogida. Claro. Son niños de la tierra y entre nosotros sólo tiene aprecio lo importado.

Tabaco y algodón puede decirse que son los frutos aborígenes que han tenido un progresivo desarrollo en nuestra economía, pues el cacao, con todo y ser un producto de precio más o menos firme y de ser el nuestro el mejor del mundo, no se produce en la cantidad debida. Claro que algodón y tabaco han tenido y tienen sus poderosos enemigos en las telas y en los cigarrillos importados, y años ha habido en que del exterior se ha traído para alimentar nuestros telares la nívea fibra. También el maíz sagrado y la venerada papa se ven sustituídos por productos extranjeros. Aún la propia yuca compite con un almidón forastero, que gana estima con su nombre gringo.

Los que saben de hilados, hablan de que los nuestros son caros, porque son anticuados los telares y la producción invierte mucha mano. Entonces ¿por qué no se mejoran las máquinas?... Donde todo se cambia, donde todo se muda, donde todo se moderniza, lo único que se conserva es aquello que desmejora la economía nacional.

TRIGO

a Mons. J. Humberto Quintero

Del trigo precisaría, más que una historia, una meseniana. Para verlo dorar aún en nuestra tierra patria, es obligado escalar las altas montañas andinas, en cuyas empinadas faldas y mesetas, y así esté de capa caída, permanecen enhiestas las finas espadas de las espigas. Frente al altivo maizal el español plantó el arrogante trigo. Eran los mejores símbolos botánicos de las culturas que se fundirían en el nuevo y ancho mundo de las Indias. La bárbara y vegetal del aborigen, ya olvidada hasta de su "helénico" esplendor, y la vieja cultura europea, llena en aquellos momentos de todo el fresco vigor renacentista.

Se inventan distintos caminos al trigo para su entrada en el Nuevo Mundo. Se le hace viajar a América en las finas manos de una dama y en las duras manos de un negro. La dama lo traería a Sudamérica. El negro a la América del Norte. Si se tratase, pues, de fijar prosapias, el nuestro tendría pergaminos de femenina nobleza. El del Norte, cuya harina hoy comemos en Venezuela, tendría de emblema, como el esclavista Hawkins, un negro encadenado.

El nuestro entró con los propios conquistadores. En las Relaciones obandianas, que en nuestra historia llevan data de 1578 al 82, se habla generosamente de trigo. I aún más: se hace referencia a la exportación de sus productos. "Han salido ya navíos cargados de harina y bizcocho", escribían los Alcaldes de Maracaibo, Párraga y Argüelles. El valle de Caracas estaba ya cubierto de trigo y vestido de molinos a fines del Siglo

XVI. Mérida hasta el Siglo XVIII se mantuvo rodeada de trigales. Las vegas de la Otra Banda, llenas hoy de café y de caña, se vieron antaño doradas por la espléndida espiga. Los Valles de Aragua retuvieron el trigo, lo mismo que El Tocuyo y Quíbor, hasta mediados del Siglo XIX.

Aunque Codazzi dé como razón del abandono del trigo la circunstancia de que el agricultor prefería las fáciles siembras de café, de algodón, de plátano y de maíz, creo que hay necesidad de hacer cuenta de otros factores. Junto con el cansancio y la erosión de las tierras y el enflaquecimiento de la semilla, yo pongo a la Compañía Guipuzcoana como contribuyente a la agonía del trigo. Ramón Díaz Sánchez me hace el honor de enfrentar esta tesis mía a la que han sostenido, con Arístides Rojas a la cabeza, brillantes economistas venezolanos. Insinúo yo que la Guipuzcoana no creó nuestra riqueza agrícola. Para saber lo que era nuestra agricultura anterior a los vascos, basta leer el memorial de Don Pedro José Olavarriaga que se guarda en la Academia Nacional de la Historia. Este documento no lo conoció Rojas. Olavarriaga vino por 1721, cuando el proceso de Portales y Meneses, y aprovechó de levantar una memoria sobre nuestra agricultura. Justamente esta memoria sirvió para abrir las fauces en la Corte. Constituida la Compañía, vino el propio Olavarriaga por primer Factor. Los guipuzcoanos lucraron con los frutos exportables, que eran cacao, tabaco y cueros. Con alguna tardanza aprovecharon el café y el añil. El aguardiente de caña lo vieron como enemigo de los vinos de la Península. Del trigo les interesaba su importación de España. Por ello no cuidaron su permanencia como agricultura de primera línea. Fundamentalmente los guipuzcoanos eran embarcadores y comerciantes. A éstos les interesa el tráfico y no el origen de los productos. Para ellos el negocio es vender siempre.

Cuando la República empezó a convalecer de los males de la guerra de Independencia, el trigo estaba limitado a la Cordillera, un poco a Lara y un menos a los valles de Aragua. (Humboldt, a principios del Siglo XIX, visitó los trigales de La Victoria y calculó una posibilidad de rendimiento que dobla las de las tierras del Norte). Pero entonces era un buen negocio importarlo de Estados Unidos, y los barcos del Norte empezaron a hacer lo mismo que la Compañía Guipuzcoana había hecho durante el siglo anterior.

En la región de la Cordillera ha habido un empeño hasta estos días por conservar las siembras de trigo. No hace muchos años Carlos Gonzalo Salas puso a un lado los libros de Derecho y se dedicó a predicar sobre el trigo. Pero también a Los Andes se lleva el trigo del Norte. Tanto como haber llevado buhos a la antigua Atenas.

Esto tal vez no lo pensaron los hombres antiguos. Ni los del pasado siglo, que se interesaron en perfeccionar la industria harinera. Primero entre todos los trenes modernos para moler el trigo que se instalaron en la Cordillera, fué el "Molino de Los Andes", montado en Trujillo por don Luis Parilli, alrededor de 1880. En la famosa Exposición de Mérida, de 1888, obtuvieron las harinas de este molino el Primer Premio. Yo ví funcionar en toda su plenitud esta molienda, que abastecía a Trujillo de afrecho, harina de segunda y harina de flor, igual a la harina que se trae del Norte. Más tarde ví sus ruedas, poleas y cedazos cubiertos de polvo y telaraña. Un poco después ví sólo las paredes del viejo molino. Hoy apenas queda el sitio. Cuando fuí recientemente a Trujillo, me detuve ante el lugar del viejo molino. Hablé con un trujillano amigo acerca de su ruina. Este trujillano ya se ha conformado con estas cosas. "Qué te parece, el trigo no era bueno", me dio como respuesta. El no sabe estas cosas viejas que yo me sé, y por ello ignora que Fray Pedro Simón dejó escrito que en ninguna parte de las Indias comió mejor pan que el pan elaborado con la harina de Trujillo.

Se muele un poco de trigo en nuestros yermos páramos, y en Mucuchíes y en Mucurubá y en algunos páramos del Táchira y Trujillo, agonizan en pie, como los árboles de Casona, los viejos molinos que dieron prestigio y riqueza a la región.

Por 1906 y con carácter de monopolio, se instalaron en Maiquetía modernos molinos para beneficiar el trigo extranjero, introducido al granel. (Recientemente un señor Atayde propuso igual empresa). A la caída del General Castro aquellos molinos fueron abandonados, y los interesados en la introducción directa de la harina, lograron el absurdo de que trigo y harina fueran metidos en el mismo aforo aduanero. Lo racional hubiera sido mantener las moliendas de trigos importados, mientras no se produjese trigo criollo. El mismo proceso de desmantelamiento del molino trujillano sufrieron estos molinos del litoral.

Aquellos molinos, los más grandes montados en el país, despertaron un fervoroso entusiasmo en el país. Al respecto escribía Francisco de Paula Alamo: "Terrenos adecuados nos sobran, y si nos atenemos en la práctica a lo que la observación científica nos enseña, volverá a ser el trigo producto venezolano". Poco tiempo falta para que se cumpla medio siglo del voto esperanzado de Alamo. Por ningún lado aparecen los rubios trigales que pudieran dar alimento a nuevos molinos. La harina nos viene del Norte. Blanca, limpia harina, que suple nuestra carencia de iniciativa. También vienen de Nueva York el pan ya fabricado y las tortas y los ponqués semifabricados. Nuestra vieja harina prieta, llena de principios vitamínicos, no la come el pueblo. También, para suplirla, los yanquis nos envían cajas de *Bran*. Es fácil recibir todo listo del Exterior.

Venezuela no produce trigo. La dignidad nacional de la espiga apenas tiene defensores en los sanos campesinos de la cordillera andina. Queda allá como un símbolo de fecundidad y como una dorada bandera de esperanza. No son iguales todos los tiempos. Si no aquel trigo, viejo y cansado, nuevas semillas podrán derramarse sobre nuestras tierras. La voluntad lo suple todo, y en los laboratorios se acondicionan hoy semillas para los distintos climas.

Pero los hombres de la montaña viven con su trigo un orgullo religioso. Cuando se arrodillan en sus templos ante el Señor Sacramentado, saben que fue trigo suyo, cultivado por sus manos, el que se transustanció en Pan de Divinidad. I cuando vuelcan toda su agricultura para adornar los arcos de la fiesta del Corpus Christi, sienten cómo la tierra se hace espiritual, divina, a fin de aumentar con dones vegetales la fuerza de su plegaria...

EL PAVO

al Cap. Alejandro Fernández Ortiz

Los españoles llamaron pavo a esta egregia gallinácea por su parecido con el Pavo Real, ya domesticado en Europa a la hora del descubrimiento de América. Los ingleses lo denominaron *Turkey* (Turquía), por su semejanza con la Gallina de Guinea, llamada en Europa Gallina de Turquía, en razón de habérsela creído oriunda de este país. No sé cómo llamaban en su lengua al pavo los indios de Norteamérica. En México se le designa *Guajalote,* en Costa Rica *Chompipe,* en el Perú *Pisco.* En los Estados de la Cordillera andina se le da este nombre, también usado en Colombia, donde, por derivación lingüística centroamericana, se le llama, además, *Chumbipe.* Los franceses lo denominaron *Dindon,* y también *Coq d'Inde,* por su origen americano, de donde deriva a la vez el nombre de *Perú* que le dan los portugueses. También lo llamaron en París, *Jesuita o Gallo de los Jesuitas,* por haber sido éstos sus introductores en la Ile de France.

En Francia el pavo logró su apoteosis culinaria cuando se le aderezó con trufas. Las trufas tienen en el orden gastronómico un sentido gótico. Cerca de las viejas ojivas del medioevo francés tenía que aparecer por vez primera el *Pavo trufado.* "Es la más grande, y si no la más fina, al menos la más sabrosa de nuestras aves domésticas", dice el maravilloso Brillat-Savarin, quien, con profundo sentido de juez, la declara uno de los mejores regalos de América al Viejo Mundo. En tal precio tuvo a nuestro pavo el ilustre *gourmet* y magistrado francés, que guardaba gratitud a la Compañía de Jesús, por haber dejado libertad, en medio del

rigor ignaciano, a aquellos mundanos hijos que en las huertas de Bourges cuidaron los primeros pavos llegados de las Indias. Tal es el sosiego y la alegría que pone en el espíritu un *Dindon truffé,* que un viejo recetario francés apunta esta frase, atribuída a una monja carmelita, recién salida del ayuno cuaresmal: *Manger de le dindon, et aprés la morte.*

En sentido figurado, pavo vale por engreído y vanidoso. Pero esta connotación le viene a la palabra por el pavo asiático, de cola multicolor. El nuestro, si en verdad tiene sus veleidades de grandeza, parece que es animal prudente, a quien bien cuadra el papel que le asigna Florián en su fábula del Mono y la Linterna mágica. Olvidado nuestro artista de limpiar la linterna, los pobres brutos no veían nada de lo que el mono quería mostrarles. Entonces el pavo, con graves y medidas palabras, dijo al empresario: "Yo veo alguna cosa, pero no sé porqué causa no distingo muy bien". En la corte de los animales el pavo tiene asegurada una alta posición palaciega, por si no fija una cartera ministerial. Buen arte es echar sobre espaldas y conciencia propias los defectos de los poderosos. Quienes así obran son llamados hábiles y finos políticos.

A la hora en que los Jesuitas suministraron a la cocina francesa esta "piece de resistence", ya los yanquis tenían el pavo en el orden de las cosas rituales. En la vida social estadounidense el pavo tiene un puesto tan elevado como la Constitución de Filadelfia o como el Discurso de Lincoln en Getysburg. Es el animal que une la conciencia cívica, dividida durante las elecciones por el burro y por el elefante de los partidos tradicionales.

Cuando viví en el Sur de Estados Unidos por los años de 1923, tuve oportunidad de ser introducido a un hogar americano que celebraba el *Turkey Day,* o el "Día de Acción de Gracias". Hermosa, conmovedora tradición que explica la fuerza del gran pueblo norteamericano. Recuerdan en tal día nuestros "buenos vecinos" el refrigerio a base de pavo y salsa de arándano que tomaron los "padres peregrinos", que llegaban de Inglaterra perseguidos por la Iglesia oficial anglicana. Unidos, peregrinos y puritanos, terminaron, ya libres de la persecución antigua, por tomar las prácticas intolerantes del puritano-calvinismo. Su

fuerza, como creadores de un sentido de nacionalidad nueva, se expandió por todas las Provincias del Norte. Con el puritanismo se distendió el hábito de comer pavo aderezado con salsa de arándano el cuarto jueves del mes de noviembre. El ágape primitivo era una "acción de gracias" por la salvación de los perseguidos. Después, fué hacimiento de gracias por el bienestar del pueblo norteamericano. La lectura sagrada se ha hecho de acuerdo con la confesión de cada hogar. Los judíos se dirigen a Jehová. Los islamitas a Mahoma o a Alah. Los cristianos a la Trinidad, a Cristo o al Padre Eterno, según el rito o secta. Todos coinciden en orar y dar gracias al Señor por la dicha del pueblo norteamericano. Tanto como fiesta de familia, es fiesta cívico-religiosa.

La constancia en esta hermosa práctica indica la fuerza que en el gran país del progreso y de la industria mantiene la tradición. El yanqui es tradicionista y sabe imponer sus costumbres al forastero, y sabe, también, adoptar y respetar las costumbres de las grandes masas humanas que afluyen del Exterior a acrecentar la fuerza de la nación.

Dignos de aplauso son los yanquis por su "Día del Pavo". En cambio me parece espantosa la idea de difundir a todo el Nuevo Mundo dicha conmemoración. Dar gracias a Dios por los favores que concede a nuestros pueblos, es justo que lo hagamos quienes tenemos fe y practicamos una religión. Pero tomar como día común el viejo día de los puritanos yanquis, me parece algo inconcebible y aun contradictorio. No parece justo que mientras el conquistador dé gracias a Dios por el éxito de la conquista, el conquistado se alegre también por la misma causa. Esto podrán hacerlo marido y mujer en el caso de que se quieran bien después de la luna de miel.

¡Manes de Alonso de Ledesma! Justamente Amyas Preston, el pirata que vino a quemar a Caracas, era de la misma familia religiosa de los que perseguían o de los que huían de Inglaterra en razón de las luchas provocadas por el Cisma de Enrique VIII. Procedía el pirata de aquellos grupos de protestantes que, al saborear la gustosa rabadilla del pavo, celebraban con violentas burlas, la suerte de haberles caído en el plato la "nariz del Papa".

Nosotros, en nuestro calendario hispánico, tenemos otros días que pueden derivar de lo patriótico o de lo religioso. Ayer dimos importancia fundamental al 12 de octubre. Es el día de nuestra cultura hispanoamericana. También es día de todo el hemisferio. Los yanquis lo llaman *Columbus Day*. No les gusta como día continental, porque es un día español. El primer mensaje europeo que recibió la barbarie americana fué trasmitido en la lengua del Quijote, de Santa Teresa y de Ruy Díaz de Vivar. Si se trata de algo que recuerde nuestro origen común, ahí está pues, el 12 de Octubre. Día del encuentro del español con el indio americano. Eso sí nos es común a los que hablamos y sentimos en castellano y no en inglés. Si se trata de escoger un día que evoque la libertad americana, ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho.

Que se queden los yanquis con su pavo novembrino. Y que se les convierta en salud. Para nosotros, en dicha oportunidad, no sería alimento benéfico. Preferimos la lapa o el morrocoy indígena, y, sobre todo, la gustosa hallaca colonial. La hallaca, sobre todo, que para la región del caribe, es la mejor expresión culinaria de nuestro mestizaje. El maíz de la masa y el plátano de la hoja, dando consistencia a las finas carnes y regalados condimentos de Europa. Con ella ritualmente celebramos la Navidad de Jesús y la natividad de lo mestizo, donde reside la fuerza determinante del pueblo hispanoamericano.

Ahora, si se quiere un día común para la comunidad católica del Nuevo Mundo, ¿por qué se ha de escoger un antiguo día puritano y no un día católico? ¿No es, acaso, patrona de América la criolla Santa Rosa de Santa María de Lima?...

Demás de esto, aún no somos una colonia total de Estados Unidos. Todavía tenemos un pellejo y unos huesos enhiestos que pueden ganar la batalla de la dignidad nacional. Si los vivos fallan, llamaremos a los muertos. Ellos, como en la comedia de Casona, pueden espantar a los intrusos. Y para que los muertos nos ayuden, miremos con fuerza viva hacia los valores de la tierra. Hacia los valores que forjó nuestra tradición y hacia los valores materiales que, por abandono de conciencia, se nos están yendo de las manos. Si en el orden material todo lo

hemos venido recibiendo de los muelles neoyorquinos, no dejemos que en el orden moral seamos también colonia yanqui. Con sembrar papas, maíz y trigo, podemos recuperar mañana la independencia del pan. Si entregamos los valores del espíritu a la dirección interesada de los "buenos vecinos", seremos esclavos perpetuos. Los romanos dominaron en lo político y en lo material a los griegos. Estos, no sólo defendieron la integridad de su cultura, sino que, además, la impusieron a sus vencedores.

Defendamos, junto con la autoctonía de la tierra que sintió la veloz carrera de los potros de la victoria, las genuinas líneas de nuestro espíritu, expuesto a la total disolución que persigue la lenta conquista encomendada a "Selecciones", "Visión" y demás papeles yanquis que, en nuestra propia lengua, se encaminan a cambiar el alma de nuestro pueblo en crisis.

No dejemos que nuevas preces del "Common Prayer" caigan sobre el cadáver de Alonso Andrea de Ledesma. Defendamos su vida de fantasma consagrado a vigilar nuestro territorio moral. ¡Que sea el guardián perpetuo que nos prevenga a las desgracias!...

LA HUERTA

a Mariano Yepes Gil

Junto con la agricultura que servía de pie para la alimentación general, (maíz, yuca, papas y batatas), el indio cultivó raíces, tubérculos y frutos que daban variedad a su dieta, (ocumo, guajes, lairenes, auyamas, arracacha o apio de la tierra etc.). Luego sembró con el trigo y el arroz que introdujo el español como alimentos principales, las verduras y las hortalizas venidas de España para adorno y regalo de la mesa de los colonos.

A más del conuco rural, estos cultivos hallaron buena tierra en la propia ciudad. Caracas misma tuvo hasta años no muy distantes, grandes solares donde, junto con el jardín, verdeaba la huerta generosa. En pueblos del interior, ésta duró más, y aún permanece con todo esplendor y largueza en lugares como Carache, Boconó, Guarico, Los Teques, Ejido, Ocumare del Tuy.

No es necesario remontar a la Colonia para mirar una de estas ubérrimas huertas. Basta entrar en las casas de ciertas poblaciones del Interior. I para llegar con entera confianza a alguna parte, tomemos una fecha con solera de años. Digamos 1905. En este año yo vivía en Trujillo, y a fuer de muchacho, me metía en las casas ajenas. A las personas grandes era cosa más difícil. Haga usted el viaje. Llega al zaguán, donde seguramente ha dado con una de esas lápidas de mármol, colocadas a boca de siglo sobre los dinteles, que lucen una cruz y la leyenda *Christus vivit.* Saluda usted a la viejecita alegre que sale a abrir la puerta.

Sombrero en mano le da los "Buenos días". Entonces ella, con filosófica desconfianza, le responde con un "A la tarde veremos". Sí, señor. Sólo a la tarde, cuando de las bardas se haya ido el sol, se podrá saber si ha sido bueno el día. ¡Qué de cosas saben estas viejecitas! ¿I a cuenta de qué va usted a visitar tan de mañana la casa vecina? No hay servicios públicos de aseo, ni inspección sanitaria de ninguna clase que justifique esta visita inopinada al interior de una casa. En tiempos de guerra, se acostumbraba entrar en cualquier parte, como Juan a su casa, para echar mano a la bestia de silla del señor. Cosa de bestias solamente. Las autoridades respetaban los hogares. Muchas veces, por seguir ocultando a los maridos perseguidos por la política, las señoras se vieron en el mismo trance de Doña Joaquina Sánchez. (Esta visita de hoy de nuestro vecino es para buscar una gallina que voló la pared divisoria. Con los ojos de este buscador de gallinas miremos el mundo recatado, apacible y sencillo de esta casa de familia).

Primero da usted con el jardín. Toda casa tiene un pequeño jardín a la entrada. Usted encontrará en él algunas matas de rosas. En estos años las más frecuentes son la Rosa de Cristal, la Rosa Guayaba, la Rosa Cien Hojas, la Rosa Duquesa. ¡Cuándo han de faltar una o dos matas de Jazmín de Malabar! Ni hay tampoco jardín alguno que carezca de un enredo de Jazmín Real. Con él perfuma la abuela sus untos. En la noche, confundido con el aroma de la mata de Resedá, sale a la calle la fragancia del jazmín. (También, en la noche se pone a la ventana, tras la celosía, la muchacha enamorada, que espera ver pasar por la otra acera al tímido galán). En el jardín también hay Fucsias, Margaritas, Cuarenta Días y Siemprevivas. En viejas tinajas lucen hojas de Corazón de Jesús y de Corazón de María. En tiestos, también, son cultivados el Geranio de olor, la Albahaca, la Aroma y el Romero. En el suelo rastrean las Violetas y la Madreselva.

La gallina está en el solar. El solar de estas viejas casas es casi un latifundio. En ellas usted encuentra árboles frutales: naranjos, mangos, caujaros, aguacates, guayabos, papayas, mamones. No falta jamás una mata de algodón, de donde se saca la fibra para las mechas de la lámpara y la mota para los usos domésticos, ni faltan, tampoco, la mata de limón y algún naranjo, que hoy están cubiertos de azahares. Hay también una

mata de onoto. (En otras partes se le llama achiote o bija y también caituco). En Trujillo el pueblo carga de achiote la comida. Hoy se sabe que el achiote es una admirable fuente de vitaminas. El gran solar donde nuestro vecino busca la gallina, tiene divisiones y cercados. Hacia un lado encuentra usted la huerta. En el otro está el patio de las gallinas y de los patos. Cuando usted está entrando, uno o dos pavos pasean llenos de vanidad poética el abanico de sus colas. Al final hiede la pocilga, donde se engordan tres o cuatro cerdos, que son la alcancía de la familia. En la huerta se consigue a veces hasta yuca y maíz. Pero lo socorrido son las yerbas y las verduras que España metió en América desde comienzos del Siglo XVI. Allí están las berenjenas, que según Oviedo y Valdés encontraron a "su propósito esta tierra como a los negros la Guinea"; el apio de Castilla o cédano, que hoy se trae de Nueva York en las cavas de los "Santas"; culantro y berros; lechugas, traídas hoy en hielo desde las huertas norteamericanas; rábanos, que se dan en América mejor que en España, "más gruesos que un brazo de hombre, y muy tiernos, y de mucho sabor", dice haberlos visto el Padre Acosta; perejil, repollo y coles; nabos y zanahorias; yerbabuena, manzanilla, acelgas, pepinos, ajíes, tomates en sus trojes de carrizo (En la tierra que lo permita, usted encontrará en la huerta familiar verdes manzanas, fragantes duraznos y hermosas parras). En las bardas de este solar trujillano, junto con la siembra de vidrios de botella, para evitar el paso de algún ladronzuelo, verá usted las opulentas cebollas reventadas de violáceas parásitas, que dan más color a las luces mortecinas de la tarde.

Tenían, pues, nuestros viejos pueblos la huerta en el corazón de las propias casas de familia. Todo un mundo, espiritual y económico, vivía entre las paredes de estas casas silenciosas. Su producto, como siempre sobrepasaba las necesidades hogareñas, era fuente de entradas, Se le vendía al menudeo por las calles o en la vecina pulpería. Solía haber, también, en la casa vacas de ordeño, a las cuales se les daba nombres cariñosos. "Flor del Campo", "Golondrina" y "Princesa" se llamaban las vacas de mi casa. Para que no dañasen lo sembrado, dormían amarradas. En la mañana, la señora ordeñaba en la ancha totuma, y de la leche que sobraba, hacía cuajadas, que se vendían con las lechugas y los nabos. En estas casas amables de antaño había, pues, las "tres cosas que mantienen

muy bien el mundo: el fino chorro de leche que sale de la ubre de la vaca y cae en el balde; la delgada hoja del grano sobre el suelo; la hebra delicada de una mujer hacendosa".

En la vieja Caracas, nostálgica de fragancias y de niebla, la antigua huerta, junto con el alegre jardín, terminaron hace mucho. Las nuevas quintas tienen lindos frutales y lucen primorosas flores. Escasos son los rincones donde se cultivan rábanos y lechugas. La huerta salió extramuros de la ciudad, en pos de la amplitud requerida por el gran vientre del pueblo. Hoy la cultivan con preferencia chinos y portugueses, buenos conocedores del secreto de la tierra y del secreto de la paciencia que se necesita para vigilar verduras y hortalizas.

Pero esta huerta aledaña no es suficiente para lo que reclaman las ciudades en incesante crecimiento. Claro que hay buenas tierras y robustos brazos que pudieran ponerlas en punto de producir. Pero hay una solución más fácil. Traer del Norte lo que nos falta. El déficit de verduras y hortalizas nos lo suplen hoy los exportadores de Nueva York. Al natural, en cámaras de hielo, traen el apio de Castilla, las lechugas, las acelgas, los repollos. Todo lo demás viene en latas. Prácticamente resulta cómodo que otros trabajen la tierra para nosotros y que nos lleguen las cosas a nuestra mesa libres de angustias y de carreras. Eso es cosa digna de pueblos ricos. Así damos, también, oportunidad a los magnates yanquis para que sean mayores sus ganancias. La solidaridad panamericana, pregonada en Conferencias y Congresos, impone estas actitudes. Los buenos políticos han de dar lo más que puedan para la solidaridad que reclaman los yanquis.

Nuestra república con todo su hierro y su petróleo y con todo su progreso, resulta en último análisis, una república sin huertas. La huerta antigua, donde el señor y el liberto, el hombre llano y el dócil siervo recogieron el recado de boca para la olla cuotidiana, ha reducido sus proporciones a medida que la ciudad ha aumentado. Desde un punto de vista resulta informe el cuerpo de la república. Mientras le ha crecido el estómago, se le han reducido las manos con que debiera llevarse los alimentos a la boca. Hoy está a merced de quienes se presten a conducirle hasta los labios la temblorosa cuchara.

Faltó a nuestro pueblo la humildad antigua y se ve hoy confundido por el esplendor nuevo. "Cuando Dios quiere probar a alguien, le deja ciego o le enciende todas las luces". Las nuestras están prendidas *a giorno.* El venezolano, por ausentarse de la realidad constructiva de la crítica, ha llegado a admitir como buenos los elogios que le prodigan voces extranjeras, sin advertir, como agudamente anota Chesterton para los ingleses, que dichos elogios, lejos de ser prueba de nuestros méritos, son, por el contrario, prueba de la meritoria habilidad de quienes quieren engañarnos. Si la lisonja mata a los hombres que la escuchan, entierra a los pueblos que se dejan llevar por ella. En cambio, precisa un poco de humildad en el espíritu y en las manos. La tierra, como el jabón criollo que lleva su nombre, nos limpiaría de muchas culpas. Elevemos a nuestro campesino y agrandemos, con su elevación, nuestra huerta nacional. Demos al hombre rural la oportunidad de que realice su alta misión creadora. ¡Que no sea la "rama seca" del gran árbol de la República! A él corresponde el crecer y el verdecer para que sea mayor el sombraje y la alegría de la nación. La alegría de la República necesita el verde mensaje de los campos floridos.

NEVERAS

a Alejandro Hernández

Entre los artefactos que hacen fácil y placentera la vida moderna ha de colocarse en primer término la nevera. Ella nos da permanente el hielo y ella sirve para mantener en perfectas condiciones de higiene los alimentos. Cuando fuí Senador en 1945 estudié la posibilidad de una ley que entregase al Estado la exclusividad de importar neveras y cocinas, a fin de hacer su distribución por medio del Banco Agrícola y Pecuario, en condiciones que permitiesen a los pobres adquirirlas con las debidas facilidades. Siempre he pensado que distribuir cocinillas de kerosene es defender nuestras zonas arbóreas. Un país como el nuestro, donde se produce combustible mineral a discreción, no debiera sacrificar un sólo árbol para fines de cocción doméstica. Abaratar las cocinas eléctricas, de gas y de querosene es defender nuestro patrimonio vegetal. Distribuir neveras es asegurar la higiene del pueblo. Ambas cosas entran en las obligaciones primordiales de un Estado.

A pesar de la eminente función de comodidad y de ayuda de la salud encomendada a las neveras, éstas se han convertido más bien en aliadas de las fuerzas que vienen destruyendo nuestra autonomía económica. Admirable función la de la nevera que guarda los sueros y las vacunas susceptibles de descomponerse a una regular temperatura ambiente. (En Trujillo, hace cuarenta años, las vacunas eran conservadas por los farmacéuticos en La Sabaneta, camino de San Lázaro, donde la temperatura natural era propicia. Cuando el médico propinaba alguna, se enviaba un propio cerca del campesino que las guardaba, y como éste

normalmente era analfabeto, se le pedían las drogas por medio de números). Hoy, en el más modesto pueblecito de la montaña o de la llanura hay una buena nevera.

Pero lejos de estar esta buena nevera llena de sueros, vacunas, leche fresca, guarapo criollo, carne de la vecina carnicería, verduras y hortalizas de la cercana huerta, está repleta de cosas importadas. Jugos de todas marcas, frutas, carnes, embutidos, hortaliza, quesos, huevos, helados. Helados. Sí, señor. Helados del Norte. Helados he visto en las neveras de muchas abacerías caraqueñas. Helados neoyorquinos, traídos en las providentes cavas de los "Santas". ¡Hasta aquí hemos llegado! Jamás se pensó que nuestra modesta industria del sorbete tuviese que rendirse ante los helados extranjeros. Precisa pensar un momento con serenidad y reflexión patriótica acerca de lo que significa este tipo de importación. Para eso están las neveras.

Alguien me decía muy campante que son mejores las lechugas, los tomates y el cédano traídos del Norte. Yo creo que si cédano y lechugas importados son más hermosos que los cultivados en la tierra, ello se debe a falta de abonos y de cuido. ¿Por qué no estimular entonces los cultivos criollos? ¿Por qué no se hacen exposiciones de lechugas, repollos, rábanos y demás hortalizas, en lugar de tánta exposición de cuadros abstractos, cubistas o impresionistas? ¿Por qué no se ofrecen premios municipales y nacionales a las verduras y a las hortalizas, del mismo modo como se premia la pintura, la música, la literatura? El tomate, pongamos por caso, ¿a cuenta de qué ha de venir del Exterior? ¿No hay suficiente tomate en Venezuela y no produce nuestra industria excelentes jugos y conservas de tomate? En Venezuela hay tomates hasta para agasajar a tánto orador malo como frecuentemente se escuchan por esos caminos de Dios, en trance de hacer promesas de redención política.

¿De dónde fue llevado a Europa el tomate indiano? El sitio no importa. El nombre que en Francia y en Italia recibió, sirve para indicar el aprecio que de él hicieron los europeos. *Pomme d'amour* y *Pomidoro.* Los españoles dulcificaron las consonantes aztecas de *Tomatl.* En Venezuela se da el tomate en cualquier parte donde se le cuide, y los jugos que de él

se fabrican son superiores a los extranjeros. ¿Por qué han de estar entonces las neveras de los abastos llenas de enlatados de tomate forastero y de frascos de tomate del Norte?

Las neveras y las grandes cavas industriales sirven también para guardar flores. Esto podría ayudar al abaratamiento de los trabajos de floristería, pues la materia prima logra con el frío mayor conservación. Industrias de primer orden, la jardinería y la floristería son fuentes de enriquecimiento, aromoso y poético.

Para ser jardinera,
concienzuda y artista,
hay que tener erudición poética,

podría decir, imitando a Martínez Sierra, la tejedora de rosas. Galipán, Baruta, San Antonio, el Hatillo, Los Chorros, vuelcan sobre Caracas la nota, mañanera y fragante, de los azuceneros. La historia de los jardines caraqueños la esbozó Ernst a fines del siglo pasado. Hasta el General Páez figura en ellas con su importación de rosas. Mantuvo el Centauro a lo largo de su maravillosa vida un doble sentido humano para todas sus acciones. Páez, pese a lo rudo de su vida de soldado, fue un romántico. Cuando buscó ribetes civiles para su vida de guerrero, recitó versos y representó comedias. Como genuino llanero cantaba corridos y pautaba música. En nuestro mundo botánico su memoria la sostienen la "Rosa Páez" y la "Yerba Páez". La rosa, para alegrar los espíritus. La paja, para enriquecer el forraje de los ganados que sostenían la riqueza nacional.

En años pasados se trajeron de Holanda, para labores de floristería, hermosas varas de Gladiolas. Hoy los bulbos se han aclimatado admirablemente y nuestras huertas aledañas producen las flores que consume la ciudad. En cambio, nosotros hemos exportado orquídeas. Ha sido un buen negocio despojar de las milagrosas cebollas los árboles umbrosos de nuestra selva. Todas las orquídeas que han podido embarcarse para Estados Unidos han salido de nuestros puertos. Lo mismo ha ocurrido en Colombia y en Centro América. Nuestros negociantes de orquídeas creían hacer un buen negocio cuando exportaban las cebollas sin flor. Los bosques de Trujillo, de Lara y de Portuguesa fueron recorridos por agentes de negociantes de Caracas, que pagaban a precio de hambre las matas que se remitían a Nueva York.

Todavía duraba la fama de nuestras orquídeas de Occidente. Las de Trujillo fueron alabadas en subido estilo por José Luis de Cisneros, en su curiosa descripción de la antigua Provincia de Venezuela. "Críase en tal parage, encuadernada entre las peñas de su Cumbre, o en los Troncos de los palos, una especie de Cebolla, que por el un estremo echa rayzes, con que se agarra; y por el otro produce algunas ojas verdes, y gruesas, y en el pimpollo una vara, de donde sale un botón, que estando en disposición de abrir, ba con gran pausa desquadernando sus ojas, hasta quedar enteramente abierta, manifestando perfectamente la figura de Mariposa, matizada de amarillo, encarnado, y tal qual rasgo morado; tiene Cabeza, con ojos, y toda su perfección: Tiene alas, cola, y dos chiflez, que le nacen en la Cabeza, con tal perfección, que sin admitir género de duda, se conoce claro que es Mariposa". Tema que llamó la atención de los extranjeros, nuestras primorosas orquídeas. Hubiera sido un excelente negocio el arreglo de grandes orquidiarios que permitiesen una venta regulada de flores para Estados Unidos y Europa. Pero nosotros solemos en estos casos matar la gallina de los huevos de oro. I vendimos las matas.

Cuando ejercía el cargo de Embajador de Venezuela en Bogotá, encontré cierto día de visita unas lindas parásitas en la mesa del Embajador de Estados Unidos. La conversación, al caer sobre el primor de las flores, fue dando hasta el magnífico orquidiario del Presidente Ospina Pérez, en los aledaños de Medellín. El Embajador es hombre sencillo, y, a veces, poco cauto. No lo dijo con malicia alguna, pero al referirme yo al precio de la orquídea como renglón exportable de estos países, me dijo sonreído: "Ya eso no será negocio para ustedes. En Kentucky hemos sembrado mayor número de orquídeas que las que puede haber en los bosques de Centro y Sur América". Claro. Nosotros habíamos cometido el error de exportar las cebollas.

Cualquiera se conformaría con que éste de las orquídeas fuera el único error cometido por nuestros desprevenidos comerciantes. Dentro de pocos años nuestras orquídeas se habrán agotado, y en las neveras de las floristerías se venderán lindas flores traídas de Kentucky. Nada mejor para lucir en talleres caraqueños de flores que usan nombres en inglés. Alguno he visto que se llama *Rosemarie's* o *Carmen's Flowers Shop.* ¡Qué chopos somos los venezolanos!...

LA MUERTE DE LOS KATEYES

a Juan Liscano

Al regresar a mi casa uno de estos días de espantoso calor decembrino, (ahora todo está cambiado), dí con una señora bomba colocada en mi propia mesa de trabajo. Sí, señor. Una bomba con toda la barba. Claro que no se trataba de una bomba a base de diabólicos ingredientes, capaces de acabar con mi modesta humanidad. Nadie tendría interés en eliminar a un sujeto inofensivo. Tampoco la había colocado en mi mesa ninguna mano enemiga. De lo contrario, procedía de amistoso origen. Pero de que era bomba no había un gerónimo de duda. No estalló entre mis manos, pero me hizo saltar de asombro. Quince onzas de contenido cargaba la pequeña lata y la encontré llena de tajadas de mango almibarado en Cuba. ¿Diga alguien que no es algo espantoso tropezar de buenas a primera, en su propio escritorio, con un enlatado de mango, fabricado por la industria Ferro, de Pinar del Río? Casi, o más que un libelo contra nuestro relajamiento nacional.

Explicable hasta cierto punto es que de Cuba nos vengan *vedettes* y tocadores de *mambo;* al fin de cuentas servirían para probar sofísticamente que hay un balance favorable para nuestra moral, en la reducida producción de tan pecaminosos artefactos. ¿Pero que nos traigan mangos en lata? –"No te molestes, me dice el amigo con quien comento el caso, si ya hace algunos años que traemos como rico manjar los cascos de guayaba". Jamás podré explicarme esta importación de dulces cubanos, a no ser que vengan a través de Nueva York o Nueva Orleans, como mercadería protegida por las amañadas franquicias que

se conceden a los artículos americanos a la sombra del Tratado Comercial que rige nuestras relaciones con el gran país del Norte. De lo contrario, ya deberían existir aforos enérgicos que protegiesen la dignidad cívica de nuestros mangos y guayabas.

¿O es que también se acabaron nuestros dulces, generosos y viejos mangos? Por las huellas materiales, no llego a creerlo, puesto que a menudo uno tropieza con resbaladizas *conchas,* que hacen suponer su permanencia en el mundo venezolano. Hasta hace algunos años las vegas del Este eran verdes plantíos de mangos. "Una copa de Oporto, al ruido de las aguas, bajo la sombra de los mangos", pensaba Juan Vicente González que era la mejor fuente de inspiración y de sosiego. El ensanche de la moderna Caracas ha sacrificado lógicamente la fronda de ricos mangales. Antes, quien sintiese hambre ya podía irse a Los Dos Caminos y hartarse gratis hasta reventar. Los propietarios e inquilinos de quintas de Los Chorros pagaban a quienes limpiaban de la deliciosa fruta los árboles y el suelo. Con ello se evitaba la fermentación que atraía a los mosquitos.

El mango era la fruta del pueblo. El mango no tenía precio. Los carretilleros llenaban de voces nuestras calles pregonando *er mango de hilacha y el de bocado también.* El mango era la suprema expresión de generosidad del valle de Caracas. El mango y el cambure, con el agua generosa de cualquier acequia cantarina, hacían el almuerzo sin precio hasta de estudiantes pobres.

Toda Venezuela es tierra de mangos. Hasta en Guayana, donde escasean los cultivos, el mango abunda. También Venezuela es tierra de piñas y naranjas, y del exterior nos traen *orange juice y pineapple juice.* Mucha gente, con toda seguridad, encuentra más subidos sabores a la fruta ofrecida bajo nombre extranjero. Nadie duda que en el relajamiento actual una naranjada tiene menos categoría que una *orangeade.*

De España nos vinieron las naranjas, las limas y los limones, y encontraron tan buenos nuestros climas, que divierte la pintura de un naranjal con que nos regala el Padre José de Acosta en su "Historia Natural y Moral de las Indias", concluída en 1590. "Hay ya en algunas

partes montañas y bosques de naranjales, lo cual haciéndome maravilla, pregunté en una Isla ¿quién había llenado los campos de tánto naranjo? Respondiéronme, que acaso se había hecho porque cayendo algunas naranjas y pudriéndose la fruta, habían brotado de su simiente, y de la de estos y otros que llevaban las aguas a diversas partes, se venían a hacer aquellos bosques espesos: parecióme buena razón. Dicen ser esta la fruta que generalmente se haya dado en las Indias, porque en ninguna parte he estado de ellas, donde no haya naranjas, por ser todas las Indias tierra caliente y húmeda, que es lo que quiere aquel árbol". Y la abundancia de naranjas sigue, aunque sin provecho para nuestra economía. Entre Guacara y Valencia, donde crecen y doran las dulces naranjas de San Diego, pasan de millones, así como escribo, pasan de decenas de millones las naranjas que no se aprovechan. Y eso que hay buena carretera y segura via férrea. ¿Qué sucede? De una parte, carencia de un racional sistema de distribución, que ofrezca en las ciudades a buen precio la deliciosa fruta; de otra, que al comerciante importador resulta buena ganancia la distribución de manzanas, duraznos y peras del Norte. Si hubiera un sistema defensivo de nuestra economía, se buscaría la manera de distribuir una naranja barata que expulsase las frutas extranjeras.

De la piña no se diga. Fruta de aguante, no se la cultiva y distribuye de manera que pueda competir con los enlatados de los yanquis. Desde Oriente hasta Occidente, Venezuela es tierra de piñas, y de piñas buenas. A Bolívar, después de la sorpresa del Rincón de los Toros, le recordaban sus amigos de armas las dulces piñas de La Esmeralda. Estas tienen buena historia. Bolívar, al regustarlas en la mente, tuvo en Casacoima la intuición de su gloria. Pensó, tal vez, que una piña, en la figuración de personas y de pueblos vigorosamente unidos, era buen símbolo para nuestro destino. Las de Pie de Sabana, en Trujillo, que compiten en almíbares con las de Cumaná, tienen también leyenda. Cuando los andariegos fundadores de la "ciudad portátil" estuvieron acampados en la larga mesa de Carvajal, suplían la carencia de agua con el grato regalo de los salvajes piñales de los indios.

De nobleza aborigen, la piña fué admiración del español. "Esta es una de las más hermosas frutas que yo he visto en todo lo que del mundo he

andado", escribe Fernández de Oviedo y Valdés. Para el Cronista, ni la famosa huerta andariega de Ludovico Sforza, quien se hacía llevar en carretas hasta la propia mesa los árboles cargados de frutas, lució una de mayor precio que nuestra indígena piña, elevada por Bello a la dignidad del verso, cuando dice a nuestra Zona:

Para tus hijos la procera palma,
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía

Sazonada ambrosía, se la ha hecho a un lado, para dar preferencia a la artificial sazón de los bebistrajos extranjeros que se ofrecen por refresco al pueblo. De fácil y resistente cultivo, no se ha estudiado, como en el caso de la naranja, su productiva distribución en los grandes núcleos de consumo. Cuando alguien pide piña, la cocinera, ya sumada a la red de distribución de la industria extranjera, sale a la calle y compra en la esquina una piña "libby's", venida de Estados Unidos.

Así como en la agonía del paganismo se oyeron voces que anunciaban la ida de los viejos dioses, ahora, también, en la agonía de nuestra producción vernácula, se oyen voces que anuncian la muerte de los viejos dioses de la tierra. Hace más de veinte años tuve de rústicos labios este aviso sombrío. No lo entendí entonces, pero la realidad me ha iluminado *a posteriori* la mirada.

En 1927 hablaba yo en Trujillo con un indio de Bujay o de La Cristalina. (Solemos llamar indios a los mestizos que habitan las cumbres andinas). Era la época en que se abría la carretera que va de la capital a la ciudad de Boconó. El desarrollo de la vía andaba por Tierra Morada. El indio se me acercó tímido y corto. (Era yo entonces Encargado del Ejecutivo del Estado y visitaba las obras en construcción). Lo animé a que hablase, y cuando me referí a que ellos deberían estar muy alegres por el avance del camino, me dijo, con palabras que no entendí: –"Andá, mi don, este año ya no tendremos ni la papita ni el maicito". Para explicar la causa, me agregó:– "Los automóviles espantan a los *Kateyes*". Yo, completamente en Babia, le pedí que me tradujese todo aquello, y supe lo que entonces no entendí en todo su espantoso simbolismo. Los *Kateyes* eran los dioses

protectores de la agricultura aborigen. En su relación al Consejo de Indias, dijeron en 1578 los Regidores de Trujillo: "Tenían muchos ídolos hechos a forma de un muchacho sin cabeza ni brazos, unos más pequeños que otros; había uno que era del maíz, otro de las turmas". (Papas). El indio y su descendiente cristiano, siguieron creyendo en aquellos viejos dioses. Y junto con la fe supersticiosa en los *Kateyes,* creyeron, también, en otros genios agrestes, como los *Mamúes* enanos, que cuidaban las sementeras boconesas.

El simbolismo surgente de la creencia del confiado montañés, miraba a la realidad de la errónea y anti-nacional política del petróleo. Si los antiguos dioses rurales, apagada su vida de silencio por los símbolos de la cultura hispánica, hubieran sido sustituídos por nuevos dioses protectores del agro, nada habría pasado, puesto que al hinchar en moneda la Nación, los medios propios de mejorar el sustento del pueblo debieron también acrecentar. No había razón para la pugna artificial entre riqueza petrolera y riqueza agrícola; ambas riquezas nuestras. Tampoco la minería y la alta industria destruyeron el sentido agrícola del yanqui. La razón de la crisis estuvo en que los dueños del dinero internacional necesitaban cambiarnos nuestras divisas por artículos que venían a arruinar los valores de la economía vernácula. Doce años después de mi charla con el indio de La Cristalina, yo desayunaba en Boconó, antiguo emporio de Trujillo, con *Corn Flakes* y Queso *Kraft.* Tengo la seguridad de que en un próximo viaje a mi tierra nativa, me servirán un plato de las arvejas americanas que hoy importa el comercio de Maracaibo, para balancear la falla del fruto.

Los *Kateyes* y los *Mamúes* que cuidaban nuestra vieja agricultura, murieron encandilados por la fuerte luz de los automóviles. Tenía razón el indio. Bajemos un poco las luces para no apagar otros valores mayores.

CELULOIDE Y "5 Y 6"

a J. J. González Gorrondona

A quienes reclamamos la necesidad de intensificar ardorosamente el cultivo de la tierra venezolana, a fin de propender a abastecer nuestras necesidades alimenticias, se nos responde desabridamente: "¡Qué le vamos a hacer, si no hay brazos!". Esta idea de pueblo mútilo para los saludables y fecundos ejercicios del campo, ha corrido buena suerte, y la mayoría de la gente se ha resignado heroicamente a hacer la vida de los inválidos. Con una resignación y una humildad dignas de mejores momentos, hemos convenido en que todo lo nuestro, inclusive nuestra historia y nuestro destino de pueblo, lo aprovechen los "vecinos" que piadosamente trabajan para darnos de comer.

Nazaria, la cocinera que pobló de consejas y de apólogos mi lejana infancia, refería, con esa palabra sabia que madura junto al fuego amoroso, cómo años atrás se había realizado en el pueblo el entierro de un hombre vivo. Claro que yo creía que el caso había ocurrido en mi pueblo y hasta me asustaba la idea de que pudiera repetirse. La historia es común en América. Es del pleno Siglo XVI español. El sujeto del cuento, refería la vivaz maritornes, contrató cuatro hombres y las andas de la parroquia, para que fuesen a darle sepultura, en razón de que no tenía cosa de comer. La gente se asomaba a los portones, ante la noticia del raro caso. "–Bueno, y ¿por qué lo entierran?". "–Porque no tiene que comer", respondía uno de los enterradores. "–Pobrecito, yo le regalo un almud de maíz". A la voz sonora y alegre de regalo, el *muerto* sacaba la cabeza para preguntar: "–¿Pilado o sin pilar?". "–Sin pilar", agregaba el oferente. "–Pues que siga el entierro", ordenaba el muerto de pereza.

Como el sujeto de la historia, nuestro pueblo no trabaja porque tiene mal dirigida su pereza. Si el candidato a muerto hubiese tenido blanca con que pagar la pilada del maíz, lo habría recibido; y si hubiera tenido un tío que lo proveyese de dinero a cuenta de fastuosas ganancias logradas en las haciendas del perezoso, lo hubiera comprado en el alegre vecindario. Pero el pobre no tenía ni viejos tíos ni nada que se le pareciera.

Nosotros, en cambio, sí tenemos "tío". Y tenemos, también, pueblo con brazos y salud. Nuestras calles ciudadanas están llenas de estos compatriotas, y aun de inmigrantes de igual medra, a quienes se permite cultivar la altiva y noble pereza. Nuestras aceras se mantienen repletas de robustas criaturas que dedican su mejor tiempo a vender billetes de loterías y baratijas de mil suertes. Ahora, por la vecindad de las Pascuas, especialmente están dedicados a vender muñecos de celuloide y bombas de caucho. Toda esa industria de lo pequeño que produce el Japón explotado por los yanquis, la distribuyen millares de hombres sanos, robustos, vivaces, que podrían dedicar sus energías creadoras a levantar nuestra riqueza nacional, si hubiera manera y voluntad de racionalizar y dirigir su trabajo o su pereza. Porque esta pereza, o mejor dicho, este tomar la línea del menor esfuerzo, tiene vinculaciones muy estrechas con otros factores en que pudiera mediar la autoridad.

El comercio del juguete y de la bisutería representa un canal de salida que deben conocer muy bien nuestros atareados hacendistas. Sin embargo, y de acuerdo con la autorizada opinión de algunos técnicos en altas operaciones financieras, a estas vías de desagüe no se las puede poner compuertas, por cuanto provocarían en la relación contractual con Estados Unidos, que se castigase con impuestos arancelarios muy fuertes a nuestro petróleo.

En Colombia, país que tiene un claro sentido de la responsabilidad económica, no se importan juguetes. El colombiano ha desarrollado esta industria, a punto de que en tiempo de Navidad constituye un hermoso espectáculo visitar las Ferias del Juguete en distintas avenidas bogotanas.

Y esas prohibiciones o defensas económicas las mantuvo Colombia en plena vigencia de un Tratado con Estados Unidos igual al que rige

nuestras relaciones comerciales con el poderoso país del Norte. Y no sólo reguló la entrada de la juguetería, que en fin de cuentas es cosa de juego, sino que llegó a regular la importación de automóviles. Parece que los ejecutores entre nosotros del Tratado de marras, no hayan puesto la vista en el margen de posibilidad que hace legítimas en el área convencional las restricciones que defiendan nuestra incipiente industria y evite, al poner coto al libertinaje de las importaciones, la dolorosa emigración de capital que debiera dedicarse a obras que aseguren nuestro porvenir: diques, riego, ferrocarriles, canales, muelles, escuelas, escuelas, escuelas...

Es común el concepto de que nuestra condición de país petrolero no puede ser otra sino la de esponja que absorba la pequeña y la grande industria americana. Todos los automóviles que se fabrican en Detroit tienen asegurado un comprador en Venezuela. Para eso somos ricos. ¡Hombre, a quien se le ocurre pensar que un caballero de postín o una niña "bien" puede rodar en carro del año pasado! ¡Cómo va alguien a imaginar que un buen funcionario pueda pasarla sin un carro de último modelo! * También, todo muñequito que arme el Japón esclavo para satisfacer los pedidos americanos, tiene un resignado y perezoso venezolano que lo distribuya. Da grima ver las manos anchas, robustas y rudas donde bailan estos muñequitos de goma, trapo o celuloide. La imaginación llega a pensar en una moral de celuloide que se acoplase con el pueblo que realiza estos oficios. El celuloide es liviano y fungible. Su trato frecuente debe promover, en grandes y en niños, una sensación de inconsistencia, de liviandad absoluta. Pero quienes venden los muñecos los reciben de los mayoristas del celuloide. También pasa por las Aduanas el celuloide. Y pasan los globos de goma que dan color de feria los domingos a las sombrosas avenidas del Parque de los Caobos.

Globos, viento, celuloide, vanidad. Buenos adornos para el féretro del hombre que se mandó enterrar vivo porque carecía de cosa que comer. A nosotros no nos ha llegado aún la hora de contratar las fúnebres andas.

(*) La prensa acaba de informar que durante 1951 se importaron 13.317 automóviles, valorados en $ 21.600.000, pero se importaron apenas 1.288 tractores, con un valor de $ 3.600.000. Es decir, Venezuela compró para la fiesta, mientras otros países buscaron elementos de trabajo y de riqueza. Después, ¡que nos ensarte el diablo!

Bastante dinero nos entrega el "tío", para pagar con él el maíz que no queremos pilar y la papa que no queremos pelar. ¡Quién va a trabajar la tierra cuando todo nos viene limpio del Norte! Y para aquellos que debieran trabajar la tierra y engrosar los pelotones de los obreros que den vida a nuestra raquítica industria, están, como fuente de entradas, los juguetes de celuloide, que se venden sin mayor trabajo. Para los otros, para los que tienen mayores ansias de fortuna y que aspiran amanecer sin trabajo alguno con plata en la bolsa, está ese magnífico, noble y generoso amparo de los hombres virtuosos y de recia fe en el destino. El "5 y 6". A base de celuloide y de "5 y 6" se puede hacer una magnífica interpretación de nuestro destino social. Azar y viento. "Con un poco de suerte, que lo demás se agua", decía un viejo de mi tierra. Estamos. Azar, viento y agua. Cualquier bruja se fabrica con estos ingredientes una luminosa tempestad.

AÑIL

a Julio Castro Guevara

El añil lo llevo en la memoria no tanto por haber visto, cuando era muchacho, las bolas de azulillo en las viejas pulperías de mi tierra, cuanto por unirlo al gratísimo recuerdo de Don Carlos Salazar. Gran señor fue este Canciller guatemalteco. Claro que ser gran señor y ser Canciller son actitudes que obligadamente no se complementan, a pesar de que el señorío pareciera ingrediente necesario a todo Canciller. Don Carlos Salazar era un gran señor antes de ser un gran Canciller. En cierta oportunidad escribí al Embajador Alfonso Carrillo: "Justificaría un viaje a Guatemala, el privilegio de la amistad de Don Calos Salazar". Don Carlos fue Canciller de Ubico, siendo *cachureco,* es decir, conservador, y, por consiguiente, enemigo político del Presidente. Pero Ubico sabía que nadie mejor que Don Carlos Salazar podía defender la dignidad internacional de la simpática república chapina. Había defendido ya sus intereses frente a los intereses de la United Fruit Company "enchufados" en la Cancillería de Tegucigalpa, y estaba defendiendo desde la Cancillería la soberanía irrecusable de Guatemala sobre la provincia de Belice, detentada aún por el vasto imperio de la joven reina Isabel II.

Recién llegado yo a Guatemala, Don Carlos me hizo el honor de invitarme a conocer a la Antigua. Ningún guía mejor que el ilustre Canciller para visitar las ruinas de la que pudo ser tercera capital de nuestra América hispánica. Cuando nos detuvimos en el delicioso hotel de San Rafael las Hortensias, Don Carlos comenzó el curioso relato de "los cadávares azules" que, impreso en mal papel, compré después en

una venta de la Antigua como material turístico. "Los cadáveres azules" ya contienen en su propio enunciado preciosos elementos para avivar la más dormida imaginación. La historia es larga y no viene al caso. Se trata de los cadáveres de dos comerciantes asesinados y escondidos en sendos tinacos de fermentar añil.

Estos cadáveres azules desde entonces me hicieron asociar el añil a una leyenda mortuoria. Y el añil, cuya industria nos vino de Guatemala a fines del Siglo XVIII, posée figura de muerto en el recuento de nuestra vieja agricultura.

Tuvieron al azul por color fúnebre los antiguos egipcios. El azul de nuestro añil serviría para representar la parte muerta de nuestro proceso agrícola. El añil es la más grande y poderosa de nuestras viejas agriculturas de exportación que dejó definitivamente de existir. Junto con la cochinilla, que dio precio a la tuna y al cardón, fue sustituído por los colorantes artificiales.

Tarde se aprovechó en Venezuela el añil *(Indigoffera tinctoria)*. A don Antonio Ardive y al sacerdote don Pablo Orrendaín se debió en 1777 la primera explotación formal de índigo en La Victoria. Pero fue en Tapatapa, en las feraces tierras del Marqués de Casa León, donde estuvieron los mejores cultivos y los más acabados beneficios. En los grandes tanques de La Trinidad quebraba sus luces la "tinta generosa" que emulaba, según Bello, con "la lumbre del zafiro".

Pronto el añil se propagó como fuente de riqueza a lo ancho del territorio de la Capitanía General, y en 1798 su exportación dio un total de un millón doscientos mil pesos fuertes. Tal fue la fama de nuestro añil, que se le consideró superior al celebrado añil guatemalteco. Para Venezuela fue el añil, en su momento de esplendor, eje de su economía. A fines del Siglo XIX aún se exportaban algunos zurrones de índigo. Creo que a Trujillo lo llevaban de El Tocuyo, cuando era yo muchacho.

El añil, el cacao, el tabaco, la caña, el ganado, el café formaron la riqueza que a fines del Siglo XVIII dio fuerzas e ínfulas al criollo. Junto con el espíritu levantisco que echó raíces en la América bárbara del Siglo XVI,

y que fue evolucionando hasta crear una vigorosa conciencia autonómica, es necesario tomar en cuenta, cuando se buscan los orígenes de la República, el mundo de las formas económicas, deseosas de nuevos modos de expresión. Cuando empezaron a correr por nuestra América las nuevas ideas de libertad y de igualdad, que estaban transformando la conciencia filosófica y social del Viejo Mundo, el criollo tenía lograda una fuerza de resistencia y un ímpetu de avance, con supedáneo en la riqueza territorial. Los nobles y los hidalgos criollos, y aun personas del orden llano, gozaban a fines del Siglo XVIII de una conciencia autosuficiente, que tomaba fuerza en la abundosa agricultura. Nuestro mundo antiguo fue mundo agrícola. Bello, desde Londres, junto con exaltar las formas de la libertad recién ganada, exaltó los oficios del campo.

¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llamà de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?

Bello, como todos los hombres de su tiempo, tenía conciencia rural. No entendía el grande humanista que hubiese virtud cívica ahí donde faltara el amor al trabajo del campo. Como los griegos, el sabía que agricultor y ciudadano tienen una sinonimia moral.

Nuestros oligarcas de principios del Siglo XIX buscaron que las formas del Estado coincidieran con sus propios intereses, que confundían con los intereses de la tierra. Al lado de ellos ya prosperaban los ideólogos de

la independencia y de la libertad. Bolívar formaba en la categoría de los mantuanos ideólogos. Casa León era mantuano sin ideas. Lograda la República, quedan en pie las antiguas clases. La primera oligarquía republicana se suma a los descontentos de la guerra. Ideólogos y mantuanos sin ideas siguen luchando en distinta forma y con distintos nombres. A Bolívar mismo, que era ideólogo y mantuano se lo dividen en la feria de los valores. Unos lo tomamos por símbolo de la lucha permanente en pos de la libertad. Otros lo quieren sentado en trance de abuelo regañón, con la espada dispuesta a defender cualquiera manera de orden. Unos lo tomamos por ideólogo. Otros lo toman por mantuano.

Ideólogos y mantuanos han seguido, además, el curso de la economía venezolana. Los "grandes cacaos" los produjo la rica almendra antigua. Los "nuevos cacaos" los engendra la industria del aceite y sus derivativos políticos. Para los ideólogos queda el añil. El "cadáver azul" de las teorías y de las esperanzas frustradas ante la realidad de los hechos. En cambio, el añil, muerto y rezado como valor agrícola, surge por símbolo de algo que no muere. Una franja azul con un arco de estrellas es lo que diferencia nuestra bandera libre de República, de la vieja bandera roja y gualda de Colonia. Todo puede perecer en el orden de los hechos. Pero la altivez que salva la dignidad de la República, vivirá mientras haya ideólogos que prefieran buscar en el azul del cielo el cintilar de las estrellas que otros buscan en el dormido remanso de las ciénagas.

RESPONSO A LA VIEJA PULPERIA NACIONAL

a Numa Quevedo

Desde que leí en los deliciosos almanaques caraqueños de Don Arístides Rojas la etimología que éste da a la voz "pulpería", la tuve por muy en su puesto. En ella me afiancé definitivamente cuando mi ilustre amigo el Profesor Angel Rosenblat me facilitó su ficha de estudio, que termina, como escribe Don Arístides, por decir que *Pulpería,* corrupción de la palabra *Pulquería,* se origina de la voz mexicana *Pulque,* que significa vino sacado de la penca del *Agave,* (cocuy, cocuiza etc.). Alderete recogía por 1606 el vocablo como indigenismo que expresa tienda de regatones. Sin embargo, don Julio Calcaño, lo hace derivar de la voz *Pulpo,* dizque por venderse carne de pulpo en las primitivas tiendas de Indias, en las cuales, por el contrario, a la primitiva venta de *Pulque,* agregaron los incipientes abaceros pan, leña, cacharros, víveres etc. Nos parece forzada la etimología del ilustre autor de "El Castellano en Venezuela", seguida por el Diccionario de la Real Academia. (Este nunca se ha esforzado por buscar buen origen a las palabras). En las pulperías, si hubo pulpo alguna vez, fue el propio pulpero. El jesuíta Larramendi hace la voz *pulpero* correspondiente a la vascuence *pulperoa,* mas en esto de etimologías hay que tener muy en cuenta que los lingüistas vascos a toda palabra de dudoso origen le propinan un ilustre linaje éuskaro.

La antigua pulpería que en historia caraqueña aparece como tema de remate el año de 1595 y cuyos precios eran vigilados por el Municipio, fue el centro de la vida modesta, apacible e independiente de nuestros

pueblos, y objeto de imposiciones fiscales desde los tiempos de nuestra dependencia española. Al llegar de vacaciones a mi nativa ciudad Trujillo, he buscado la vieja pulpería donde ayudé a comprar, cuando muchacho, el diario mantenimiento de la familia. Claro que jamás pensé dar con las mismas pulperías de mi manzana familiar. Estas empezaban en la esquina de "El Sol", con la bien abastecida de Jaime Barreto; más al centro, hacia "El Matacho", quedaban las pulperías de Mario Arandia y de Juan Mariano Fernández; doblando hacia "La Barranca", estaban las pulperías, de productos más cercanos a la huerta, de Bernabé Cos, Julián Isaacura y Miguel Ruza. En todas yo tenía "frutas". (Las "frutas" era el sistema de acumular las "ñapas", por medio de granos de arvejas guardados en frascos que servían de caja de ahorros, y los cuales se monetizaban convencionalmente).

Las pulperías de Trujillo, semejantes a las viejas pulperías y bodegas de toda Venezuela, vendían al menudeo los artículos de la diaria dieta del pueblo. Acompáñeme el lector a penetrar en uno de estos viejos expendios de víveres y vituallas, y seguramente encontrará con qué levantar en la imaginación un buen almuerzo. Saludamos al pulpero con sencillas palabras, y mientras nos vende cualquier cosa, le echamos un vistazo a la tienda. En el rincón de la derecha da usted, con toda seguridad, con los atados de "pescado blanco". Estamos en 1908. El "pescado blanco" viene de Pocó, de La Dificultad, de La Ceiba, de Moporo. Es industria del tiempo de los indios. Castellanos habla del trueque que los indígenas del Lago hacían con los aborígenes de tierra adentro: maíz e hilados, con sal y peje. La base de la dieta del peón trujillano fue la curbina del Lago, conservada al sol y a la sal. Así el pueblo, sin necesidad de caer en los peligrosos alfabetos de la industria vitamínica, tomaba su buena ración de rayos solares al natural. (Hoy la técnica purifica los alimentos: arroz, harina, azúcar etc. El dietista encuentra que, por carecer de vitaminas, ocasionan el beriberi, entre otros males, y entonces los laboratorios compensan lo que la perfección de la industria ha destruído. En el proceso de desvitaminizar los alimentos para después vitaminizar, por medio de un nuevo proceso capitalista, a los desmejorados enfermos, está la mejor síntesis del destino del hombre de la edad imperialista de la cultura). Bueno. En el otro rincón exterior de la pulpería tenía usted los atados de "carne seca",

como en Trujillo se llama la cecina o tasajo. La traían de Pampán, en cuyos vecinos pastizales repastaban las reses de Monay. Con la "carne seca" se vendía el "salón de chivo", procedente de las llanuras de Carora. El pueblo prefería estas carnes a la fresca del matadero. También eran más baratas. Como el "pescado blanco", las carnes de salazón son ricas en principios vitamínicos, por su larga seca a los rayos solares.

Tenía usted en las pulperías de Trujillo, y en sitio de excelencia, junto al venerable maíz indígena, el gran cajón de las arvejas que dan tipicidad a nuestra dieta regional. Cuando se preguntaba si eran blandas, y en verdad no correspondían a una calidad superior, el pulpero se limitaba a decir: "Regular", a lo que el comprador respondía: "Regular son duras", extraña concordancia generalizada a otros casos, que, escuchada de labios de algún trujillano, hubo de alarmar al Profesor Rosenblat. Eran las de Trujillo, (las de la Mesa de Esnujaque y el Páramo de Misisí), las mejores arvejas de Venezuela. Así lo reconocían los propios habitantes de los otros dos Estados de la Cordillera. El General Gómez, aficionado como buen tachirense a la rica arveja, prefería en su mesa de Maracay las arvejas trujillanas. Hoy en Trujillo se come arvejas de Estados Unidos. Así como lo escribo. Arvejas yanquis se dan por alimento al peón trujillano. Muchos se sienten felices con este progreso. Dicen que la nuestra se echó a perder a causa de haber llevado alguien a nuestros páramos semilla de no se qué demonios, la cual produjo el azote de "la candelilla". Nadie ha procurado desterrar esta plaga, que a lo mejor la ignoran los servicios de Fitopatología de nuestro laborioso Ministerio de Agricultura y Cría. ¿Se pensó alguna vez en semejante barbaridad?

Maíz, arvejas, caraotas, frijoles, arroz, café, papas, cebollas llenaban los otros cajones de la venta. En las bodegas de menor calidad, se expendían cambures, naranjas, apios, yucas, auyamas, plátanos. Todos cosechados en la tierra. Hoy se trae maíz de las Antillas, arroz del Ecuador, papas y lechugas de Estados Unidos, cebollas del Canadá, frijoles de Santo Domingo. Junto con los granos, se vendía el papelón y el azúcar. Esta no era bastante blanca, pues los ingenios de Carache y de Valera no la producían muy pura, como tampoco era muy limpia la harina de Santiago, de La Cristalina, del Páramo de las Rosas, que a su lado se expendía. "Las Haciendas de sus Moradores son Trapiches de Caña, de

que labran mucha azúcar blanca, y prieta... se coge mucho trigo", decía de Trujillo por 1764 José Luis de Cisneros en su "Descripción Exacta de la Provincia de Benezuela", y en su informe de 1721, Pedro José Olavarriaga, más tarde primer Factor de la Guipuzcoana, anotaba que Trujillo proveía el trigo que consumía la antigua Provincia de Venezuela. Hoy en Trujillo no hay harina, porque, prefiriéndose la del Norte que "crece" más, por ser pobre de gluten, fueron decayendo los viejos molinos que daban la harina negra para nuesta sustanciosa acemita. (Hoy el pan negro viene en latas desde los hornos de Nueva York). Yo ví el molino de don Luis Parilli, entre Las Araujas y San Jacinto. Fue el primer molino moderno montado en la Cordillera, y en la Exposición andina de 1888, con motivo del Centenario de Rangel, merecieron sus harinas la máxima distinción. (Hoy se darían premios a los jugos *Yukery).*

También había en la vieja pulpería trujillana la vidriera para la acemita y para el blanco bizcocho. Junto a la vidriera, lucía el barril de guarapo, aderezado con conchas de piña. La gente del pueblo y los muchachos tomábamos guarapo y acemita como reconfortante puntal de media tarde. (Yo pedí guarapo en una pulpería de Trujillo, y me ofrecieron "Coca-Cola"). Usted encontraba también los frascos con huevos, bolas de cacao, el chimó y el azulillo. Todo, todo producido en la tierra. (Los huevos de hoy los traen de Nueva York). Junto con la vela de esperma, fabricada en Maracaibo con productos importados, a usted le vendían para la iluminación de la casa pobre, velas de sebo y aceite de coco, elaborados en la tierra. De Mérida traían las cargas de confites y los dulces abrillantados. De Boconó y de Carache, y aún de El Tocuyo, los bocadillos y la mantecada. De la Calle Arriba, de la Otra Banda, de Las Araujas, de Hoyo Caliente eran la manteca de cerdo y los gustosos chicharrones y chorizas. De Pampán y de Carora venían los magníficos quesos duros, mientras de los páramos vecinos bajaban los quesitos blandos, las cuajadas y la mantequilla olorosa a frailejón. Qué iba usted a conseguir cigarrillos "Camel" o "Chesterfield". De Caracas venía el "Fama de Cuba", y de Capadare los olorosos puros. En San Jacinto se fabricaba el "niño envuelto", preferido por el hombre del pueblo.

Había enlatados de fuera, claro que sí, y había también vinos, aceites, pasas, aceitunas, alcaparras, especias y licores que la tierra no daba. La

gente de posibles tomaba Brandy. La mediana, ron de La Ceiba. El pueblo ingería aguardiente claro, aromatizado con el magnífico anís de Burbusay. Todavía, aun sin anís, se le llama *anisao.*

La pulpería de hace cuarenta años testimoniaba una autarquía alimenticia. Era el reflejo de una Venezuela que no se moría de hambre en el caso de una guerra internacional. Lo sustancial de ella era criollo, en la misma medida en que lo fué durante nuestra dependencia política de España. Era todavía la pulpería tradicional, donde mercaron su diario sustento los hombres que hicieron la guerra de Emancipación. En las pulperías de Trujillo era costumbre colocar retratos heroicos. Se miraba en ellas oleografías que representaban al Congreso de 1811, cuando se firmaba la Independencia. Había retratos de Bolívar, de Sucre y de Miranda. En algunas lucía su gran barba florida el "León de la Cordillera", General Juan Bautista Araujo. Aquellos cuadros estaban bien en el sitio modesto donde se daba prenda de una efectiva independencia nacional.

Yo busqué en Trujillo la vieja pulpería de mi infancia, en espera de que no hubiera sucumbido por completo como ha sucumbido la pulpería de Caracas. Tenía una esperanza contenida de que la montaña, más conservadora que la costa, hubiese defendido los derechos de la tierra nutricia. No la hallé en Trujillo, donde, como en Caracas, encontré huevos importados, leche Klim, jugos enlatados, lechugas del Norte, alimentos Heinz y toda la flora yanqui transportada en cajas. Entonces la busqué en los pueblos y en los caminos. Montaña arriba, hacia la Sabaneta de San Lázaro, esperé topar con la vieja pulpería rural, toda sabor a tierra alegre. Solazando la mirada en el opulento paisaje lleno de gloria de los montes policromos, mi corazón se anchaba de esperanza. ¿Dónde se verán más amables y más diversos verdes que en esta hermosa vía de montaña, por la cual mi espíritu corría en un vano deseo de lograr una verdadera "vacación de humanidad"? Emprendí el camino lleno de fe en la tierra de mis padres. Cuarenta años largos hacía que no gozaba aquellos dulcísimos paisajes. Cuando pasé por ahí en 1910, hice posada donde Nicanora. ¡Qué buenos quesos! ¡Qué rica leche! ¡Qué adobos y qué carnes! ¡Qué aromoso café! Claro que Nicanora ya no existe. En el lugar de la vieja casa de paja, rodeada de hortensias y neblina, hay una casa de zinc, donde se me dijo que podía almorzar. Yo

bajé del auto lleno de ilusiones nativistas. Pasé al interior y ¡madre, lo que ví! Una sinfonola eléctrica, una gran nevera y una serie de enlatados yanquis. Vaya usted a pedir una totuma de guarapo de piña, allí donde se dan las mejores piñas de la tierra. Eso no se usa ya. Alguien dijo que el guarapo de papelón no es higiénico. Ahora se venden los bebistrajos extranjeros que se llaman "Bidú", "Coca-Cola", "Grapette", "Pepsi-Cola" y el Diablo que los recuerde todos. Pida usted unos chicharrones, unos chorizos o una modesta arepa con cuajada, y le ofrecerán jamoncillo de Chicago, queso Kraft y galletas de soda. Atrévase a pedir un hervido de gallina, y le darán una detestable "Sopa Continental de pollo y fideos". Sí, Señor. Todas las casas, todas las humildes chozas de los caminos de mi antigua heroica provincia, le anuncian a usted "Bidú" y "Sopa Continental". Ah!, y pensar que por aquí mismo, cuando Numa Quevedo inauguró como Presidente de Trujillo, este hermoso ramal carretero, el optimista de Luis Ignacio Bastidas, a quien Dios debe haber premiado su confianza en la lealtad de nuestro pueblo a su destino, declaró, con engolada voz, "que era Trujillo la despensa de Maracaibo". Claro que debiera serlo, pero las ratas destruyeron todas las provisiones y están exhaustos los viejos graneros. Las ratas han socavado, en verdad, los valores materiales y los valores morales que daban fisonomía nacional a nuestro pueblo. Las ratas.

Cambrone resultó un amable niño de pecho ante el grosor de mis palabras. Las dije como para enriquecer el *caló* de los réprobos. No hay derecho a que uno se tropiece en las recatadas vías que enlazan estos remotos y sanos pueblos del Interior, con testimonios tan elocuentes y vergonzosos de la ruina creciente de nuestra nacionalidad.

Rufino Blanco Fombona, en la justa exaltación de sus argumentos para levantar a Bolívar sobre la fama estirada de San Martín, dijo que la de éste tenía su mejor soporte en las pirámides de trigo que produce la Argentina. Cierto que existe notoria relación entre la interesada propaganda que financian los argentinos y la gloria desmedida de su héroe. Pero el argentino debe sentir liviana la conciencia cívica frente a la gloria antigua de su historia. La grande nación del Sur ha sabido mantener la independencia que le ayudó a conquistar el héroe de Maipú y Chacabuco. Nosotros, en cambio, pese a nuestro exaltado e interesado

bolivarianismo y al pueril afán puesto porque los extranjeros se sumen a nuestra vacía laudatoria bolivariana, no hemos sabido defender el derecho que tiene Bolívar a seguir prestigiando con su efigie la vieja y humilde pulpería, que hasta ayer dió fe de que habíamos ganado una independencia. Su derecho paternal se ha reducido a que pongan funerarias coronas a sus estatuas y sepulcro y a que saquemos sangre a la palma de nuestras manos, cuando algún "vivo" del Norte se muestre por admirador de su gloria, aunque cobre su admiración con la entrega de un girón de nuestra dignidad cívica. Una efigie del Libertador entre cajas de avena Quaker, quesos Kraft, conservas Heinz, leche Klim, mazorcas heladas, pollos congelados, chicharrones neoyorquinos, es baldón con que nunca soñó el Padre de la Patria. ¡Que completen su obra los que entregaron los caminos de nuestra independencia interior, y que pongan la efigie de Bolívar de cara a la pared! En tal forma la gente del pueblo cree que los santos hacen milagros.

Pidamos al Padre de la Patria el milagro de que reviva la vergüenza antigua. Pidámosle que nos deje comprender que no es independiente el pueblo que se ve obligado a recibir su diaria ración de un pueblo fuerte, poderoso y absorbente. Pidámosle que nos ilumine la conciencia en el trance de buscarle en moneda para pagar el precio de nuestra esclavitud. Pidámosle que nos deje ver cómo nuestros bolívares, abundosos en los sótanos de los Bancos, sólo sirven para mantener la alegría que disfraza nuestra desgracia nacional. Jamás pensó el Libertador, que sacrificó todo por asegurar nuestra Independencia –todo, hasta su propia honra de repúblico–, que llegaría a ser burla y sarcasmo su retrato en la tienda donde el pueblo compra el diario mantenimiento.

(Trujillo, diciembre de 1951).

GUAICAIPURO

a Miguel Acosta Saignes

Con agilidad y agudeza, Jesús Antonio Cova ha comentado recientemente, en nota volandera, la consagración del "Día de Guaicaipuro" en el vecino Estado Miranda. Dice que en lugar de la recordación del cacique bravío, debió de señalarse como tema para el día de la región, el aniversario de Cecilio Acosta o de Manuel Díaz Rodríguez.

La apreciación resulta vestida de lógica y justicia. Ha debido pensarse un poco más en los valores de cultura que representan los nombres propuestos. El valiente aborigen, pese a la tenacidad con que defendió su antiguo señorío, no llena los moldes de la heroicidad. El héroe requiere una concreción de cultura social para afianzarse. La defensa de un bohío podrá constituir un alarde de temeridad y de resistencia orgánica, pero nunca elevará al defensor a la dignidad heroica. Porque el héroe, para serlo en la acepción integral de la palabra, debe obedecer en sus actos a un mandato situado más allá de las fuerzas instintivas: su marco es el desinterés y no la ferocidad. Guaicaipuro dista de Bolívar cuanto dista la sub-historia de la Historia. Personaje subalterno, lo acreció en sus relatos el español, a fin de dar mayor ámbito a su bravura y mayor mérito a la hazaña conquistadora. Pero Guaicaipuro, así represente la dignidad del aborigen vencido, carece, fuera de su bárbara resistencia, de cualidades susceptibles de ser propuestas a la meditación de un pueblo que se quiera educar para la vida cívica.

En cambio, Cecilio Acosta es paradigma de virtudes que se deben ofrecer al pueblo para la imitación integral. Hombre-guía, sobre cuyo

recuerdo debiera volver continuamente la atención colectiva. Andrés Bello, Juan de Dios Picón, José Vargas, Fermín Toro, Eloy Paredes, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista, Manuel María Carrasquero, Luis López Méndez, Rafael Arévalo González, son figuras que reclaman la oportunidad de que se remuevan sus ideas.

Sin embargo, y a pesar de mi conformidad con la preferencia de Cecilio Acosta como centro de interés para el día del Estado Miranda, he visto con simpatía la evocación del viejo cacique de los Caracas. Y lo he visto con simpatía, porque si en verdad carece de contenido integral para la obra educativa, representa una fuerza de la tierra. Diríase que nosotros necesitamos nacionalmente un reencuentro con la tierra venezolana.

Con arreos heroicos la defendió en nombre de la nueva cultura el viejo Alonso Andrea de Ledesma. Sobre la anonimia antigua, edificó el poblador español un pueblo con nombre que, empujado por el tono altivo de sus pulsos, acometió contra la Metrópoli para ganar el derecho de definir sus propios símbolos. El esfuerzo que luchó por hacer la Patria libre, tuvo de numen y de brazo el genio de Bolívar. La universalidad de los valores que se resumen en el mito Bolívar y en el mito Ledesma, parece que se elevasen sobre el propio ras de la tierra en su sentido y en su función telúrica. Montan ellos el caballo de nieve de Santiago, y el pueblo los mira más como milagros épicos que como instrumentos capaces de la obra inmediata y humilde sobre la desnuda realidad nacional.

Guaicaipuro es más de la tierra. Podría decirse que es más tierra. Los otros son más espíritu. Está Guaicaipuro más cercano a la cultura vegetal que dominó el español. Buscándolo, podemos llegar fácilmente a un reencuentro con los valores del suelo nutricio. Demás de esto, al festejarlo, rendimos homenaje a uno de los troncos de nuestra genealogía colectiva. En este sentido sí logra, a pesar de la validez indiscutible de la opinión del avisado crítico, sentido realista la memoración del indómito cacique.

Una revaluación del aborigen nos podría ayudar para acercanos a los valores determinantes de la tierra. El indio, más que el español y que el

criollo, está pegado al primer plano de nuestro paisaje. Quizá la ausencia de perspectiva histórica con que se nos presenta en el relato antiguo, lo hace aparecer superpuesto al fondo arbóreo del paisaje. Más vegetal, se le puede tomar como signo propicio de nuestra autoctonía botánica. En la campaña que hoy libramos para defender nuestra producción vernácula a base del pan que nos puede dar nuestra propia tierra, la flecha y la macana de Guaicaipuro poseen un valor de que carecen otras armas. Y del mismo modo como en el drama angustioso de Malaparte, lo que se trata es de la mera defensa del "pellejo", nosotros tratamos, en forma similar, de salvar la dignidad de la tierra nutricia, como "pellejo" de la nacionalidad. A todo lo que son capaces de hacer Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Bolívar, Andrés Bello, Fermín Toro, como símbolos de alto civismo, preciso es sumar lo que puedan realizar Guaicaipuro y el Negro Miguel, también simbólicas raíces del gran árbol del pueblo, cuya defensa es desvelo de quienes sienten que Venezuela es un mensaje de permanencia en el orden de los valores americanos.

Guaicaipuro y el Negro Miguel pueden ayudarnos a defender "con las uñas" la dignidad creadora de la tierra. A ellos tal vez no les avergüence la huella de la tierra en las uñas, que otros dedican a más rápidas industrias, por donde logran mostrarlas blancas y pulidas.

CAÑA DE AZUCAR

a José Manuel Urdaneta Gabaldón

El vocablo azúcar lo tomó el castellano del árabe *zucar,* derivado a su vez del persa *xacar,* y éste del sánscrito *sarkara.* La última edición del Diccionario de la Academia trae nuestra palabra como derivada del vocablo *azuccar,* mas, nos hemos remitido para la fonética a los datos de Alderete, quien consultó al célebre vocabulista Fray Pedro de Alcalá, del Orden de San Gerónimo, ido a Granada a recoger a lo vivo las palabras castellanas enlazadas con las voces de quienes acababan de perder el señorío en la Península. Parece, pues, que los árabes españoles dijeron *zucar.* Los ingleses tomaron su palabra *sugar* del viejo francés *sucre, sukere,* derivado a la vez del latín medieval *succarum,* entroncado en los vocablos árabe, persa y sánscrito ya transcritos.

Con toda esa noble genealogía lingüística vino la caña de azúcar a nuestro hemisferio occidental por el año de gracia de 1515. Los españoles la trajeron de Canarias, a donde, según algunos, llegó del Africa del Norte, que la veía cultivar desde el Siglo VII. Pero América iba a ser el mundo del azúcar. Brillat-Savarin escribió en su admirable "Fisiología del Gusto": "Ha sido en las colonias del Nuevo Mundo donde el azúcar ha tenido realmente nacimiento; la caña ha sido importada hace dos siglos y su cultivo prospera. Se ha intentado utilizar el jugo dulce que fluye, y de tentativa en tentativa se ha llegado a extraer sucesivamente el guarapo, el jarabe, el azúcar bruta, la melaza y el azúcar refinada en diferentes grados".

En 1578 los Alcaldes de El Tocuyo informaban "que el tracto y contractación principal de esta tierra es... caña y algún azúcar". Quizá sean los trapiches tocuyanos de los más antiguos del país, aunque debieron ser corianos los primeros de Occidente. A ciencia cierta no sabemos cuándo se trajo a Tierra Firme la

caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales.

¿Vino con Alfínger? ¿La trajo Ocampo o Castellón? ¿La había introducido Ampíes en la costa coriana? Por datos que suministra Juan de Castellanos, sabemos que en Curazao tuvieron Ampíes y su yerno Lázaro Bejarano

Un ingenio, que es gran heredamiento.

A la Isla de los Gigantes se redujo, con gobierno para dos vidas, el viejo Martínez de Ampíes, cuando Coro o Venezuela fue entregada por Factoría a los alemanes. Pudieron, pues, padre y yerno, haber emprendido el cultivo de la caña de azúcar durante el breve tiempo que permanecieron en Tierra Firme. Hombre de buenas letras, Don Lázaro hacía justa compañía al bondadoso Ampíes. "Su musa digna fue de nombre eterno", escribe el Beneficiado de Tunja. De hacerse cierta su estada en Coro, podría decirse que con Lázaro Bejarano llegaba a nuestra tierra un espíritu lleno de la fresca amplitud renacentista, en cuyo equipaje pudo venir, junto con la supuesta *Sacharum officinale,* un ejemplar del *Enchiridion* de Desiderio Erasmo, de quien el generoso conquistador recibió suaves y enérgicas armas para defender a los indios de las flechas aristotélicas de Ginés de Sepúlveda. ¿Pasó por Venezuela Bejarano? Difícil asegurarlo, pero es grato imaginar el diálogo del gran Manaure, convertido en el cristiano y bonachón Don Martín, con este sutil viajero que representa el nuevo espíritu erasmiano del Renacimiento.

Pero si por 1540 había ingenios en Curazao, debe aceptarse que ya en Tierra Firme estaban sembrando bases para el humeante torreón de los

trapiches, donde es molida y beneficiada la rica caña, dicha criolla con el tiempo, no sólo en razón de su largo arraigo en nuestra tierra, sino para diferenciarla de la llamada "caña de solera", comenzada a cultivar por 1772 en los alrederores de Puerto Cabello (Después, se han ensayado diversos tipos de caña hasta llegar a la P. O. y la M. L.).

Al aparecer el ingenio, la vida del colono tuvo un sentido nuevo. Junto con el trigo, y con mayor fuerza que éste, cambió la caña de azúcar la geografía vegetal de nuestra Patria. Al indio se sumó para el laboreo de la caña, la ruda y fuerte mano del negro. Al Rey se pidieron licencias para introducir "piezas" de esclavos, en razón de las necesidades de las minas y de los cañamelares. El propio indio aprendió luego a hacer moldes para el vaciado de las mieles. Cuando el Gobernador Porres y Toledo visitó los indios de Mamo, escribió: "los indios hacen hormas de barro para azúcar, grandes y pequeñas, donde se echa el melado". El negro era más resistente. Por ello nuestra primera cultura de la caña está vinculada al trabajo esclavo.

"La cultura de la caña aristocratizó al blanco en señor y degradó al indio y principalmente al negro, primero en esclavo, después en paria. Aristocratizó la casa de cal y canto en casa-grande y degradó la choza en 'mucambo'. Valorizó el cañaveral y despreció el conuco", escribe, en relación con el Brasil, el ilustre Gilberto Freyre. Tal vez pudiera tener la misma dimensión económica dicho concepto si lo trasladamos al pasado de nuestro país. La casa del dueño de cañas tuvo y ha tenido un sentido mayor de feudo que la casa del dueño de vegas de tabaco, de añil o de café. En los primeros años la caña era cultivo esclavo. Por eso fue más duro el régimen de la peonada. El rejo del capataz empezó a provocar la huída del negro y la formación de "cimarronadas" y "quilombos". Una buena historia agrícola de Venezuela debiera ahondar no sólo en lo botánico y productivo del proceso, sino en lo social de su especulación. ¡Cómo se iluminarían las páginas de nuestra historia política si saltaran a los tipos de imprenta los nombres de honorables terratenientes que sostuvieron a Páez, a los Monagas, a Guzmán, a Crespo, a Castro, a Gómez, a trueque de que hicieran caso omiso de las cárceles y cepos a que era reducida, al igual de los antiguos esclavos, la peonada libre, y porque no se tomase cuenta de las "fichas" que anulaban los míseros salarios!

Venezuela se fué cubriendo lentamente de verdes y altivas cañas, entre cuya espesura el rojizo torreón echaba al aire las grises espirales que delatan la molienda. Más que renglones exportables, sus productos no abastecían el consumo doméstico. Depons consideraba por 1804 nula la exportación del azúcar. Nosotros hemos visto estadísticas originales del puerto de La Guaira que en uno de los años finales del Siglo XVIII acusan la salida de trece mil libras de azúcar y que el año siguiente señalan cincuenta y cinco atados. El consumo era esencialmente doméstico. Nuestros antepasados, como buenos descendientes de españoles, tomaban azúcar en exceso (Pereda refiere la historia de una heredera de indiano que reventó de tomar azucarillos con agua de azahar). Los boticarios, toda pócima la disfrazaban con jarabe. A quien le faltaba algo esencial, se le decía que estaba "como boticario sin azúcar". Conservas, confituras, tortas, pastas, cremas, refrescos, manjares, mermeladas, escarchados pedían azúcar. El chocolate y el café tenían el azúcar como complemento. Un papelón se daba de avío a los peones que iban a ganar los páramos.

Hemos llegado al papelón y bueno es referirnos a los nombres de nuestra agradable azúcar negra, que tánta variedad ha logrado en América. La meladura aún con melaza, viene a ser nuestra azúcar negra. En Los Andes y gran parte del Interior se la vacía en hormas rectangulares, de mayor o menor grosor. Se la llama *panela, dulce o papelón.* Este último lo describe el Diccionario como "meladura ya cuajada en una horma cónica". Posiblemente de la forma cónica que tuvo la meladura cuajada en la región del centro, vino el nombre de *papelón,* hoy extendido a toda manera de meladura cuajada. La Academia la aceptó en la forma restringida en que la definió Don Julio Calcaño. Este dice que tomó tal nombre por haber sido de papel las primeras hormas. No parece que el papel sirviese de molde sino para pequeñas confecciones caseras, de donde se extiende el nombre a la pieza grande. En Colombia se llama *dulce o panela.* En Costa Rica *dulce* y tiene forma de cono truncado y también de marquetas. En Perú *Chancaca* (Se me informa que nuestros Piaroas del Amazonas le dan este mismo nombre). Más cercano a los propios laboratorios de la naturaleza que el azúcar refinada, el papelón, el dulce o la panela, tiene una fuerza nutritiva que lo hace uno de los más

poderosos alimentos populares. Con la propia bestia que monta en los agrios caminos donde se forman nuestros hombres, comparte su ración de panela el sufrido venezolano.

Junto con los usos apuntados, los productos de la caña de azúcar sirvieron para engrosar los alambiques y las guaraperías, que constituyeron rentas apreciables durante la Colonia. "Cierto licor, dice el Contador Mayor Don José de Limonta, compuesto del azúcar en bruto, o miel de caña y otros ingredientes, que puestos a fermentar producen una bebida a manera de cerveza, aunque más dulce y grosera, se conoce en estas provincias con el nombre de guarapo, y su estanco produce una renta considerable concedida en Caracas al Hospital de San Lázaro...; en las otras es de corta entidad, y pertenece a la masa común de la Real Hacienda, excepto en la de Maracaibo en que está también concedida al Hospital de Santa Ana". El origen de esta renta estaba en Cédula que el Rey otorgó el 17 de enero de 1759, cuando se notó que lo producido por el permiso de galleras no era suficiente al mantenimiento del Hospital.

Era, pues, el guarapo la cerveza del pueblo colonial (Si todavía se bebiese guarapo en forma comercial, ya tendríamos al capital holandés haciendo de las suyas). Bebida nutritiva, como producto directo del papelón, ayudaba eficazmente a balancear la dieta popular. Con acemita y guarapo almorzaba frecuentemente un peón en apuros. El papelón se dice que es rico en sales de hierro y en no sé que vitamina. El Guarapo hervido suple el biberón de leche de vaca en los hogares pobres. Se le dejaba fermentar, y llegaba el guarapo a emborrachar. Esto lo vigilaban las autoridades. Sin embargo, algunas hacían la vista gorda y recibían su "comisión". Cuando en su visita de 1782 a la población de Maracay, informaron al Obispo Martí que el Teniente Gobernador era "untado" con trescientos pesos al año para que dejase subir la flema de los caldos.

La extracción del aguardiente de caña estuvo sometida a las restricciones que imponían los cosecheros de viñas de Andalucía y los dueños de navíos y factores guipuzcoanos, interesados en el comercio ultramarino de vinos. Por Cédulas de 30 de setiembre de 1714 y 15 de junio de 1720 se prohibió para México y Perú la venta de aguardiente de caña, por

perjudicial a la salud pública y a los derivados de la vid. Esta prohibición se extendió a nuestras provincias por Cédulas posteriores. El Intendente Don Francisco de Saavedra, por 1783, y ya desaparecida la Guipuzcoana, representó en orden a que se autorizase la saca y venta de aguardiente de caña, "por ser único uso a que se podía aplicar el melado y purga que destilan los azúcares, y aun las mieles de los nuevos plantíos de la caña dulce". Esta gestión fué fructuosa y el Intendente anunció luego a poco que Su Majestad autorizaba la destilación de aguardiantes, con un impuesto de dos por ciento sobre cada barril de veintiséis frascos. Posteriormente se permitió completar con aguardiente de caña los cargamentos de algodón, café y añil que se despachaban para puertos extranjeros.

Del mismo modo como durante cien años luchó en Europa contra la remolacha, en América también hubo de luchar la caña indígena con la vid hispánica. Ganó la pelea con el competidor extraño y ganó nombre en la glosa del pueblo. Caña por ella misma se llamó su aguardiente, y no por el fino vaso andaluz donde se bebe cualquier manera de vino. Caña como valor de su genuino espíritu. *Cañandonga* se la llama en argot de botillería (Esta caña tiene una larga historia de honras diluídas y de vidas fracasadas. Bien sabido es que la única parte del hombre que no se conserva en alcohol es la conciencia). Apenas tiene precio social como fuente de imposiciones fiscales. Sobre el impuesto de aguardiante se fundamentó durante mucho tiempo la renta pública. Fué también materia de remate, con que se satisfacía la necesidad de dinero de los caciques regionales y se daba oportunidad de enriquecerse a la familia y a los amigos del amo de turno. Impuestos aduaneros e impuestos de aguardiente fueron principales entradas del erario público. Hoy son la renta petrolera y la tributación directa quienes sostienen las arcas públicas. El petróleo, que empezó a producir racionalmente desde que el Presidente Medina Angarita retó las iras yanquis y reformó los ruinosos contratos antiguos. La tributación directa, desde que el mismo Magistrado desafió la oligarquía capitalista y obligó a los ricos a pagar impuesto sobre las ganancias excesivas. De donde, en razón de ser de poco interés la imposición sobre alcoholes, se comenta que el Gobierno piensa en serio, con salvedad de los buenos rones, en una laudable política de restricción general de aguardientes ordinarios.

Nuestro país, pese a la extensión de sus cañamelares, sufre a menudo crisis de azúcar y se la trae de fuera. Hubo época en que se la exportaba a Inglaterra para que los dueños de centrales mantuviesen sus precios altos en el país. A veces hay crisis de brazos para la zafra y se les contrata en otros países. Se quiere hoy abandonar el fácil y viejo trapiche de dulce o papelón para montar el moderno ingenio azucarero. Se piden créditos, se hacen consorcios, se fomentan ligas. Claro. El ingenio azucarero es una alta expresión capitalista. Rinde más, aunque el azúcar nutra menos. Lo que el capitalismo busca son las ganancias y no saludes. El trapiche es la forma individual de trabajo del campesino modesto, para quien no hay créditos. Todos, los mismos cañeros, pregonan la necesidad de acabar con los trapiches y forman los grandes centrales de azúcar. Un médico abastado de erudición en Nutrología, me decía en noches pasadas: "Lo que debiera acabarse es el azúcar. El papelón tiene los principios alimenticios de la melaza". El azúcar es hermoso y delicado para la mesa, pero el papelón tiene la fuerza que nutre. El azúcar es el niño "bien" que se engoma el cabello. El papelón es el muchacho que sabe colear toros y desguazar ríos. También puede decirse que el azúcar es la niña limpia para el lucimiento de la casa. Hay, por ello, necesidad de conservarla y de colocarla bien. Con ella se hace lo delicado que regala. Con el otro se mantiene el aguante de la familia.

Nobles, generosos, papelón y azúcar han ayudado a la economía nacional, no sólo en especulaciones de agricultura y de comercio, sino en el orden menudo de la economía hogareña. ¡Cuántas familias crecieron gracias a la generosa paila de dulce, trabajada en el sufrido y modesto recato del hogar! Granjerías llegaron a llamarse en nuestro mundo antiguo los dulces, pastas, confites, cocadas, besitos, suspiros, coquitos, melcochas, azucarillos, que hacían las familias para la venta al menudeo en calles y bodegas. Si yo usara escudo de nobleza, le agregaría a los campos ocupados por el águila explayada de los Briceño y por el jabalí de los Iragorry, un nuevo cuartel, en cuyo centro luciera, con mayor honra y dignidad que aquellos animales, una altiva caña de azúcar, en memoria del sufrido y noble trabajo que mi buena madre consagró a las granjerías con que, viuda, pudo levantar y educar a sus hijos.

ARROZ Y TORDOS

a Ramón Velásquez

Hace cien años nuestra ricicultura era tan incipiente como en el propio Siglo XVI. Los españoles cultivaron arroz apenas preparados los nuevos sembradíos. Los Alcaldes de El Tocuyo, por 1578, junto con el trigo, la mostaza, la parra, la cebada y los garbanzos, señalaban al arroz como una de las nuevas semillas que se daban en la región.

Se juntaban, pues, en nuestro mundo venezolano las fuentes principales de alimentación del hombre: trigo, maíz, yuca, papas y arroz. El trigo da fisonomía a la cultura europea y mediterránea; el arroz a la cultura afroasiática; el maíz, la yuca y la papa constituían la base alimenticia del aborigen de América.

Entró por distintas vías el arroz a la cocina europea. El Asia del sudesde es su *habitat*. En la vieja lengua védica se le llamó *urihi*. La palabra pasó al griego transformada en el vocablo *oriza*, y al árabe convertida en *arroz*. De la voz griega salieron el italiano *rizo*, el francés *riz* y el inglés *rice*. Ricicultura es palabra de formación francesa, aún no adoptada oficialmente por nuestra lengua. Sin tomar en cuenta los infinitos y fantásticos usos chinos del arroz, cuyos dioses, a la par de ellos, son ricífagos, en Europa tiene el níveo grano múltiples aplicaciones culinarias. Pero ninguna alcanza la dignidad social de la *paella*. La *paella* es algo más que el "arroz y gallo muerto" con que se indica en la Península la abundancia de la fiesta. La *paella* no es un plato romántico, como lo califica Julio Camba, sino un plato donde los valores dialécticos

logran su más acabada síntesis. La *paella* reúne todos los reinos de la naturaleza. Desde la gallina de torpe vuelo hasta los crustáceos y los mariscos. Es un plato republicano, igualitario, conjugante. ¡Lástima que los españoles, pese a ser maestros en la *paella* con arroz, no hayan logrado una buena sartén a cuyo alrededor pudieran hacer la convivencia de su gran pueblo! En Venezuela, el arroz sirve para aderezar uno de los más simpáticos y modestos platos nacionales: el *pabellón.* Arroz, carne frita y caraotas negras hacen la delicia del hombre del pueblo venezolano. Lamentablemente no tengo a la mano la receta del *Pilaf* que usan los iranios. Parece que es el plato favorito del gran Mossadegh, hoy cabeza en el Irán de la campaña por la independencia económica del país. Nosotros necesitamos *Pilaf* a diario y a pasto.

En nuestro país el trigo se ensayó, prosperó, se exportó harina, decayó su cultivo, y hoy importamos hasta pan prefabricado en Estados Unidos. El maíz y la yuca, que debieran abastecer nuestra necesidad nacional de pan, siguen siendo bien vistos en mesas de ricos y de pobres. El maíz, sin embargo, ha llegado a faltar. El maíz, que por sí solo podría ser el sustento venezolano. El arroz, siempre apreciado, apenas empieza a ser cultivado intensamente. Durante la Colonia su producción no alcanzó grandes proporciones. El colono no lo tuvo por alimento esencial.

Cuando el trigo escaseó, la Compañía Guipuzcoana trajo harina. En las listas de importación de la Compañía no he visto, en cambio, el arroz. El pueblo no sintió por él la misma urgencia del pan de trigo. Hace cincuenta años, el arroz era aún cultivo complementario, como el garbanzo y las lentejas. Se le consumía, pero sin el imperio que ha logrado en las últimas décadas. Junto con el criollo se vendía el importado. Se prefería más bien exportar un poco del nuestro. En 1884 se vendió arroz a las Antillas por valor de Bs. 8.000. Más blanco el importado, sus confecciones son de mayor fineza. No se sabía entonces que esa blancura absoluta del arroz conduce al beriberi. En el fondo de todo nuestro organismo social, podría diagnosticarse un beriberi generalizado, cuyas peores consecuencias se observan en el área de las conciencias. Un pitiyanqui es una voluntad sin vitaminas nacionales. Es decir, un sujeto sin las vitaminas de la moralidad cívica.

Duro cultivo, el imperio del arroz ha aprovechado la mano esclava de las colonias asiáticas, donde es casi alimento único. En las márgenes del Misissipi fué, con la caña de azúcar y con el algodón, la gran fuente de riqueza de los esclavistas del Sur. En los fangales del gran río, los negros sudaban la gota gorda para enriquecer a los soberbios e irreductibles magnates de la Confederación. A una nieta de esclavistas de Kentucky, oí llamar *mono imbécil* al gran Lincoln, cuando vió su retrato en mi librería. Hoy, para mejorar el trabajo de los negros, se ha mecanizado el laboreo general del arroz, siempre necesitado del rudo trabajo del hombre. Posiblemente muchos cineastas descuidaron recientemente observar la técnica de la siembra y recolección del arroz en Italia, reproducida en la película "Rizo amaro", por concentrar la pupila en la contemplación de las formas heroicas de Silvana Mangano.

El arroz es áspero en su cultivo. Tal vez por ello el venezolano antiguo no cuidó mucho de intensificarlo. Se resignó al poco arroz criollo cultivado en diversas regiones de irrigación fácil, y buscó el buen arroz de Siam y de Birmania, posteriormente desplazados por el arroz del Norte y del Ecuador.

Pero si el arroz todavía no ha llegado a la esencialidad asiática, ha logrado un intenso consumo durante los últimos años. Ya hoy es difícil comer sin algo de arroz. Por ello, se ha sembrado bastante grano, aunque no lo suficiente para desalojar el arroz de fuera. De riego artificial existen grandes fundos arroceros, con famosas usinas para desgrane, pulimento y ensilaje. De riego natural, están las bocas milagrosas del Orinoco, donde se puede cultivar todo el arroz deseable.

El arroz tiene sus enemigos, como todos los cultivos. Enemigos en la ciudad y enemigos en el aire. Entre los primeros, están los comerciantes que introducen arroz de otros países y defienden los bajos aranceles. En alguna parte he escrito que cierto comercio, así esté hecho por nacionales, obra como agente del capital extranjero, a cuyo servicio se enriquecen. Los otros enemigos del arroz son los *tordos.* Como se trata de un enemigo de nuestra agricultura, he tenido que ensayar lecturas de Ornitología. ¡Hasta por el aire andan los enemigos de nuestra riqueza! El tordo, tan conocido en nuestra jerga diaria por su arriesgado y peligroso

salto, tiene una función benéfica y una función maligna en nuestro campo. Es pájaro de *camouflaje*. Lo toma a veces el agricultor por el pacífico *garrapatero,* y lo deja pasearse caballero en vacas y mansos bueyes. Más, sucede que esta especie generosa (*Holoquiscalus lugubris*), se confunde fácilmente con la especie enemiga de los *Molothrus bonaerensis*. El pobre agricultor carece de tiempo para averiguarse si el pájaro tiene amarillo o pardo el ojo, y toma el uno por el otro. Tampoco va el afanado campesino a informarse si hace nido o si pone los huevos en nido ajeno. Cuando menos piensa, el tordo está en el arrozal. Un arrozal con tordos es como El Tocuyo con sus dos terremotos de tierra y de máquinas. Codazzi los definió como "pequeños pájaros que van en grandes bandadas, devastando los campos de arroz; su color es de un negro cambiante que refleja todos los visos del acero bruñido".

Andan los tordos malignos en grandes bandadas. La gente dió en decir que venían de Colombia. Durante la Colonia se decía que volaban desde el Reino adentro, como eran llamadas Cundinamarca y Tunja. También se dijo que los zamuros, que todos los años, por noviembre, van a "cambiar pico" en la Teta de Niquitao, son oriundos de Nueva Granada. Yo los ví atravesar majestuosamente los límpidos cielos de Panamá, Costa Rica y Guatemala. Las aves vuelan tanto como la imaginación de los hombres. O como la mala fama. De Colombia se ha dicho que vienen las grandes migraciones de tordos. Sin embargo, mejores conocedores del rumbo de las aves me dicen que, a través de Centro América, bajan de Estados Unidos. De ser ello cierto, resultarían los lúgubres tordos el símbolo viviente y alado de la lucha del Norte contra la agricultura del Sur. El mercantilismo yanqui, secundado por los pitiyanquis de acá, serían manera de tordos voraces que destruyen la dorada alegría de nuestra tierra.

Para ahuyentar los tordos, los agricultores empinan los espantapájaros. Como los Judas de Sábado Santo, son éstos muñecos fingidos que espantan a las aves. Se hacen con ropa en fluecos. Nosotros en realidad no tendríamos necesidad nacional de los espantapájaros. Un país de "pájaros-bravos", debiera usar su bravura para cosas útiles. Una de ellas, defender la nacionalidad.

En el famoso film yanqui "Tales of Manhattan" ("Seis Destinos"), que pasó en 1943 como meteoro por nuestras salas de cine, el hermoso y pulido frac que hace de personaje central en los varios dramas que componen la pieza, termina por servir de espantapájaros. Sirvió hasta para encubrir a un ladrón de atraco. Su única misión útil y pacífica consistió en espantar los gorriones que interrumpían la meditación de un anciano solitario. Si tánto frac elegante, destinado a ocultar momentáneamente inconfesables historias, fuese entregado como espantapájaros a los hombres sufridos y honestos que trabajan nuestra tierra, otro sería nuestro destino de República...

TABACO

a Rafael Paredes Urdaneta

El Tabaco *(Nicotiana tabacum),* tiene nombre que no era originariamente suyo. El indio, según refiere el Cronista Mayor de las Indias, Fernández de Oviedo y Valdés, llamó tabaco a "unos palillos huecos del tamaño de un xeme o menos, de la groseza del dedo menor de la mano y estos cañutos tenían dos cañones respondientes a uno, y todo en una pieza. Y los dos ponían en las ventanas de las narices y el otro en el humo e hierva que estaba ardiendo o quemándose... Los indios que no alcanzaban aquellos palillos tomaban aquel humo con unos cálamos o cañuelas de carrizos, e a aquel instrumento con que toman el humo, e a las cañuelas que es dicho llaman los indios *tabaco".* Nombre, pues, trasladado del instrumento al humo, a la hoja y a la planta. (También al primitivo cacao de la Cordillera llamaron los españoles *chorote,* por el nombre de la vasija en que los indios lo preparaban).

Con indios aspiradores de humo tropezaron los españoles, y con otros que lo sorbían en pipas semejantes a la pipa de roble que hace parte de la personalidad de Rómulo Betancourt y de José Stalin. De estas pipas unas eran labradas en piedra, otras fabricadas de barro. Algunos lo tomaban chupando el humo directamente de hojas enrolladas, como los puros de hoy. Acostados en hamacas, lo sorbían de grandes hachos humeantes los indios vistos por la gente de Colón en la isla de San Salvador. Mascaban otros la rama curada. Sorbían algunos polvillos como el rapé del Siglo XVIII. Por último, comían otros el *chimó,* jalea espesa y amelcochada, producida por la cocción de las hojas.

Oviedo y Valdés le anota al humo virtud de calmar los dolores de las bubas, que ya habian tomado los españoles, y el Padre Acosta dice que el tabaco es una "yerba de que esta gente usa para amortiguar la carne y no sentir el trabajo". Cualquiera llega a pensar que el Padre se refiere a la *coca* y no al tabaco.

Lo cierto es que al remitir Colón las primeras muestras de tabaco a España, se produjo en el Viejo Mundo una de banderías, como si se hubiera tratado de una nueva concepción de la vida. Quiénes le daban escaleras de honores, quiénes le imputaban diabólicos efectos. Pedro López de León en su "Prática y teoría de las apostemas", publicada en Sevilla el año de 1618, dice que el tabaco "abrasa las partes interiores", y que él ha visto en algunos cadáveres a los que ha practicado anatomía de orden de la justicia, "el hígado hecho ceniza y las telas del cerebro negras como hollín de chimenea, que lavándolas salía el agua como tinta". En Italia hubo tales prejuicios contra el uso de tabaco, que aún en verso se le desacreditó, a tiempo que Urbano VIII lo prohibía en los Estados Pontificios.

Baco, tabaco e venere
riduocono l'homo in cenere,

lo que en prosa castellana vale por *el vino, el amor y el tabaco, hacen del hombre un trapo.* Todo ello a pesar de haber sido hojas y polvo de tabaco patrocinados en buena hora por los Eminentísimos Cardenales Santa Cruz y Torna Buona, por donde llegó a llamársele *Hierba de Santa Croce.*

Sin embargo, reyes y embajadores, letrados y alquimistas, clérigos y cómicos, poetas y cortesanos se entregaron con fervor al uso del tabaco, ya en humo, ya en polvos. Contra los que denigraron la hoja, el Profesor de Medicina de la Universidad de Salamanca, Doctor Cristóbal del Haro, sacó a luz en 1645 una entusiasta apología del tabaco, en la cual se declara que "usando de él no se siente soledad". Con el Doctor Haro

participa opinión nuestro inolvidable Bello, quien muestra devoción por el puro, al recordar a la América renaciente de la guerra, que es suya la hoja

que, cuando de suave
humo en espiras vagarosas huye
solazará el fastidio al ocio inerte.

Corrió el cuento de que a Francia lo llevó en 1560 Juan Nicot, cuando era Embajador en Portugal, pero parece más ajustado a verdad que lo introdujera el fraile francisco Andrés Thévet, quien acompañó como limosnero al Caballero de Malta Durand de Villagagnon, cuando éste vino a las Antillas en son de buscarle inconvenientes a la obra colonizadora de España. El fraile lo llevó a Francia, pero Nicot le dio nombre. El buen fraile no tenía las entradas del Embajador, quien lo puso en propias manos de María de Médici, en donde le vino a la planta el nombre de "Yerba de la Reina", que eclipsó por algún tiempo el nombre de "Yerba del Embajador", con que fue conocida en sus primeros tiempos de Corte. Pero este último nombre tiene un segundo sentido funcional. El puro y el cigarrillo son los mejores aliados de un prudente diplomático. A una pregunta indiscreta, se enciende un pitillo para dar tiempo a la respuesta. Cerca de Gil Borges me quejaba yo de la falta de instrucciones sobre política de nuestro país cuando comenzaba la Segunda Guerra. Para pintar mis apuros de diplomático, le escribí en cierta oportunidad: "La Cancillería me está obligando a triplicar la ración de cigarrillos".

Dio Nicot nombre científico a la hoja. De su apellido viene la *Nicotiana tabacum* de Linneo. Pero el fraile Thévet le cobró el honor. No se dejaba robar fácilmente este buen franciscano. Ni tampoco era para quedarse a la callada cuando se trataba de una injusticia. De "quidam" trató a Nicot, por haber dado su nombre a la hoja, diez años después de haberla él introducido en Francia. Mas, al fraile nada valdrá la primicia de su hoja. Ronsard le consagró una Oda por el don del tabaco. Claro, que como honor es preferible figurar en la antología de un gran poeta que en la lista mecánica de las plantas. Pero el franciscano estaba de tuerce. Alguien informó al poeta que era otro el viajero introductor de la famosa hoja, y en próxima edición la Oda apareció dedicada a un tal Belon.

Como elementos que abrieron al Viejo Mundo nuevas fuentes de placeres sibaríticos, ocupan primeros sitios el chocolate y el tabaco. Completaron en realidad el prestigio de nobles rincones. Un Prior hubo de sentirse con más autoridad cuando prendía un puro después de sorbida una jícara de humeante chocolate. Humo y humo, vanidad de las cosas del mundo, sueño pasajero que deja el deleite. ¡Qué de cosas sueña el hombre mientras chupa el aromoso cigarro! "Fumar es un placer, genial, sensual...", dice la letra de un viejo tango. Por eso la Inquisición tuvo que hacer con él y los moralistas aconsejaron su abstinencia. Mas su uso terminó por imponerse definitivamente en el mundo europeo. Los mismos clérigos, a la puerta de los templos, terminaron por exhibirse con un cigarrillo en la boca, antes de oficiar la Misa. En el Siglo XVIII el tabaco era un negocio universal. Por 1806, Don José de Limonta, Contador Mayor del Tribunal de Cuentas de Caracas, escribía: "Todos convienen que antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, no se conocía el Tabaco; pero desde esta memorable época se ha hecho tan apreciable en las otras tres partes del Universo, por uso, su tráfico y por las grandes rentas que produce, que quizá no habrá otro género u efectos que puedan competirle en alguna de esas circunstancias".

Pero el tabaco, a más del deleite que llevó al Viejo Mundo, aumentó las causas de la piratería y del contrabando. No otra cosa buscaron los holandeses cuando metían sus naves corsarias en aguas del Orinoco o cuando rondaban nuestras costas marítimas. Entre nosotros, hasta la Guipuzcoana, y aún después, las mayores exportaciones de tabaco se hicieron clandestinamente. Su resguardo, como renta del Rey, vino a llevarse a efecto en 1779, cuando el Intendente José de Avalos, el recio organizador de nuestra Renta Pública, procedió a ejecutar la Cédula real de 22 de junio de 1777. Hasta entonces el tabaco era de libre plantación y comercio de los vecinos, mas, acrecido su cultivo, con beneficio del contrabando, y cada vez mayores las ansias de las arcas reales, Carlos III ordenó gravarlo, como ya estaba gravado en México y Perú. Creyó más conveniente Avalos que los cosecheros pagasen un tributo personal antes que estancar el cultivo de la rama. Al efecto, distribuyó entre varias poblaciones una contribución que montaba a $ 195.080. Pero los cabildantes de Caracas, encabezados por el presuntuoso Conde de San Javier, vieron en el impuesto una especie de capitación que los igualaba

al común del pueblo, y se alzaron indignados contra medida que, a su juicio, los convertía en simples pecheros. El Intendente oyó las razones y esperó que se reuniese en la capital un Congreso de Municipios, en el cual se resolvió como mejor estancar la venta y el cultivo de la planta, para cuya siembra y resguardo se fijaron los siguientes distritos: Tapatapa y Guaruto en los Valles de Aragua; Orituco en Calabozo; Barinas y La Grita en la Provincia de Maracaibo; Cumanacoa y Tapire en la Nueva Andalucía y Upata en la Provincia de Guayana.

En 1781 el químico español Pedro Verástegui instruyó a los cultivadores de Occidente en la mejor manera de utilizar el *urao* de Lagunillas, y *urao, mo y chimó* entraron también, en el sistema de estanco. "El comer *chimó* es un vicio como el mascar tabaco", y como hoy mascar el *chiclé* que los yanquis hacen de nuestro *pendare* indígena*. Hubo época en Venezuela de gran consumo de *chimó*. Lo usaban los señores y la gente humilde, las mozas y las viejas. "Un hombre de nuestra cordillera, muy notable por su gran sabiduría, pues además de las humanas letras conocía las divinas, refiere Gonzalo Picón Febres en su rarísimo "Libro Raro", asistía como Diputado a no sé cuál de los Congresos que hubo durante la Presidencia del General José Gregorio Monagas. Comía *chimó* por la una parte, y por la otra ignoraba en absoluto la existencia de las escupideras. Un día, en una de las primeras sesiones de la Cámara, determinó muy campante meterse en la boca una comida, y comenzó a escupir en el petate. Advirtióle el portero de la Cámara y le puso la escupidera hacia la parte que estaba empuercando aquella cosa negra que él no sabía qué fuese. El Diputado se volteó, y se puso a escupir del otro lado. Tornó el portero a hacer lo mismo, y aquel diálogo mudo se repitió hasta cuatro veces. A la quinta, el Diputado no pudo contenerse y exclamó lleno de ira:

"–O me quita usted la taza, o se la escupo!"
"–Pero, Doctor, si para eso justamente es que se usa".

(*) La sarrapia, el pendare y el balatá, más que agricultura, son productos naturales de nuestra opulenta selva del Sur. La primera se intentó cultivar domésticamente antes de la crisis de los precios.

"–Pues vaya Ud. a contárselo a su abuela! Las tazas no se usan sino para servir el caldo en las comidas. Y mire, amigo, se la lleva Ud. ligero, o le rompo con ella la cabeza".

Fuente principal de entradas fiscales, la administración de las cercas reales, como eran llamados los sembradíos de tabaco, fueron oportunidad de pingües proventos. Tal fue el desarrollo de su cultivo, que en 1797 se exportaron para colonias extranjeras, de sólo el Puerto de La Guaira, ciento sesenta y seis mil libras. Con sus productos acrecentó su inmensa fortuna el famoso Marqués de Casa León. Y el grueso de las rentas producidas por el estanco ayudó unas veces a los realistas, otras veces a los patriotas para el mantenimiento de la guerra. Hasta 1832 duró en la República el sistema de estanco como tributación fiscal.

Cultivó siempre Venezuela sus azulosas vegas de tabaco, principales entre ellas las muy ricas y afamadas de Barinas. En Alemania, y como homenaje a la excelencia de la hoja barinesa, se llama Varinas al tabaco.

"Barinas es conocida en los mercados europeos, escribía Depons por 1804, desde hace mucho tiempo, gracias a su tabaco". Y aunque adelante el viajero a reconocer la superioridad sobre el barinés del tabaco de Cumaná, anota que en Hamburgo y Amsterdam se mejora en un veinte o un veinticinco por ciento el tabaco de Barinas. Por 1840, anota Codazzi, era el de esta Provincia el único tabaco que se extraía de Venezuela. El resto se destinaba al consumo interior. Base principal de su riqueza, Barinas creció tanto al influjo bonancible de su tabaco, que se la dió autonomía provincial en 1786, y más tarde se la quiso dotar de Obispo propio. Para elogiar la buena calidad del tabaco de Guanare, Cisneros lo compara con el de Barinas y dice: "Es de gran permanencia, y muy semejante al de la ciudad de Barinas, del sitio de Cochinilla y Mesas de Moromuy, que estiman tánto los holandeses".

En el año citado por nuestro primer geógrafo, el valor de la exportación del tabaco era de treinta y ocho mil bolívares. Pero, a pesar de la ruina que se imputa a la Guerra Federal, se exportó tabaco en 1883 por valor de trescientos cuarenta mil bolívares.

Desde *chimó* hasta los fragantes puros de Capadare y los Guácharos insuperables de Oriente, el pueblo venezolano consumió su tabaco. Envirado, en rama, *mó,* cigarrillo de picadura suelta, cigarrillo engargolado a máquina, "niño envuelto", picadura en hebra, rapé, puros etc. En cualquier forma lo fumó o lo mascó, y con el cultivo y con su industria aumentó la riqueza nacional. Veinte y ocho fábricas de cigarrillos tenía Caracas en 1883, y en el resto del país, según datos incompletos que he logrado, había cosa de cincuenta, donde se labraba la hoja venezolana, para el consumo venezolano y para beneficio del capital venezolano.

¿Que por cuáles razones me remito al año de 1883? Pues por una muy contundente, a fuer de patriótica. En aquel año, Venezuela, agradecida y orgullosa, ofreció una espléndida apoteosis a Bolívar, con motivo del centenario de su nacimiento. Hubo parabólicos elogios e histéricas manifestaciones de bolivarianismo. Tántas como las que hoy vemos. Pero, en cambio, en aquel año de gracia los bolivarianos, con Guzmán Blanco a la cabeza, eran hombres de palabras y de hechos. El bolivarianismo de hoy consiste en hablar de Bolívar, en discurrir de Bolívar, en escribir de Bolívar, en erigir monumentos a Bolívar. El bolivarianismo hablado y escrito de 1883 tenía de vigoroso respaldo una realidad económica. Venezuela producía más de lo que consumía y consumía de lo que producía la libre y dulce tierra venezolana. Vea usted una estadística de aduanas, y encontrará que en aquel año exportamos por valor de Bs. 83.305.000,00, incluídos más de mil cuatrocientos cerdos, quinientos pavos y setenta gallinas. (Hoy todo esto nos viene del Norte). En aquel mismo año la importación llegó a Bs. 56.265.665,00. No pongo las cifras de lo que actualmente estamos importando para comer y vestir, porque no sufran sonrojo de vergüenza los que sienten a Venezuela con realidad de angustia y viven en lo interior de sí mismos la estéril agonía de sentirse traicionados por la fuerza fraterna de los pitiyanquis. Había, pues, en 1883, testimonio elocuente de que nos manteníamos fieles a la independencia ganada por el bravo pueblo que siguió la inspiración creadora de Bolívar.

Pero nuestra cuenta del momento es con el tabaco y no con los bolivarianos. Cualquiera al bulto diría que nos falta "tabaco", pero no es cierto. Sí hay tabaco, aunque no sea para enriquecer a los venezolanos.

Nuestro tabaco, como todas nuestras cosas, es para hacer más ricos a los gringos. Conste que a Manuel Octavio Romero Sánchez y a Juan Penzini Hernández nadie los tiene por peligrosos "enemigos del orden". No, señor. Son autorizados juristas de ideas conservadoras, que compatizan con la defensa que los yanquis dicen que están haciendo de la "civilización occidental", y que llegan a extremos de tan mal gusto como dirigir elogios al mismo señor Truman. Pues, con todo y eso, nuestros compatriotas citados no han perdido la fibra nacional, y recientemente han desnudado los horrores de la explotación de nuestro suelo tabacalero por la Cigarrera Bigott y por la llamada Venezolana de Tabacos, vinculadas al pulpo internacional de la American Tobacco Company. (Una especie de United Fruit Company, con sus mismos sistemas de expoliar a los cosecheros a base de créditos, pagaderos en especie, "que los técnicos de la empresa tienen la misión absoluta de clasificar" y de imponer el precio, como con el banano hacen las Fruteras. Curioso que no hayan usado con estos tabacaleros protestantes el mismo argumento que la United Fruit esgrime en estos días contra el Gobierno guatemalteco que protege a los cortadores de bananos. ¡Cuidado con defender en esa forma nuestra riqueza! Aunque sean conservadores los abogados, el Departamento de Estado puede darles el mote de comunistas)*.

Nuestras setenta y más fábricas antiguas de cigarrillos y tabacos, han desaparecido, para ser absorbidas por los funestos tentáculos del capitalismo monopolista. Nuestros amigos nos pintan "una compañía norteamericana amasando millones que brotan del seno de la tierra y del vicio nacionales y unos agricultores famélicos que aran la tierra para cosechar miseria y deudas. A la luz de los nuevos métodos de la política continental, este sistema de explotación debe desaparecer por antiamericano, y desde el punto de vista de los principios científicos sería infame que no se detengan las leyes venezolanas a reparar tánta onerosa y negra justicia".

Quizá no estemos de acuerdo en que el cuadro pintado por los distinguidos juristas citados contravenga el actual sistema de política

(*) Se me informa por persona bien ilustrada, que el único vínculo que tiene la Tabacalera Venezolana con capital extranjero, lo representa la participación que en ella tiene al firma Beco – Alcoa.

continental, pues no tiene otro propósito el capital yanqui que la influye, sino poner a trabajar al peón latinoamericano en beneficio de sus réditos. Lo demás no es sino gelatina para la publicidad.

Mas, la suerte de nuestro tabaco no pára en esto. Junto a la explotación de la industria por el capital extranjero o semi-extranjero, está la explotación directa de los fumadores por el mismo capital. Hay que ver cómo se fuma en Venezuela cigarrillo americano, ¡y a qué precios! Hasta los mismos peones que trabajan para el industrial gringo, fuman cigarrillos "Camel", "Chesterfield" y "Philip Morris".

No hay razón alguna para que en Venezuela no se hayan tomado medidas contra la introducción abusiva del cigarrillo norteamericano, mucho más cuando los fumadores de rubio pueden lograr magníficos tipos entre los que produce la industria seminacional. Parece que el llamado industrial criollo no tuviese interés en defenderse del importador, por cuanto pertenecen todos a la misma familia internacional encargada de expoliar nuestro suelo en una u otra forma. Todo queda, pues, entre hermanos ocupados en el mismo oficio y que, frecuentemente, aparecen tirándose de las greñas. "Así se extrae y emigra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras, dejando míseros salarios y estela de decepción y desánimo ciudadano", escriben Romero y Penzini. Así emigra y se convierte en humo todo lo nuestro. Humo, humo, humo. Todo se va a las nubes, camino de las estrellas. Al pueblo se echa humo en los ojos para que crea los cuentos de brujas con que es explotada y aprovechada su beatífica paciencia, y, para la hora de una centrada vigilia, se le recomienda leer "La Historia del Tabaco"...

YUCA

a Reinaldo Sánchez Gutiérrez

"Comida para contra la gula", dice el jesuíta José de Acosta que llamaban los de su comunidad de La Española, al pan de casabe. Y agrega: "Es necesario humedecer el cazavi para comerlo, porque es áspero, y raspa; humedécese con agua o caldo fácilmente, y para sopas es bueno porque empapa mucho, y así hacen capirotadas de ello". Aspero y bueno "para contra la gula", el casabe ha sido, como la yuca de donde viene, el más leal, modesto y aprovechado recado de boca del pueblo venezolano. Que se acabó el antiguo trigo, que escasearon las papas, que faltó el arroz, que subió el maíz, se escucha en hogares y mercados. En las poblaciones que lo comen, nunca faltan las buenas tortas de casabe. Cuando la langosta destruye los maizales, queda la yuca. Cuando la cosecha de papas se pierde, la yuca perdura. Hay venezolanos que no saben comer casabe. Yo me sentí integralmente nacional cuando pude estimar por igual los diversos panes que consume el pueblo.

La yuca es para nuestro pueblo un grande amigo. El español la encontró en el conuco indígena, junto con la enhiesta caña del maíz. Para nuestros indios, procedentes de la selva amazónica, la yuca y sus derivados, corresponden al "complexo da mandioca" de los Tupi-Guaraní, que Artur Ramos enfrenta al "complexo do milho" de los indios del Norte de América. (Yuca-Maíz, como distintivos de la cultura agraria de las grandes masas pobladoras del Nuevo Mundo).

Cuando el español llegó al territorio que hoy es Venezuela, tropezó con indios que poseían los tres principales frutos utilizados como base alimenticia: maíz, papas y yuca. *(Manihot dulcis y Manihot utilisima).* El primero, o sea el maíz, pasó a competir con el trigo importado; la yuca quedó más en el ámbito rural. Sin embargo, fue desde el principio aprovechada como fuente de nutrimento general. "Es un pan muy sano, y suple por el Vizcocho", escribía en 1764 del casabe José Luis de Cisneros.

Generosa planta, la yuca fue compañera inseparable del indio. En ella tuvo el aborigen fuente para varios fines. "Pan para sustentar la vida: licores de dulce e agro, que les sirve de miel e vinagre: potage que se puede comer, e se hallan bien con él los indios: leña para el fuego, de las ramas de esta planta cuanto faltasen otras, e veneno e ponzoña tan potente e mala", escribió Fernández de Oviedo en su maravillosa "Historia General y Natural de las Indias". Desde las tierras calentanas de los litorales hasta alturas vecinas a los dos mil metros, prospera la yuca que, al igual del banano, no pide auxilio al riego ni a la podadera. Planta de aguante, ha sido el *sufridor* del admirable, paciente y generoso pueblo venezolano.

Como recado de olla se la utiliza para nuestro típico sancocho. Un sancocho sin yuca, así lo acompañen las mejores raíces, es sancocho fallo. Como "cosa de pan", según dicen en el Táchira, compite en la mesa con la arepa y con el plátano; como golosina de buen precio, los buñuelos de yuca dan tipicidad a la cena navideña de muchas regiones venezolanas. (Hoy, desgraciadamente, la pedantería y el mercantilismo están sustituyendo nuestros buñuelos y nuestro dulce de lechosa por unos ponqués cargados de esencias que traen de Estados Unidos para la Navidad).

Cuando se la ha quitado la fécula, utilizada como harina y como almidón, se hace con ella el casabe, que es pan complementario en la alimentación de nuestro pueblo. En los mercados de las principales poblaciones del Centro, del Oriente y del Sur de Venezuela, la torta de casabe tiene despacho como artículo de primer orden. Sobre el blanco mantel compite con el aristocrático pan de trigo. La diabetes de un buen Obispo, ha provocado la estilización del casabe. Para quitar todo gluten

al Prelado, se le recomendó casabe. Sus hermanas dieron en fabricar una maravillosa torta que, saltando de los manteles episcopales, salió a las casas amigas. A poco el casabe estilizado llegó a ser fino bocadillo en las grandes fiestas de sociedad. Ha logrado el honor de ser servido en bandejas de plata.

Cuando los valores nacionales se disuelven, la yuca logra sitio de excelencia. Humildemente vivió en los campos, como agricultura de segundo orden. A nadie enriqueció jamás su venta ni la venta de sus magníficos productos. De hacer casabe y almidón han vivido muchas familias rurales. Ni se le ha monopolizado ni se le ha acaparado por logreros. Recolectar casabe fue misión principalísima de los preocupados intendentes de la guerra heroica. Con cecina, papelón y casabe mantuvieron sus fuerzas homéricas los soldados que nos dieron independencia. Más que al trigo, más que al maíz, la libertad debe a la yuca. Si nosotros llegásemos algún día a elegir un refrigerio para nuestra Pascua patriótica, tendríamos que celebrarlo a base de cecina, papelón y casabe. Ni indio, ni español, sería mestizo como nuestra sangre, como nuestra conciencia, como nuestro mundo.

Guaicaipuro, el Negro Miguel, Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, Simón Bolívar reforzaron sus energías con el blanco pan de la yuca. Pan resistente, el único que jamás nos ha traicionado, reclama nuestra devoción y nuestro elogio. Para honra de quien tánto nos ha servido y para alivio de nuestra carencia de otros panes, debiéramos elevar el *mañoco* a la dignidad que quiso dársele cuando, durante la Segunda Guerra, se ordenó que le fuese agregado a la harina de trigo en la elaboración del pan. "Harina del país", lo llamaron los portugueses del Brasil, para distinguirlo de la "harina del Reino", como era nombrada la de trigo.

"Dura el cazavi mucho tiempo, y así lo llevan en lugar de vizcocho para navegantes", agrega el Padre Acosta. Fuerte, sí, como la propia presencia del pueblo. Dura, no sólo para navegantes, sino como expresión de una economía que ha resistido todo abandono. La yuca es el mejor símbolo de nuestra paciencia y de nuestra fuerza resistente. La yuca, que ha sido dadivosa y leal en todo momento de nuestra historia.

Como testimonio de nuestro propio reencuentro, debemos mirar hacia estos valores agrícolas que sirvieron de nutrimento a nuestro pueblo antiguo. ¿Por qué no se realiza una campaña dirigida a intensificar el consumo del pan de nuestra tierra?... Nuestro casabe, nuestro mañoco, nuestro plátano, nuestra arepa, ¿no serían suficientes para reducir a lo estrictamente necesario la introducción de harinas extranjeras? Siempre hemos caído en la ridícula preferencia por las cosas "Made in U.S.A." o "Made in England". Del Norte están viniendo para deleite de incautos "Orange pie" y cosas por el estilo. Una señora me acaba de informar que están trayendo arepas de Estados Unidos. Lo malo no es que las traigan, sino que las dejen entrar. Pero nosotros no sólo las dejamos entrar sino que las compramos. ¡Cómo desechamos lo nuestro! ¿Puede alguna torta reseca venida del Norte, competir con la deliciosa *Naiboa*, con que nos regala el casabe, cuando se le adereza con queso y miel de papelón?

Claro. Tú, imbécil pitiyanqui, no la comes, porque es plato de la tierra. Tu necesitas algo que te aristocratice. Algo que diga cómo eres persona "bien". Tu podrías comer la *Naiboa* si te la sirvieran en el Waldorf Astoria. "¡La cátedra!" "Estos gringos sí saben comer", sería entonces tu lela expresión de descubridor de los valores que menosprecias en tu propia patria. De espaldas a lo nuestro, con los ojos puestos en los caminos por donde se fuga la responsabilidad, no advertimos cómo los otros hacen caída y mesa limpia con las cartas de nuestros más altos valores nacionales. Volvamos humildemente sobre nosotros mismos, y en lo nuestro, en nuestra tradición, en nuestra historia, en nuestro suelo agradecido, hallaremos la claridad que nos permita ver el verdadero rumbo de nuestro pueblo. Afinquemos nuestra voz sobre los valores de la vieja libertad garantizada por la autonomía de nuestro pan. No olvidemos que la palabra insolente de Drew Pearson tiene voluntades que la empujan y hacen coro. Empieza el desvergozado columnista por asentar una verdad: "La economía de dichos países (Venezuela entre ellos), depende, casi por completo, de los Estados Unidos". Esto nadie lo niega. El más sufrido nacionalista ha de reconocer esta desgracia, como el leproso sus úlceras pésimas. Lo demás es la consecuencia: perdida la autonomía económica, los pueblos acaban por perder también su autodeterminación política. Por ello, sin mayores escrúpulos, el infame

vocero del Tío Sam, insinúa la entrega de nuestra soberanía de república. Claro que Drew Pearson no está a sueldo ni es agente del Departamento de Estado. Pero es la voz del "Tío Vivo". Carrussel y Tío Vivo valen lo mismo. Y el Tío Sam es el "tío" vivo.

TIERRA OCUPADA

a Carlos Sequera

Cuando el Departamento de Estado creyó necesario a los intereses de Estados Unidos intervenir en la política de Nicaragua y de la República Dominicana, envió sus lindas y poderosas naves a las playas desguarnecidas de ambos países. La América hispana siguió con devoción ejemplar el calvario de Las Segovias, donde Sandino se convirtió en símbolo feroz de la resistencia contra el grosero invasor. Sandino no era un santo. Sandino fue una fuerza puesta al servicio de la América libre. La invasión se hacía entonces por medio del *big stick* con que el viejo cazador de tigres africanos quiso dominar la altivez de la América española.

Los medios han mejorado en los últimos años, y hoy para la ocupación no es necesario hacer uso de marinos ni de lindas naves de guerra. La ocupación se hace lentamente, suavemente, alegremente. No es preciso exponer el propio pellejo ni asustar a los indígenas. Todo lo contrario. Los indígenas se sienten profundamente complacidos. "No hay como los jugos americanos", decía en estos días cerca de mí una fatua señora de la aristocracia caraqueña. " Eso de que a una no le quede ni el olor del verdín en la mano, es una gran cosa". Esta señora es una legítima pitiyanqui, al servicio inconsciente de la invasión extranjera. Y lo que se diga de los enlatados, puede y debe decirse de los demás artículos importados. Son los marinos de la nueva ocupación, a quienes los alegres pitayanquis abren festivamente los caminos de la nación.

Acabo de recorrer el inmenso valle de Quíbor y El Tocuyo. Hay sembrado un poco de sisal, que lejos de trabajarse en su totalidad, se exporta en su mayor parte como materia prima, con mengua de la industria nacional. La tierra está reseca y sedienta. También está sedienta la hermosa ciudad de Barquisimeto. Si esa tierra tuviese riego, allí crecería hasta el árbol del Bien y del Mal. Basta mirar las copas luminosas de los robles y de los araguaneyes que acusan la vecindad subterránea de las venas de agua, para pensar en el milagro que allí harían, si no unos embalses, al menos unos molinos de viento o unas bombas movidas con petróleo. Eso sería sembrar el petróleo para que naciese pan comestible. Pues en aquellos ardientes y desolados caminos, se encuentra el pasajero a cada paso con los marinos de la ocupación. "Fume Camel", "Tome Coca-Cola", "El Chesterfield es mejor", "Sopa Continental de pollo y fideos", "Beba Bidú", "Consuma Avena Quaker", "Coma Queso Kraft". Se olvidan quienes plantan estos avisos que al hacerlo arruinan la soberanía económica del país. Digo mal. Quienes lo plantan no saben lo que hacen. Hay mayores de edad que pueden hablar por sí propios. Aquéllos inadvertidamente, como el recluta que dispara inconsciente contra su hermano. Los culpables son los pitayanquis, que hacen el juego a los invasores. El pueblo que consume estas cosas es empujado a ello por sólo la propaganda y la moda. La publicidad al servicio irrestricto del extranjero es como la tienda de los Esfialtes. Ahora se le hace propaganda al camión amarillo de la "Coca-Cola", como al "Mensajero de la Buena Vecindad". Estamos. (En Francia e Italia se llama "cocacolas" a los pitiyanquis). A fin de que esa "buena vecindad" prospere, es necesario destruir todos los valores sencillos, ingenuos, amables que se conjugan para dar resistencia realista a las líneas morales de nuestra tradición nacional.

En Barquisimeto, tierra rodeada de ingenios y de trapiches, busqué un vaso de guarapo. Al fin de algunas vueltas, un chófer fue conmigo a la única guarapería que hay en la ciudad. Una sola venta de guarapo existe en la capital opulenta de la caña de azúcar. En cambio, la ciudad ofrece el espectáculo desagradable de que se vean por todas partes los llamativos avisos de las bebidas extranjeras. Cuando yo rodaba por las calles de Barquisimeto, pensaba si tiene algo que hacer la superficie comercial de esta gran urbe con la urbe antigua, donde la República tiene guardados tántos valores de entereza y de cultura.

A fuer de imaginativo, fabriqué mil cuadros a base de los funestos avisos que despersonifican las ciudades de Venezuela. ¿No se habrán dado cuenta las autoridades de que estos vistosos avisos son en realidad como banderas que anuncian el triunfo del enemigo? Para recibir a Boves, los colonialistas de 1814 ocultaban el tricolor mirandino y vestían la ciudad con las banderas que simbolizaban la soberanía fernandina. Era el más elocuente testimonio de adhesión al régimen victorioso. Los anuncios de mercaderías yanquis son el testimonio de nuestra inconsciente renuncia a la soberanía nacional.

Pero estos diligentes marineritos que libran tierra adentro la batalla de la ocupación, tienen sus magníficos cuarteles en las capitales. En Caracas y Maracaibo, pongamos por caso, existen esas maravillosas tiendas que se llaman *Sears Roebuck.* Son pedazos de Broadway y Brooklin trasladados a nuestro patrio suelo. Parecidos a estos establecimientos debieron haber sido los depósitos de la Compañía Guipuzcoana, contra los cuales se levantó en nombre de la Patria Juan Francisco de León. Estos grandes almacenes indican la plenitud de señorío de los yanquis en nuestro suelo. Cuando uno piensa en la Embajada Americana, dominando a la ciudad desde la sagrada eminencia de un repliegue del Avila; en los grandes palacios de la *Creole;* en los super-almacenes de *Sears;* en las primorosas exhibiciones de automóviles, y en los mercados del Señor Rockefeller, se siente como si le estuviesen aplicando Seconal-sódico. La conciencia se deshace y no sabe uno qué capítulo de la historia está viviendo. Pues bien, cuando se inauguran estos grandes teatros del mercantilismo yanqui, hay derroche de regocijo criollo, y hasta el Obispo, arreado de capa pluvial y brillante mitra, los bendice, como si se tratase de bendecir un manadero de agua clara.

Vigorosamente guarnecidas y vigiladas por el ojo militar pueden estar nuestras costas. Ello no obsta para que los marinos de ocupación sigan entrando. Y sigan siendo alabados por los pitiyanquis. Su derrota y expulsión es problema de conciencia y problema de realidad. Necesitamos una vigilante actitud que nos permita detener el paso a estos festivos intrusos. Cerrar una fila de conciencias que ni se abran a los halagos fáciles ni se dejen rendir a los cantos de sirena. De otra parte, mirar hacia una tierra que pierde, por el abandono, su alegría salvadora. Lo que nos

da su entraña opulenta, convertirlo en riego, en máquinas y abonos que hagan cuajar y multiplicar las diversas cosechas con que abastezcan las industrias y mercados. Nuestro petróleo y nuestro hierro, retornarlos a là tierra en ferrocarriles, en diques, en tractores, en molinos que aumenten la verdura de un suelo que pierde, por la sed y el abandono, la alegría antigua. La antigua alegría de las tierras cultivadas por hombres libres...

COLOFON

Este libro hubiera podido ser mucho más extenso. Quedan por tratar diversos temas agrícolas y se dejan en silencio viciados procedimientos que perjudican los intereses del hombre del campo. (La introducción de moscabados de Cuba, con perjuicio de los papeloneros criollos; la importación sin condiciones de frutos que produce el país; el régimen de compra de café por el Banco Agrícola y Pecuario; los permisos caprichosos dentro del Convenio para la entrada de la harina; la importación por particulares de artículos, como la leche en polvo, que debieran ser monopolio del Estado, para su venta a más bajos precios). Toda esta política de cupos, precios y aduanas podría haber sido tratada en este libro, mas mi empeño se redujo sólo a presentar la suficiencia antigua como fondo de contraste para el abandono en que han caído nuestras actividades rurales. Con alabar los frutos de la tierra, he querido alabar al sufrido, alegre y bondadoso hombre que la trabaja. Mi empeño ha sido simplemente pintar el drama sombrío de nuestro suelo sin alegría, en espera de que algún día reverdezca en él la plenitud de la esperanza creadora. Al concluir su impresión, que se hace justamente el día de San Isidro Labrador, en los Talleres de Avila Gráfica, S.A., quiero consignar junto con mi agradecimiento para el recio y progresista hombre de empresas, Don Alejandro Hernández, por el patronazgo dado a esta edición, mi cordial homenaje al Gerente de la empresa, mi querido amigo José Agustín Catalá, y al Jefe de Talleres, mi viejo amigo Pedro Monasterio, quienes han puesto todos sus cuidados en la composición y estampa del libro. ***Laus Deo*** – Santiago de León de Caracas, mayo de MCMLII.

AVISO A LOS NAVEGANTES
(Tradición, nacionalidad y americanidad)
(1953)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Caracas: Edime (Col. Temas Nacionales). 1953. 167 p.

AL LECTOR

El presente libro recoge una serie de temas encaminados a presentar a lo vivo el problema del nacionalismo venezolano en relación con nuestra historia y nuestra tradición de pueblo y en relación, además, con el problema general del nacionalismo latinoamericano.

Como los temas de "Alegría de la Tierra", los de esta colección constituyen una ampliación de la problemática planteada en "Mensaje sin destino". En los tres se procura desmenuzar una serie de circunstancias vigorosamente enlazadas con nuestra propia razón de ser como país.

Al agrupar esta serie de trabajos, he creído corresponder al vivo interés que despertaron en el pueblo venezolano cuando hicieron su aparición en la prensa periódica. En ellos he puesto toda la pasión que reclama el estudio de nuestro destino de pequeña nación poseedora de una fabulosa riqueza mineral, enfrentada a la voracidad del imperialismo que intenta reducirnos a una condición colonialista. He puesto, también, en ellos todo empeño por avivar en el país la conciencia defensiva de nuestra personalidad de nación. Para ganar las grandes batallas suele ser útil la voz de los paisanos modestos que han visto desde la puerta de sus chozas camineras el paso de las avanzadas enemigas. No será la suya voz iluminada como las luces certeras de los faros situados en empinadas rocas, pero pueden, en cambio, servir de oportuno aviso a los navegantes. Son, al menos, como cuaderno de bitácora para viaje de marineros principiantes.

Madrid, agosto de 1953.

AVISO A LOS NAVEGANTES

Cuando a fines de 1912 visitó a Caracas el grande escritor Manuel Ugarte, tuve oportunidad de escuchar su palabra encendida y orientadora, en célebre conferencia que patrocinó la antigua Federación de Estudiantes de Venezuela. Eran también, como los de hoy, días aciagos para nuestro primer centro educativo. Los sucesos de septiembre de aquel año dieron aparente justificación al cierre de las aulas universitarias, cuya frontería con el Congreso se vió como promesa de peligro para las futuras labores de la política. Se acercaban la crisis del Consejo de Gobierno y la ruptura del hilo constitucional, que pondría a un lado la Constitución de 1909, según la cual no podría reelegirse el Presidente de la República.

La muchachería llegada de provincias a tomar cursos, se sumó al movimiento de huelga que dirigían los mayores. Yo también participé en la protesta de la Escuela de Ingeniería, y me tocó ayudar a Andrés Frágenas a bañar en una alberca del patio Cajigal, a cierto estudiante que, rompiendo las consignas, asistió a la clase de Física que dictaba el doctor Luis Soriano. La Universidad se clausuró, y yo, en espera de su reapertura, entré Cadete en la vieja Academia Militar, a fin de escuchar las lecciones de matemáticas que dictaba el doctor Luis Ugueto.

Sin embargo, la Federación que había sido el alma del movimiento huelguístico, duró unos meses más y, cerrada la Universidad, en ningún sitio tenía mayor legitimidad educativa la palabra orientadora de quien venía a conversar sobre nuestro destino de pueblo.

Manuel Ugarte habló apenas una vez. Las autoridades, requeridas por la Legación de Estados Unidos, impidieron la prosecución de charlas encaminadas a la defensa de la conciencia hispanoamericana. Eran los buenos tiempos en que José Enrique Rodó ofrecía como símbolo de espiritualidad el Ariel de "La Tempestad" shakespeareana. El uruguayo miraba el duelo entre ambas Américas como un problema de doctrinas. Ugarte iba más lejos y se hacía más realista. Antes que lucha de sistemas vió la lucha de una nación que buscaba dominar la dispersa unidad latinoamericana.

A esa gran labor dedicó su vida el ilustre escritor argentino. Sintió a nuestra América indolatina con un calor que le da título de verdadero constructor de los nuevos ideales del hispanismo americano. Su labor, como la de José Vasconcelos, Benjamín Carrión, Baldomero Sanín Cano, Francisco García Calderón, Gabriela Mistral, Joaquín García Monge, constituyó un apostolado y una cruzada dignos de mayor divulgación y de mayor aprecio por parte de nuestros intelectuales americanos. Podría vérseles como tocados de idealismo. Nadie lo llegaría a negar, puesto que sus ideas y sus actitudes jamás podrían trocarse con posiciones holgadas y con beneficios que se conviertan en influencia en el orden de la sociedad.

A Manuel Ugarte lo volví a ver en 1949, en la bella San José de Costa Rica. Ambos éramos embajadores de nuestros respectivos países para la toma de posesión del Presidente Otilio Ulate, a quien tocaba reiniciar, en gracia de un movimiento armado que hizo válida la voluntad del pueblo, las interrumpidas normas de la democracia costarriqueña. Argentina y Venezuela habían sido los últimos países en acreditar embajadores. Esta circunstancia me dió el grato privilegio de ocupar en las ceremonias sitio contiguo al del gran maestro de la dignidad hispanoamericana. Yo le recordé su lejana estada en Caracas y el entusiasmo de la muchachería estudiantil. El recordaba con cariño a nuestra capital y tenía fe en nuestro nublado porvenir.

"Hay muchos escritores americanos –me dijo– que son fieles al verdadero destino de nuestra América. Ustedes debieran ser los primeros, por más amenazados. Aquí, al voltear la esquina, tenemos a

García Monge, ejemplo de constancia, de altivez y de dignidad. Allá en Bogotá, donde hoy usted vive, verá con frecuencia a ese recio roble de Sanín Cano. Pero, ¡qué se le va a hacer! La mayoría prefiere los halagos de una vida regalada, para lo cual no hay más segura garantía que '"yanquizar"'.

Rebelde, entero, el Maestro ha caído, pero deja en pie su altiva conciencia. Por su boca habló nuestra América indohispana con palabras de entereza, que consonaban con la altivez antigua de los Bolívar, de los San Martín, de los O'Higgins, de los Hidalgo, de los Juárez, de los Morazán, de los Santamaría, de los Martí. Con esa voz que aun tuvo garganta en nuestro Sifontes guayanés, cuyas fueron las últimas plantas venezolanas que pisotearon el estandarte de los piratas.

Muerto, Ugarte reclama una redivulgación para la nueva vigencia de su ideario. Estos hombres, que en un momento de la Historia se erigieron en voz de los pueblos, necesitan la muerte para crecer y dilatarse. El trigo, enseña el Evangelio, ha de morir para que su potencia creadora se torne ubérrima cosecha. Los hombres también han de morir para que surja la opulenta floración de sus ideales.

Simado en el polvo, Ugarte tiene mayor vigencia en nuestro convulso mundo hispanoamericano. El seguirá enseñando la doctrina de la unión, frente a las tentativas extrañas de destruir nuestra tradición y nuestro carácter diferenciales. El será, en medio de este mar encrespado del Nuevo Mundo, manera de luz roja que indique el sitio de los escollos. Si se agotó el aceite que daba vida a su lámpara material, nuestra fe en sus consignas, mantendrá vivo el aviso a los nuevos navegantes. Eso han sido y son ellos. Faros empeñados en señalar el rumbo que debieron seguir, desde Panamá y Tacubaya, los pueblos que heredaron el espíritu y el habla de Alonso Quijano. Ugarte ha muerto, pero la luz del faro donde vivió su espíritu, mantiene la seguridad de las señas. Pueden los navegantes confiar en su constancia orientadora.

LAS TIERRAS DE LOS PADRES

Hoy, 5 de julio, he ido al cementerio para colocar flores sobre la tumba de mis padres. Allí empieza la materialidad de la Patria. Así tenga validez el concepto creador y esperanzado de que la Patria es el suelo feliz y seguro que legaremos a nuestros hijos, cierto es también, que ella viene de atrás como una dulce brisa de lejanía. Con el fuego y los dioses domésticos empezó la familia antigua. Los antepasados tuvieron sitio en esa categoría divina. Los griegos los llamaron "dioses subterráneos" Estaban debajo del suelo, dando a la tierra un sentido sagrado. Cuando la ciudad dominó los valores domésticos, aparecieron los penates públicos como fuerza poderosa para la defensa y la aglutinación social. En su raíz, la Patria tiene, pues, un valor doméstico que es necesario agrandar y salvar. Algunos la miran, en cambio, como mero campo para el desarrollo de las industrias útiles. La reducen a simples valores geográficos. Pero eso no es la Patria. La Patria, más que el suelo, es el proceso antiguo de las generaciones que, en el orden material, edificaron pueblos y caminos y crearon la riqueza, y que, en el orden moral, fijaron las líneas diferenciales que dan unidad a la familia nacional. Junto con los recios muros y las amplias vías, ellos dejaron sus pensamientos y sus afectos como patrimonio de mayor calidad.

Han corrido los años, pero nosotros, demás de la contemporaneidad que con ellos nos transmite el culto a sus ideas creadoras, podemos llegar hasta el tiempo de su vida, desandando la cronología de nuestras estirpes familiares. Por eso, hoy día de la Patria, he querido acercarme devotamente a los Padres de la Independencia, a través de la memoria de las generaciones que me unen, en una área de realidad temporal, con la

época de plenitud cívica que produjo la Independencia e indicó a Bolívar el sacrificado camino de las victorias que lo harían el mayor de los Padres de la Patria.

He ido al cementerio para enfervorizar, sobre la tierra donde duermen mis padres, el sentimiento de afecto indestructible que me une a la gran Patria venezolana. No he ido en función fúnebre, sino en pos de elementos morales que robustezcan mi alegre y abrahámica fe en el futuro de la Patria. He querido sentir a Venezuela en toda su intensidad realista de *Terra Patrum.*

Los otros padres, de donde arranca la comunicad del gentilicio, viven en la Historia. No han muerto para la ejemplaridad creadora. Siguen ellos, aunque desatendidos, siendo los verdaderos artífices de la nación. Los más remotos se llamaron Diego de Losada, Diego García de Paredes, Juan de Ampíes, Juan de Villegas, Alonso Pacheco, Juan Maldonado, Sancho Briceño, Juan Rodríguez Suárez, Diego Fernández de Serpa, Antonio de Berrío, Marcelo Villalobos, Alonso Díaz Moreno, Francisco de Cáceres, Alonso Andrea de Ledesma. Con ellos se fundó la Patria antigua. Juan Francisco de León, José María España, Manuel Gual, lucharon por dar nuevo sentido a la relación de los hombres con el poder público. Los nuevos, los más recientes en el orden fundamental de la institucionalidad republicana, se reunieron el 5 de julio de 1811 en la solemne capilla de la Universidad de Santa Rosa. Con su elección de Diputados se había perfeccionado el maravilloso movimiento cívico que tuvo principio y cabeza el 19 de abril de 1810. La revolución recomenzó entonces, en el propio Municipio, como expresión simbólica de la soberanía reasumida por el pueblo en virtud de la prisión del lejano monarca. Con sentido de la realidad, los patriotas antiguos, con Bolívar a la cabeza, tomaron el 19 de abril como el día inicial de la República y como la aurora de la revolución hispanoamericana. Nuestra propia Constitución escrita le da mayoridad sobre las otras efemérides.

Desde el 2 de marzo estaba en funciones el Congreso de las Provincias Unidas, que formarían la Confederación venezolana. Había en la Asamblea espíritus que llevaban su reposo hasta contrariar la idea de la inmediata declaración de independencia, alentada por el fervor revolu-

cionario de la Sociedad Patriótica. Roscio, el gran Roscio, era de los temerosos. Pero la suerte estaba echada y era preciso caminar sin miedo hacia adelante. El debate es largo. Se trata de dar despacho a un problema de suma gravedad, cuya solución los pueblos han confiado a estos pacíficos e inermes ciudadanos. Uno tras otro siguen hablando en este día los grandes patricios. Es justo recordarlos cuando se conmemora su obra de creadores de la nueva Patria. A ellos debemos la República. Empecemos por don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, quien dirige con respetable dignidad el curso de la sesión. Después de él hablan el general Francisco de Miranda, Cabrera, Juan Bermúdez, Felipe Fermín Paúl, Alamo y don Fernando de Peñalver. El padre Maya, de La Grita, hace severas reflexiones, combatidas por su colega Antonio Nicolás Briceño, también diputado por la provincia de Mérida. Hablan Cazorla, José María Ramírez y Salvador Delgado. El padre Unda y Pagola apoyan con fervor la independencia, lo mismo que Maneiro, de Margarita y Briceño, el de Pedraza. Un aire de republicana frescura corre a través del recinto cuando Manuel Palacio Fajardo, de Mijagual, y el más joven de los presentes, se levanta para decir que "todo cede al impulso de la libertad y las fuerzas del hombre libre sólo son comparables a su dignidad". Luego habla Sata y Bussy. Siguen Roscio, antiguo profesor de Derecho público en la Universidad, que ha prestado su capilla para este gran torneo de civismo, donde se pone de resalto la madurez de la cultura ganada por los criollos de América. Discurren Cova, de Cumaná, y Pacheco Briceño, de Trujillo. Síguenlos Lino Clemente y el marqués del Toro, que usan galones bélicos, a la par del viejo Miranda. Hablan luego López Méndez y Castro, de Caracas; Toro, de Valencia; Alcalá, de Cumaná; Fernández Peña y Ramón Ignacio Méndez, de Barinas. Ni éstos ni Unda, llamados a ser obispos en la nueva República, temen las consecuencias de la declaración. Todos se sienten embargados por el mismo fuego cívico que caldeará los ánimos para las largas vigilias de la libertad. Cuando el Presidente Rodríguez Domínguez pronuncia las palabras sagradas que rompen definitivamente los lazos del coloniaje, el pueblo soberano les da ámbito en calles y en plazas, con vivas estentóreos a la libertad y a la independencia.

En la tarde del 5 de julio ya hay República. El pueblo la ha festejado en forma inusitada. Se han abolido los viejos símbolos hispánicos. Los

retratos de Fernando VII han sido sacados a la calle para que la multitud se goce en su destrucción. La escarapela nacional luce en el pecho de los nuevos ciudadanos. Las calles contemplan un hermoso espectáculo: los señoritos de corto calzón y lustrosas zapatillas andan del brazo con los pardos y con los mulatos. Sin embargo, y esto lo apunta el propio José Domingo Díaz, muchos "Hombres honrados" se han ocultado tras las celosías de las ventanas para mirar, desde lejos y asustados, el paso. La anti-República se ha puesto, pues, tras las celosías de honorables oligarcas. Se diría que ejercen estos impertérritos mantuanos el sagrado derecho de disentir, que sirve de estribería al orden republicano. Esto sería respetable. La República no es unanimidad, sino armonía de contradicciones. La República no es conformidad impuesta, sino discrepancia que concuerda en razón del equilibrio aceptado libremente por la comunidad. Pero con su miedo, los oligarcas y sus clientes de todas las horas inician un feroz movimiento contra la altiva tradición que arranca de las claras, enérgicas y fecundas voces de los ideólogos que declararon nuestro derecho a ser independientes. Viéndolo todo tras seguras mamparas, ellos no han desperdiciado momento alguno para impedir el remate de la obra iniciada por los creadores de la República, y cuando no han podido derrotar las nuevas ideas, han puesto en las seguras celosías los propios símbolos republicanos y los mismos nombres venerables de los héroes que dieron eficacia al pensamiento de los idealistas. La vieja rebeldía cívica, que tuvo su clímax en el areópago de julio, se apaga al consejo honorable de los encelados fingidores de patrióticos encelamientos, y obliga, en cambio, a los fieles guardianes del fuego sagrado, a volver con insistencia sobre la Historia para ganar el hilo de una desamparada tradición que sea capaz de defender el permanente derecho de colocar decorosas flores sobre el sepulcro sagrado de los padres. Flores nuestras, cultivadas en nuestros libres jardines, por las recias manos de los hombres que para pensar y para vivir no sigan extrañas consignas.

EL CABALLO BLANCO Y LA MULA NEGRA

Para nuestra República y para el mundo libre de América, el 5 de julio marca uno de los hitos más claros de su Historia; para la América que vigilaba su esperanza rebelde durante la apretada colonia, el 5 de julio fué un fecha luctuosa. En aquel día del año 1731 caía en la Lima virreinal y coqueta la cabeza del doblemente asesinado José de Antequera.

Cuando en nuestro mundo hispanoamericano se buscan afanosamente valores y símbolos que ayudan a sostener nuestra débil y dolorosa tradición de civismo y de fecunda rebeldía, es saludable repetir para el elogio los nombres sagrados que mantienen, como en las viejas liturgias, el poder y la fuerza de realizar milagrosos carismas. Al evocarse a los grandes precursores, se olvida comúnmente la inmensa figura de José de Antequera, criollo nacido en Panamá y formado en el Perú, a quien la Audiencia de Charcas envió a La Asunción para que compusiese las paces quebrantadas entre el Cabildo y el gobernador Reyes. Iluminado de un rápido sentido de la equidad, Antequera halló culpable al acusado, asumió, conforme a las instrucciones, el cargo de justicia mayor de la provincia paraguaya y envió a Charcas el largo proceso abierto contra el anterior gobernante. Fácil entonces, como aún sigue siéndolo, la voz de la justicia llegó torcida hasta los oídos del virrey del Perú, quien sin ver los autos, que subieron a la suma absurda de catorce mil pliegos, repuso en el ejercicio del cargo al arbitrario gobernador Reyes. Mas el Cabildo asunceno, fundamentado en el derecho que otorgaban los mismos reyes para dilatar, hasta la evacuación de la súplica, el cumplimiento de las propias cédulas, se alzó ante el virrey y, para el entretanto, invistió a

Antequera con el carácter de gobernador. Aquí, en realidad, comenzó la Revolución Comunera, primera en el orden de los grandes movimientos americanos. Si el Cabildo suplicó la reconsideración de la providencia a favor de Reyes, también avanzó de propia autoridad a tomarse el ejercicio de una soberanía, de que se sintió legítimo personero.

No era popular el Cabildo americano. Su elección estaba confinada al mismo cuerpo y recaía entre los terratenientes y distinguidos miembros del común. Pero éstos constituían, frente al absolutismo cesáreo, la clase que se había convertido en representante de la autonomía de las Indias. El Cabildo es el grumo de la rebeldía que llegará a la independencia republicana. Sus pendones darán mañana fuerza institucional a los movimientos subversivos. El de La Asunción fué el primero en alzarse con voz de autoridad para imponer sus derechos frente a la voluntad del personero del Rey. Largo sería rememorar las peripecias de esta primera guerra, que fatalmente terminó con el rendimiento de Antequera y con su fuga a Charcas, de cuya Audiencia esperó amparo y fino oído para su defensa. Los jueces, inclinados a seguir la voluntad del Marqués de Castel Fuertes, virrey en quien influían fuertemente los jesuítas paraguayos, lo aprehendieron de inmediato y lo remitieron a Potosí, de dónde fué enviado Antequera a las cárceles de Lima.

Todo parece concluído para el agitador comunero. Pesados son grillos y cadenas, duras de abrir las puertas de la cárcel, minucioso y casuístico el proceso que lo llevará a la eminencia del cadalso. Pero los hombres no son un simple montón de huesos guardados en un áspero pellejo, del cual la autoridad puede hacer lo que le plazca. Los hombres, así no quieran entenderlo los tiranos, son ideas. Pueden callarse los labios elocuentes, pero las palabras seguirán rodando en busca de nuevos labios. Caerá el hombre a quien sacrifican los otros hombres, pero mientras más cruel sea la caída, mayor abono tendrán sus pensamientos. Antequera no tornará libre de su calabozo. Su voz es voz ya muerta para el mundo, pero sus ideas salen al exterior con extraordinaria fuerza para continuar la revolución paraguaya. Caso extraordinario en el orden de los grandes movimientos sociales; en la cárcel, Antequera tropieza con su paisano Fernando de Mompó, hombre hasta hoy oscuro, en quien prende la fiebre revolucionaria, llamada de otro modo a morir con el apóstol

nobilísimo. Logra Mompó burlar la dura carcelería, y luego está en la pampa ardiente, dando calor a la tormenta que parecía acabada. Mompó es abogado, y halla en las leyes recios elementos para dar vigor a sus arengas. Sus discursos atraen de inmediato la voluntad de los asuncenos. Su doctrina es más clara y más directa que la primera doctrina de Antequera. La dura cárcel de Lima han sido buen ingrediente para sumarle a los primeros principios comuneros, fuego de legítima rebelión. Al pueblo es grato escuchar las razones que expone el fogoso luchador, cuando sostiene que el mismo Rey ha de inclinar la corona ante los privilegios de la comunidad. Y la comunidad es el mismo pueblo. En 1730 triunfa la revolución de los comuneros; pero, signada desde el principio por la desgracia, cae la Presidencia de la Junta Gubernativa en un vulgar traidor, que entrega a las autoridades de Buenos Aires la persona del tribuno extraordinario que la llevó al éxito. Sin embargo, Mompó logra escapar, y en el Brasil se escurre entre las mismas sombras de donde salió a la Historia.

Entretanto, el juicio contra el justo y desdichado Antequera prosigue con toda saña ante los jueces de Lima. No se hace, sin embargo, a gusto de una opinión fría o indiferente. Toda la ciudad palpita en espera del final de la tragedia. La frívola sociedad limeña ha trocado los encajes de Valenciennes por la discreta mantilla, con que se toca para ir a orar en los templos por la vida del encausado. La generosa orden franciscana solicita en todas las puertas influentes voces que impetren el perdón. Mas el virrey se encierra en una actitud fría y severa, que hace par con la reciedumbre del enjuiciado. El propio arzobispo visita a Antequera en sus pestilentes calabozos y ofrece conferirle las órdenes sagradas para así sustraerlo de la jurisdicción ordinaria. Antequera está resuelto a morir como los valientes, y agradece sin aceptar la corona de sacerdote que le ofrece como camino de fuga el generoso prelado. Antes del día de la muerte, cosa de doscientos frailes franciscanos, de quienes Antequera tiene título de protector, sacaron al Señor Sacramentado, en un último reclamo de piedad para el encapillado. Nada, en cambio, es capaz de mover la terca voluntad del virrey, quien el propio 5 de julio sale a la calle a la cabeza de su guardia para aplacar a los amotinados que piden clemencia, mientras el reo es conducido a la plaza de armas. Se producen heridos y muertos, que hacen temer por la propia seguridad de la

ejecución. Entre los que van en la guardia de Antequera, uno se adelanta a darle un pistolazo, que lo tumba de la cabalgadura y le deja sin vida. De inmediato, los otros valientes descargan sobre el péndulo cadáver las bien cargadas pistolas.

Cuando Antequera es decapitado. Antequera es ya un cadáver. Luego, toca a Mena, su compañero de aventura, el turno de la muerte. Al ser degollado éste, la paz queda impuesta y los frailes revoltosos, como dice el virrey, tornan al convento para rezar sobre sus muertos.

"Los arrastró la mula negra, cuando ya estaba muerto de veinte disparos. Después, le cortaron la cabeza. Así se hace justicia". Tal hablaba en una de las esquinas de la ciudad virreinal un alguacil de la Audiencia, que en la tarde refiere a amigos venidos de la Sierra los tremendos sucesos de la mañana. Seis años tiene el niño que, acompañado de su aya, cruza la esquina y escucha parte del diálogo fúnebre. El niño es curioso y se hace llevar a la plaza de la ejecución. El aya es mestiza y tiene un nudo en la garganta desde que supo el asesinato del apóstol. Lentamente, la chola vivaracha refiere al niño toda la historia del cruel final de don José de Antequera, por cuyo perdón también el párvulo dirigió al cielo sus plegarias. "¿Y lo arrastraron después de muerto para cortarle la cabeza?"–pregunta de nuevo el espantado niño. "Sí. Lo arrastraron ya muerto y después le cortaron sin piedad la cabeza" –agrega con voz turbia el aya entristecida.

"Yo no vi la ejecución, pues estaba muy niño. Pero arrastrado por la negra cabalgadura, después de haber recibido veinte pistoletazos, lo llevaron a la plaza de armas, donde su cadáver fué decapitado para saciar la infame justicia del virrey y de sus cómplices", dice el anciano don Pablo de Olavide a los comisionados de América, reunidos con Miranda, en su apartamiento parisiense de la *rue* Saint Honoré, el célebre 22 de diciembre de 1792. Olavide formó su conciencia bajo la sombra angustiosa de la negra mula que condujo al cadalso los despojos de Antequera. Aquel fúnebre animal era preciso sustituirlo por una noble pieza de caballería, a cuyos lomos América ganase la victoria para su justicia. Han pasado sesenta años, y la voz de Antequera está presente en la decisiva Asamblea de Saint Honoré. Miranda la recibe de Olavide y la

hunde en la inmensa conciencia, donde con calor de caos se está fraguando la libertad del Nuevo Mundo. Las voces sagradas de la justicia tienen, en medio de la contradicción de América, virtud de juglaría para pasarse de boca a boca, sin que el público conozca los dueños del secreto. Cuando Miranda llega a Caracas en diciembre de 1810, trae el mensaje de libertad que desde el calvario de su cadalso dictó al mundo americano la boca veraz y fría del ya muerto José de Antequera.

Ya la negra mula que condujo al suplicio los despojos del mártir se ha tornado en blanco caballo que simboliza el vuelo de la libertad. Nuestro homenaje a Antequera y a todos los precursores y libertadores de nuestras patrias hispanoamericanas consiste en luchar porque el ágil caballo con que se hizo la independencia de la América española no ceda su sitio a la negra mula colonialista, empeñada en arrastrar el cadáver de los hombres, vueltos a ser victimados por los servidores de la opresión.

LA MUERTE DE LOS MUERTOS

El 29 de julio de 1881, Walt Whitman, sentado en una tumba, escribía para su diario. Estaba la tumba en el cementerio de la colina de los Whitman, hacia el sur de Long Island. "Tres siglos encerrados en este estéril espacio", anota el poeta, que hallaba en los antiguos camposantos elocuencia tan honda como en los sermones o en los poemas. Al día siguiente, escribía sentado sobre una de las sepulturas de los Van Velser, los abuelos holandeses, por parte de madre, enterrados cerca de Cold Spring. Eran éstos criadores de finas razas de caballos. Por eso recuerda a la madre, que arriesgada y diariamente montaba los mejores ejemplares.

El más grande poeta del Norte, para sentirse cabalmente en sí mismo, buscaba en el pasado las raíces de su fe en el destino del pueblo. El amigo de la libertad y del progreso no se desdeñaba de la añoranza genealógica. No sólo buscaba en las fábricas, en los talleres, en las tiendas al hombre de su mundo democrático. Solicitaba, junto con los elementos de la Naturaleza como base de toda salud, los elementos morales que les proporcionaba el pasado. Sentía la tierra "incorporada a sí mismo". El paisaje de Long Island formaba parte del espíritu de Whitman. El aire, el cielo, la brisa, la estrella de la tarde estaban unidos a su sensibilidad de poeta. Pero la tierra donde dormían los abuelos formaba la sustancia de su conciencia de hombre. Whitman amaba la tradición de su familia y la tradición de su pueblo. Por eso llegó a ser la más clara, pura y elevada voz poética de su país. Por eso, cuando se cantó a sí mismo, cantó a su propio mundo.

La hermosa lección del poeta no podemos seguirla nosotros. La firmeza personal que Whitman ganaba al sentarse sobre la tumba enmohecida de los abuelos, jamás podría adquirirla nuestro pueblo. Nosotros no tenemos cementerios. Nosotros somos un país sin muertos. La falta de sentido de pueblo nos ha llevado a recomenzar cada año nuestra Historia. La carencia de respeto por nosotros mismos, nos ha hecho irrespetar nuestro pasado y nos ha empujado a traicionar a nuestros mayores. Hemos llegado a matar a nuestros propios muertos.

Un forastero que viniese por sí mismo a formarse una idea de lo que es y de lo que fué Caracas, diría que esta ciudad data apenas del año 1876. Esta es la fecha del Cementerio General del Sur. De antes, visiblemente no hay muertos. Una lógica de principiantes dice que donde no hay muertos tampoco hubo anteriormente vivos. Nuestros viejos cementerios fueron destruídos y vendidos, algunos con cenizas y todo. Los Cipreses, los Canónigos, la Misericordia, Las Mercedes, Anauco, San Pablo, San Simón, San Pedro, la Fraternidad, los Ingleses, los Hijos de Dios, son hoy lugares urbanizados. En cambio, en Nueva York, el viajero tropieza en plena Wall Stret con antiguos cementerios que el progreso ha respetado. Nosotros hemos ido contra todo lo que representa tradición. Apenas nos hemos empeñado en conservar y defender nuestros vicios públicos y nuestra deficiencia cívica. La mayoría sostiene que lo único digno de respeto es nuestro irrespeto a las instituciones republicanas. Lo valioso nuestro lo hemos menospreciado y desechado. Por eso somos pueblo expuesto cada día a la fácil conquista del extranjero. El americano del Norte ha mantenido un religioso respeto hacia su historia. Por eso ha logrado ser un país poderoso. Roma, cuando llegó al esplendor imperial, no se satisfizo con sus anales humanos. Virgilio confundió sus raíces históricas con leyendas de dioses. En el Norte se formó un pueblo sobre cantos de sillería. Nosotros hemos edificado sobre arena movediza. Lo valioso nuestro lo hemos entregado al forastero, a cambio de bagatelas. Quien ha vendido sus cementerios, cambia también sus cerros de hierro por muñecos de celuloide. Hay una correlación de fuerzas que da uniformidad a las acciones del pueblo. Mercar con cementerios es negociar con la ceniza de los padres. *Terra patrum* es la raíz moral de la palabra Patria. De la tierra de nuestros

padres está formado el suelo de los camposantos. Quien negoció con cementerios, vendió un pedazo de la Patria.

Aquí, allá, en las ciudades principales, en los pueblos humildes, la gente exhibe un irrespeto delictuoso por los muertos. El abandono de los cementerios es un reflejo claro y elocuente de lo que ocurre en los diversos órdenes de la vida nacional. Donde el sentido de lo humano no ha creado valores positivos para el trato con los vivos, no se puede, en verdad, pedir respeto para los muertos. Donde no se mira la dimensión antigua, tampoco se puede juzgar la dimensión presente. Diríase que el orden de la sociedad impusiese un proceso simbiótico, en el cual presente y pasado se complementasen entre sí. De la estimativa de la hora actual, deriva mayor mérito el tiempo viejo; con el valor en que se tenga la tradición, lucra la sociedad nueva.

No somos advenedizos colocados circunstancialmente en el suelo de la Patria, con el solo objeto de vivir una vida concupiscente, cuyos fines fueran la riqueza, el vicio y el poder. Somos, por el contrario, eslabones de una cadena que viene de atrás, con la responsabilidad de sumar un eslabón más firme en el proceso de la sociedad. Para lograr esa meta necesitamos formarnos una conciencia histórica que nos permita pensar lo que Walt Whitman pensaba cuando estuvo sentado sobre la tumba de sus abuelos. Debemos sentir en la historia de nuestros muertos la propia Historia de la Patria. Sin el contenido familiar que le transmite la conciencia de que fueron nuestros padres quienes fabricaron nuestra Historia, la República carecerá de los soportes emocionales que le dan firmeza y derecho permanente en nuestras acciones cuotidianas. Sin los afincaderos materiales donde el pueblo pueda recalentar su devoción por el pasado, resulta más dura la formación de esos valores. Donde todo se ha destruído en el orden material, donde se han matado aún los propios muertos, precisa un profundo esfuerzo reflexivo para reconstruir en el suelo de nuestra propia conciencia los valores que soportan el desamparo colectivo. Pensar en los muertos, en todos los muertos, pero más intensamente en aquellos que sacrificaron su vida por la seguridad de la República, es deber de pueblos que tienen conciencia de sí mismos.

EL MAGISTERIO PERENNE DE MARTI

América fué un largo y luminoso camino para la angustia de José Martí. Donde no lo hizo con sus propias plantas, lo abrió al empuje de sus ideas. Desde Nueva York hasta Buenos Aires, pasando por Centroamérica y Caracas, el pensamiento múltiple del Maestro dejó la huella de su esfuerzo por la libertad de la Patria dolorida. En Guatemala embruja a la niña que murió de amor:

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

En Caracas dialoga con el bronce rígido en que se nos ha tornado, por culpa de los hombres nuevos, el ágil Caballero de la Libertad. "Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo". No era él un conspirador común, capaz de aliarse, en la búsqueda de rifles y dinero para ganar un gobierno, con cualquier clase de farsantes. Era el austero libertador que perseguía para su Patria la dignidad de la República.

En la segunda mitad del Siglo XIX fué Martí en nuestro mundo americano la prosecución cabal del pensamiento de Bolívar. Buena arcilla, el espíritu del Libertador adquirió nueva vida en el espíritu de Martí. Sin los fulgurantes resplandores que impiden a muchos el examen cabal de la vida de Bolívar, Martí resume el mismo ideal que fué numen

permanente del caraqueño. Por eso bulló en su mundo interior la "inmensa impaciencia americana" que le hacía sentir nuestra unidad de origen, nuestra unidad de esperanzas, nuestra unidad de peligros.

En todos los países del mundo libre o semi-libre de América buscó afanosamente armas para la libertad de la esclavizada Cuba. El era romántico que cantaba a las flores y a los pájaros. Creía en la buena fe de los pueblos y de los hombres, y olvidándose adrede de las aventuras en aguas cubanas del "Porpoise" y del "Peacock", en 1822, y del "Galliniper" y el "Mosquito", en 1823 y 1825, que indicaban el ansia del Norte sobre la verde y rica isla, confió en el padrinazgo de Estados Unidos para la libertad de su Patria. Felizmente, era cadáver rezado y sepulto cuando la funesta intervención yanqui puso nueva amenaza de coloniaje en el proceso de la guerra de liberación. La bala de Dos Ríos, si rompió su sueño de libertad, le ofreció, en cambio, por agonía el delirio de una Cuba digna. Su pensamiento universal había hecho apenas breve pausa. Descansaría unos instantes para seguir caminando. El lo había dicho: "La tumba es vía, no término". Por eso, sigue su camino a lo largo de nuestra ensombrecida América.

Libertador tardío para una empresa retardada, Martí representaba en nuestra vieja América española la supervivencia de una voz que clamaba por el coronamiento de una obra. Por 1822 estaban, en verdad, al Sur los ejércitos realistas que amenazaban la independencia de la nueva República de Colombia. Y Bolívar fué a su derrota, posponiendo consolidar el destino de la América del Caribe. Cuando lo repensó después, ya dolorosamente la sutil política de Washington impedía el salto de los héroes que habían ganado a Boyacá y Carabobo y que querían ir hacia Cuba, hacia Puerto Rico y hacia la isla dominicana. El propósito inmediato de Bolívar, más que al Sur, ha debido mirar la unidad de los países que desde México hasta Venezuela rodean a las Antillas. La anfictionía del Caribe hubiera sido baluarte poderoso para la defensa de nuestros privativos intereses hispanoamericanos y para la efectividad de aquel "sano americanismo" que Martí pintó como anhelo de cada uno de nuestros pueblos por desenvolverse "con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo, que es la puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya".

Truncada la obra de Bolívar, Martí quiso seguirla. Más que formas él pedía espíritu para nuestro mundo americano, expuesto a la disidencia interior y a la voracidad de fuera. Su más grande labor estuvo en el diálogo profundo que mantuvo con América para hacerla sentir la esclavitud de Cuba como dolor común del Continente. Segada fué su vida maravillosa el 19 de mayo de 1895. Segada, no. Se dice mal. Se detuvo apenas para la materialidad de la física expresión, porque nunca estuvo más vivo Martí como lo estuvo después de muerto. Con el dolor de América crece su presencia, como crecen las sombras de la tarde. No tiene su voz el eco antiguo, ni como antes tiene tribunas libres para expresar su anhelo. Hombre peligroso por hablar continuamente de libertad e independencia, para vivir en paz tendría que dialogar apenas con los insospechados niños. El ya habló una vez con los niños de América desde las maravillosas columnas de "La Edad de Oro". Los hombres viejos de hoy recordamos aquellas páginas como luminosas puertas que abrían caminos de ensueños. Sin embargo, los niños de entonces olvidamos la mayoría de sus mejores mensajes. Se olvidó que en el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz". Estas cosas enseñaba Martí a los niños que vivían en el mundo de esperanza de finales del Siglo XIX. De todo les habló. Junto con la Historia y el apólogo, les explicó también el camino de las artes industriales. Les enseñó la manera de fabricarse los instrumentos domésticos. De haber sido más extenso el curso de la magnífica revista, hubiera llegado Martí a explicar a los jóvenes lectores de nuestro mundo americano el vaciado y el pulimento de las campanas. Les habría dicho que los golpes, lejos de quitarles fuerza, afinan los metales. Quienes quieren hacer que el acero adquiera mayor temple deben castigar sobre el duro yunque la rebelde hoja. El mismo era expresión viva de ese proceso contructivo. ¡Cómo le afinó el carácter la persecución española! ¡Cómo no adivinaron aquellos gobernadores que atacándolo y silenciándolo daban mayor fuerza y más dilatado espacio a su palabra! Los que intentaron romper el agudo metal de su voz, lograron, por lo contrario, hacer que su grito de rebeldía fuera de eficacia más penetrante. El hubiera dicho a los niños de América que el mejor aliado de las causas juistas es la autoridad que las persigue con implacable saña y que nada se propaga con mayor vivacidad como las ideas que arbitrariamente se quieren silenciar.

Como al Maestro se hace difícil hablar con libertad a los hombres maduros del Continente, pidámosle que hable de nuevo a nuestros niños, o más bien pidamos a los niños que atiendan su mensaje. Quizá estos niños de hoy puedan dar mañana, mejor que nosotros, ámbito realista a su mensaje de bondad, de belleza, de dignidad y de constancia...

VENEZOLANIDAD Y TRADICION

En alguna oportunidad anterior dejé escrito que tradición es comunicación, movimiento, discurso. Valor conceptual de entrega tiene la palabra en el orden jurídico. Muchos, en cambio, han dado en la flor de entender que tradición es un estático permanecer en la contemplación fetichista del pasado. Si fuésemos a examinar el valor de todos los conceptos en juego, aun llegaríamos a la necesidad de definir qué cosa sean el pasado y la Historia. Algunos miran el pasado como cosa muerta y a la historia como un cuento de muertos.

Mi posición es otra. Yo veo en el pasado un proceso, cuya actual expresión es el presente, y miro en la Historia la relación anterior de una vida que muda. Sostengo que sin el conocimiento de lo anterior y sin el mantenimiento de los valores que va construyendo lentamente la cultura de cada sociedad, no existe el pueblo como entidad histórica.

Los pueblos surgieron como tales cuando tuvieron conciencia de su pasado y buscaron de prolongarla hacia el futuro. El egipcio extremó su voluntad de dominio hasta lograr la momia como reto a lo perecedero. Los griegos, elevados sobre el concepto de la material permanencia del hombre, crearon valores universales que aun los mantienen en el goce de autoridad suprema en el campo de la cultura. Pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras, es pueblo aun sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia.

Como yo he juzgado que los venezolanos desean la continua vigencia de la Patria en el orden de los tiempos futuros, he abogado fervorosamente

por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra tradición, es decir, los valores sutiles, impoderables que dan fisonomía diferencial a la Nación. También en diversas oportunidades he expresado la idea de que "no forma parte del sentido de la tradición el aceptar todo lo que venga del pasado y obrar de acuerdo con el sistema que se desprenda de la imitación de los hechos cumplidos por nuestros antecesores. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es necesario que sufra una prudente revalorización que la quintaesencie para la ejemplaridad". Defender la tradición como dimensión creadora, no es negar el progreso. Es acondicionar éste a la permanencia de lo esencial y fisonómico nuestro. Creo que no se tendría por cuerdo al propietario que intentase introducir un fastuoso automóvil a través de la modesta puerta de su habitación. Primero ha de acondicionar la entrada, para que ni sufra la vivienda ni se dañe el hermoso vehículo. Trasladado el caso al orden del progreso general, primero debe abroquelarse la conciencia histórica del pueblo que va a recibir el empuje progresivo de las nuevas formas de cultura. Yo he sostenido, y lamentablemente creo que habré de continuar sosteniéndolo, que el desquiciamiento sufrido por la conciencia nacional en razón del violento y mal acondicionado cambio de nuestra economía agrícola en economía minera, radica en gran parte en haber carecido nuestro pueblo de fuerzas resistentes que hubiesen defendido a tiempo los valores de la nacionalidad. Con ello no adhiero a ninguna tesis pesimista ni retrógrada.

Sería una actitud incauta abrir todas las posibilidades a la violencia de los tránsitos, muy más cuando en dichos cambios se juega el propio destino político de la Nación. Clásico es el elogio de los bajeles y de las caravanas del comercio antiguo, que transportaron junto con la sedería la cultura que viajaba en libros y en papiros. Hoy sería difícil aplicar al nuevo comercio el elogio romántico que le prodigaron los antiguos. El proceso hoy es de muerte segura para los pequeños países de economía retrasada y de endebles formas culturales. Vienen, sí, valores nuevos de civilización, pero con ellos un propósito de servirse, para fines foráneos, del trabajo mal pagado de nuestros obreros, y de aprovechar, con mengua de nuestras posibilidades, las grandes riquezas de nuestro suelo.

El sano y discreto venezolanismo que yo procuro defender por medio de la exaltación de nuestros valores tradicionistas, es la idónea barrera que puede defendernos de la acechanza continua del imperialismo industrial, que intenta hacer de nuestra vieja América española un campo anárquico, confuso, heterogéneo, donde medren a todas anchas los intereses antinacionales de los absorbentes imperios.

Jamás hemos pensado los defensores de la tradición que nuestro pueblo debe mantenerse fiel al viejo tinajero que surtió las casas de Miranda y de Bolívar. Nosotros queremos, al contrario, que en la casa de todo venezolano funcione una limpia nevera, cuya moderna e higiénica frialdad no entumezca la personalidad altiva, vigorosa, independiente del hombre que sienta orgullo en llamarse venezolano. Del hombre convencido de que ser venezolano no es ser un afortunado vendedor de hierro o de petróleo, sino un legítimo y digno sucesor en el orden de la Historia, de los hombres audaces y valientes que hicieron la libertad republicana de un continente.

TRADICION Y NACIONALIDAD

Tono, fisonomía, impulso, carácter, perspectiva, constituye para los pueblos una bien definida tradición. No es ésta, como algunos pretenden dar a entender, un estar resignados y satisfechos ante la obra que acabaron nuestros mayores, menos aún una adoración fetichista de fórmulas obsoletas. Tampoco puede tomarse como posición tradicionista la resignada o interesada aceptación de situaciones subalternas en el orden de los valores cívicos. Una estimativa errónea ha hecho que nosotros diéramos vitalidad operante a situaciones desprovistas de sentido creador, que fueron tomadas, en fuerza de un razonamiento antilógico, como expresión de una típica expresión venezolana.

Los pueblos que han probado mayor vitalidad tienen mostrado, a la vez, un ardoroso empeño de mirar hacia atrás en pos de una clara explicación de sí mismos. Del propio modo como el hombre sabe que vive en cuanto tiene memoria de su ser anterior, asimismo las naciones se proyectan para el futuro sobre el fondo de la tradición, ya que difícilmente un pueblo que carezca de la conciencia de sí mismo uniformará sus conceptos en torno al grupo de valores que han de servirle de norma para sus actividades venideras.

Un pueblo es tanto más histórico, es decir, un pueblo es tanto más pueblo, cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo hayan alcanzado los cánones que conforman y dan unidad al genio colectivo. Nosotros, pese a tener una Historia cuajada de hechos portentosos, no la hemos asimilado de manera que sirva de espina dorsal para la estructura del pueblo. Por ello, nuestra colectividad carece de

resistencias que le permitan luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, ora por los abusos de la fuerza, ora por los desafueros de los demagogos, y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores hijos, para que opte una conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder.

Llegan algunos a considerar que tradición sea un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición, por el contrario, es comunicación, movimiento, discurso. En lenguaje forense el vocablo mantiene su antiguo y amplio sentido de entrega de lo que se debe. Tradición, como transmisión de los valores formados por los antepasados.

Las naciones se forman sobre la comunidad de valores económicos, históricos y morales. Aun después de la gran diáspora, el pueblo hebreo fué una nación unida por vínculos históricos y morales. Mientras más vigorosos sean los nexos que unen el alma del pueblo, más resistente y fácil será su defensa. Cuando, en cambio, las naciones han descuidado el cultivo de sus lazos morales, será más fácil su dominio por las fuerzas extrañas. Jamás perecerá íntegramente un pueblo que mire hacia su pasado. Justamente perecen, y caen bajo el imperio de nuevas y extrañas fuerzas, los pueblos que no tienen conciencia de sí mismos. La función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebras al edificio social. Su objeto es presentar las fuerzas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación. No se puede mejorar lo que no se conoce. No se puede crear sin precisar la resistencia de los elementos donde se fundará la nueva obra. Para que la Patria sea la tierra feliz de nuestros hijos, debemos verla y amarla como el grato legado de nuestros padres. Cuando el extranjero sin estirpe local hace suyo y lega a sus hijos el suelo de la nueva Patria, le lega no sólo un campo para la lucha y para la muerte, sino el legado de Historia a cuyo goce y signos se ha sumado voluntariamente. Porque el irlandés que muda su mundo a la Nueva Inglaterra se hace nieto moral de los *Pilgrims Fathers* y nieto de Washington y Lincoln, del mismo modo como el griego que arraiga entre nosotros hace suyos los viejos mitos de Ledesma y de Bolívar.

No forma parte del sentido de la tradición aceptar todo lo que venga del pasado. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio del inventario. En último análisis, esto es la tradición: legado que va de una a otra generación. Más allá de las manifestaciones objetivas que la personalizan en su aspecto documental, se elevan ágiles, sutiles, inaprehensibles, los imponderables que dan fisonomía y forman el genio de los pueblos. No se les puede observar, menos aún se les puede catalogar como valores reales. Son algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira, pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la sustancia social. Son el modo de ver, de hablar, de reír, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura, como si fuese una dimensión hartmantiana, el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la conciencia que trasluce en el drama de la Historia. Defenderlos es defender la propia vida de la sociedad. Menospreciarlos y destruirlos es abrir la puerta de la nueva conquista. Intuirlos en su magnitud creadora, constituye el toque divino que convierte en magos a los intérpretes de los pueblos.

LA UNIDAD DE LO DIVERSO

"Tener glorias comunes en la Historia: poseer una voluntad común en la hora presente; haber realizado juntos grandes cosas; esperar hacer otras más; he aquí las condiciones fundamentales para ser un pueblo". Esto enseñaba Renán y esto he pretendido aplicar al examen de nuestra situación social venezolana. Entre nosotros se ha estimado como elemento formativo del pueblo la común posesión de una gloria pretérita. En razón de ello, hemos resultado poseedores en común de una mera gloria de resplandores mortecinos. Nos hemos limitado a mirar hacia el pasado para sentirnos satisfechos de lo que hicieron los muertos. Carecemos, en cambio, de una voluntad común para las cosas presentes. Tampoco nos hemos uniformado respecto a lo que debe ser Venezuela. Mientras algunos la queremos independiente y altiva, otros se acomodan a una Venezuela intervenida y semi-colonial. El propio pasado no lo hemos asimilado de manera lógica y sincera, y, lejos de buscar las razones que le den unidad, abultamos los motivos superficiales que pueden dividirlo.

Ni conocemos la integridad de nuestras posibilidades ni buscamos la manera de conocer nuestra propia realidad de pueblo. Nos ha faltado para ello voluntad de dialogar con nosotros mismos. No miramos hacia nuestros problemas nacionales, porque es más cómodo tomar el camino de la evasión, aconsejado por quienes huyen su propio deber y se avienen a las explicaciones cómodas. Para dialogar con el pueblo se ha recurrido a levantar únicamente el tono de la voz, a fin de que los demás oigan el soliloquio de quien pretende aparecer con las manos cargadas de fórmulas mágicas, mientras en el secreto de su laboratorio invoca los

espíritus contrarios. Dialogar con el pueblo es tomar su propia voz y hacer sentir la angustia que vive en su multánime conciencia. Unos lo hacen de una manera. Otros lo hacen de otra. De diversos modos se llega al mismo fin. Hay quienes se valen de la tribuna diserta. Otros laboran a la voz callada. Algunos toman por instrumento idóneo el verso sonoro. Yo diría, por caso, que Alirio Ugarte Pelayo, en su reciente poemario "Espacio de Tiempo", ha querido hablar en verso con el pueblo. El "Canto irregular a Venezuela" y "Tiempo del Hombre Común", acusan un afán de ser voz de la agonía de la nación. Se oye en ambos "el llanto del suelo lacerado" y la queja de quienes persiguen y anhelan la hora final del "silencio y la renuncia". No reduce el poeta su esfuerzo a sólo la expresión de estados particulares de ánimo. Busca, también, la palabra rotunda que haga sensible su manera de entender la angustia de la Patria. A mí, ambos poemas me resultan dos magníficas voces en el drama del hombre venezolano que persigue la expresión de su propio dolor.

Piensan algunos que la Patria es tanto más feliz, noble y generosa cuanto más sean las complacencias materiales que de ella podemos derivar. La Patria, como el parto, implica su hora de dolor. Vista hacia atrás, como solar de abuelos, significa mero goce de los réditos que produce el trabajo antiguo. Pero la Patria, en su sentido de nación y de comunidad, implica la horizontalidad de los afectos fraternales y la verticalidad descendente de las generaciones que derivarán de nosotros su existencia en el orden físico y en el orden moral de la Historia. Pasos o movimientos diversos que se conjugan en una sola pasión. Hoy se la llama, más que patriotismo, nacionalismo, por cuanto aquél reduce su área conceptual a sacrificios y goces de orden ético, mientras el otro mira con ojo más abierto y rapaz a todos los problemas de la comunidad nacional. Virtud admirable cuando con ella no se llega a excesos chovinistas ni se provocan recelos en el orden de la comunidad universal. El nacionalismo es, en cambio, la fuerza que empuja y defiende la vida de los pueblos. La práctica del nacionalismo es como la práctica de la higiene. De nada vale la buena doctrina de los ideólogos y de los teorizantes si no se acopla con voluntades enérgicas que tengan y pongan los medios de hacer efectivos los principios. Tampoco valdría nada un practicismo que no se ajustase a las líneas rectas que señalan los

ideólogos. Acción y pensamiento quieren las sociedades. "A Dios rogando y con el mazo dando", dice nuestro viejo refrán. En la casa de Betania, mientras María contemplaba a Cristo, Marta se afanaba por las cosas materiales. Ambas, así Jesús declarase la excelencia de la palabra, integraban la unidad funcional de la casa. Lázaro, con una consultaba sus sueños, de la otra recibía el vino y el pan del diario refrigerio. Las ideas han de ir adelante, como agujas que marcan los rumbos. Carabobo aseguró la Independencia de la Patria, pero a Carabobo no hubieran llegado los ejércitos si no les hubieran marcado camino las palabras ilusionadas de los ideólogos.

Tanto como el hombre que doma los potros y como el obrero que taladra los cerros en pos de la veta dorada, el poeta puede ayudar al pueblo. Bello enseñó en verso. Nuestra más clara lección de trabajo y de civismo está contenida en la Silva del Maestro inmortal. Hesíodo, Lucrecio y Virgilio utilizaron el trípode de Apolo como si hubiera sido la cátedra de Minerva. También ellos enseñaron en verso. Se puede, también, practicar en verso el nacionalismo. Las ágiles estrofas llegan con mayor facilidad a los oídos del pueblo. Los poetas que buscan temas nacionales y se tornan expresión del pueblo, tienen función de númenes en la formación de la conciencia de las naciones. Tirteo, en la vieja Grecia, ayudó a combatir las falanges de Filipo; los cantos de Whitman son mensajes permanentes en la conciencia del pueblo norteamericano; Rubén Darío es la voz de América prieta que repudia a la voraz águila del Norte. En el orden de la Patria, los poetas tienen una misión que realizar. Son como las torres que alertan al peligro. De la mano con el rudo obrero, hacen la unidad de lo diverso donde descansan las naciones.

LEXICO PARA ANTINACIONALISTAS

"¿Y eso de pitiyanqui, qué significa, don Mario?", me preguntaba en días pasados un modesto hijo del pueblo, con quien tropecé al doblar una de las tantas angustiosas esquinas del centro de nuestra pompeyana y babilónica capital. Inquiría el amigo sin nombre –porque en esto de la defensa de la nacionalidad topo con numerosos e imprevistos amigos- acerca del calificativo que en algunos escritos he dado a los compatriotas prestados a hacer juego a los intereses norteamericanos, en perjuicio de los sagrados intereses de Venezuela.

La palabra pitiyanqui no la he inventado yo. La palabra es puertorriqueña. La acuñó el alto poeta Luis Llorens Torres. Su origen semántico quizá tenga algo que hacer con la florida imaginación del poeta. La voz piti, como alteración del francés *petit*, entra en la palabra pitiminí, recogida por la Academia, y con la cual se designa el rosal de ramas trepadoras que echa rosas menudas y rizadas. Llorens Torres, más que en las rosas, debió pensar en la actitud trepadora de los compatriotas que se rindieron al nuevo colonialismo.

El pueblo puertorriqueño ha sido un pueblo ejemplar en lo que dice a defender la estructura de su conciencia. No lo ha sometido ni la fuerza ni el halago. En el fondo de su espíritu resisten los viejos valores fraguados bajo los altivos signos de la hispanidad sin tiempo y sin política. Sin haber gozado las libertades de la república, Puerto Rico se ha sentido en unión permanente con la América de Bolívar, de San Martín, de Morelos y de Martí. La torre del homenaje de su cultura sigue ocupándola Eugenio María de Hostos. Posee el pueblo del pequeño gran país insular

un plano secreto, muy diverso del plano que aflora a la realidad. Como toda nación oprimida, se ha dividido en dos. La parte que goza y ríe; la parte que medita y sufre. El patriota callado miró que los hombres risueños buscaban parecerse a los nuevos amos. Que imitaban sus costumbres y tomaban de prestado sus pensamientos. Se parecieron, mas no llegaban al nivel de los dominadores. Pero con imitarlos y sonreírles, aseguraban derecho al gozamiento. A la gozadera, quedaría mejor expresado. Era necesario dar un nombre nuevo a esta fácil y liviana actitud. Claro que en el léxico antiguo existen palabras apropiadas al caso. Pero precisaba algo nuevo. Algo que connotase directamente la posición del nativo carente de escrúpulos para plegarse a la voluntad del yanqui. Los poetas saben el secreto de las palabras. Llorens Torres hizo el maridaje de los dos voquibles. Del francés tomó la palabra *petit* y la dió forma aún más menuda y humillada. Piti todavía es menos qué *petit*. Pitiyanqui resulta algo así como yanquicito, yanquito, yancuelo. Algo que pretende ser un yanqui, pero que no llega jamás a serlo. Una manera de larva con alas tan rudimentarias que no alcanzan para el vuelo, pero que tiene, sin embargo, derecho a comer los manjares que sobran de la abundosa ración de la mariposa multicolora.

Cuando yo he usado la palabra como determinativo de quienes irreflexiblemente puedan servir al imperialismo sin mirar los perjuicios que su conducta ligera acarrea al país, lo he hecho en orden a advertir el riesgo de que nuestra Nación se pueda convertir en pueblo de resignados yanquicitos. Es peligroso optar posiciones que a la postre lleguen a crear un hábito social, capaz de desfigurar nuestra integridad de pueblo. Un país como el nuestro, que ha dado en la flor de afirmar en inglés, terminará por rendir su conciencia al reclamo forastero. Chóferes de plaza, al igual de doctores pintiparados, han dejado de usar nuestros adverbios antiguos, para responder yes, okey, olray. El papiamento verbal puede tornársenos en papiamento de conciencia.

Nuestra verticalidad de Nación está, por eso, más reñida con el pitiyanqui que con el yanqui. El hombre venezolano puede y debe trabajar con el extranjero de América y con el extranjero de Europa, de Asia o de Africa que venga a ayudarle en su tarea de crear riqueza y

cultura. El mundo pide la pacífica colaboración de los pueblos. El norteamericano tiene una experiencia técnica que nos es útil y sobreabunda en riquezas que necesitamos para acrecentar el bienestar común. Pero el hecho de su poder extraordinario no justifica nuestro achicamiento. Colaboración no es subordinación ni olvido de la personalidad. Colaboración es igualdad. Claro que es en extremo difícil la sociedad del gato con el ratón. El ratón corresponde al pitiyanqui. Puede, en cambio, haber sociedad de gatos grandes y de gatos pequeños. Yo sólo aspiro a que en nuestra relación con el gran país del Norte hagamos el papel de gatos magros y no de ratones gordos. Grandes ellos, pequeños nosotros, podemos hallarnos y entendernos en el común idioma felino. Pero, como ratones, quedamos a merced de que al cansarse el gato de jugar con nosotros, resuelva ingerirnos como alimento complementario. Siendo todos gatos, podemos, en cambio, llegar a querernos colectivamente sin recelos.

La atribución de pitiyanqui usada por mí para calificar una conducta antinacional, no implica, tampoco, bandera ni de guerra ni de odio contra el yanqui. Apenas determina una actitud de defensa de lo nuestro. Ayer, y justamente al pie de la estatua de Bolívar en nuestra plaza principal, un correcto caballero estadounidense me felicitó por la manera de presentar yo el caso de nuestra reacción latinoamericana frente a los errores de la política imperialista en su país. Sabe él cuánto admiro a su gran pueblo y cuánto me encantaría que fuera distinta la política que pusiera en práctica con relación a nuestra América hispánica. El sabe que es la mía actitud de defensa de lo nuestro.

El pequeño tiene derecho a conservar íntegro su patrimonio moral. Nosotros, como Nación, debemos cuidar por la conservación de nuestros valores sustantivos. Lo contrario sería un acto de inconsciente lentejismo. El lentejismo, con el cocacolismo, con el esfialtismo, con el mulanegrismo tienen aplicación en el léxico y en la conciencia del anti-nacionalismo. Son variaciones cromáticas de una misma actitud de entrega, de resignación, de complicidad frente a las fuerzas del imperialismo.

Bueno, también, es recordar que una cosa es el imperialismo del Pentágono, de la Casa Blanca y de Wall Street y otra cosa es Estados

Unidos como pueblo. En el fondo de la gran nación del Norte viven y pululan las contradicciones. Allá, como acá, existe una corriente que se mantiene fiel a la tradición de respeto y de dignidad que crearon los hombres antiguos. Ese pueblo y esa nación americana que pinta García de Sena en la primera entrega de la "Fundación Mendoza", no coinciden con el Pentágono, con la Casa Blanca y con Wall Street del presente angustioso momento del mundo. Si bien es cierto que la aspiración a dominar nuestro hemisferio se abulta desde los años cabeceros del Siglo XIX, también es cierto que entonces era otra la América romántica que tomó por símbolo la campana de Filadelfia. Desgraciadamente la mayoría de quienes forman la América que se embarca en los firmes muelles neoyorkinos, no son de la América admirable de Jefferson, de Lincoln y de Whitman, vienen, en cambio, en grueso número, ciudadanos de la América de Walker, de Sam Zamurray y de los Rockefellers. Contra esa América esclavista y negada a la expansión de los grandes principios donde se afincan las repúblicas, debemos mantenernos en actitud de vigilantes centinelas. Suaves, cordiales, acogedoras han de estar nuestras manos para el apretón debido a quienes como amigos venga a tratarnos. Para aquellos, en cambio, que se presenten con intentos de adulterar nuestros credos y de borrar del libro de nuestra Historia el acta de Independencia que firmaron los patricios de 1811, debemos tener, en lugar del vino y de la sal en mesa de amistad, la ceniza y la sal que hagan estéril la intención conquistadora...

ANDRESOTE

Mi distinguido amigo y colega Carlos Felice Cardot, en la oportunidad de recibirse como numerario de ella, dió lectura en la Academia Nacional de la Historia a un valioso estudio de investigación acerca de la aventura rebelde de Andresote en los valles de Yaracuy (1730–1733).

En nuestra bibliografía histórica faltaba un trabajo formal sobre dichos sucesos. Felice Cardot, experto en este género de disciplinas, nos presenta la más rica información recogida al respecto.

El movimiento del zambo Andresote (Andrés López del Rosario), fué la primera resistencia con que tropezaron en nuestra provincia los intentos de la Compañía Guipuzcoana. Más que una acción dirigida a reparar la justicia vulnerada, fué un movimiento apriorístico enderezado a estorbar los planes incipientes del flamante grupo monopolista.

La concesión a la Guipuzcoana del monopolio de nuestro comercio, derivó de varias causas: las tesis económicas y financieras de la nueva política afrancesada de los consejeros de Felipe V; el propósito metropolitano de lucrar con nuestra economía rural, en pleno desarrollo, como lo prueba –contra la tesis guipuzcoanista defendida por Arístides Rojas–, el informe sobre nuestra riqueza agropecuaria levantado por don Pedro José Olavarriaga en 1722, a quien tocó ser el primer factor de la Compañía; y, por último, la persecución del contrabando que los holandeses realizaban en nuestras costas.

La Guipuzcoana precisa mirarla en su doble aspecto de explotadora del trabajo colonial, de defensora de la economía imperial. Desde un punto

de vista interno, representaba la absorción de nuestra riqueza vernácula por un grupo capitalista mirado como forastero por el criollo; desde una apreciativa exterior, era la Compañía una fuerza de la propia España metropolitana, empeñosa en conservar la unidad económica desarticulada por el contrabando.

Cuando llegan los empleados de la Compañía, quien primero toma voz para armar la protesta es el zambo Andresote. Un año apenas llevaban entre nosotros los guipuzcoanos y ya en el ubérrimo valle y en las bocas del Yaracuy y litoral adyacente, los alzados cometían "gravísimos insultos, robos y muertes". A simple vista podría juzgarse esta actitud de Andresote y de sus compañeros criollos como reacción defensiva de los derechos del pueblo colonial. Pero con Andresote había sesenta holandeses armados y tres balandras dedicadas al contrabando y al avituallamiento de los rebeldes.

En el orden de nuestros grandes movimientos sociales, el de Andresote dista sobremodo del movimiento de los Comuneros de Mérida y del movimiento de Panaquire. En este último, Juan Francisco de León tomó la voz del común, como él decía, para reclamar en nombre del derecho de una colectividad que derivaba de la agricultura su sustento y a la cual se imponía, en general, precios afrentosos; en la revolución comunera, sus gestores granadinos dieron cuerpo a una protesta contra el sistema impositivo del momento. La rebelión de Andresote, si bien tiene parentesco de orden económico con los movimientos iniciados por Galán y por de León, carece de dimensión político–social que la dé sitio en el mismo plano. En la revolución comunera y en el alzamiento de Panaquire se oye el metal de palabras criollas. Era nuestro pueblo colonial que comenzaba a rebelarse contra la metrópoli absorbente. Los merideños que se alzaron en 1781 con el gobierno de la ciudad y el abnegado Juan Francisco de León, tienen puesto en la galería de precursores de la independencia nacional. El zambo Andresote seguramente hablaba papiamento. En él no tomó cuerpo un reclamo criollo sino una bastarda pretensión extranjera. Andresote no es Yaracuy, ni menos Venezuela. Andresote es Curaçao y es Holanda. Sobraría aquí un relato de lo que representaron los holandeses frente a la política española. Nuestra Historia Patria está llena de referencias acerca de sus

constantes intentos por poner planta en Tierra Firme. En Oriente, en Margarita, en el Orinoco, en el litoral occidental estuvieron las urcas contrabandistas comprando nuestro cacao, nuestro tabaco y nuestras mulas. En las costas de Puerto Cabello a Tucacas, cercanas a Curaçao, el tráfico fué más intenso. En razón de ello, cuando Felipe V concedió nuestro comercio en forma monopolista a los comerciantes de Guipúzcoa, el gobierno holandés atizó la rebelión de Andresote y sus negros.

Buena gente debió de haber sido esta sufrida gente esclava de nuestro gran valle yaracuyano. Andresote era valiente y se había hecho cargo de la riesgosa misión de sacar a la mar los frutos de los cultivadores criollos. Buena masa para una levadura mejor. Andresote y los suyos, lejos de servir los intereses de la tierra, servían intereses enemigos. Al facilitar la penetración holandesa, iban incautamente contra los intereses criollos. Sin facultad de análisis, creían defender una causa justa al defender su oportunidad de socios de los contrabandistas holandeses. Cuando Villalpando abrió a Amyas Preston el camino de Caracas, sentía que el miedo era el culpable del puesto que ganaba como traidor. Andresote, con su recio brazo, taló también caminos para el ataque extranjero a la provincia. Entre Esfialtes y Villalpando ocupa un sitio nuevo. Es el hombre que, alegre e inconscientemente, sirve a los enemigos de la Nación, por cuanto de su actitud deriva un personal beneficio. Como aquéllos, Andresote dejó una larga estirpe moral, o inmoral para mayor precisión, que hoy fatalmente tiene voz y voto en los negocios de la República. Mientras Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León y José María España permanecen mudos, Andresote habla su ininteligible papiamento a los "holandeses" nuevos, que buscan seguro para extraer de contrabando nuestras fastuosas riquezas. La Andresotelogía sería buena materia de estudio para entender la psiquis acomodaticia de quienes a toda hora están dispuesto a ceder, sin advertir el peligro, las llaves de nuestras ciudades.

Luchó el zambo valiente como tinosamente dice Felice Cardot, "sin haber tenido exacta noción de lo que representaba". Se le puede absolver por la inconsciencia con que obró. Generosamente, podemos colocar su negra y robusta figura entre las incoloras criaturas que pueblan el

Limbo. Sus descendientes, ya con aviso de buenas letras, no tienen, en cambio, derecho al perdón de la República. Para ellos la Historia reserva puesto seguro en las galerías subterráneas donde se castiga a los traidores.

LA GUIA PARA EL INJERTO

Lo que en orden a explicar el proceso de trasculturización que siguen actualmente nuestros países latinoamericanos, hemos venido sustentado en el libro, en la cátedra y en las columnas de la prensa algunos escritores preocupados por los diversos temas de la esencialidad venezolana, lo dejó compendiado José Martí en una excelente frase que reclama curso de actualidad.

"Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser nuestras Repúblicas", resume la cabal posición que acopla con el lógico tradicionismo la marcha natural del progreso. El Maestro cubano sintetizó en 1891 el problema que escritores empeñados en la defensa de los valores de la nacionalidad, hemos venido planteando ante la conciencia del país, expuesta a sufrir hoy las consecuencias de una cultura mercantilista que se nos ofrece como expresión de progreso.

Nuestras Repúblicas como cepa para el injerto del sarmiento nuevo. "Nuestras Repúblicas", dijo Martí, cuando aun su Cuba era una dependencia de España. No se refirió a la forma del ser, sino al ser en sí mismo del pueblo que luchaba por la dignidad republicana. En un hombre de libre espíritu, que aun sufría, como Martí, la dependencia de repudiada metrópoli, la expresión adquiere doble valor para el testimonio irrecusable. "Nuestras Repúblicas" eran y son nuestros dolorosos países latinoamericanos. Tronco fijo, generoso y diferencial para recibir las nuevas aportaciones culturales. Un buen hortelano cuida con abundoso riego y ricos abonos la raíz de los troncos que han de soportar los frescos injertos. Eso es lo que en el orden de la nacionalidad pedimos

quienes hoy nos empeñamos porque a la hora de recibir el injerto de la trasculturización el tronco sea capaz de garantizar una rica y legítima vendimia. Que sobre el tronco que define la planta se extiendan los pámpanos nuevos, sin riesgo de que la cosecha difiera de la tradición enológica de los sembrados. Que venga el mundo de fuera a los viejos troncos de nuestros pueblos. Que vengan las nuevas formas de cultura a dar mayor vivacidad a nuestros antiguos símbolos. A ello no podría negarse el más conservador de los espíritus. Ni a que permanezca firme e ileso el signo troncal podría negarse, tampoco, el más entusiasta innovador en cuya conciencia subsista un atisbo de patriotismo.

Abiertas han de estar las puertas del progreso para las ideas y para los hombres. Abiertas, sí, cuando esas ideas no sean naves corsarias cargadas de mercadería pirata, como son las publicaciones de encargo, con que para provecho de su política fenicia, el industrialismo yanqui quiere "estandardizar" la conciencia de nuestros pueblos. Abiertos los caminos para todos los hombres que vengan a sumarse a nuestro proceso social, sin pretensiones de tomar a nuestros obreros como brazo esclavo que acreciente sus riquezas extrañas. Al defender los valores de la nacionalidad no se pretende que el país haga una pausa y se contraiga a mirar involutivamente hacia el pasado, en actitud suficiente y fetichista. Se quiere solamente que el progreso de fuera se acondicione a nuestra realidad nacional y se reelabore de conformidad con nuestro propio espíritu, en todo lo que éste tenga de posibilidad creadora. Vengan las buenas ideas, los sanos principios, las consignas cargadas de humanidad y de cultura. Ellas encontrarán acá asidero para su crecimiento. No hagamos, tampoco, el torpe juego de quienes para justificar las formas retrasadas de nuestro acontecer político, defienden los residuos disvaliosos que ha ido dejando la Historia, mientras abren a la penetración del pseudo-progreso las puertas de la soberanía nacional.

Al defender la permanencia de nuestros viejos valores tradicionistas, se busca que no se introduzcan bajo capa de progreso y de civilización, elementos exóticos capaces de destruir nuestras fuerzas vitales de pueblo. Se quiere, también, que vengan hombres y mujeres, muchos hombres y muchas mujeres que ayuden a trabajar la tierra y a perfeccionar nuestras industrias, a enriquecer con finas líneas el

patrimonio de nuestra cultura y a prestar a nuestra técnica y a nuestras artes la colaboración de su sensibilidad y su destreza. Hombres y mujeres de fuera que acrecienten nuestro capital demográfico y den mayor vitalidad al progreso general de la Nación. Pero se quiere que estos nuevos pobladores sean parte y no testigos venales de nuestra evolución social, parte en la conservación de lo nuestro, y no agentes ocasionales de una desintegración de nuestras fuerzas características de Nación.

En orden a que los elementos nuevos puedan sumarse fácilmente a nuestro proceso moral de pueblo, se quiere que haya de nuestra parte una actitud previsora que tanto nos defienda cuanto provoque al mismo tiempo la fácil comprensión de nuestro carácter y de nuestro genio por parte de los inmigrantes. Es preciso que el forastero que viene a convivir con nosotros en nuestro viejo hogar nacional sepa qué somos, qué queremos y hacia dónde vamos, para que él pueda ser y pueda querer lo mismo que nosotros y pueda caminar camino semejante al que nosotros hemos venido caminando. Tenemos que ser algo para no ser mañana lo que quieran los distintos y anárquicos grupos de inmigrantes. Debemos ser algo, para ayudar a disolver las contradicciones de los forasteros. Y para saber lo que somos, hemos de consultar nuestro libro de inventarios. Debemos mirar hacia la Historia y hacia la tradición como corazón del tronco donde habrá de injertarse el mundo que nos venga de fuera. Triste sería ofrecer al extranjero una ancha geografía sin sentido humano, donde a su capricho pueda él explotar nuestro trabajo y de donde pueda extraer, con nuestra ayuda resignada, ricos minerales y variados recursos naturales. Con la tierra, hemos de presentarle nuestro hombre en su integridad funcional de trabajador y de ciudadano, de creador de riqueza y de creador de cultura. Hemos de enseñarle al venezolano en toda su entidad humana de ayer y de hoy. Y para mostrarle ese venezolano, debemos comenzar por definir en la conciencia nacional los signos que eviten el riesgo de que nuestros valores diferenciales perezcan al empuje arrollador de las formas nuevas. Debemos decir previamente cuáles son los valores de Historia y de cultura que nos dan derecho a mantenernos de pies en medio de los anchos cuadros de la Historia universal. Si nuestros valores son toscos por ausencia de pulimento, no parece lo indicado sustituirlos inconsulta-

mente por los valores pulidos que nos ofrezca el forastero, como tampoco resultaría racional que, en razón de un mal entendido nacionalismo, mantuviésemos al pueblo en la devoción de formas culturales sin derecho de pervivencia como factores educativos. Pidamos al forastero que nos facilite los instrumentos de su técnica, para dar con ellos mayor brillo a los valores creados por nuestros padres, mas cuidando que el nuevo proceso técnico no desmejore las líneas fundamentales del espíritu ni sea tampoco ocasión de febril renuncia de la sana humildad que aun puede defendernos de los peligros de la improvisada y fascinante riqueza.

VARIACIONES SOBRE EL TEMA DE LA NACIONALIDAD

Como suave aire de lejanía viene la Patria desde atrás. Sus raíces se hunden en el suelo de la tradición y de la Historia, y su ramaje es tanto más resistente cuanto más henchidas de tiempo estén sus raíces. La Patria, como legado geográfico y moral, la recibimos de las generaciones que nos antecedieron en el orden del acontecer histórico. Mas ello no quiere decir que para amar y servir a la Patria nos baste una actitud fetichista de evocadores de luminosas leyendas o de ciegos analistas de recias acciones, menos aún la de alegres cultivadores de antiguas expresiones de cultura, hoy inválidas para el proceso educativo del pueblo. La Patria, para su prolongación en el tiempo, tiene que llenar "su hoy". Y el hoy de la Patria son nuestro propio deber y nuestra propia conciencia de hombres y de ciudadanos.

Junto con los valores del suelo que le dan límite en el orden del mundo, la Patria es la familia que tiene organizada su vida de relación de acuerdo con los valores históricos y culturales de donde deriva fisonomía el pueblo. La Patria no es hogar de un solo habitáculo, donde tengan abrigo y satisfacción las necesidades de un grupo de privilegiados. La Patria es la casa grande donde se juntan grupos humanos que tienen por símbolos comunes una serie de formaciones morales producidas por la Historia. Desde esa posición ética, la Patria reclama un distingo apreciativo que la libre de la común confusión en que se cae a consecuencia de la semejanza creada entre los valores pueblo, nación, Estado, Gobierno.

La Patria es una dimensión que debe concordar con los contenidos creadores de pueblo y de nación. Se han visto, sin embargo, naciones y pueblos que, al hacer vida peregrina, mantienen la luz lejana de una Patria como fuerza impulsora y recreante de sentimientos. La Patria puede estar sobre los horizontes. La Patria puede navegar sobre los ásperos mares, como conciencia en pos de libertad y de seguro. En la nave de Eneas viajó como un delirio para engendrar a Roma. En las carabelas de Cristóbal Colón hizo el camino del Nuevo Mundo, en busca de mayores dimensiones para el hombre del Renacimiento. Sobre las aguas caribes, la Patria venezolana estuvo compendiada en el pensamiento atormentado del Bolívar marino. Puede dormir toda entera en el rincón de un calabozo, como durmió en la Carraca al sueño de Miranda. Como imponderable, la Patria es la realidad de comunicación entre hombres que comparten el privilegio de una Historia y el amor de un mismo pedazo de tierra. En el orden del lirismo, la Patria es una sonrisa o un crepúsculo, una campanada o un murmurio, un monte o un riachuelo.

Los estatistas, es decir, quienes preferentemente miran a la fuerza de las comunidades con sentido anti-humanista de exclusión, sólo quieren juzgar el poder de las naciones en cuanto se las pueda utilizar como elemento de provecho para el grupo erigido en órgano o expresión del Gobierno. Estos confunden con los suyos los intereses de la Patria, y declaran que servir a ésta es servir la voluntad de los régulos que ejercen el Gobierno. Llegan a confundir con la Patria las grandes operaciones de los sectores que se benefician y sostienen con el orden del poder, y llaman sagrada y legítima la misma guerra de que se valen para la vulgar defensa de zonas mercantiles.

La Patria es otra cosa. Junto con los valores que derivan de ser la región, feliz e imponente a nuestro respeto, donde la tradición hunde sus fecundas raíces, es sobre todo el área a nosotros señalada por Dios para el desarrollo de nuestro humano destino. Es el campo donde hallamos mejor espacio para nuestra propia persona, afanosa de realizarse para el proceso ecuménico de la cultura. Sobre la expresión telúrica y aun más allá del significado que le transmiten los huesos sagrados de los antepasados, se empina el concepto humano de la sociedad que con

nosotros puebla y vitaliza el ancho campo de la Patria territorial. Más que montes y riachuelos que pueblan de paisajes la memoria, la Patria son los hombres. La Patria somos nosotros mismos en función de solidaridad y de futuro. La Patria, sobre la luminosidad de la apoteosis, es una austera dimensión moral que pide acabada realización.

Mas la solidaridad que hace vigorosos los nexos sociales no es la vana solidaridad que deriva del transitorio interés del negocio, de la empresa, de la colectividad política, del sindicato profesional. Arranca, fundamentalmente, de la comunidad de una idea y de un sentimiento forjados a través de la Historia y de la crítica social, y sin los cuales se produce ese estado de desagregación que hemos llamado "crisis de pueblo". Crisis en el sentido de carencia o dislocamiento de la fragua donde los sentimientos y las ideas alcanzan el temple y el lustre requeridos por la personalidad colectiva, y crisis, también, en orden al desentono de las oportunidades que reclaman imperativamente nuestros procesos sociales.

La Patria no son los desiertos ni los bosques, ni las llanuras ni los montes. La Patria son los hombres que nos rodean y con quienes nos unen más próximamente los vínculos de lengua, de estirpe y de cultura. Patria de ayer, a la cual nosotros damos la luminosidad meridiana de nuestro esfuerzo. Muchos creen servirla por medio de la exaltación muerta del pasado, sin intentar que prosigan en acción las virtudes cívicas de los padres que gozan de la eternidad de los panteones. No se ama ni se sirve a la Patria porque se exalten hasta el laude hiperbólico las hazañas de los muertos que ayer lucharon por ganar la libertad. Se la sirve, cuando se busca permanente actualidad para las ideas y los propósitos que movieron las razones antiguas de la República. Otros creen servirla por medio de la sincera exaltación de estratos de viejas culturas, sin fuerza actual para pulir los espíritus. La Patria de ayer, para lograr perennidad en los siglos futuros, pide el ímpetu y la reelaboración dinámica que le sumen los hombres vivos que aspiran a asegurar su propia permanencia en los cuadros de la Historia.

Ayer la nuestra fué estupendo capítulo de la Historia gloriosa y pujante de la vieja España, que hizo suya, con la historia de los colonizadores, la

propia historia del indio resignado y el callado dolor del sufrido africano. Nuestros antepasados de la edad heroica lucharon porque al recogerse sus páginas nuevas, entrasen con ellas las páginas viejas a formar una unidad autónoma en el orden de la cultura universal. No sólo dieron a la Patria contornos de futuro. La dieron fisonomía propia aun en el orden del pasado hispánico. La Colonia pasó a ser la pre-República. Venezuela ya no tuvo límites en el tiempo. Se la miró desde atrás como un proceso de calidad excelente. Se elaboró Historia de Venezuela al igual de como se elabora Historia de Francia.

Eso lo hicieron los viejos. Eso lo realizaron los padres antiguos. Si en verdad el mantuano buscó un cambio que le diese la dirección del nuevo Estado, junto con él expresó el plebeyo su anhelo de subir y vocéo su derecho hasta obligar al oligarca a pensar en el pueblo. La lucha se planteó en el terreno nuevo de la República: el antiguo señor no se quiso despojar por sí mismo de los viejos privilegios de la explotación de la tierra y del trabajo. Los hombres nuevos han hecho revoluciones en pos de un nivel que dé mayor ámbito a su angustia. Todos los días unos y otros miden su fuerza como corolario de la acción realizada por los hombres antiguos que dieron personería a nuestra Historia. Nosotros, ¿qué intentamos?

A esa Patria que muchos miran en el lirismo amable de los ríos sonoros, de los verdes collados, de las vegas generosas, de las viejas iglesias; a esa Patria que otros sienten en función de ara sacratizada por las cenizas de nuestros muertos; a esa Patria que algunos entienden como producto del ímpetu bélico de los viejos capitanes que la tornaron de monarquía en república, de Colonia en Estado libre; a esa Patria de todos, por unos sentida con gozo de beneficios, por otros sufrida con alegre dolor de saberla más hija de sufrimientos que de concupiscencias placenteras; a esa Patria, dueña de su Historia, ¿dejaremos meterla en el apretado y ruin capítulo de unos nuevos anales de Colonia?...

No vendrán con pendones extraños y con hierros de amenaza los que intentan el señorío de la tierra. *Suaviter in modo,* con todas las zalemas de la buena diplomacia, irán a la destrucción de nuestros viejos valores, para que otros símbolos dominen el campo del espíritu. No se pondrán

visibles señas en la tierra. Se marcarán las conciencias con emblemas semejantes a los que pusieron en la nalga de los indios y de los negros los viejos traficantes de hombres y a las que aun ponen en las ancas del ganado los rudos dueños de hatos. Para lograr la marca no precisa braserillo. Entre mieles y promesas, con la anestesia de quien ha vendido los caminos del deber, se hunden en el fondo del espíritu las letras que marcan la nueva bastardía. Ya no se les dará el viejo nombre de patriotas de que alardean entre sus clientes cuando pujan el precio de la venta. Para bien llamarlos, urge el uso de palabras subalternas que el bien decir repudia. Pero, aunque parezcan vencedores, la Patria durará contra los pésimos intentos de los renegados.

LA UNIDAD DE NUESTRA HISTORIA

En la Academia Nacional de la Historia, al recibirse como Individuo de Número, el año 1932, mi fraterno amigo Caracciolo Parra, expresé el siguiente concepto: "Roto el áspero valladar que, por odio que debió haber sido momentáneo, alejaba la comprensión del régimen español, nuestra conciencia republicana se complace en contemplar el desarrollo que tuvieron las instituciones y el vuelo que alcanzó el pensamiento durante aquel largo proceso, no cierto de vil esclavitud, sino de lenta gestación cívica". Se trataba en aquella hora polémica de nuestros estudios históricos de dar debido horizonte a nuestra mútila Historia nacional, tenida por muchos como una sucesión de procesos desarticulados.

En oposición a la tesis que desde entonces he venido empeñosamente sosteniendo, pocos meses después César Zumeta acuñó la frase, de mero precio literario, mas de contenido ahistórico, según la cual entre la Colonia y la República existiría una "pausa" o un "hiato", semejante a la presunta pausa que separaría del Nuevo el Antiguo Testamento.

Para rebatir la pseudo-tesis de Zumeta, aplaudida entonces por algunos historiadores, publiqué en 1933 mi libro "Tapices de Historia Patria", en cuyo explícit final definí mi propósito de completar y "nacionalizar" nuestros anales. Allí dije: "Para amar a la Patria debemos empezar por amar su Historia, y para amarla en su totalidad, necesario es conocer y amar su Historia total. No son los intereses presentes lo que une a los pueblos para la común acción constructiva; en cambio, es la Historia quien acopla los distintos sinos sociales. Sea ella robusta y penetrante en

el pasado, y las bases espirituales de la sociedad soportarán mejor la arquitectura de sus grandes destinos cívicos. Mientras se reduzca en el tiempo el ámbito histórico, sólo tendremos la noción de una Patria mezquina, atrofiada y sin soportes firmes. Sin solera histórica, ella carecerá de fuerza para henchir los espíritus nuevos en la obra de realizar su destino humano. Sin la robustez de nuestros derechos en el tiempo, careceremos de personalidad que nos dé derecho a participar en la obra de la comunidad universal de la cultura. La Patria grande del futuro reclama los recios estribos de una Historia integral, que "no satisfaga únicamente la curiosidad del lector acerca del pasado, sino que modifique también su concepción del presente".

Toda mi modesta y ya añeja obra histórica se ha encaminado a la difusión del concepto de unidad que debe guiar el estudio de nuestra Historia nacional. No tendrán brillo ni acusarán elevada erudición mis ensayos en torno a la valorización de nuestra Historia patria. Mas todos se encaminan a poner de resalto la urgencia de considerar nuestro pasado como un proceso ininterrumpido, que arranca, con la modestísima aportación aborigen, de la hora en que el español asentó en nuestro suelo. Junto con esta tesis de causalidad continúa, repetida en mi trabajo "Mensaje sin destino", donde digo que "si descabezamos nuestra Historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si para esos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, de caída y de ascenso, que determinan los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración, Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que, lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos triviales que no llegaron a obtener la densidad social requerida para el ascenso a nación". Junto con dichas tesis, repito, he defendido la idea de que por haber olvidado los valores que forman nuestro acervo de Nación carecemos hoy de un canon que permita la defensa de nuestra propia conciencia de pueblo y evite la caída de la Nación en el tenebroso coloniaje perseguido por el imperialismo capitalista de la hora.

Mi labor la comparé a la modesta e intrascendente labor de Diógenes el filósofo, entregado a rodar por las calles su vacío y viejo tonel, para que no se le viese perezoso mientras los corintios pulían las armas con que se disponían a defender la ciudad de la amenaza de Filipo. Eché yo a rodar ideas para no ser el único ocioso en medio de tantos –dije– que se ocupaban en la obra maravillosa de pulir las líneas enhiestas de nuestra egregia nacionalidad. En esa tarea he perseverado durante largos años, hasta tener la satisfacción de ver cómo los nuevos cultores de la Historia nacional dan valor funcional a las conclusiones derivadas del examen de nuestra realidad histórica. Nuestra Historia de hoy ha superado el ciclo de la "Venezuela Heroica" de nuestro gran Eduardo Blanco y busca en sus propias raíces la presencia de elementos capaces de servir de resistencia actual a las huestes de los presuntos conquistadores modernos. Nos hemos dado cuenta de que la Historia, al conformar y uniformar los valores de la nacionalidad, sirve de muralla que cierra el paso a las fuerzas intrusas.

Al refuerzo de este concepto optimista y conjugante se suma Arturo Uslar Pietri. "Nos hemos reducido –dice– a una historia de quince años (la que va de 1810 a 1825), cuando en realidad nuestro pasado vivo abarca, por lo menos, cuatro siglos y medio de acontecer propio, y nos hemos encerrado en un cerco de tierra de ciento setenta y siete mil kilómetros cuadrados, cuando la totalidad del país geográfico que nos pertenece es de cerca de un millón de kilómetros cuadrados". La Historia reducida a quince años de Independencia es, ciertamente, uno de los factores que ha reducido el país activo a una quinta parte de la superficie total. Nos ha llevado a concebir la Historia como pasado muerto "bueno sólo para ser contemplado, añorado y glorificado", agrega Uslar Pietri, con claro sentido de crítica histórica.

Contra esa Historia de añoranzas y de coronas he roto también más de una lanza. Ella, como certeramente dice el autor de "El camino de El Dorado", ha sido rémora para nuestra propia obra de progreso. En 1942, enseñaba yo a los obreros que concurrían a mi cátedra de Historia Patria en el Instituto Libre de Cultura Popular, que "nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a sólo admirar la gloria que pasó". "De lo contrario –decíales–, esa gloria de ayer, para no descender a la categoría de

empolvada corona de museo, debe recibir el flujo constante del esfuerzo joven de la Patria. Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho a la libertad. Cada generación está en el deber de renovar el esfuerzo que los mayores realizaron por la grandeza de la Patria. Para ello es requerido dar a la Historia un sentido de balance con el tiempo".

Nuestro momento lo está pidiendo con urgencia. Debemos hacer el balance de nuestra geografía y el balance de nuestro pasado. Debemos saber a quiénes beneficia nuestro suelo y quiénes son los que desfiguran los valores antiguos, que a manera de brazos enérgicos debieran defender nuestro patrimonio total del pueblo. Carácter de "nacionalización" de nuestra Historia ha sido el norte de mi esfuerzo de estudioso. Nacionalización no como agresión al forastero, sino como concepto integrador del ayer y como valor aglutinante y defensivo de nuestra realidad presente. Que esa Historia nuestra, con todos sus valores de creación, se extienda hacia los anchos confines de la Patria para ganar la nueva campaña de la libertad económica. Ayer fué con Bolívar, con Bermúdez, con Piar a estrangular la Colonia perviviente en las deslimitadas sabanas del Caroní y de Yuruari. Cuando presidí, en 1944, los destinos del Estado Bolívar, tuve oportunidad de decir: "En Guayana duerme el porvenir de Venezuela. Y como antaño se extrajeron de sus campos granos y ganados para avituallar los centauros de la libertad, hogaño reserva la energía de sus aguas, la bárbara amplitud de sus sabanas, el oro, el hierro y los diamantes de sus minas, las resinas y semilladas de su infierno selvático, los peces de sus grandes ríos, las maderas de sus tupidos bosques para el trabajo de los hombres remozados en un mundo nuevo de igualdad, de justicia y de paz. ¡Despertemos en nosotros mismos las voces que anuncien el filo de la aurora y entreguémonos a la obra de forjar la Patria nueva! No olvidemos que por Angostura ha pasado, en su hora más grave, el meridiano de la República. Dormidas están sus fuerzas; dormidas y hostiles estuvieron hasta que Piar dominó en San Félix la contumacia de La Torre, y Bermúdez tremoló los colores mirandinos, con vivas a la República, en la áspera roca de Angostura. Se necesitó que en Guayana surgiera pleno el ímpetu de la independencia para que Bolívar pudiera sobre el caballo inmortal de la victoria ir a regar, como canta el poeta,

con tibias aguas del Orinoco las cumbres heladas de Chimborazo. La gran unidad venezolana, norte de nuestros afanes de patriotas, reclama que Guayana se levante, con toda su potencialidad creadora, para fraguar, como en 1817, 1818 y 1819, la máquina que asegure el porvenir y la paz de los hombres de Venezuela".

Se necesita, pues, como muy bien dice Arturo Uslar Pietri, que "por los caminos abiertos para el hierro puedan entrar las gentes que sientan el llamado de la tierra". Pero también es preciso cuidar que esos recios hombres, como los Libertadores de 1817, lleven nuestra Historia en la conciencia, y no la Historia forastera de quienes sienten, como ayer Walter Raleigh, el ímpetu de trocar por otros signos los signos nacionales de la tierra. Sobre esto también debiera insistir Uslar Pietri.

LA CRISIS DE NUESTRA LECTURA

La Asociación Venezolana de Periodistas y la Cámara de Editores de Revistas convocaron a fin de considerar el informe elaborado por la comisión mixta de ambos organismos, a quien se confió el estudio del problema derivado de la invasión de revistas extranjeras en el mercado nacional y la forma de proteger nuestra producción intelectual. El caso, en realidad, ha venido a constituir un serio problema que interesa a la integridad de nuestro pensamiento nacional y a la economía de nuestras empresas editoras.

Ignoro los términos del informe de la comisión mixta, mas lo conceptúo difícil y complicado en sus soluciones, las cuales supongo no lleguen a contemplar la posibilidad de una discriminación oficialista, salvo para el caso de la literatura que, por sus características pornográficas, tenga que hacer con el Código de Policía.

Varios son los elementos requeridos para dar un buen corte a la situación presentada por la invasión de revistas extranjeras. De estas publicaciones, muchas es necesario que entren y se distribuyan entre el mayor número de lectores venezolanos. A más de las revistas científicas y literarias respaldadas por Universidades e instituciones cultas, llegan a nuestro país publicaciones de primer orden, que son verdaderos mensajes de cultura. Vienen de Roma, de París, de Londres, de Madrid, de Praga, de México, de Washington, de Nueva York, de Buenos Aires, de Santiago de Chile, de Moscú, de Bogotá, de Río de Janeiro, de Guatemala, de Costa Rica, como voces de la inteligencia universal del hombre. Mas junto con estos grandes órganos del pensamiento

ecuménico, cuyos nombres sería difícil dar, pero que todos conocen, vienen también publicaciones tendenciosas en el orden de la vida política de los pueblos ("Selecciones", "Visión", "Life", "Temas" etc.) y publicaciones de literatura procaz, majadera y ridícula. Si nuestro pueblo tuviese una verdadera conciencia defensiva en lo nacional y en lo cultural, si hubiera voces oportunas y constantes que denunciasen los propósitos ocultos tras estas publicaciones, el problema sería fácil, puesto que cada quien haría su profilaxis individual. Pero el caso es en extremo complejo. Mucha gente honesta se compra, pongamos por caso, a "Selecciones", a "Visión" o a "Temas", sin advertir que tras el relativo interés de sus amenos e instructivos artículos se oculta el propósito de yanquizar la conciencia de nuestro mundo. Esa fácil literatura de barato cosmopolitismo es manera de garra en el proceso de coloniaje intelectual con que el yanqui pretende doblegar la conciencia de nuestros pueblos para convertirlos en fáciles changayes. Tal literatura termina por despersonalizar a los pueblos que carecen de fuerza defensiva en la conciencia. Son como la "Coca-Cola" que intoxica los ánimos. Hoy vienen dichas revistas impresas en español, en talleres yanquis; mañana podrían aparecer, con el mismo o con otro nombre, en talleres criollos, y hasta les pueden poner en la portada una de las más atrayentes y hermosas figuras de nuestro rico folklore. (Porque hasta del folklore, que es parte substancial del alma de la Patria, se valen los piratas para ganar entrada en la conciencia del pueblo. También se valen de nombres de excelencia venezolana para distribuir publicidad exclusivamente extranjera. "Santiago de León", "Bolívar", "Ledesma", pueden ser tomados como nombres fáciles para la distribución de literatura enemiga).

A estas publicaciones bien presentadas, baratas y mejor distribuídas, ¿qué oponemos nosotros? Nuestras revistas de genuino sabor nacional, como "Elite", "Quince días", "Signos", "Billiken", "Cruz del Sur", "Tierra Firme", carecen de la debida circulación y, por tanto, resultan costosas, en razón de circunstancias de todos conocidas. Podrían editarse en número de copias que abaratase el precio de venta para que pudiesen copar el mercado nacional de lectores de revistas. Así, tal vez se lograría poner fuera, junto con las de finalidad colonialista, a tanta

detestable publicación argentina y cubana que, en razón del precio, son preferidas de nuestro público. Pero a esto se opone una serie de hechos, que sería interesante verlos tratados en el informe de mérito.

Como en el de la crisis de nuestra economía agraria, este caso de las revistas y de los libros extranjeros representa un gravísimo problema nacional. En él juegan papel importante nuestra ausencia de sentido de responsabilidad como pueblo y los altos costos de las ediciones nacionales. Este último sería problema de más fácil solución que el otro. ¿No tiene subsidio el café? ¿No tiene subsidio el cacao? Pues las ideas son de más eficacia que la riqueza que constituyen el café y el cacao. Los pueblos se defienden no sólo por su visible economía territorial, industrial o bancaria, sino por su riqueza intelectual y moral. La conquista de que no se convalece es la conquista de las conciencias. El Esequibo puede volver a ser nuestro río. El ánimo que se entrega al servicio forastero jamás se recobra de la caída. Venezuela, como Estado, necesita que el pueblo lea en venezolano, como en mexicano lee el pueblo de México y en argentino lee el vigoroso país del Plata. Ya el erario sufraga bastante dinero para la edición de revistas de calidad, que circulan entre intelectuales, profesionales y aficionados a las buenas letras, como la "Revista Nacional de Cultura", las revistas académicas y universitarias, los órganos de los departamentos técnicos, y las cuales, lejos de distribuirse gratis, debieran ser vendidas a un precio razonable. El Estado debe proteger la revista ligera y el libro nacional que vayan al pueblo con el testimonio de la cultura universal, reelaborado, comentado o seleccionado por sus propios hombres de letras o por los beneméritos extranjeros al servicio de la cultura y de los intereses venezolanos. Del mismo modo como las naciones dirigen en la escuela la conciencia formativa de sus hombres, deben también y con más celo cuidar por que el pensamiento del pueblo lo guíen sus propios dirigentes intelectuales. Es tanto como traicionar a la Patria cruzarse de brazos ante el riesgo que representa el hecho de que la dirección intelectual y moral del pueblo se deje a consorcios publicitarios interesados en doblegar nuestra conciencia de Nación.

Esa protección vigilante del Estado para los libros y para los órganos nacionales de publicidad escrita podría consistir en un régimen

transitorio de subsidios a favor de empresas editoriales criollas, en orden a que, pudiendo éstas reducir el valor del libro y de las revistas, sea de más fácil acceso a nuestro público lector el pensamiento del escritor venezolano. En verdad da vergüenza no encontrar revistas en los mil puestos donde se expende la podredumbre que nos viene de fuera. El viajero guatemalteco que, de paso por Maiquetía, quiera leer algo de Venezuela tendrá que conformarse con comprar en el aeropuerto una revista extranjera. Duele la fibra nacional cuando se miran los escaparates de las librerías, hoy en su mayor parte explotadas por extranjeros, y no ver los nombres de nuestros escritores más representativos. Búsquense, por caso, las obras de Cecilio Acosta o de Fermín Toro, y a cambio de ellas ofrecerán al solicitante un "F.B.I". de momentosa actualidad.

Esta nota ligera, en la cual no he pretendido jamás abordar exhaustivamente los diversos temas relacionados con la crisis del libro y de las publicaciones nacionales, quedaría en extremo trunca si no apuntase de inmediato el vicio nacional de pretender cada quien que autores y editores regalemos nuestros libros y revistas. Yo, por ejemplo, estaría obligado, según este criterio, a obsequiar a todos los amigos mis modestos libros. En cambio, jamás han pensado mis amigos y vecinos los Allegri que ellos tengan obligación de obsequiarme las excelentes pastas alimenticias de su afamada producción. Ellos tienen derecho a vivir de su harina y de su pan. Yo no tengo derecho sino a morirme por mis ideas. A no ser que las venda para provecho de otros.

LA DEFENSA DE NUESTRO PENSAMIENTO

Anda por ahí una nueva publicación yanqui que está logrando aceptación entre nuestro público grueso. Su lectura es variada y expresa un intento de ganar complacencias entre lectores latinoamericanos. Alguien me decía que es más "peligrosa" que la revista "Selecciones". Como yo no sabía si mi interlocutor hablaba desde un punto de vista editorial o como simple lector de revistas, inquirí la razón del peligro, y me di cuenta de que estaba hablando con un venezolano antiguo. (Hoy es casi un problema expresar con libertad entre amigos nuestras ideas sobre los propios intereses de la nacionalidad, pues cuando uno menos piensa, se halla frente a cualquier entusiasta partidario de la campaña dirigida a hacer de nuestra Patria, el precio que fuere, eso que llaman "un gran país". Otros la queremos simplemente un digno aunque modesto y pequeño país). Mi amigo es un verdadero amigo de Venezuela. Quiere progreso, comodidad y luces para la vida del pueblo, pero se resiste a pagarlos a costa de la dignidad espiritual y moral de la nación. Mi amigo radica el "peligro" de la revista en la lerda aceptación que pueda lograr entre lectores criollos.

La mayoría del público que lee revistas procura solaz e ilustración a poco tiempo. Parece que fuera una gran labor de cultura abaratar el precio de las revistas y propender a su mayor difusión. Pero, un viejo refrán español dice que muchas veces tras de la Cruz está el Diablo. En el presente caso, el Diablo está por demás visible. Está delante de la Cruz. Los empresarios yanquis buscan la difusión de un tipo de literatura que dé subalterna uniformidad al pensamiento del mundo. Como son ellos los dueños del dinero, consiguientemente pretenden dominarlo todo.

Antiguamente se imponía el que mejor pensara. Hoy se impone más fácilmente aquel que dispone de mejores medios para divulgar sus propósitos. Sobre esta lógica materialista –que de haber estado vigente en el Siglo I hubiera impedido la difusión del cristianismo–, el poderoso capitalismo yanqui fundamenta sus aspiraciones al gobierno intelectual del mundo. Las publicaciones sin categoría que lanza sobre nuestra América española el mercado editor de los Estados Unidos, están destinadas a crear una conciencia uniforme y mediocre en nuestro mundo intelectual.

Los pueblos existen mientras piensen libremente. Sobre nuestra América indo-afro-hispánica pueden imponerse transitoriamente todas las influencias político-económicas que pretendan los yanquis, pero nuestro pueblo continuará existiendo mientras posea una conciencia libre para resistir en silencio y con esperanza.

Ser nosotros mismos, siquiera sea en el área de las conciencias, ya constituye una actitud defensiva, capaz de poner a salvo la dignidad moral de la República. Como pueblos pensantes no debemos someternos a la forzada dirección de extraño tutor. La cultura es un proceso de cooperación universal, nadie lo niega, pero lo ecuménico de sus grandes valores no impone la anulación de las características personales de cada pueblo. Por eso las naciones cuidan la educación del pueblo desde el propio punto específico de sus valores sustantivos. La libertad de enseñanza no llega hasta la tolerancia de ideas que destruyan la soberanía de las naciones, y los textos generales en todos los países están sometidos a una suprema inspección de parte del Estado, en lo que diga a la formación del ciudadano frente a la Patria. Pues bien, nuestros escolares de la hora reciben de fuera lecciones constantes que anulan y contradicen la enseñanza de los maestros criollos. Una o dos veces por semana dan con las famosas tiras yanquis que les van configurando el gusto y la imaginación. Nuevos personajes, carentes de función educativa, se han apoderado de las mentes infantiles de América.

A fines del Siglo XIX, José Martí fundó en Nueva York la estupenda revista "La Edad de Oro", para enseñar a los niños de nuestro continente los caminos de la sabiduría, de la belleza y del decoro. Para enseñarles a

"ser de veras hombres". Hoy, desde la misma metrópoli se distribuye una literatura encaminada a borrar de nuestra juventud hispanoamericana los signos que impidan su entrega a la voluntad de los nuevos césares. Encaminada a que dejen de ser hombres de veras.

El problema suscitado en torno a la divulgación de las revistas puestas en castellano por los editores yanquis, no es un mero problema comercial, sino un profundo problema de pensamiento y de conciencia. Buen sitio sería Nueva York para que desde ahí tomasen vuelo revistas encaminadas a divulgar pensamientos favorables a nuestros países. Nuestro eminente escritor Nicanor Bolet Peraza dirigió por 1890 "La Revista Ilustrada de Nueva York". Allí tuvo cátedra el pensamiento de Hispanoamérica y desde allí se defendieron nuestros intereses nacionales. En sus páginas, aunque expresarán muchas veces la candorosa y bonachona creencia en el panamericanismo dorado en los hornos de la recién celebrada Conferencia Panamericana, se levantaron voces para censurar al Congreso estadounidense, cuando éste ordenó al Departamento de Estado el cobro compulsivo de la deuda de Venezuela. En cambio, la literatura que del Norte nos viene impresa en nuestra lengua sagrada, es literatura dirigida a "la expansión del imperialismo intelectual de los yanquis", según acaban de proclamarlo los editores mexicanos, interesados, como los nuestros y como nuestros escritores, en el grave problema de una publicidad encaminada a desnacionalizar nuestra conciencia de pueblo.

No se trata, pues, de un caso mercantil fácil de ser resuelto por medio de simples medidas arancelarias. El problema es fundamentalmente de orden moral. Las aduanas llamadas a restringir la entrada de esta literatura tendenciosa, no tienen su sede en puertos geográficos, sino en los puertos de la conciencia individual. Más que trabas materiales, es sano y enérgico repudio lo que pide ese peligroso ejército de zapadores lanzado contra el espíritu de nuestra sufrida América hispánica.

Bien saben los pretensos conquistadores de nuestro mundo indoespañol, que los pueblos no están cabalmente sometidos mientras ejerzan la libertad de conciencia. Las revistas literarias en nuestra propia lengua, las tiras cómicas destinada a desfigurar el pensamiento de los niños, el

cine frívolo y truculento, las espantosas sinfonolas con que se gangsteriza la música e incluso las propias camisas Truman, son instrumentos propagandísticos de que se vale el imperialismo yanqui para imponer a nuestros pueblos una manera uniforme y esclava de pensar y de sentir.

Pudo errarse cuando se entregaron al extranjero las fuentes de nuestro petróleo y cuando se le regalaron los montes de nuestro hierro. Eso es reparable en el orden práctico. Petróleo y hierro volverán a su debido tiempo a ser patrimonio soberano de la República. Eso lo siente y lo sabe nuestro pueblo. Eso es voto perenne de la sufrida conciencia nacional. Pero los ánimos que se desfiguran son como las monedas chimbas. Pierden por la lisura su valor simbólico y pasan a ser metal de mera venalidad. Con ellas sólo se compra el buen pasto para "la mula negra", a cuyos lomos son llevadas hasta el cadalso las conciencias libres. De nada vale formar parte de un ficticio esquema económico que promete una transitoria prosperidad material cuando con ello se ha llegado a la chimbera nacional. Se pueden rehacer los patrimonios materiales, pero es harto difícil, por si no imposible, edificar sobre conciencias que a fuerza de dejarse arrastrar por las aguas del cambiante interés, se han convertido en meros cantos rodados.

VENENO A LO COMICO

En mi libro "Mensaje sin destino" califiqué de avanzada del ejército corruptor que tiene su cuartel general en Hollywood, a las tiras cómicas y a los rellenos ofrecidos por distintos diarios a nuestros lectores comunes, y que en los puestos de periódicos y de revistas se venden, además, en formato de folletos destinados al solaz y a la educación de los menores.

Quizá pocos factores contribuyan tan eficazmente como éste a la obra de desfigurar y nivelar la conciencia de nuestro mundo criollo. Ocurre que la edición en serie de estos dibujos parlantes los hace tan baratos, hasta constituir para los editores de diarios un excelente negocio su adquisición a precios ínfimos y venderlos después a los lectores como iluminada novedad.

Junto con lo cómico y lo imaginativo, ofrecen, también, las tiras información geográfica e histórica. Una historia de exportación, elaborada en los muelles de Nueva York, para hacer para la Coca-Cola y a las cajas traganíqueles. En lo que a nosotros se refiere, un diario local insertó una información obtenida de una matriz yanqui, donde se decía que el General Cipriano Castro, Presidente de Venezuela, apenas vino a usar zapatos cuando se hizo Jefe del Estado. Claro, ese es el concepto en que nuestros pretensos educadores del Norte tienen a nuestros países latinoamericanos. Tal vez en ellos pueda también subsistir respecto al Presidente Castro el rencor natural contra el alto espíritu nacionalista que distinguió en América al discutido Caudillo.

Algunos de los temas desarrollados en las tiras cómicas son en verdad de un fondo meramente humorístico, que aun a los viejos hace reír. En cambio, la mayoría gira en torno al asesinato, al robo, a la villanía, a la liviandad femenina, al odio entre pueblos, a la deslealtad personal, al descrédito de razas. Con ellos no sólo se busca una subalternidad intelectual y un uniforme desarrollo en el proceso imaginativo de los niños, sino también la corrupción de sentimientos en pequeños y en mayores. No se trata únicamente del propósito de timonear el espíritu de los hombres para formar en ellos una conciencia de más fácil gobierno por parte del imperialismo americano. Se persigue corromper los sentimientos de la juventud y prepararla para el odio. Por allí andan en manos de nuestros escolares y con procedencia oficial norteamericana, folletos encaminados a desacreditar los pueblos asiáticos que sufren la invasión del imperialismo anglo-americano. Con dichos dibujos y relatos se siembran semillas de odio y de menosprecio en el ánimo de nuestros niños hacia hombres y niños que sufren el coloniaje en lejanas tierras. Se persigue con la disolución intelectual producida por dichos relatos, remozar las raíces emocionales del capitalismo moribundo, justamente en el propio ánimo de los países por él explotados. Con tales procedimientos se desnaturaliza la resistencia de los pueblos cuyo coloniaje se persigue. Por medio de semejante publicidad, se lleva a cabo en el espíritu de las naciones amenazadas una táctica semejante a la de quien aplicase lentamente drogas narcóticas a la persona cuya voluntad pretenda arruinar.

El efecto destructor de estas famosas tiras, no sólo lo vemos quienes en nuestra América hispánica estamos empeñados en advertir el peligro de la penetración colonialista. La edición de revistas yanquis en nuestro propio idioma nacional, ya denunciada tanto como expresión de un propósito monopolizador del mercado editor como visible empeño de dirigir nuestra conciencia intelectual, llega en su afán de acapararlo todo, hasta este renglón infeccioso de literatura delicuescente, con que se envenena el espíritu de niños y de jóvenes.

En "Post", semanario nacional y más bien conservador de la Gran Bretaña, Peter Manger hizo recientemente un examen exhaustivo del carácter pernicioso de la literatura ofrecida a la juventud inglesa bajo el

título de "American Comic Magazine". "Desconocidas antes de la guerra –escribe–, los primeros ejemplares arribaron con las tropas americanas y han crecido junto con ellas. Ahora se pueden comprar en todo el país, especialmente en las grandes ciudades". Han resultado para Europa estas tiras cómicas como manera de aliados o de puntas de lanza de los ejércitos de ocupación. Junto con el Plan Marshall, les ha ido también este nuevo y curioso plan de aniquilamiento de voluntades. A la fina Europa, que envió a nuestro mundo americano la semilla de sus artes y el saber de sus letras, se le devuelve hoy esta avenida de arrolladoras y corruptas aguas, como expresión de lo que buscan con sus soldados los yanquis invasores. No en balde el pueblo les grita o les susurra la consigna de "Go home", con que la libre Europa muestra su repudio a la guerra y a la ocupación extranjera.

Para los educadores ingleses el nuevo hábito infantil de leer las historietas cómicas y los dibujos parlantes, ha sido objeto de una investigación cuidadosa. No ha escapado a su alcance sutil el efecto pernicioso provocado por dibujos entre los cuales ha llegado a aparecer un joven que, al dar muerte a un policía, exclama gozoso: "Romper el cráneo a un hombre grande, me da placer". Ante tamaño riesgo, Manger escribe: "Nosotros debemos obrar ahora, antes que los valores morales de nuestra gente joven lleguen a ser pervertidos por estos degenerados y degradantes sustitutos de los saludables entretenimientos". Como medida digna de imitación, el articulista cita el acta legislativa aprobada por Suecia en 1949, por lo cual se prohibe "la circulación entre niños y personas jóvenes de material impreso, cuyo contenido pueda ocasionar su efecto embrutecedor o pueda envolver serios peligros para el crecimiento moral de las personas jóvenes".

El examen crítico de Peter Manger provocó entre los lectores de "Post" una serie de mensajes al Director, de los cuales escojo el dirigido por la Presidenta de la Parent Teacher Association, de Plumcroft, quien dice cómo los miembros de ella "estaban horrorizados por las violentas y obscenas pinturas y retratos". "Por algún tiempo –agrega–, los padres de Plumcroft han estado extremadamente alarmados en razón del creciente número de cómicas en circulación".

Entre nosotros, Walter Dupouy ha levantado también la voz con motivo de la reciente reunión preparatoria del II Congreso Internacional de Defensa Social. Su ponencia "Influencia cultural negativa de las Historietas de Muñequitos", es un magnífico estudio sobre los riesgos representados para nuestros niños y para nuestros jóvenes por la constante lectura de esta perversa, insulsa, desorientada literatura. En su trabajo, Dupouy recomienda la aplicación por el Consejo Venezolano del Niño de aquellas normas de su Estatuto que autorizan la intervención del Estado en la circulación y distribución de literatura juvenil e infantil.

Jamás podría verse, tampoco, aún sin aquellas normas, como medida arbitraria, encaminada a coartar la libertad de pensamiento, lo que se hiciese en orden a poner fuera de circulación y de mercado esta pestilente mercancía que nos viene del Norte, salvo el caso en que para ello se hubiese concedido algún privilegio en la reciente modificación de nuestro convenio comercial con Estados Unidos. La garantía de libertad de expresión se refiere a otros temas. Como reacción contra el sistema inquisitorial del "Ancien Regime", se definió tal garantía como resguardo al derecho de disentir y de expresar la persona su disentimiento en orden a los valores filosóficos, políticos y religiosos. La libertad de conciencia y su concomitante libertad de expresión, no significan derecho para corromper a los jóvenes, ni derecho para que éstos escojan a todo talante su propio material de lectura, menos aún para que libreros y revisteros inescrupulosos puedan vender a los niños y a los adolescentes literatura que los lleva fácilmente a la desviación de su conducta social.

No sólo deber de las autoridades encargadas específicamente del niño, sino también de todo funcionario de educación, es la vigilancia del material que se ofrece como lectura en escuelas, en hogares, en librerías y en puestos de periódicos. Del propio modo como las ventas de alimentos comunes son vigiladas por las autoridades sanitarias, las ventas de material escolar deben ser revisadas por los inspectores de educación. La tutela del niño es deber del Estado. Menores de edad, a quienes se protege aún de los errores de los propios padres, no pueden ni deben seguir siendo material de explotación del absorbente y corruptor

imperialismo yanqui, tan enemigo de nuestra libertad como enemigo del propio pueblo de Estados Unidos, sufrido y explotado, vendido y traicionado por la "american policy" de los grandes capitalistas. Hoy se toma a los niños –lo mismo a los de acá que a los de allá– como elementos para el consumo de una mercadería podrida. Se les corrompe y se les prepara para que mañana sean hombres dispuestos a corear la guerra y dispuestos, también, en nuestras débiles repúblicas, a entregar las llaves de la libertad y de la riqueza.

En momentos en que el mundo angustioso pide consignas de paz, de unidad, de convivencia, de rectificación, de olvido, se ofrece a niños y adolescentes un material de esparcimiento que los lleva directamente a la formación de complejos belicistas y criminales. Cuando se requieren hábitos de tolerancia y de comprensión humana, se pone al alcance de los jóvenes lectores, como espectáculo entretenido y hacedero, la representación del estrangulamiento de un hombre con un fino alambre. "Estrangular a un hombre con alambre, es entretenimiento legítimo –dice la tira– si el hombre es un norcoreano o un chino".

De mano en mano, las cómicas que representan como hechos naturales la destrucción física y moral de la persona humana, han venido creando paulatinamente en la sociedad una conciencia fría, indiferente casi aprobadora, que ni siquiera provoca encogimiento de hombros cuando se relatan crímenes horribles. La familiaridad de los jóvenes con esta embrutecedora filosofía del gangsterismo que nos ha venido suministrando el corruptor capitalismo del Norte, hace que hoy suenen a burla las palabras condenatorias del vicio, del robo, del asesinato y de la guerra. En esa literatura para niños, que de lo cómico intrascendente conduce a la apología del crimen, tiene firmes raíces la insensibilidad con que se hace hoy entre nosotros la estimativa de los valores humanos.

HILO DE CONTRABANDO

Miguel Acosta Saignes, de la manera más noble y generosa, ha salido a la pública defensa, no de mis ideas, que en el presente caso son las mismas suyas, sino a la defensa de mi calumniada "juventud". Suele suceder que no estén de acuerdo las arterias con el pensamiento del hombre, y que jóvenes de rápida circulación sanguínea adhieran o sirvan conceptos anquilosados. ¡Cuántos hombres mozos tropezamos por esas calles de Dios, cargados de siglos de moho! También sucede lo contrario. Hombres viejos, que no tienen fuerza física para mantener enhiestos los huesos, van sembrando ideas repletas de juventud. No faltan, tampoco, para confusión de muchos, algunos espíritus envejecidos, que para mostrarse a la moda simulan preocupación por ideas modernistas.

Al bulto pareciera que la defensa de los valores tradicionistas estuviese confinada, por gravedad de razones, al campo de los hombres maduros y que, al contrario, el progreso fuera argumento sólo para ímpetus juveniles. Mas, ocurre que no todo progreso es sano, es decir, todo progreso no es progresista. Pérez Prado, pongamos por caso, no significa ningún progreso sobre Beethoven, aunque tenga mayor acogida entre la "gente moderna" la música del mambo que la música de las Sonatas. Tampoco son regresistas ni retardatarios los buenos sentimientos tradicionistas.

Presentar el tradicionismo como una actitud estática es algo, sobre arbitrario, peligroso. La tradición configura la propia alma de los pueblos. Sin tradición una colectividad no cuaja en pueblo. Una

sociedad es tanto más en sí como valor humano y conceptual cuanto más vigorosas sean las líneas formativas de su Historia. La Historia de un pueblo son sus hombres y sus símbolos antiguos en constante función de producir nuevos valores. La Historia no es cuento de muertos convertidos en ceniza. La Historia es un proceso de formación de valores que tiene su eco constante en las voces de los hombres actuales. El presente caso, como muy bien lo explica Acosta Saignes, no es asunto de jóvenes o de viejos. Este de hoy es asunto de hombres y de mujeres interesados en defender la nacionalidad y de hombres y de mujeres despreocupados ante el problema de su debilitamiento y de su desintegración.

Considero que ninguna de las personas hoy empeñadas en la defensa de los valores de la tradición y de la Historia de Venezuela puede ser motejada de negar su aplauso a las nuevas formas culturales que van produciendo el pensamiento y la técnica universales del hombre. Para Venezuela todos hemos de querer buenos caminos, magníficos acueductos, suntuosos hoteles, amplios hospitales, hermosas plazas y avenidas, excelentes teatros, ricas bibliotecas, cómodos ferrocarriles, embalses, canales, escuelas y más escuelas. Pero estas obras reclaman que Venezuela no las pague con la abolición de sus propias características de pueblo. Junto con el progreso intelectual y material que representan dichas obras, ha de ser legítima aspiración nacional conservar la integridad de nuestra personalidad de pueblo. Queremos antes que todo, nuestra independencia. Queremos el libre desarrollo de nuestra individualidad de pueblo, así esta individualidad esté hoy en crisis por nuestra propia culpa.

Porque, junto con el progreso que representa facilidad y comodidad para nuestra acción cotidiana, se viene introduciendo, no de contrabando, sino a ojos vista de toda la Nación, una pseudo-cultura, que lejos de corresponder a los imperativos de la hora, sirve para corromper y deshacer los valores austeros que debieran verse como legítima tradición del pueblo. Cosa ilógica sería cerrarnos a la admisión de los nuevos procesos de cultura. No somos una isla humana, y ni aún siéndolo, podríamos negarnos a participar en un movimiento que, sin ser llamado, se nos viene solo por los mil caminos que para su divulgación toman hoy las ideas universales. A los encargados de velar por el destino

del país, toca, en cambio, la función de prevenidos centinelas que avizoran la ruta de las velas enemigas. So color de progreso, hay mayores de edad que procuran descafilar los vértices donde pudieran hallar contradicción los propósitos de quienes pretenden utilizarnos como ancha colonia productora de materias primas y consumidora de forastera industria. Y hasta como productores de hombres que defienden consignas enderezadas a la defensa de extraños y contradictorios intereses.

Frecuentemente la facilidad comercial encierra fines que adelantan hasta la destrucción de la genuina fisonomía de los pueblos. Como ejemplo avisor debiéramos recordar siempre la propaganda clandestina que Inglaterra hizo circular entre los hogares pacíficos y recatados de 1809, cuando, con los inofensivos ovillos de hilo, eran distribuídos pequeños anuncios que decían: "Inglaterra ofrece protección y libertad de comercio a las Américas españolas". En aquellos años de la invasión napoleónica en la Península, pese a los visibles pactos, los anglosajones buscaban los medios de apoderarse del vasto imperio ultramarino de España: y si logró salvarse la tradición hispánica que dió carácter a nuestro alegre y calumniado mestizaje, fué en razón del éxito que tuvo la oportuna campaña autonomista que emprendieron nuestros propios hombres. Bolívar, San Martín, Morelos, O'Higgins, salvaron al luchar contra España, el derecho a la permanencia en América de la vieja cultura fomentada por los colonos hispánicos. Sin ellos, tal vez la América prieta no hablaría español y en Belice y en Trinidad estarían hoy las metrópolis de las nuevas colonias o de los nuevos dominios angloamericanos.

Sin embargo, los ovillos de hilo han seguido viniendo, con nuevas leyendas, pero con similares fines. Muchos no saben leer las misteriosas palabras de los anuncios. La mayoría llega a tomarlos como expresión honesta de buenas amistades. Pero los que sabemos interpretar el verdadero propósito de la propaganda, estamos en el deber impostergable de denunciar la intención aleve que se oculta en semejantes recados. Los dueños del hilo –que hoy se ha tornado en automóviles, en sinfonolas, en radios, en neveras y en mil atractivos artefactos– ofrecen servir la causa de la cultura y del bienestar general. La música alegre y la

placentera comodidad parecieran hacer buenas las palabras insinuantes de los dudosos amigos, pero más allá del aparente placer y del seguro alivio, se escurre una intención que desmejora nuestras resistencias de pueblo.

Sí. Aquello es progreso. Progreso que da apariencia de mejoramiento a nuestro pueblo, pero justamente con él se introducen sistemas de explotación que anulan nuestra autonomía de Nación y programas y consignas que van borrando las líneas diferenciales de nuestra genuina y modesta cultura.

El problema no es de juventud frente a la madurez. Lejos de detener a los jóvenes su impulso creador, los mayores o los viejos queremos que sea cada vez más ágil y más libre el ímpetu de sus remos. Justamente lo que para ellos queremos es libertad. El problema no es de generaciones, sino de resistir el empuje que amenaza nuestros muros concenciales. En lógica simplista debieran ser los jóvenes y no los viejos quienes sacaran el pecho con mayor firmeza en la obra de defender los valores formativos de la nacionalidad. Los que en una lógica fatalista debiéramos ser los primeros en entregarnos, habríamos de ser los viejos sin fortuna y tomados de la invalidaz. Pero, sobre la fortuna y la fuerza, habla con mayor dignidad la categoría de la lealtad a los intereses de la Patria.

A dar mayor capacidad de resistencia a nuestros valores nacionales se encamina la modesta labor de quienes sostenemos que para progresar y mejorar no debe ser rendida nuestra tradición y nuestra Historia. Esa actitud de vigilancia no significa una posición negativa ante las nuevas formas que produce la civilización. Se trata meramente de avivar la cautela. Se busca crear una conciencia clara y sagaz que nos defienda del doloso entreguismo y de la culpable conformidad con situaciones disvaliosas. Queremos que todo lo que tenga precio en el mundo exterior de la cultura venga en el equipaje de los cultos viajeros. Pero queremos, también, aduanas que vigilen los contrabandos morales, con menos tolerancia que la aplicada en el caso de los bultos de burdo comercio. Esas aduanas sólo pueden funcionar en el cascabullo de las conciencias vigilantes. De las conciencias negadas a las falsas modas y a la alegre entrega.

CONCIENCIA Y FRONTERAS DE LA PATRIA

La prensa ha dado cuenta de la reciente ordenación del primer sacerdote oriundo de las Misiones del Caroní. En la pila le fué dado a este indígena por nombre el de Lucio Fierro. Pertenece al grupo de Pemones del Roraima, que había sido evangelizado, antes de establecerse nuestra Misión capuchina en aquellos términos, por los misioneros benedictinos de la frontera del Brasil.

Cuando comenzaban nuestras misiones del Sur, yo escribí por 1926 y bajo el rubro "Pro Missionibus", unas notas encaminadas a promover el interés nacional por la civilización de los indígenas. Me referí en ellas a la circunstancia de haber ocurrido más de una vez el hecho de indígenas que inscribían sus nombres en registros extranjeros por la influencia que en ellos ejercían las misiones de nuestros vecinos. El dato me lo había comunicado el propio Nuncio Apostólico, Excmo. Señor Felipe Cortesi, de grata memoria, a quien al respecto se habían dirigido los misioneros brasileros. "Sin misiones fronterizas, los indios de ustedes se pasarán al Brasil o el Brasil se meterá en Venezuela", me repetía el ilustre diplomático pontificio. Presenté yo el caso a la Nación, no sólo como labor piadosa encaminada a atraer a la vida civilizada una población de rudimentaria cultura, ni como obra de fines económicos que pudiera cuajar en frutos de riqueza material. "Es la obra definitiva –decía– de nuestra consolidación como nacionalidad independiente en las lindes internacionales, como si se tratase de levantar un baluarte de resistencia moral que defienda nuestra integridad política".

Años después, tuve oportunidad como Director en el Ministerio de Instrucción Pública, de interesarme en el problema de nuestras escuelas

fronterizas con la Guayana Inglesa, presentado en forma alarmante, tanto por Gonzalo Godoy, preocupado Inspector de Instrucción Primaria, como por el benemérito patriota guayanés Eduardo Oxford López. Los ingleses mantenían excelentes escuelas en sitios que atraían nuestra población fronteriza, mientras de nuestra parte había un abandono criminal. Aún más: misiones adventistas, patrocinadas por las autoridades británicas, hacían incursiones en el propio territorio de la Gran Sabana, codiciado aún por la rubia Albión. En el mismo Ministerio tuve oportunidad más tarde de presentar para su favorable solución por el Ministro González Rincones, el caso de la Colonia Tovar, donde el Estado venezolano sostenía un Maestro que impartía enseñanza primaria en alemán, y a instancias mías se sustituyó el forastero invasor por una humilde maestra criolla, que empezó a enseñar español a los hijos de los alemanes. Me complace recordar, también, haber insistido en orden a que se prohibiese a las Hermanas de San José de Tarbes la enseñanza en francés y la prosecución de su Instituto como organismo regido por las leyes de Francia.

Cuando participé en la redacción de los proyectos de Leyes de Instrucción que el Senado rechazó en 1933, por establecerse en ellos un riguroso sistema de exámenes que alarmó a los hijos de algunos Padres Conscriptos, hice introducir un articulado que impedía el funcionamiento de planteles primarios en los cuales se diese la enseñanza en lengua extranjera, confinando ésta a las cátedras respectivas.

Lo mismo en el caso de las fronteras que en el caso de la educación primaria en el campo y en las ciudades, he mirado como esencial el problema de la lengua y el problema de la formación nacional del espíritu del niño. Para defender eficazmente una frontera, más útil es una escuela que transmita lineamentos nacionales a la población fronteriza, que un bien provisto puesto de guardias. La Patria es más una idea que un sistema de fuerza. Los puestos armados impedirán la abusiva penetración del extranjero. La escuela arraiga el espíritu de los nacionales y evita su evasión hacia el país vecino.

En la escuela se forma la conciencia del pueblo. Cuando las naciones descuidan las líneas formativas de sus planteles primarios, caminan rápidamente a la disolución nacional. La lección creadora del hogar es

ampliada en la escuela, donde a la vez se la desviste de sus características individualistas. El padre comienza a enseñar Historia al hijo cuando le relata sus propios orígenes. Mas, esa enseñanza la prosigue el maestro de escuela en un plano que conjuga lo particular de los hogares con lo general del pueblo y la Nación. Al abuelo laborioso y honesto que el niño aprendió a reverenciar sobre el relato de los padres, se agregan los grandes abuelos que hicieron la República. La genealogía restringida de las familias, se disuelve en el gran árbol genealógico que ofrece al pueblo la comunidad de los ancestros morales. Don Pedro, don Juan, don Alfonso, don Gabriel, son sustituídos en la comunidad de los valores nacionales por Andrea de Ledesma, Juan Fracisco de León, José María España, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Cristóbal Mendoza, José Vargas, Andrés Bello, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Santos Michelena, Juan de Dios Picón. La Patria es más en sí cuanto mayor sean el vigor y la extensión de este culto genealógico.

La escuela y el hogar son los sitios donde se forma y se desplaza la voluntad de los hombres futuros. Célula inicial de la Nación, en uno y otra se define el valor de los ciudadanos del mañana. A lo exclusivo de los valores que se forman en el reducto familiar, la escuela opone el sentido amplio que corresponde al área popular. Ello explica la significación grande que adquieren las normas suministradas por las escuelas primarias. El Estatuto que rige provisionalmente la Educación Venezolana declara que "como fines principales, el Estado venezolano asigna a la Educación Pública el de levantar progresivamente el nivel espiritual y moral de la Nación venezolana". Como elementos conducentes al logro de aquellos fines, dicho instrumento normativo ordena en su artículo 8º. que "salvo la enseñanza de idiomas extranjeros, en las actividades educativas de todos los establecimientos del país, se empleará sólo el catellano", y reserva, a la vez, por el artículo 18º. a "institutores venezolanos por nacimiento la enseñanza de la Geografía e Historia de Venezuela, de la Educación Cívica y de aquellas otras materias vinculadas a los fundamentos de la nacionalidad venezolana".

Nobles fines se persiguen con estas normas. Al ejemplo cívico que dé forma a la conducta del alumno, Lengua, Historia y Geografía suman las

bases donde asientan los más caros valores nacionales. De ellos precisa cuidar con el mismo celo con que el soldado hace respetar las fronteras y los patrios litorales. Sin embargo, persona conocedora de nuestro proceso educativo, me informa que entre los treinta y nueve institutos particulares que, bajo la dirección de extranjeros, funcionan en uno de los más populosos sectores de nuestra área metropolitana, en cuatro de ellos se suministra la enseñanza en idioma que no es el nacional. Pudiera ocurrir que dichos planteles no estuviesen inscritos y constituyesen islas extranjeras en nuestro mundo venezolano. No tendría entonces ningún carácter formal la enseñanza impartida, y los niños venezolanos que a ellos concurren carecerían de los certificados que obligatoriamente pide la Ley. Cosa igual sucede con escuelas que funcionan sólo en inglés en los campos petroleros.

El celo que el Estado pone en orden a que la enseñanza primaria sea dirigida por nacionales, no implica, en ningún caso, actitud hostil frente a los grupos extranjeros que se suman a nuestras actividades de pueblo. Responde, pura y simplemente, al propósito de dar homogeneidad y cohesión a la conciencia nacional. En países nuevos como el nuestro, donde diariamente se recibe la aportación valiosa de elementos forasteros, urge más que en otras partes buscar los medios conducentes a la formación y a la defensa de las líneas que puedan dar unidad al pueblo y que contribuyan, en consecuencia, a evitar los procesos de desagregación social. Sobre la Lengua y sobre la Historia descansan principalmente los elementos que sirven de afinco al canon nacional. Defender la Historia y defender la Lengua es tanto como defender la Patria. Esta no se vende solamente con la entrega de secretos militares y por el abandono culpable de los patrimonios materiales a la explotación de los invasores extranjeros. Se vende, también, la Patria cuando ciudadanos y autoridades hacen la vista gorda ante los problemas morales que dan tono a la conciencia de la nacionalidad. Más grave es aun que los misioneros piratas que en nuestra frontera sudoriental pretenden penetrar por medio de tintura de letras en el ánimo de nuestros aborígenes, son las misiones urbanas que procuran cambiar por otras la Lengua y la Historia que sirven de entresijos a nuestra alma de pueblo. Cuando el cosmopolitismo está haciendo presa de nuestras ciudades principales y aun de nuestras poblaciones de segundo orden, precisa una

acción enérgica que, defendiendo el patrimonio espiritual de la Nación, se encamine a dar tono uniforme a las nuevas masas de hombres. La vieja conciencia venezolana que tuvo en los Ledesmas, en los Leones, en los Españas, en los Mirandas, en los Bolívar, en los Roscios, en los Bellos, en los Peñalveres, en los Vargas, en los Toros, en los Michelenas, en los Picones, en los Acostas, sus más severas y definidas voces, ha de evitar su reemplazo por la conciencia movediza que se forma al calor de los muelles, donde desembarcan hombres nuevos y donde, también, se embarca hacia el Exterior, para la feria de la libertad, el propio suelo despedazado de la Patria. Conciencia de muelle que está sustituyendo en muchos hombres la vieja, recia, austera conciencia que hizo a la República...

NACIONALISMO VERGONZANTE

Una reciente y saludable medida gubernamental, digna de todo aplauso, acaba de hacer obligatorio el uso de una marca que indique el carácter vernáculo de nuestros productos industriales. Atinado el paso del Gobierno, pues con él se ataca abiertamente a los vergonzantes de la nacionalidad, que hacen aparecer como extranjeros sus productos, en razón de que el público prefiere a los buenos artículos que elaboran manos venezolanas, todo lo que sea "Made in U.S.A.", "Made in England" o "Made in France".

La medida en sí, más que de protección económica, es de verdaderos alcances morales y educativos. Va encaminada a luchar contra la flaccidez de una conciencia nacional caída en el tremendo pecado de negarse a sí misma. Porque, aunque sea duro decirlo, el venezolano ha llegado a la actitud sombría de desertar de su propia conciencia. El venezolano ha dado espaldas a su deber y tiene las ventanas y las puertas del espíritu de par en par abiertas a todo lo que signifique novedad forastera y lucro fácil. Lo nuestro vale en sí menos por el hecho de ser producto de la tierra. Lo de fuera, en cambio, deleita y distingue. Lo que producen nuestras manos ni da distinción ni ofrece complacencia. Y si lo nuestro tiene características propias, menos se abre paso en el terreno del tráfico, por cuanto lo criollo carece de "interés" para los pedantes y esnobistas. A tal estado de estupidez hemos llegado en esto de ignorar lo nuestro, que en días pasados vi desembarcar a una linda damita caraqueña que regresaba de Nueva York y venía calzada con alpargatas valencianas, con nuestras viejas alpargatas criollas. Pero la niña no las llevó de Venezuela. La niña las compró en Nueva York en una afamada casa de "novelties".

Desde tiempos viejos las marcas de fábrica y de comercio han tenido protección legal que las defienda de los imitadores. La señal ordenada por nuestras autoridades supera, en cambio, el proteccionismo de los derechos del particular para mirar a la divulgación del carácter nacional de los artículos. No se trata de proteger los derechos de un producto determinado contra una posible imitación que intenten cualesquiera particulares. Se busca de obligar a los vergonzantes de la nacionalidad a que pongan el sello de Venezuela en sus productos. No se trata de una nueva marca de fábrica o de comercio. Se trata de la marca de nación.

En nuestro ordenamiento legal la medida resulta novedosa si se la buscan antecedentes en sólo las leyes iniciales de tiempos del General Alcántara. Pero más atrás sí los tiene, aunque con finalidad no del todo igual.

La corona de España, con fecha 11 de julio de 1786, creó "tres distintos Sellos, Punzones o Marcas en grande, mediano y pequeño, de que deberá usarse a proporción en todos los tejidos y manufacturas que se destinaren, o posiblemente puedan destinarse al comercio de América". Se buscaba con tales marcas, punzones o sellos que los géneros extranjeros no pasasen como manufacturados en la Península, y lucraran con las franquicias concedidas a los nacionales, ya que el comercio extranjero falsificaba y suplantaba las marcas de España, especialmente las de Cataluña y Valencia. Entonces el fraude era al revés. Ingleses y holandeses engañaban con sus marcas a las Colonias. En la actualidad el propio criollo engaña a su congénere con la oferta de un producto nativo como si fuera importado. Las nuevas señas que creaba la Cédula de 1786 estaban destinadas a "contradistinguir las manufacturas o tejidos nacionales". De ella trascribo la parte principal: "Capítulo primero.En todos los tejidos de seda, lana, cáñamo, algodón y cualesquiera otros géneros y manufacturas de las fábricas establecidas, y que se establezcan en el Reino, que se destinen o puedan destinarse al embarco y comercio de América, además de las Marcas que está mandado se pongan en todas con el nombre o cifra del fabricante y del Pueblo de su residencia, se ha de estampar por contramarca uno de estos tres sellos; a saber, el mayor en los Paños, Bayetas, y demás tejidos de Lana; el

mediano en los de Seda, Lino, Cáñamo y Algodón; y el pequeño en las medias de todas clases, en cualquiera otro género de punto y en las demás manufacturas en que pueda ponerse.

"Capítulo segundo.– Las tres distintas marcas y sellos, o de éstas las que sean necesarias; en el pueblo de fábrica, conforme a la naturaleza, y circunstancias de las manufacturas y tejidos se han de custodiar precisamente en una Arca de tres llaves, que deberá fijarse y existir en la Casa de Ayuntamiento o Consejo, y no en otra parte, sin que la Marca o marcas que coloquen pueda usarse para otros fines que para el único de Sello que queda prevenido.

"Capítulo tercero.– Serán Depositarios, Claveros o Tenedores de las tres llaves de la Arca, el corregidor donde le hubiere de la primera: en su defecto, vacante, o ausencia el Alcalde Mayor o quien hiciere sus veces y no habiendo uno ni otro el Alcalde más antiguo o del Estado noble; de la segunda el primer Diputado del común; y de la tercera el Procurador Síndico Personero".

Era justa la medida española, en cuanto se enderezaba a evitar el grave perjuicio que la industria textil de la Península venía recibiendo por la introducción en América de mercadería extranjera, amparada en la facilidad y crédito de sus marcas. La protección antigua miraba, como se ve, a una realidad distinta de la que persigue la actual disposición gubernamental venezolana. Al "nacionalizar" la producción, se busca de dar hoy estímulo a lo nuestro. Se obliga al productor criollo, vergonzante de la venezolanidad, a poner el nombre de Venezuela en los artículos de su industria. No se permitirá en lo venidero que manufacturas nacionales finjan una falsa oriundez para engañar al público.

La medida es buena y patriótica, pero reclama una política efectiva de mayor protección para lo nuestro. Es preciso impedir a todo trance esa dolorosa importación de artículos que vienen desalojando los productos nacionales. No hay derecho para que una señora imbécil pague diez y ocho bolívares por cuatro naranjas en almíbar preparadas en Chicago. Yo las he visto comprar, porque acostumbro visitar las abacerías, en pos de saber hasta dónde llega la irresponsabilidad de nuestro pueblo. Y

junto con esta indiscutible protección a lo nuestro, precisa evitar, también el *comoufflage* contrario. Si se generaliza favorablemente el interés por lo nuestro, y aun sin que llegue a generalizarse, podría ocurrir que el fuerte comercio extranjero que opera entre nosotros, simulase carácter venezolano para sus artículos importados. Nadie más hábil que el comerciante. Si ayer ganó con el ribete "Made in U.S.A." puesto en un producto criollo, ahora bien podría con el "Hecho en Venezuela", ganar compradores para su mercadería importada. Las casas extranjeras que trabajan y especulan entre nosotros ya empiezan a valerse de "La Burriquita", del "Carite" y del "Joropo" para poner color nacional a la explotación que hacen de nuestro pueblo alegre y tonto. Todo es posible cuando los mejores aliados que tiene la capital imperialista son las sumisas y oportunistas conciencias criollas. A éstas es preciso hablar con energía. Urge decirles que su labor entreguista las baja a la categoría de caballos troyanos en cuyos vientres se alojan los enemigos de Venezuela. La ley del vientre parece imponerse en todos los órdenes de nuestra actividad social.

LA NUEVA ERIN

"Cerca de uno de los ríos, hallé cuarzo que quise quebrar, porque aparecían partículas de oro, y viendo que no podía, saqué algunas con la punta del puñal", escribió Walter Raleigh al describir, bajo el nombre de "Discoverie of Guiana", su viaja de 1595 al río Orinoco. Aquellas partículas de oro se tornaron en feroz obcecación de los ingleses durante todo nuestro período colonial. Dominar el gran río fué empeño indesviable de la Corte de San Jaime. Unas veces solas, en alianza otras con las holandesas, las urcas inglesas remontaron las aguas del Orinoco con corsarios y piratas, que robaban plantaciones e incendiaban nuestros asientos civiles. Raleigh había provocado la fiebre. Aquellas venas de oro causaron un imborrable delirio en la alucinada imaginación de los calculadores banqueros del Támesis.

Cuando el dominio español declinó y Guayana se hubo sumado a la causa de la República, los ingleses vinieron a Angostura contratados para luchar por la libertad. Vivían entonces en las islas británicas numerosos oficiales que habían quedado sin oficio después de Waterloo. La guerra de América les ofrecía, en cambio, un dilatado campo para el devastador trabajo de la aventura castrense. Luis López Méndez no tenía en Londres otra misión sino buscar rifles y contratar brazos para la gran empresa de nuestra emancipación. Se embarcaron en Inglaterra los futuros caballeros de la libertad americana, pero con ellos tomaron pasaje, también, los perseverantes soñadores del oro descubierto por el puñal de Raleigh. Inglaterra necesitaba los mercados de América y necesitaba sus minas y sus recursos naturales. A la sombra de los O'Leary, de los Wilson, de los Smith, de los English, ganarían simpatía

los comerciantes británicos. Bolívar mismo no vió el problema económico de la libertad, y para romper los vínculos con España, no paró mientes en ofrecer a Inglaterra desmedidas compensaciones. La libertad se había planeado para muchos como libertad de mercados para el añil y el cacao de los mantuanos. Se necesitaba la República, al precio que señalaran las circunstancias.

Apenas se estaba organizando la nueva administración en el vasto y rico territorio guayanés, y los ingleses ya aparecen con no veladas intenciones de participar en el dominio de la tierra recién libertada de España. El 30 de enero de 1819, Carlos Herring y Ricardo Jaffray, a nombre propio y en representación de Thomas Noulan y Guillermo Walton, y con el patrocinio del Coronel English, se dirigieron al Gobierno en solicitud de que les fuese concedida la colonización de todo el espacio comprendido dentro de los límites siguientes: desde el Manamo hasta la desembocadura del Caroní en el Orinoco, aguas arriba del Caroní hasta Barceloneta y desde allí hasta el Brasil, buscando una línea hacia el Este, que coincidía con los límites de las Guayanas extranjeras, y desde éstas hasta el Manamo. Pero el empeño no queda en una simple colonización que sustituya la de los antiguos capuchinos. "Este distrito, dice el proyecto, formará una Provincia nueva, que será nombrada nueva Erin, y su capital nueva Dublín". El gobierno lo designaría el Congreso general, pero serían "británicos las personas nombradas para el fin expresado".

Como quien nada quiere, los mercaderes ingleses anuncian a rostro descubierto sus propósitos formales de dominar nuestra Guayana y tomarse el gobierno del Orinoco. Ellos vieron desde los tiempos de Raleigh la importancia fundamental del gran río, a cuyas márgenes habrá de levantarse en el futuro el edificio de nuestra verdadera libertad económica. Sin la incorporación de Guayana a nuestro sistema de producción, Venezuela permanecerá desintegrada, como lo estuvo la República hasta la toma de Angostura.

Fracasó en su realidad de colonia la proyectada Nueva Erin, pero el inglés siguió en su empeño de tomarse nuestro territorio guayanés. Nuestra Historia del siglo pasado es la historia de un baratillo de tierras.

Más que las guerras interiores, debiera enseñarse a nuestro pueblo la indiferencia con que cuidó la República su frontera occidental y el abuso insolente con que los británicos fueron tomándose nuestro territorio de sudoriente, hasta haber plantado el pabellón victoriano frente al pueblo de El Dorado, en el majestuoso Cuyuni, y hasta haber destituído nuestro gobierno al patriota oficial venezolano que apresó a los ingleses y los remitió amarrados a la cárcel de Ciudad Bolívar. La tierra del Sur llegó a verse como selva sin importancia. Un oligarca de grandes influencias políticas y sociales, viva expresión del corrompido e inmoral mantuanismo capitalino, que sólo mira por bueno mantenerse siquiera en el goce humillado de las piltrafas del poder, ofreció en colonización a la Reina Victoria los bosques de Guayana, con sus ríos caudalosos y sus minas opulentas, a trueque de armas con que combatir a las tropas federales, que en los victoriosos campos de batalla anunciaban una reforma en los cuadros sociales privilegiados con la explotación de la tierra y del gobierno. Cuando se profirieron los laudos finales, hubo de resignarse Venezuela ante los hechos cumplidos: Colombia, para agrandar sus derechos, pocos discutidos cuando en 1833 firmó el fraternal Tratado Michelena-Pombo, había puesto en juego la inteligencia, patriotismo y buen sentido de sus agentes; Inglaterra, sin títulos, había atropellado por la fuerza nuestros legítimos derechos.

Cuando ya no se pudo ir a la conquista del suelo, se negoció el subsuelo. Esta famosa teoría minera sirve para desdoblar, no sólo la propiedad ordinaria de la tierra, sino la propia soberanía política. Al decirse que el subsuelo es del dominio público, se legitima en el orden del derecho común el despojo del propietario superficial. Pero, por la misma vía se escurrió el Diablo. Al negociar el subsuelo con el extranjero se empezó a ceder la soberanía pública. El piso sigue siendo de los nacionales. El subsuelo lo explotan y lo gobiernan otros. Lo de fuera persiste como máscara, como *persona* en la primitiva valorización teatral del vocablo. Todo el aparato del derecho se encamina a la defensa de la persona como representación, así se olvide el rostro doloroso que oculta la máscara cómica.

Ayer fueron las compañías del oro. Una buena actuación de nuestros jueces de Casación acaba de poner término al proceso de explotación

que comenzó por despojar de su propio valor municipal a las feraces regiones del Yuruari, para hacer más fácil su entrega a los contratistas forasteros. Ahora son las compañías explotadoras del hierro. Los nuevos buscadores de minerales no tuvieron, como Walter Raleigh, necesidad alguna de usar el puñal pirata para encontrar las huellas minerales. A simple vista vieron la opulenta masa ferruginosa. Yo he volado sobre los cerros del Pao y he divisado desde el avión el brillo azulenco del poderoso metal. Son, en verdad, montes de hierro. Para su explotación por la Bethlehem Steel Company y por la United States Steel Company se han fundado dos pueblos fluviales: Palúa y Puerto Ordaz. Este último fué plantado con formalidades que recuerdan los sacramentarios antiguos. Ha podido llamarse Puerto Raleigh o Nueva Dublín. Pero le tocó ser fundado bajo el patrocinio de autoridades venezolanas, que se limitaron a invitar a las autoridades yanquis. Conocí a Palúa cuando la empezaban a edificar. En ella había de funcionar el Resguardo Marítimo, con todas las facilidades que en estos casos se otorgan, a empeño de los abogados criollos, a las empresas extranjeras. Posiblemente la casa donde funcionen las autoridades fiscales se llame *Costume House*. Los detritus sociales de ambas poblaciones los recogerá el antiguo, heroico y sufrido pueblo de San Félix, para el cual ni un alambre con flúido eléctrico pude lograr de la Iron Mines cuando fuí Presidente del Estado Bolívar.

Por ambos puertos se sacará río abajo el material bruto de las minas, para su beneficio en Norteamérica. En 1945 acompañé a Manuel Egaña en el Senado de la República, que yo presidía, para lograr el establecimiento de un puerto intermedio, en aguas venezolanas, para el trasbordo del mineral, que inicialmente se pensó llevar a Trinidad. Sobre las aguas de nuestro río sagrado se deslizarán las naves que transportarán parte de nuestro suelo, para robustecer una economía forastera. El hierro no será reducido en nuestro país. Los altos hornos estarán en la costa de Nueva Inglaterra. Si no a las Islas Británicas, como pensó Raleigh, en cambio irán a la Inglaterra del Nuevo Mundo piedras metálicas semejantes a las que obcecaron la mente de los viejos piratas. Si no tienen vetas de oro, son de hierro de la más alta calidad.

Algunos celebran esta nueva explotación como fuente de prosperidad nacional. Claro que quedarán escasos impuestos y salarios, pero no

piensan los alegres calculadores que la economía venezolana, con su producción de hierro y petróleo, y con una importación indiscriminada que va hasta los meros productos de la agricultura, es apenas parte del esquema económico yanqui y no expresión de un esfuerzo y de un plan encaminado a solucionar nuestros problemas nacionales. En verdad, toda economía tiene que mirar a los cuadros internacionales, pero mira con ojos nacionales para no caer, como la nuestra, en el diagrama distributivo de una economía colonialista. Si llegare la energía atómica a sustituir el petróleo como elemento de propulsión, nuestras grandes y modernas ciudades se verán llenas de edificios vacíos, mientras en las carreteras sin tránsito se verían arrumbados automóviles desprovistos de llantas. De Palúa y de Puerto Ordaz saldrán por millaradas las toneladas de un hierro desprovisto del signo de la venezolanidad. Hierro que va a formar, como el petróleo, parte activa de cuadros económicos más complicados y absorbentes. Si ese hierro, que es parte de la sustancia dolorosa de nuestro suelo, fuese tratado en hornos criollos, quedaría superado el riesgo de que mañana se escriba cómo los anglosajones, por medio de sus nietos de América, ganaron el empeño de fundar en Guayana la Provincia de Nueva Erin.

LOS RIOS REGRESAN A SU CAUCE

La prensa ha anunciado la solución favorable al Estado venezolano del proceso relativo a la Guayana Mines Limited. A los titulares de la Compañía les será entregada la suma de Bs. 7.000.330 como indemnización, en virtud de la sentencia de expropiación dictada por la Corte Federal el 10 de octubre de 1951.

La vieja empresa pasa, pues, al patrimonio privado de la Nación. Buen camino en el orden futuro de nacionalizar nuestros recursos mineros. Toca ahora a las autoridades regularizar la situación ejidal de El Callao.

Muchos venezolanos ignoran que el Municipio El Callao tenía asiento en tierras de propiedad extranjera. Era un Municipio *sui generis*. Cuando en 1944 tuve la honra y la satisfacción de ser Presidente del Estado Bolívar, presenté al Presidente Medina Angarita un memorándum, elaborado con la brillante y patriótica colaboración del Doctor Reinaldo Sánchez Gutiérrez, encaminado a probar que era írrita la concesión hecha el 29 de mayo de 1886 por el Ministro de Fomento, General Jacinto Lara, a la Compañía Anónima El Callao, de los ejidos de El Callao y Nueva Providencia, municipios del antiguo territorio Yuruary, e innecesaria, consiguientemente, la compra de las quinientas hectáreas de terreno que el Senado había recomendado en 1940 que se adquiriesen de la Compañía detentadora. El informe decía: "Esta resolución del Senado se justificaba muy bien en aquellos momentos críticos para la vida pública del país, en que no se habían encarado con decisión y ánimo de justicia los ingentes problemas nacionales, pero ello revela que aquel

acuerdo que le fue sometido al Senado no se estudió con el cuidado que requería, y que si fué estudiado tal vez para ser consecuente con aquellas circunstancias de vacilaciones, lo indujeron a dejarlo sin resolver efectivamente, paliando en parte con promesas de esa naturaleza, las justas aspiraciones de una colectividad que sufre, clama y espera porque ese estado de cosas injusto y antijurídico se le haga cesar definitivamente. La situación del Municipio El Callao es con toda seguridad la más crítica en que se encuentra Muncipio alguno de la República. Sus habitantes y sus propias autoridades son colonos de compañías extranjeras, que con sólo ejercer su viciado y pretendido derecho de propiedad, podrían, no sólo desalojarlos, sino también impedirles ejercer derechos legítimos más elevados; y las autoridades no se encuentran en mejor condición que los particulares. Es inconcebible que por un acto de usurpación fraguado a la sombra de quién sabe qué intereses, muy propios de aquellas épocas turbias para la vida de la Patria, se haya sostenido por tantos años, y todavía no se les haya restituído a esos pueblos las tierras que legítimamente le pertenecen y de las que pudieron ser despojados, como lo fueron, por existir entonces expresas disposiciones legales que las protegían".

Precisa, pues, retornar al dominio legítimo del Municipio guayanés las tierras indebidamente detentadas por la compañía minera, a fin de que se complete la reivindicación tan acertadamente llevada a término por el Estado.

Cuando ejercí la primera autoridad político-administrativa en el vasto, rico y descuidado Estado Bolívar, topé con la realidad del régimen antinacional que padecía la comunidad de El Callao. Demás del escandaloso hecho anotado en relación con la propiedad del suelo del Municipio, existía la anormalidad del régimen político del populoso caserío El Perú, donde tenía su asiento principal la New Goldfield. Como la Ley de Minas autoriza a la Compañía o dueño de la mina para presentar el candidato que debe ejercer en ella las funciones de comisario, que en realidad es un empleado de la empresa a quien las autoridades dan carácter policíaco, en El Perú este agente había extendido sus funciones al orden político y civil de la jurisdicción. Por donde resultaba que era la propia Compañía quien elegía y pagaba la

autoridad venezolana de la región. Cuando conocí el caso, decreté la Sub-Prefectura de El Perú y le apliqué sueldo con cargo al erario estatal. La Compañía vió, como era natural, con muy malos ojos la pérdida de su intervención en la policía de la región.

Tropecé, también, con la explotación de los obreros que hacía la empresa a través de Cuenza y Compañía. Los vales o fichas de Cuenza, respaldados como dinero por los pagadores de la New Goldfield, me fueron exhibidos por los numerosos obreros con quienes me informé directamente de la situación que sufrían. Ellos fueron remitidos al Presidente Medina Angarita con una relación del sistema usado en la explotación de los trabajadores mineros y con un informe circunstancial del régimen de habitación que les ofrecía la Empresa. El Ministerio de Trabajo, regido entonces por mi querido amigo Julio Diez, ordenó la creación de una cooperativa de consumo para los obreros, con generosa aportación del Estado.

Era, pues, en aquel tiempo la región de El Callao una especie de feudo extranjero, incluído en el dolorido corazón de Venezuela. Frente a aquella angustiosa realidad, yo medí de cerca la criminal entrega que se hacía al extranjero de nuestra riqueza y de nuestra dignidad nacional. Se les entregaba el suelo como cosa propia, se les entregaba el hombre venezolano para que aprovechasen su trabajo como si fuese trabajo de bestias. Si antes había sentido en mí el ímpetu de una conciencia nacionalista, desde entonces el ímpetu se me tornó en angustiosa pasión.

Hoy huelgo patrióticamente con la noticia de que El Callao vuelve a gozar íntegramente los atributos sagrados de la venezolanidad, cercenada en beneficio de intereses forasteros. Desde mi mesa de trabajo, estrecho idealmente la mano recia de Eduardo Oxford López, campeón antiguo de los intereses de El Callao, y con la suya, estrecho la mano de tantos guayaneses patriotas que hoy tienen el espíritu de fiesta. Junto con mi regocijo particular, crece en mí la satisfacción de que esta conquista que Venezuela hace de su propio suelo, sea anuncio de que no tardará mucho la campana del tiempo que señale oportunidad favorable para que la República reciba el total rendimiento de todas sus riquezas naturales y mineras.

Para llegar a esa hora de plenitud patriótica, hay necesidad de ir formando, junto con instrumentos de idoneidad material, una clara y austera conciencia cívica. A fin de poder caminar hacia el deseado momento de nuestro reencuentro de pueblo, urge crear vigorosas vivencias de venezolanidad integral. Se necesita afirmar cada vez más la idea de que el sólo progreso válido es aquel que tiene sus raíces bien hundidas en los valores producidos por el tiempo como vértebras inconmovibles para el organismo de la Nación. Sin personalidad, sin carácter, sin fisonomía, las sociedades carecen de medios con que defender su derecho de permanencia en los cuadros de la Historia. Sin diques que promuevan el curso normal de las aguas, los ríos se dispersan. Necesitamos buscar en nosotros mismos, en nuestra Historia, en nuestro pasado, en nuestras cualidades características de venezolanos, los medios de que los ríos de nuestra dignidad y de nuestra riqueza vuelvan a sus cauces naturales...

EL ARRAIGO DE LA BAUXITA

En su Memoria del año de 1947, la Corporación Venezolana de Fomento hablaba de las posibilidades de producir en el Bajo Caroní un potencial eléctrico de 22.000 kw. h. Sin embargo, la generación de energía eléctrica, según el prenombrado informe, no podía acometerse de inmediato por falta de un mercado consumidor de la fuerza producible. Allí están, pues, con toda su potencia baldía, las maravillosas caídas del mitológico río de las diamantíferas arenas. Allí estarán por mucho tiempo, en espera de un sentido de racionalidad en la economía productora del país.

Ahora bien, del Sur vienen halagadoras noticias sobre las fastuosas e inagotables riquezas de Guayana. Ya no son solamente el oro, el hierro y los diamantes los únicos minerales que ofrece en abundancia, como seguro de riqueza, la opulenta región aun no vista en toda su realidad benéfica por ojos venezolanos. Ahora es la bauxita. En el cerro "La Mesa", cercano a la agraciada Upata, se han descubierto grandes yacimientos del útil mineral. Dicen los entendidos en la materia que de dicho cerro podrían extraerse millones de toneladas del valioso mineral.

La bauxita, según los químicos, está constituída en su mayor parte por óxidos acuosos del aluminio, en asocio con óxido de hierro, sílice y titanio. La historia comercial del aluminio no alcanza a más de sesenta años, pese a que su descubrimiento data del año 1825. Sin embargo, por ser uno de los metales estructurales más livianos, tiene sitio esencial en la vida del hombre moderno. El aluminio sirve tanto para sustituir la

vieja olla de barro del indígena, como para dar alas a las grandes naves aéreas. Se le aprecia, por ello, en grado sumo, no obstante producirse en distintas regiones del globo. Sus principales fuentes están en Rusia, Estados Unidos, Francia, Hungría, Italia, Yugoslavia y las Guayanas.

La bauxita puede reducirse a altas temperaturas por el sistema electrolítico. Para que el proceso dé un aluminio comercialmente útil, se requiere una fuente de energía eléctrica. Ayer se dijo falsamente que nuestro hierro no era susceptible de ser reducido en Venezuela porque nuestro carbón mineral dizque es pobre o no deja coque. Ello se invocó para dar apariencia de legitimidad a las concesiones otorgadas a favor de la exportación bruta del mineral.

En el caso de la bauxita recién descubierta no valdría el razonamiento de fuga aplicado a favor de la entrega al extranjero de nuestra riqueza ferriza. Las caídas del Caroní garantizan suficiente energía como para hacer posible que nuestra menospreciada Guayana supere la etapa colonialista de exportadora de materias primas y se transforme en centro industrial del aluminio. Es preciso comenzar la obra de liberación de nuestro suelo. No debemos proseguir en la actitud dependiente que ha llevado a nuestra economía a supuestos tan invertidos como considerar beneficiosas para nuestro país las facilidades que Estados Unidos otorgue a un petróleo que, con mínima participación nuestra, explota de nuestro subsuelo el capital estadounidense para beneficio de la industria imperialista.

Un curioso espejismo de valores permite que se considere como útil a Venezuela cualquier rebaja arancelaria a favor del petróleo que va a aumentar el potencial industrial y bélico de Estados Unidos, así se concedan al comercio exportador estadounidense privilegios que arruinan nuestra economía nacional y aumentan la disipación de nuestra moneda. Tanto como si durante nuestra dependencia hispánica se hubiesen compensado las franquicias para introducir en la Península la plata de América con facilidades para traer de España a nuestro suelo artículos de consumo que se dieran en la tierra. Justamente dentro de breve tiempo nos empezará a llegar nuestro hierro guayanés convertido en cabilla y rieles de construcción. Nuestra moneda pagará, con pérdida

del obrero venezolano, la mano de obra yanqui utilizada en la transformación del mineral. Pagaremos, también, los fletes de la remontada y los fletes del regreso. Y pagaremos el salario de la estiba de acá y de la estiba de allá. Igual cosa puede suceder con la bauxita si no se mira el problema de su extracción con ojos avisados. Se embarcará el mineral bruto, como si se tratara de exportar un cerro en pedazos. Ya lo estamos haciendo así con el hierro del Pao. Sobre las naves forasteras navega el suelo despedazado de la Patria. Nuestra riqueza y nuestra fuerza futura disminuyen a favor de las potencias imperialistas. En la piedra ferruginosa viaja, junto con el poderoso metal que podría mañana hacernos fuertes, el sudor del hombre venezolano que lo arranca del corazón de la sufrida tierra venezolana. Si no abrimos los ojos, la bauxita se irá en igual forma. Y luego nos vendrá la liviana y resplandeciente lámina para que la trabaje en un remedo de industria el obrero nacional. O vendrán los objetos ya labrados en las grandes fábricas yanquis. Nuestro destino de alegres vendedores de materia prima y de importadores de todo lo más común que reclama la dieta del pueblo, pareciera que satisfaciese a muchos que se sienten del asa y de la casa en todo lo que diga a los problemas del país. Para los ilusos y mal informados queda el soñar con la libertad y la dignidad del país. Tal vez lo mismo pensaron de los díscolos de 1808 los afrancesados que seguían el partido del entreguista don Juan de Casas. A los díscolos de hoy se les calumnia y ultraja en nombre del orden y de la tranquilidad de la "buena sociedad". A los díscolos queda, en cambio, la esperanza de ver al pueblo enfrentado nuevamente a Emparan. El pueblo es el mismo pueblo que ayer hizo la libertad. Casas y Emparan son también los mismos gobernantes vendidos ayer al interés extranjero. Los mantuanos, en cambio, si ayer estuvieron con el pueblo y con la Patria, hoy están al servicio de quienes lo traicionan y lo vejan.

EL DRAMA DEL PETROLEO

A nosotros, como dijo una fina dama ante el cuadro "Petróleo", de mi admirada amiga Elisa Elvira Zuluaga, se nos ha dado el petróleo "lavado y aplanchado". Ahora se nos está regalando con los detalles íntimos de la lavandería. Este petróleo nos resulta, tal vez, mejor que el otro. En él vemos aún las huellas del "estiércol del Diablo", adivinado por la fina intuición de nuestros indios guaiqueríes. Si no del Diablo, de algunas conciencias diabólicas es todo este maloliente estiércol dado a rodar a los diversos vientos del mundo, en razón de las contradicciones del imperialismo capitalista.

Nuestro público, como debe estarlo el público de todos los países productores de aceite, ha vivido días de revuelto en razón de las revelaciones contenidas en el informe de la Comisión de Comercio Exterior del Senado americano, y el cual ha sido hecho público después de dos años de comentarios en relación con la política del cartel aceitero internacional. En él están comprometidas la Standard Oil Company (New Jersey), la Standard Oil Company of California, la Socony Vacunm Oil Company Inc., la Gulf Oil Corporation y la Texas Company, como empresas estadounidenses, y la Anglo-Iranian Oil Company Ltd. y el grupo de la Royal Dutch Shell, como elementos extraños a los Estados Unidos.

La sorpresa de esta publicación no ha debido ser mucha en el ánimo de numerosos interesados, que han resuelto, sin embargo, hacer el loco y aparentar que el problema debatido en Estados Unidos carece de importancia por lo que a nosotros se refiere. Muchos, en cambio, sin

tener vinculaciones con el mundo del petróleo (vinculaciones de provecho quiero decir, por cuanto todos, a las buenas o las malas, estamos hundidos en este complicado proceso aceitero), muchos, digo, sabíamos de recientes y sigilosos viajes de abogados americanos que vinieron a Venezuela durante los últimos meses en pos de datos sobre las operaciones del cartel en nuestro país.

Después del denuncio del doctor José Loreto Arismendi, cuyos primeros pasos fueron conocidos en 1931, se produjeron en nuestro país diversas investigaciones en relación con el fraude de que era víctima el Estado venezolano. Entre esos casos se hizo célebre el del armenio Yevant Maxudian, quien como presidente de la Maxudian Oil Company, en Maracaibo, poseía pruebas de las diferencias de precio con que se acusaba el crudo a las autoridades fiscales del país en relación con los precios de venta en el mercado interno de las empresas mayores.

Quienes pretenden aparecer como sorprendidos por las imputaciones que formula el informe de mérito, repiten el desairado papel de los avestruces, o lo que con mayor comodidad hace mi netezuela cuando, para jugar al escondite, se cubre el rostro con una revista o con un libro. La ignorancia o la aparente confianza en sí mismos que procuran mostrar en sus declaraciones algunos portavoces de las Compañías que operan en nuestro país y que figuran como incursas en el cartel denunciado, es táctica enderezada a apagar la repercusión lograda por el caso en la opinión general .

Puede que algunos objetivos políticos hayan movilizado la publicación y la formación del Informe. El petróleo es eje de la política en todos los países que lo producen y lo explotan. También lo es en la de los países que solamente lo consumen. El petróleo tiene el secreto del movimiento para la sociedad moderna. La dinámica actual se fundamenta en petróleo. Pero tras el interés adventicio de los políticos electores se oculta una realidad fraudulenta que interesa conocer hasta en sus menores circunstancias.

Por lo que a nosotros dice en el radio de lo nacional, la Junta de Apelación del Impuesto sobre la Renta, en sentencia que honra a los

jueces, acaba de condenar a la Venezuela Oil Concessions al pago de más de quince millones de bolívares no acusados en virtud de procedimientos incorrectos. Si esto ocurre con la Venezuela Oil, ¿qué no ocurrirá con las emperesas mayores? Este hecho irrebatible lleva luces muy potentes al esclarecimiento del obscuro problema planteado. Deben reposar, además, en poder de nuestras autoridades largos expedientes que señalan de viejo el rumbo de tan intrincado negocio. Puede que haya quienes lo conozcan todo en su desnuda integridad fraudulenta. Su historia sería un magnífico guión para el más complicado y truculento drama cinematográfico, donde gángsteres y espías, abogados de gran marco, alegres damas, hábiles tahures, diplomáticos, políticos y escritores tendrían sus obscuros papeles. En 1941, a la confianza que en mí puso un agente diplomático extranjero, debí mi mejor conocimiento, en verdad un tanto vagaroso, del intrincado problema que hoy ha echado a la luz del mundo el Gobierno americano. "El velo del secreto, con el cual ha sido cubierto el Informe durante dos años, fue quitado por el Presidente Truman, a instancia del senador John J. Spark, demócrata de Alabama", comunicaba a "The New York Times" su redactor en Wáshington, Luther A. Huston.

Vendrán, pues, las pruebas de todo lo que ha intuído nuestro público desde años anteriores. Las profundas contradicciones que forman el fondo de los intereses de las grandes potencias capitalistas han promovido este oportuno e interesante pleito de compadres, que pondrá en evidencia una serie de hechos cuyo conocimiento interesa fundamentalmente a países, como el nuestro, de economía marcadamente colonialista. El brote de las acusaciones de fraude hechas antes de 1942 dió por resultado la revisión de nuestra anterior política petrolera. El instrumento legal de 1943, a más de modificar ventajosamente las condiciones en que el Estado Venezolano venía aprovechando nuestro petróleo, dejó asentado el principio de la revisibillidad de los contratos públicos, cuando las circunstancias de equidad y de interés colectivo lo impongan así. De entonces acá, Venezuela ha lucrado más con su petróleo. Hoy la propia voz de los Estados Unidos está reforzando nuestra legítima posición nacionalista en el caso de la industria aceitera. Del mismo país explotador vienen razones autorizadas a decirnos cómo el capital internacional defrauda con sucias operaciones nuestra riqueza

pública. Sin ir anticipadamente a un movimiento que precipite la hora de la nacionalización de toda la industria petrolera, el Estado venezolano tiene abiertos fáciles caminos para la nueva revisión de los instrumentos que regulan la explotación del aceite, en orden a evitar los fraudes que realiza el cartel internacional.

Las discrepancias que mantienen en el seno de sí mismos los intereses capitalistas, sirven para favorecer a los países explotados. Tal ha sido el espíritu acaparador y ventajista de las Compañías que nos aprovechan, que el propio Gobierno americano tuvo que aplicar a la Standard Oil Company las leyes anti-trusts, bien que últimamente los intereses de Rockefeller hayan gozado de cierta inmunidad, mientras el juez Harold Medina oía acusaciones contra famosos magnates de la banca, del acero y de la electricidad, como los Du Pont y los Giannini.

Buena la hora que el país haga de nuevo valer sus derechos y para que el Gobierno perfeccione la obra rectificadora y patriótica frente a los inversionistas extranjeros, iniciada con la ley petrolera de 1943.

EL CARTEL PETROLERO

Después de vencer en Nueva York y Washington las grandes dificultades con que tropezó para adquirir un ejemplar, persona amiga me ha facilitado un libro impreso en las oficinas tipográficas del Gobierno de los Estados Unidos, y que se titula simplemente "The Internacional Petroleum Cartel". En trescientas setenta y ocho páginas, a octavo menor y en tipo apretado, aparece en dicho libro el famoso informe publicado por el Comité de Pequeños Negocios del Senado de Estados Unidos (Select Committe on Small Business United States Senate), y con cuyo aparecimiento fue sorprendido en el mes de agosto de 1952 el mundo internacional del aceite.

En el prefacio, John Sparkman , chairman de dicho Comité y después candidato a la vicepresidencia por el Partido Demócrata, apunta como una de las razones que han movido a la divulgación del Informe, lo siguiente: "Hace cosa de dos décadas, la Federal Trade Commission, a través de una investigación económica, restringió el abuso de poder de las compañías anónimas de utilidad privada. Hoy, el poder de las compañías petroleras internacionales es tan vasto, que invita al abuso".

En la parte referente a Venezuela (treinta y cuatro páginas), se producen datos relativos a la formación de los "agreements" de 1937 y 1938, celebrados por la Standard Oil (actual Creole), por la Royal Dutch-Shell y por la Gulf Oil Corporation, con el fin de mantener un "ancho programa para el control de la producción de crudos venezolanos" (pág. 170). En aquella oportunidad, la Mene Grande Oil Co., subsidiaria de la

Gulf Oil Co., se transformó en una empresa conjunta de la Gulf, de la Standard y de la Shell. Estos contratos para la venta de aceite tuvieron, por lo tanto, características desacostumbradas (unusual), que los diferencian de las transacciones comerciales ordinarias. Las tres partes individuales del contrato se convertían realmente en socios de una nueva empresa, pero cada una de ellas mantenía intereses inconfundibles en los activos de la empresa conjunta. El "precio" pagado por la Standard y la Shell por el petróleo que ellas recibían era el costo de producción de ese aceite. La "ganancia" obtenida en razón de la "venta" era la suma fija pagada inicialmente, por ejemplo, $ 100.000.000, menos la mitad del valor de los activos asentados en los libros de la Menegrande en 1937, independientemente de las cantidades de aceite entregadas durante la vida de las concesiones e intereses de la Menegrande en Venezuela. El carácter de estos contratos de "venta de aceite" aparecía, efectivamente, como reparto de petróleo entre las tres compañías, mientras los contratos en sí parecen haber sido planeados para promover la regulación y el control del desarrollo de la explotación del crudo en Venezuela (pág. 193).

Sin embargo, personas interesadas en que nuestro país haga la vista gorda en este importantísimo problema de su vida económica, han negado seriedad y aun realidad a las denuncias contenidas en el famoso "Report" de la Comisión senatorial y han querido dar a éste un mero papel de escándalo electoral. Otras, cegadas de malicia, han llegado a encontrarle el valor momentáneo de cortina de humo con que Estados Unidos fingirían celo e imparcialidad ante los iranios y ante nuestro país, justamente cuando se debate el porvenir de las concesiones de la Anglo-Persian y cuando, al ajustarse las modalidades sufridas por nuestro convenio comercial con el país del Norte, se discutía un nuevo tratamiento arancelario para nuestro petróleo, en el cual muchos encuentran afincadero para un falso optimismo ventajista, por considerar ganancia venezolana la rebaja de los viejos impuestos de $ 0.10,5 a $ 0.05,25 en barril de crudo de menos de 25 grados API, y de $ 0,21 a $ 0.10,5 el de 25 o más grados API, cuando el Estado venezolano, contra lo preceptuado en el artículo 50, parágrafo 2, ap. *b)* de la ley de hidrocarburos, TOLERA a título excepcional, según lo dice una de las monografías oficiales presentadas a la reciente Convención Petrolera,

que se deduzca del precio de los crudos el impuesto pagado en Estados Unidos por las compañías. Con la actual pretensa rebaja se compensaría apenas en menos de un 50 por 100, la pérdida general que viene sufriendo la Nación al pagar los impuestos de los crudos en Estados Unidos.

Mas, contra lo que puedan decir todos aquellos que se sienten interesados en la defensa de los trusts aceiteros y que se niegan a estimar lo que para Venezuela representa el desvendamiento de este intrincado negocio, tenemos, como elemento de inmediata fuerza, por emanar de un Tribunal venezolano, la sentencia proferida por la Junta de Apelaciones del Impuesto sobre la Renta en el caso de la alzada interpuesta por The Venezuelan Oil Concessions Ltd., contra las actas fiscales levantadas, en mayo de 1948, por los ciudadanos Fortunato Garmendia, Reinhard Rahn Cósimi, Ramón David Leiva y Luis Manuel Avila, como agentes del Fisco Nacional en la circunscripción de Maracaibo. Con gusto doy los nombres de estos modestos funcionarios, por cuanto conviene que la República sepa el nombre de quienes velan por sus intereses.

Para la sentencia de la Junta de Apelaciones me dió un excelente calificativo el Padre Pedro Pablo Barnola, cuando en el Estadio Olímpico decía en días pasados al público que participaba en el homenaje a la Coromoto: "¡Canten sabroso, muchachos!" La sentencia de la Junta de Apelaciones es, en verdad, una sentencia sabrosa. Hasta pimienta de fino humor le agregó el ponente Joaquín Gabaldón Márquez, a quien se le fué a los puntos de la pluma la familiaridad con el viejo Shaw. En efecto, para redargüir contra la prueba de corrección de los ingresos acusados por la empresa –fundamentada por la parte recurrente en el hecho de que dichos cálculos habían sido admitidos por las autoridades inglesas–, la sentencia observa "que no ha sido demostrado en autos que los intereses fiscales y económicos de la Gran Bretaña coincidan precisamente con los intereses del Estado venezolano". ¡Bravo, bravo! *That is the question,* para escribir con palabras de Shakespeare. Aquí reside, en realidad, el intrincado y a la vez claro problema del imperialismo angloamericano. En esta buída, sutil, acerada consideración de la sentencia se esconde el secreto de Pandora.

Unos y otros, británicos y norteamericanos, han dado en la flor de creer que los suyos y los nuestros son intereses económicamente coincidentes. Claro que coinciden, pero la coincidencia reside en el hecho de tener una misma fuente: nuestro rico suelo y el sudoroso trabajo del obrero venezolano. Mas difieren abismáticamente en el provecho que ellos reciben y en el desencanto y en el dolor que a nosotros nos dejan. Con nuestra riqueza ganan ellos libertad, holgura y poderío nacional. A nosotros nos queda, en cambio, la resignación, la fatiga, el lujo pasajero de los privilegiados, la disipación de la fácil riqueza que torna a los países industriales, el relajamiento de las bases defensivas de la Nación, en fin, nuestra debilidad de pueblo y la torcedura de nuestras propias instituciones públicas. Eso es justamente lo que se trata de igualar o al menos de balancear. Es preciso que ellos lleven sus cuentas y nosotros las nuestras en libros separados. Que ellos hagan sus alegres números y nosotros hagamos los nuestros con seriedad. Pueden pensar ellos a su manera, que nosotros pensamos a la nuestra. A lo que nos oponemos es al terco empeño de pretender que aparezcan como favorables a nuestros intereses, fórmulas, arreglos y sistemas que aprovechan al capital imperialista. Coincidamos, en cambio, en otras cosas. En amar la paz, la justicia, la libertad y la igualdad. Pero que no sean tampoco una igualdad, una libertad, una justicia y una paz que para nosotros se reduzcan a meros discursos nebulosos, mientras para ellos sean garantía de seguridad y de complacencia.

Los jueces de la Sala de Apelaciones del Impuesto sobre la Renta (Gabaldón Márquez, José Luis Albornoz y Eduardo Calcaño Enríquez, con José Luis Aguilar Gorrondona por secretario), han dictado una larga, erudita, hábil y ajustada sentencia. No la ameritan los millones que salva a la Nación, sino el examen minucioso de unas actas que ponen de resalto ante la objetividad venezolana, el "vasto poder abusivo" de las compañías internacionales, a que alude Mr. Sparkman en su prefacio al "Petroleum Cartel". Ese monstruoso poder de las sociedades anónimas, introducido por el capitalismo en la vida moderna, a manera de "gigantes, semejantes a aquellos que la imaginación de Wells hace descender del planeta Marte en los alrededores de Londres", según elocuente discurso del profesor Ripert, citado por los sentenciadores.

En el examen de los testimonios contenidos en el capítulo V de la promoción de pruebas, los sentenciadores, de manera clara y veraz, anotan circunstancias probatorias del manejo insincero que contra nuestros intereses de Nación hacen de las cifras de venta de aceite las compañías petroleras. En ellos se constata esa confusión entre Shell, Creole y Gulf que delata el "Report" del Senado de Estados Unidos.

Yo no titubeo en llamar admirable, dentro del orden de recuperación de nuestra conciencia nacional, la sentencia de mérito. Ella desnuda una realidad dolorosa que es preciso hacer de conocimiento de todo el país. Venezuela debe conocer íntegramente el drama de su petróleo, el drama de su hierro, el drama de su riqueza toda. Venezuela debe estar informada de los sistemas de que los nuevos invasores se valen para lucrar con su suelo y con el trabajo de sus hombres. Ciudadanos patriotas han empezado a desbrozar el bosque sombrío donde se esconden los nuevos piratas y los nuevos contrabandistas. Y aun más que documento revelador de hechos contrarios a los intereses de la Nación, la sentencia, por medio de un lógico y bien cimentado razonamiento, pone en alto el indiscutible derecho que al Fisco asiste para hacer a cualquier hora y de mero oficio la investigación estimatoria de la renta de los contribuyentes.

Sin miedo y, por el contrario, llenos de angustiosa fe en nuestros derechos de pueblo, debemos encararnos con los graves problemas que cursan en medio de la dolorosa indiferencia nacional. Precisa que nuestra riqueza sea nuestra y no del extranjero invasor. Con el pacífico y leal extranjero que venga a ayudarnos en nuestra obra de mejoramiento y de riqueza, debemos convivir y trabajar fraternalmente. Defender la Nación no implica odio contra nadie. Como no implica menosprecio del vecino el interés que el padre de familia pone en asegurar su despensa. Hoy debemos aprovechar la campanada que nos ha dado la propia contradicción de los intereses capitalistas del Norte. Y con ella, seguir el camino de la investigación iniciada por los fiscales que mejoran el impuesto debido a la Nación sobre las fabulosas ganancias de las empresas imperialistas.

Mientras más la censuren los abogados expertos en manipulaciones petroleras, más debe aplaudirla el pueblo de Venezuela. Con sentencias

de este tipo se defiende la República de la conspiración que tienen armada contra su libertad y su riqueza los imperialistas de fuera y los entreguistas de dentro. Es ésta una sentencia del pueblo y para el pueblo. Interpreta la fina, sufrida y esperanzada justicia de quienes se sienten, en el orden de la sociedad, supeditados a los poderosos y a los logreros, que confunden con la suya la suerte de la República.

ESPARTACO

Con el fin de crear un símbolo permanente del Imperio romano y de todos los imperios futuros, Howard Fast hace una cabal pintura de la vía que enlazaba a Roma con Capua, conocida con el nombre de Vía Apia. "Era –dice– un ancho y bien construído camino, de capas alternas de grava y cenizas volcánicas, cubiertas de piedra. Fué hecha para que durase. Cuando los romanos hacían un camino, no lo hacían para el año en curso ni para el año siguiente. Ellos construían para los siglos futuros. Así se construyó la Vía Apia. Ella era un símbolo del progreso de la humanidad, del poder productivo de Roma y de la vigorosa capacidad del pueblo romano para la organización. Aseguraba la vía que el sistema romano era el mejor sistema de orden, de inteligencia y de justicia formulado por el hombre. La evidencia del orden y de la inteligencia se encontraba en todas partes, y el pueblo que transitaba por la vía la miraba con tanta naturalidad, que ya no recibía ninguna impresión. Cada milla estaba marcada por una piedra y cada piedra proporcionaba al viajero la información necesaria. En cualquier sitio sabía precisamente el transeúnte a qué distancia se hallaba de Roma, de Formia, de Capua. Cada cinco millas había una casa pública y establos, donde se encontraban caballos, refrescos y se podía, si era preciso, parar la jornada y hacer noche. Muchas de las casas eran magníficas, con anchas galerías donde se servían bebidas y alimentos y donde los fatigados viajeros podían tomar descanso. La vía proclamaba estabilildad, y sobre ella pasaban todos los elementos de la seguridad romana. Fácilmente los soldados podían ganar treinta millas al día y repetir las mismas treinta millas día tras día. Diligencias corrían a lo largo de los caminos, repletas de mercancías de toda la República. Trigo, cebada, hierro, madera, lino,

lana, aceite, frutas, queso, carnes ahumadas. Sobre la vía pasaban ciudadanos interesados en los negocios legítimos de la ciudad; gente del pueblo iba y venía de sus casas de campo; viajeros de comercio y viajeros de placer; caravanas de esclavos iban y venían del mercado; gente de todas las naciones. Todo ello probaba la firmeza y el orden del sistema. Y en este tiempo, al lado del camino, estaban plantadas cruces a pocas varas de distancia. De cada cruz pendía un hombre muerto".

Quienes colgaban de las cruces solemnes eran esclavos. Encorvados en las minas y en los campos, cargando piedra y arena sobre las anchas espaldas, recibiendo sobre la carne sensitiva las caricias del látigo del capataz, los sufridos esclavos han venido labrando la grandeza de Roma. Un día el avivado dolor dió claridad a la entenebrecida inteligencia, y fueron, resueltos y valientes, a engrosar el número de los gladiadores alzados contra las crueldades de Léntulo Baciato. El tracio Espartaco fué el jefe principal de la revuelta. Talento grande y extraordinaria fuerza le reconoce Plutarco, y junto con estos singulares atributos, "juicio y dulzura superiores a su suerte".

Los cuatro años de historia de Espartaco los novela magistralmente Howard Fast. Después de caído el frustrado libertador de esclavos, el novelista le da vida en la persona del hijo habido con Varina, criado y hecho hombre en un obscuro pueblo de las Galias. Allá creció el nuevo Espartaco, cuya sangre rebelde se caldeaba aún más con la constante evocación del "hombre ordinario que, siendo esclavo, se encaró con la tiranía y la opresión, y cuyo sólo nombre hizo temblar por cuatro años el omnímodo poder de Roma". Supo Espartaco el Mozo cómo fueron rendidos por su padre cónsules y litores y cómo, para justa expresión de las raíces y soportes del futuro poder imperial, fué el propio Craso, ejemplo permanente de la avaricia implacable, quien redujo el ímpetu sagrado de los rebeldes.

Pero Roma, como testimonio presente y futuro del imperio voraz, extendía sus tentáculos a través del mundo que respetaba y temía su absorbente capitalidad. Las tasas que pesaban sobre los sufridos campesinos galos crecían de acuerdo con la voracidad de los poderosos. El trabajo era áspero y poco rendidor, y para aumentar la angustia de los

labradores, un cruel verano provocó la pérdida de las cosechas, y a poco, de Roma llegaron soldados conminatorios. Las familias que no pudieron pagar los impuestos fueron echadas de sus casas y de sus tierras, y encadenadas en cuerda por el cuello fueron llevadas a Roma para su venta como pago de la deuda con el Erario. Pero no todos los arruinados aceptaron pacientemente la situación. Espartaco y sus hermanos y hermanas de vientre y otros paisanos más se refugiaron en los bosques que crecían al norte y se perdían en los Alpes salvajes. Allá llevaron una vida pobre a base de nueces y menguada caza, pero cuando un gran pueblo fué edificado en las tierras que habían sido suyas, bajaron y quemaron el poblado y cargaron con todo lo encontrado. Entonces los soldados entraron en los bosques y los labriegos se juntaron con las tribus de las montañas para pelear contra el ejército. Esclavos fugados de otras partes de la República los siguieron también y dieron más fuerza a la guerra continua de los despojados. Algunas veces sus fuerzas eran quebrantadas por las fuerzas de los romanos; otras, en cambio, el poder de los insurgentes era tal que podían bajar a las llanuras a quemar, saquear y robar. En este género de vida, el hijo de Espartaco creció, vivió y murió. Cayó en la lucha y en la violencia como su padre había caído. Las historias que él contaba a sus hijos eran menos claras, menos realistas. Las historias se convirtieron en leyendas y las leyendas se tornaron en símbolos. Eran una llama encendida, con opacidades y resplandores, pero que nunca se apagaba. El nombre de Espartaco duró para siempre. Ya no se trataba de una descendencia sanguínea, sino de una descendencia a través de la comunidad de una lucha. A medida que los hombres trabajan y otros hombres toman y gozan el fruto de su trabajo, el nombre de Espartaco será recordado, unas veces, en la enclaustrada memoria; otras, como disimulado susurro; las más, con gritos enérgicos e inteligibles".

Este hermoso libro fue concluído en la ciudad de Nueva York, en junio de 1951. Su autor, hombre de extensa labor literaria, tenido por uno de los más finos escritores de novelas históricas de Estados Unidos, no halló empresa comercial que asumiese la responsabilidad de publicarlo y distribuirlo, debido al "temperamento político" del momento. La publicación fué posible en razón de que muchas personas se suscribieron a ella y el propio autor asumió la responsabilidad de echar el libro a la

calle sin pie de imprenta. Junto con la seña "Printed in the United States of America", mantiene el libro la sensación de temor en que se mueve hoy la conciencia de los hombres libres del gran país de Wáshington, de Lincoln, de Wilson y de Roosevelt el Bueno. Sin embargo, confía Fast, como confiamos todos, que vendrá día sin represalias, propicio a dar publicidad a los nombres de quienes soportaron el peso económico y artístico de las dos ediciones que ya cuenta esta bella y ejemplar obra.

Pero el libro, mientras no haya un cambio vertebral en su política, seguirá siendo para Estados Unidos un libro prohibido. Augusto no había aún destruído los restos de República que sobrevivieron a Pompeyo y Julio César cuando ocurrió la revuelta de los esclavos. Pero más que un mero fenómeno de pueblo que luchaba contra la rigidez inhumana de las XII Tablas, la guerra de Espartaco fue guerra contra el imperio crecedero que esclavizaba a los hombres de los pueblos sojuzgados. Espartaco no era ni de la plebe romana. Era de Tracia, como cualquier caballo fino de las cuadras de Léntulo o de Craso. El, más que del común rebelde, hace el símbolo del esclavo y del colono que buscan romper las duras y frías cadenas de la sumisión. Craso, el insaciable, acabó con el esclavo "digno de Grecia", según pintura de Plutarco. Y Craso subsiste dominador, con apariencia invencible, en el orden del mundo contemporáneo. Craso gobierna hoy no legiones de soldados, sino bancos y consorcios que redescuentan el hambre de los pueblos. Craso en Nueva York y en Washington tiene cuarteles que amenazan permanentemente a todos los hombres de América. Aun a los mismos hombres de habla inglesa. Aún al gran pueblo del Norte.

LOS CAMINOS DE LA PAZ

La prensa informó recientemente que a la Academia sueca que entiende en el conferimiento del Premio Nobel se había propuesto como candidato el nombre de un profesor de física nuclear que se había negado a colaborar con sus conocimientos científicos en el proceso encaminado a perfeccionar la bomba atómica.

Más que un hecho positivo en el orden de la paz se busca premiar en este caso una hermosa omisión en el camino franco de la guerra. El premio, junto con un lógico estímulo para una noble abstención humanitaria, constituiría una requisitoria contra todos los sabios y filósofos que han puesto su saber al servicio de la destrucción del hombre. En el caso de ser otorgado el Premio Nobel al profesor propuesto, resultaría una realidad anti-Nobel. Se premiaría esta vez a quien se negó a servir intereses funestos que tuvieron aliada eficaz en la dinamita de Nóbel. Y junto con el profesor abstenido, se premiaría a todos los hombres que hoy se niegan a participar en el orden de la guerra.

En realidad, la paz es una negación. El pacifista niega todo lo subalterno que vive en el espíritu humano. La paz implica la absoluta abolición de los atributos que forman el umbral inferior de la conciencia. Para el efectivo florecimiento de las grandes virtudes que hacen la plenitud espiritual donde descansa la paz, es requerido borrar de previo todas las posiciones egoístas, pugnaces y aniquiladoras que empujan al hombre a la brutal satisfacción del mundo sensitivo. Las guerras, si ayer nos fueron presentados como lucha de ideales contradictorios y alcanzaron nuestro entusiasmo momentáneo, no son hoy, en realidad, sino el

hambre y la sed de vientres insaciables. Se busca no el triunfo de principios, sino la seguridad de explotar mercados que acrezcan la riqueza de los productores.

Quizás suene a cosa romántica y banal la exaltación de las virtudes interiores, cuando la realidad circundante ofrece un cuadro en abierta contradicción con toda filosofía que mire a la racionalidad de las funciones y de los actos humanos. El panorama presente de la cultura ofrece un tono de crisis que obliga a pensar seriamente en lo que será mañana nuestro despertar conceptual, cuando alguna robusta voz nos haga comprender colectivamente el espantoso aquelarre intelectual que viene ofreciéndonos, como flor de excelencia, fetos de brujas y gritos desgarrados de animales diabólicos. Se ha pretendido dar a la expresión filosófica y artística un sentido de irrealidad, que pareciera encaminado a la abolición de todo intento reflexivo en el hombre. Por ello aparecen como signos de nuestro tiempo el alogicismo y la irracionalidad en el discurso de quienes intentan mostrarse por portavoces de las nuevas corrientes del pensamiento y del arte. Diríase que todo es un mero proceso de fuga y de evasión, en que el hombre quisiera esconder su responsabilidad.

Por ello, en ciertos sectores de la sociedad tiene aceptación todo lo que indique, ora en el terreno de las letras, ora en el orden de la plástica, ora en el campo de la filosofía, una posibilidad de explicar o de coordinar la conciencia de fuga del hombre que no puede enfrentarse en el área de la realidad con los problemas del momento. Todo este desesperado proceso de cultura delicuescente y antiética en que se hunde el hombre contemporáneo es como la cueva donde Caín pretendía ocultar el reato de su crimen. El hombre busca la cueva donde puede esconder la responsabilidad frente a su propio destino. El hombre no quisiera pensar y elude las formas que lo llevan a la reflexión. Quisiera aligerarlo todo y convertir en meras líneas vagarosas, sin sentido ni realidad, el mundo circundante. Tampoco quería pensar el desesperado Caín. A falta de signos que lo llevaran a la abstracción de la conciencia, se refugió en la cueva sombría, donde imaginaba que no llegase la luz de la justicia.

Justamente este fenómeno de evasión aparece cuando el hombre está más obligado a la agonía consigo mismo. Podría explicarse como un

intento de echarse fuera de sí para huir los propios reclamos y hacerse, en cambio, de medios que le pongan en el camino del olvido. La superficie purulenta de la sociedad que engendra la guerra, solicita por ello las cualidades barbitúricas de aquellas expresiones culturales que puedan llevarlo al desligamiento con la realidad.

En medio de este mundo contradictorio, todos hablan de la paz. Pero todos fabrican la guerra. Hasta aquellos que debieran hacer suyas las palabras de Cristo diariamente leídas a la hora del misterio eucarístico, invocan la necesidad de destruir hombres, por otros presentados como enemigos de la justicia, de la libertad y del orden, en razón de encararse con el monopolio explotador de las potencias imperialistas o de luchar en el interior de los Estados contra fuerzas que les niegan la posibilidad de vivir una vida ordenada de trabajo. Sin que haya guerras santas, algunas pueden ser obligadas para el nivel de la justicia. La nuestra por ganar la Independencia cabe en el marco de las grandes jornadas encaminadas a ampliar el radio de la libertad y de la dignidad humana. Las hechas para retener mercados y para imponer el dominio de una oligarquía universal, deben tener el permanente y reflexivo rechazo de quienes saben que es un crimen mejorar las máquinas de guerra, así haya quienes se empeñen en meterlas en la "trampa de la justicia" de que habló Vives, y con la cual los hombres de la violencia quieren ribetear de legítimas sus aspiraciones incontenibles.

Las guerras de hoy son meros procesos de naciones que luchan por mercados esclavistas y de pueblos que buscan un nivel más alto de existencia. Para hacerlas se conjugan múltiples factores, con raíces hundidas en zonas diversas y contradictorias, cuyo común denominador es la distorsión del raciocinio. Ese es nuestro caso y el caso de la pseudo–filosofía que busca razonar los errores del momento.

Quienes se niegan a servir con su ciencia la causa de la guerra, prueban lealtad a la causa del hombre. Prueban una reflexiva adhesión al concepto de que las ciencias y las artes están destinadas a aumentar la dimensión del hombre humano. No a hacer mayores las posibilidades de dominio del animal hombre. Se trataría, en el caso comentado, de premiar, más que una afirmación, una negación afirmativa. Cuando el

sabio dice "NO" a quienes le invitan a perfeccionar las armas atómicas, su negativa suena como un fecundo "SI" en el área de las realidades humanas. El sabio, al hacerlo, toma sitio en el mundo desamparado y abatido de la verdad y de la lógica. Pero en su sitio, sin palmas ni regalos, regusta humildemente la profunda satisfacción de sentirse en paz con los hombres y en paz con su conciencia.

El verdadero título de este ensayo es:
MOTELES Y METROPOLIS
(NOTA DEL COMITE EDITOR)

MOTELES Y METROPOLIS

Nuestro vocablo Hotel, al igual del inglés Hotel, viene del francés Hôtel, y el diccionario lo define como "fonda de lujo". El vocablo deriva del viejo francés *hostel*, proveniente del latín medieval *hospitale*, a su vez derivado del viejo latín *hospes*, huésped. Antes de tomar el castellano la palabra a través de la peripecia medieval y francesa de la voz latina, tenían uso, entre otros, los vocablos fonda, mesón, posada, hospedaje, parador, hospedería, hostería, hostelaje, para indicar sitio de albergue, de descanso, de residencia, transitoria o permanente. Hermosas palabras posee nuestra lengua para significar los varios conceptos de la hospitalidad. Son palabras gratas, que dan idea de convivencia, de sociedad, de amparo, de refugio, de protección, de abrigo, de auxilio mutuo. Son, en realidad, vocablos que corresponden a un sentido de humana comunicación y a una realidad de vida cónsona con la idea de comunidad que constituye la esencia social del género humano. Tienen contenido de humanidad estas voces con que expresamos el sitio de encuentro, en pueblos y caminos, de hombres distantes y afanados que buscan solución a sus diversos problemas personales.

Ahora se trata de aclimatar la palabra Motel. La presentan como derivada de Motor y de Hotel. Es un hibridismo inglés, contra el cual se han pronunciado graves académicos amigos, que la declararon, sobre fea, inútil, por cuanto nuestro idioma tiene sobradas palabras para expresar la idea de hotel de camino.

Yo no creo que sea sólo una majadería el caso de tan desagradable voquible. Más allá de la áspera fonética es preciso buscar los valores

ideológicos que se reúnen en el curioso maridaje de las palabras motor y hotel. Cualquiera diría que la palabra sobra en el orden práctico, por cuanto ya tenemos la voz garaje, que vale por "hotel para automóviles". Pero lo que busca connotar el nuevo barbarismo es otra cosa: con él se quiere indicar el sitio donde se ofrece albergue al automóvil y al pasajero, mesón o posada donde hay alojamiento para automóviles y personas.

La palabra corresponde a la desvalorización de la persona en el orden de la nueva cultura industrial del mundo capitalista. Los viejos vocablos miraban al hombre en sí mismo. La curiosa palabra de hoy ve el binomio carro-hombre. La máquina destruye la persona en el orden de la deformada cultura cosmopolita de hoy, y la lleva a su zaga. Jamás se pensó en crear un vocablo que expresase el concepto de hospedaje para hombres, caballos y mulas, cuando eran éstos los medios de transporte. Nadie ideó las voces cabaposa, cabatel, mulposa, para significar que había pienso para ambos animales. Se pensaba sólo en el hombre. Lo demás venía por añadidura. A quien hace hoy camino se le imagina transportado, en función activa, por medio de un carro automóvil. Lo correcto sería juzgar que el hombre conduzca al carro. No es necesario pensar que hacen una sociedad de iguales méritos, menos aún concebir que el hombre es quien va a la voluntad de la máquina, así viaje en un coche colectivo.

Pero lo inconcebible es realidad. En nuestro actual mundo frankeisteniano, el hombre ha pasado a ser servidor de su propio invento. La máquina, que en un mundo de justicia social debió haber servido para levantar la propia dignidad de su inventor, no ha hecho sino crear un sistema de competencia en el trabajo, que somete al hombre a la esclavitud de sus dueños.

Cuando el hombre, por la propia holganza que debía garantizarle la ayuda de los instrumentos mecánicos, tuvo mayor derecho a la libertad, se vió, en cambio, sojuzgado por la tiranía de los valores materiales surgidos al compás del progreso creado por él mismo. En el principio fue el Verbo; después, el hombre; enseñan las letras divinas. En una revisión del Texto santo, cualquier exégeta precipitado podría decir. En el principio está la Máquina.

Quien ideó la voz Motel no creó un vocablo baldío y sin sentido. Tuvo, en cambio, intuición de la realidad presente. Motel es un tratado de Sociología Moral, reducido a la mínima expresión de una palabra híbrida. La conjunción del valor máquina y del valor hombre con primacía del primero en una sola voz, representa con sobra de elocuencia lo que es el momento actual de nuestra cultura industrial. Las grandes ciudades, como Caracas, llenas de automóviles, no se llamarían tampoco ciudades ni pueblos. Se debieran llamar Modades y Moblos. Antes que la idea de comunidad de hombres, la idea de comunidad de automóviles. Las metrópolis, consiguientemente, se llamarían Metrómolis. La semántica ha de amoldarse a la realidad conceptual de cada época. Las lenguas deben esforzarse por expresar con precisión lo que piensan los hombres de cada edad. Cuando sobre el profundo valor del hombre se levanta la pesada realidad de la máquina, las palabras están en el deber de adecuarse a la verdad del drama que viven los humanos. Fea, inelegante, aparentemente innecesaria y majadera, la voz Motel comprende un sombrío sistema de vida, donde se niega espacio a los más gratos valores del espíritu. Motel es vocablo que concuerda con el irreflexivo y destructor progreso que amenaza nuestra propia realidad nacional. Motel es palabra de pitiyanquis.

CONTROL DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

En la III Asamblea General de la Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza, cuya última sesión se efectuó ayer en esta ciudad de Caracas, el Delegado americano Vogt declaró paladinamente, como quien no dice nada grave, que en el mundo sobra la mitad de la actual población humana, a causa del analfabetismo, de la desnutrición y de la carencia de higiene como se resuelve su vida. En consecuencia, aconseja el control de la natalidad como medio de frenar el "inhumano" progreso del número de hombres.

Por convicción, he sido contrario al famoso "birth control" de americanos, ingleses y franceses. También, por principios, soy enemigo de diezmar la población humana por medio de la guerra. Sin embargo, algunos escritores que atacan ferozmente el malthusianismo en la procreación, no paran mientes cuando se trata de justificarlo en los campos de batalla. Impedir los nacimientos no es crimen mayor que asesinar masivamente a hombres en plenitud del goce de la vida. La guerra es un método que cuadra en la conciencia malthusiana de quienes buscan la manera de emparejar la producción alimenticia con el número de pobladores. Contra-conceptivos, abortivos y ametralladoras juegan el mismo papel en el orden de la destrucción del hombre. Quien ataque por inmoral el control de la natalidad que no se haga por medio de los sistemas oginistas, debe tener voz más alta para condenar a los evangelistas de la guerra.

Crimen mayor que evitar la concepción o detener el embarazo, es enviar hombres a los campos de batalla. Hasta el primero del presente

septiembre las bajas americanas en los campos de batalla de Corea eran de ciento diez y seis mil seiscientos cincuenta y cinco hombres, contados entre muertos, heridos y desaparecidos. ¿Cuántos serán los coreanos y los chinos sacrificados?...

A los hombres que según el profesor Vogt sobran en el mundo, les falta educación, sanidad y nutrimento. Media humanidad está enferma, hambrienta y en la ignorancia, porque la otra mitad no ha sabido dirigir el aprovechamiento de la abundancia. Si en lugar de ser fomentada la industria de la guerra se fomentasen las industrias de la paz, es de suponer que otra sería la actual situación del mundo. Si lo que se destina a los famosos presupuestos de la llamada Defensa, fuese destinado, con un sentido más racional, al fomento de la agricultura y de la cría, a la difusión de escuelas y a construir mayor número de centros donde fueran atendidos los problemas de la salud social, seguramente habría menos hambrientos, menos analfabetos y menos enfermos.

Pero los imperios necesitan mercados que consuman sus crecientes industrias, y ningunos mejores que los mercados coloniales y semicoloniales. Necesitan también los países del imperialismo industrial que haya países sojuzgados que produzcan a ínfimos precios la materia prima reclamada por las fábricas. Viet-Nam, pongamos por caso, está condenado, según criterio del imperialismo, a proseguir su vida miserable de colonia, para que Estados Unidos, con la ayuda de Francia, pueda seguir extrayendo de su territorio, en la forma más cómoda, el 80 por 100 del caucho y el 52 por 100 del estaño que necesita. Nada significa que el hambre, la ignorancia y las enfermedades devasten la sufrida población indígena. Los países ricos, de estructura económica semi-colonial, como Venezuela digamos, son, en cambio, excelentes mercados para recibir la industria imperialista. De todo se valen los países poderosos para que el dinero que pagan a estas naciones como precio de sus materias primas regrese de inmediato a los grandes centros productores. Por ello, lo que a nosotros nos da el petróleo y lo poco que nos dé el hierro, regresa a Estados Unidos para pagar automóviles de lujo, alimentos, telas y una serie de artículos que pudieran producirse en Venezuela, si entre nosotros hubiera un criterio defensivo de la riqueza nacional.

El desenvolvimiento de la prosperidad de los pueblos con fines de paz no es ideal de las naciones poderosas. Más productiva resulta la industria de la guerra, y los sistemas todos han de adecuarse a la conciencia que produce el belicismo. Si los planes de los pueblos fueran sustituídos por métodos racionales de vida, no estaría "sobrando" esa media humanidad que el profesor Vogt denuncia como una pesada "carga" para la media humanidad feliz de que él y yo formamos parte. Posiblemente el ilustre profesor estaría también dispuesto a explicar la licitud de la guerra como medio adecuado de librar al mundo del fastidioso exceso de población enferma e ignorante. Mas en este supuesto los cálculos tácticos habrían de fallarle. Con números acomodados a gusto se puede establecer un desacuerdo entre la producción alimenticia y el crecimiento vegetativo de la población mundial. Como no hay suficiente pan para alimentar a todos los hombres y mujeres del mundo, nada más práctico que suprimir las bocas que sobran. Es un silogismo brillante. Esto podría tomarse como norma de bienestar social. Quien, en cambio, resultaría majaderadamente perjudicial a la sociedad sería Pastor Oropeza. Evitar, como él hace, la mortalidad infantil, es aumentar el número de bocas sin comida que van a integrar mañana la mitad sobrancera de la humanidad. Preferible es que las enfermedades de la primera infancia ayuden a hacer el balance rítmico de la población. Este método resulta más "humano" que la guerra, puesto que con ésta se aniquila una población de jóvenes en plena posibilidad de rendimiento.

Explicar el hambre por carencia de capacidad productora de la tierra es una mera falacia, que queda anulada cuando se piensa en el trigo y en el café quemados, en las naranjas y en la remolacha destruídos para que se puedan mantener los altos precios del mercado internacional. En nuestros mercados urbanos, ¿acaso no vemos con frecuencia el abandono de frutas que no se vendieron a justos precios para mantener un nivel artificial que asegure mayores utilidades a los revendedores?...

El hambre, el analfabetismo y las enfermedades se explican mejor por la mala distribución de la riqueza y por la permanencia de esquemas económicos, cuyo mejor soporte son las guerras, encaminadas a mantener en vigor la explotación de los pueblos atrasados. Ese sistema

lo propugnan muchos que invocan para sí el nombre de cristianos como bandera defensiva. Ese sistema, para vestirlo de seriedad y de respeto, algunos lo llaman derechista, y se dicen entonces derechistas cristianos. Olvidan éstos que Cristo tomó con la mano derecha el látigo de que se valió para castigar a los usureros, a los ladrones, a los cambistas que buscaban protección bajo la sombra sagrada del templo del Señor. El único sistema derechista posible en el orden cristiano sería el que repitiese la acción de Cristo sobre las espaldas de los especuladores sin entrañas que atizan el odio y la guerra entre los hombres y los pueblos. O que a su derecha generosa pidieran, como Dimas, perdón los ladrones que se dicen representantes del orden cristiano.

EL NACIONALISMO LATINOAMERICANO

Frecuentemente, "The New York Times" publica apreciaciones correctas acerca de la realidad política de nuestros países latinoamericanos. Estos antecedentes hacen más extraño el contenido de su editorial "Latin–American Nationalism", aparecido en la edición del martes 19 de agosto de 1952.

Basado en informaciones de su corresponsal en Río de Janeiro, el editorialista habla de nuestro nacionalismo como de "una dolencia que corroe a toda la América Latina", y fundándose en apreciaciones que jamás podrían ser generalizadas, intenta presentar el apenas renaciente nacionalismo de nuestros países como expresión de una actitud de tipo fachista.

Para quien examine serenamente el problema de nuestras Repúblicas, los conceptos de "The New York Times" resultan sobrado errados y tendenciosos. Justamente la dolencia que ha destruído nuestra vertebración continental e interna ha sido la absoluta falta de un sano y constructivo nacionalismo, que hubiera defendido a tiempo nuestra riqueza y hubiera evitado la situación colonialista en que han venido a parar nuestras industrias y comercio, en beneficio de la gran industria y del poderoso comercio del Norte.

Si el escritor de "The New York Time" quisiera hacer buena memoria, sin detenerse en los intentos esclavistas de mediados del Siglo XIX, podría subir hasta las fuentes de la historia política de nuestras relaciones de antiguas provincias hispánicas, abiertas a la libertad, con el

naciente poderío de Estados Unidos. Ya en 1812 el secretario Monroe pensaba en lo que significaría para el Norte el desmembramiento del Imperio español, y según informes que supo recoger el hábil ministro de la Corte de España cerca del Gobierno de Washington, nuestro delegado don Telésforo Orea llegó a comunicar a persona de su confianza cómo el señor Monroe le había insinuado, lo mismo que al delegado de la revolución mexicana, la conveniencia de que nuestros países se acomodasen a la Constitución de Filadelfia para que, una vez unidos a los del Norte, pudiesen formar "la potencia más formidable del mundo".

Esa idea de imperio jamás ha estado ausente de la política estadounidense. El Panamericanismo no es sino el rostro visible de dicho propósito de dominio. La unión de las Repúblicas americanas se ha logrado a través de un sistema que constituye la estilización en el orden del derecho público del mismo propósito que ofendió a los delegados de México y de Venezuela en 1812. Y ha logrado esa posición disvaliosa para nuestros países, por carecer éstos de un recto sentido nacionalista que hubiera buscado en la unión sincera de las Repúblicas latinoamericanas una fuerza de resistencia frente a los propósitos imperialistas del Norte.

Justamente el nacionalismo que en la actualidad se configura en nuestros países, lejos de ser un nacionalismo regimentado, arranca espontáneamente del fondo del pueblo, como testimonio de una conciencia en trance de reacción contra la burda explotación forastera. Fenómeno humano y universal, coincide con movimientos semejantes en el Medio Oriente y con la repulsa que los pueblos de Europa hacen de la intervención americana en su política doméstica. En nuestro caso, el nacionalismo no puede ser mirado como expresión de xenofobia. Nuestra América Latina se sabe continente abierto a las aportaciones de la cultura y del capital foráneos. Pero nuestra América aspira a un trato acorde con la dignidad humana. Nuestros pueblos quieren existir en sí mismos y desarrollarse libremente sobre las bases de su personalidad histórica. Nuestro nacionalismo es apenas el despertar de un hombre que fué traicionado mientras dormía.

Yerra flagrantemente "The New York Times" al presentar como dolencia las primeras expresiones de revitalidad pública que están dando

espontáneamente nuestras Repúblicas. Ante el complejo y poderoso movimiento que denuncia *(very complex and powerfull)*, y que en realidad no tiene aún todo el poder que para él deseamos, mejor sería de su parte una actitud encaminada a hacer ver a los dirigentes políticos y financieros del gran país del Norte el deber y la conveniencia de cambiar su táctica frente a los problemas de una América, que sólo quiere paz y libertad como garantía para su libre trabajo, y en especial ante el problema de nuestros nacionalismos, a los que juiciosamente reconoce "profundas raíces psicológicas" y los cuales, con buen sentido, presenta como fuertes movimientos desvinculados de los partidos comunistas.

La convivencia internacional impone la necesidad de estrechar los vínculos con todos los países del mundo, en especial con los países vecinos con quienes se realizan los procesos de interferencia económica y espiritual. Mas ese estrechamiento debe basarse en la permanencia de los valores troncales que dan fisonomía a los distintos pueblos. Las relaciones de nuestros países latinoamericanos con el inmenso pueblo del Norte no deben llegar a los límites de la amañada intervención y del servil sometimiento de nuestra economía al cuadro de los intereses de Estados Unidos. Tampoco puede ser la nuestra actitud de sumisa cooperación en propósitos de un afincamiento imperialista que se volvería en último análisis contra nosotros mismos. El sano nacionalismo que hoy busca una serie de rectificaciones en esa política, no debe ser calificado de dolencia social, sino de vigoroso recobramiento de una personalidad en trance de delicuescencia. Menos puede hablarse de xenofobia como tacha para la política de puertas abiertas de nuestros pueblos. Xenofobia podría ser, en todo caso, la arbitraria discriminación que hacen los sistemas inmigratorios estadounidenses.

De punta a punta ha errado esta vez "The New York Times" al presentar como enfermizo nuestro saludable nacionalismo latinoamericano. Lejos de ofender con sus epítetos la correcta actitud de nuestros países, el editorialista ha debido ahondar más en las razones que guían nuestra actual política defensiva. En cambio, los rudos comentarios que hace sobre nuestro caso, dejan ver cómo desagrada a los altos círculos norteamericanos toda actitud que indique una intención de defender nuestros derechos frente a las ansias de dominio y de explotación del Coloso del Norte.

EN TORNO AL NACIONALISMO LATINOAMERICANO

Extraordinario revuelo de opinión ha ocasionado en ambas Américas la elección del general Carlos Ibáñez del Campo para la Presidencia de Chile. Si en verdad se ha venido creando una conciencia política americana, que lleva a cada país a seguir con interés el curso de los problemas de los otros, en el presente caso juegan circunstancias que abultan muy razonablemente el hecho del retorno al poder del viejo político, fustigado ayer por las fuerzas de las oligarquías chilenas y enfrentado hoy a las coaliciones provocadas por el titubeante y versátil Gobierno de González Videla. Pero el pueblo chileno ha dado en las urnas su respaldo al anciano general de joven mente no por su recia estructura de caudillo, sino en razón de ser uno de los más avisados vigilantes del nacionalismo en Chile (La conciencia nacionalista de los pueblos, por una curiosa paradoja, ha venido tomando la voz de políticos cargados de años y experiencia: Mossadegh, Ibáñez, Velasco Ibarra).

Ibáñez, desde su primera Presidencia, ha mirado con hondo sentido nacional los problemas de su país y ha tomado por ello la bandera de las más sentidas reivindicaciones chilenas. Si ayer la crisis del salitre y el colapso económico de 1930 interfirieron sus propósitos, hoy, así sea más difícil la hora, cuenta con un pueblo más fogueado en la nueva lucha por su independencia y su dignidad.

En el momento actual, la elección de Ibáñez del Campo ha provocado gran inquietud en determinados círculos norteamericanos. Se mira a Ibáñez como el quinto Jefe de Estado latinoamericano en actitud de

romper la uniformidad del llamado "sistema continental". Se le presenta, en consecuencia, como enemigo de Estados Unidos, a la par de Perón, de Paz Estensoro, de Velasco Ibarra y de Arbenz.

Los corresponsales de prensa han divulgado informaciones contradictorias respecto a la posible política del nuevo mandatario. En el fondo, aquélla, como lo escribe Sam Pope Brewe en "The New York Times", habrá de limitarse a buscar el máximo provecho de sus propios recursos, sin perjuicio de los legítimos intereses del capital extranjero aplicado a su explotación, todo dentro de una política ajustada a la igualdad de tratamiento con Estados Unidos, lo cual, seguramente, provocará un reajuste en el sistema de "sumisión y vasallaje" que ha venido pesando sobre Chile. Enfáticamente declaró Ibáñez al redactor de "The New York Times": "Es muy difícil, por si no imposible, mantener una cordial y amistosa actitud con ningún poder que crea que Chile, porque es un pequeño país, puede renunciar sus derechos y su soberanía y someterse a la influencia y dirección de los grandes en sus negocios internacionales".

En estos últimos años se ha fijado un método por demás peligroso en orden a la racional interpretación de la actitud de nuestros países y de sus hombres frente a la política de Estados Unidos. Defender lo privativo nuestro, buscar el máximo aprovechamiento de nuestra riqueza, robustecer los valores populares de la nacionalidad, proteger de toda influencia delicuescente a nuestras formas culturales y políticas, en fin, insistir acerca de la necesidad de resguardar nuestra personalidad de pueblo frente a la absorción lenta y constante del imperialismo, se toma como actitud hostil y, consiguientemente, provocativa contra la política de Washington. A quienes así obran, los llaman los pitiyanquis enemigos de la decantada defensa hemisférica, sin pensar que el hemisferio hay que empezar a defenderlo en cada casa nacional. Nada valen los pactos –decía Bello– sin la realidad de su correcta ejecución en cada país.

Se ha intentado, en consecuencia, crear un esquema abstracto de solidaridad de intereses en torno a la política que dirige el Departamento de Estado; mas dicha solidaridad no pasa de ser una discreta avenencia

con los propósitos norteamericanos. Toda tentativa de parte de los países de la América no inglesa hacia la defensa de sus intereses naturales de pueblo se la presenta como una provocación dirigida al Tío Sam. En cambio, quien se detenga a examinar el fondo de las corrientes hoy puestas en juego en los llamados países "no gratos" a Estados Unidos, hallará que por ningún lado han sido aquéllos quienes asumieron la responsabilidad de la iniciativa. Se han limitado pura y simplemente a repeler ataques y asechanzas provenientes de agentes o de sistemas norteamericanos. Perón mismo es un resultado del repudio colectivo que provocó la intromisión abusiva del embajador Braden en la política argentina. Lo ocurrido en Guatemala es de una lógica irrecusable. La hermosa República chapina ha sido víctima de la United Fruit Company. Mientras hubo dictaduras que necesitaban el apoyo inmediato del Departamento de Estado, las reivindicaciones obreras frente a la explotación bananera estaban cohibidas. Hoy, el Gobierno guatemalteco apoya la justicia del pueblo explotado por el capital extranjero y por la oligarquía latifundista. Y Washington mira por enemiga la actitud de los políticos de Guatemala. Si allá hubiera sumisión a los planos expoliativos del Norte, aunque los gobernantes estuviesen incendiando templos y descabezando frailes, sería Guatemala, como Yugoslavia, una República de orden. Paz Estensoro, con su política frente al estaño, responde a un profundo reclamo popular. En Bolivia se han asesinado por las autoridades y capataces miles de miles de obreros que pedían justicia frente a su inhumana explotación por el capital extranjero.

Si el caso se mirase a otras luces, sería fácil comprender que nuestros países obran de segunda parte. Y ello tiene afincadero en la lógica más simple. Los pueblos pequeños y los hombres indefensos no tienen interés en agredir a los poderosos. Son los grandes quienes provocan la reacción defensiva de los pequeños y de los inermes. Ningún país latinoamericano tiene interés ni deriva provecho en ir pura y simplemente contra la política norteamericana. Creo que todos aspiran a mantener con la gran nación del Norte un pie de relaciones beneficioso para sus mutuos intereses. Pero las modestas aspiraciones de nuestros pueblos no coinciden con el modo de obrar el imperialismo. En nosotros se ha mirado apenas campos de provecho para el gran capital yanqui, ora por el consumo de su industria, ora por la aportación de nuestras materias

primas o bien por la penetración del capital financiero en el desarrollo y en la explotación de nuestra industria y de nuestro comercio domésticos. Aun más. Nuestro pensamiento, nuestros valores culturales, aun el propio campo religioso de nuestros países, se busca hoy poderlos dirigir desde Nueva York o desde Washington. Las modas, las costumbres, los gustos, las lecturas, el propio vocabulario de nuestros pueblos, intentan los poderosos vecinos del Norte que sean sometidos a su dirección común.

Para impedir el crecimiento y la perpetuación de tan bastardos propósitos ha venido, sin acuerdo alguno, tomando cuerpo en todos los países de Latinoamerica una conciencia defensiva y de rechazo, que busca su mejor apoyo en las reservas morales de la nacionalidad. No han surgido nuestros nacionalismos particulares, o nuestro nacionalismo latinoamericano, como acto espontáneo, dirigido a adversar la política del Norte. De lo contrario, ha aparecido como repudio a una incorrecta actitud de la política estadounidense. Nuestro nacionalismo se limita a la conservación de nuestros valores de pueblo y a la defensa de nuestro destino económico y político. Su faz más importante sería buscar soluciones prácticas en el propio orden de la americanidad latina. Han advertido los países que demoran desde el sur de Río Grande hasta la Patagonia que el virus enfermizo que permite la avanzada del Norte en el corazón de nuestros pueblos lo provocaron nuestras pugnas domésticas. Cuando Colombia enciende la querella frente al Ecuador, cuando el Perú insiste en sus problemas fronterizos y Paraguay atiza contra Bolivia, cuando se aviva la discordia centroamericana y cuando Santo Domingo discute con Cuba, se solaza el Tío Sam, a quien la agitación bélica abre mercado para los armamentos y asegura una nueva discordia que impida la integración de los grandes bloques hispanoamericanos. Alguien ha llegado a pensar que a discreta distancia pareciera que Estados Unidos animase la guerra de prestigios o influencias históricas en que políticos e historiadores de hoy han metido a Bolívar y a San Martín. Ellos, que hicieron la libertad de nuestra América, han sido convertidos, fatal e inútilmente, en piedras de escándalo para la división de nuestro mundo hispanoamericano.

Tampoco es cierta la tesis de que nuestro nacionalismo latinoamericano repudie todas las formas de cultura procedentes del Norte. Ceguera y

temeridad sería situarse en tan absurdo marco. Hay repudio para la actitud ilegítima de quienes se niegan a reconocer nuestros antecedentes culturales, en razón de poseer ellos un grupo de conocimientos adquiridos en famosas Universidades norteamericanas. En el orden médico, pongamos por caso, se pronuncia hoy una corriente entre nosotros que, después de desconocer la labor de nuestra Escuela de Medicina, con todo y Vargas y Michelena y Elías Rodríguez y Hernández y Razetti y Rangel y Acosta Ortiz y Rísquez e Iturbe y Martín Vegas y Arnoldo Gabaldón y José Ignacio Baldó y Pastor Oropeza y Enrique Tejera, termina por sólo dar mérito a las citas de recientes tratados yanquis y por considerar como únicos capaces de curar a los facultativos con diplomas refrendados en Universidades del Norte. Contra ese esnobismo cultural es justo que levantemos nuestras voces y hagamos mérito de nuestra tradición científica y literaria. A quienes crean que nos están haciendo ahora nuestro mundo a punta de discursos, fórmulas y cálculos en inglés, debemos decir que nuestro mundo tiene bien henchidas de tiempo sus raíces y que a la necedad y deserción que constituye la siembra de árboles artificiales en el suelo de nuestra Patria, oponemos una resistente y fresca conciencia que, con el riego de lo nuevo y de lo útil, intenta hacer más eficaz la digna cosecha del viejo araguaney, en cuya corteza dejaron románticamente grabados sus nombres los padres antiguos...

BRASIL

Hacia el Sur, más allá de nuestra opulenta Guayana, se extiende la inmensa República del Brasil. Cuando se vuela sobre Santa Elena de Uairén, divísase a los lejos el azulenco perfil del país hermano. En el Siglo XIII era corriente la tradición de una isla misteriosa en el Mar de las Tinieblas, cuyas ricas maderas daban un tinte de fuego. Del abrasado color de esta leyenda viene la palabra Brasil. Carbón ardiente. Brasa. Tales valores sugirió la idea del palo tintóreo. En las cartas precolombinas, la isla legendaria aparece frente al Cabo Finisterre. Los navegantes que penetraron en el actual territorio del Brasil, le dieron este nombre, al encontrar la planta de rojo tinte que había hecho célebre en la fantasía del europeo la presumida tierra.

El Brasil es nuestro mayor vecino. Pero, mientras con Colombia conversamos diariamente sobre los manteles de la fraternidad fraguada por la Historia y mantenida por los caminos fáciles, con el Brasil nos negamos la cara. Hasta hoy somos con el gran país sudeño como siameses unidos por la espalda. La comunidad salvaje de la Hilea amazónica cierra por ahora la posibilidad de rehacer el contacto que mantuvieron nuestros aborígenes aruacos y caribes. En cambio, la civilización que salta sobre los atrasados procesos de cultura, nos está uniendo a través de los aires. Justamente cuando empiezo a escribir estas líneas, leo que el Embajador del Brasil en Caracas explica a los periodistas el proyecto de escalonar en la selva amazónica una red de aeródromos que permita viajar en línea recta de Río Janeiro a Caracas. La rectitud de la travesía hará más rápido el contacto entre una y otra ciudades.

En Brasil, con sus 8.516.037 kilómetros cuadrados, domina en extensión a Estados Unidos y cubre casi la mitad de la superficie de la América del Sur. Sin embargo, su población apenas llega a los 52.000.000 de habitantes. El Amazonas, su río principal, es, si no el más largo, sí el más caudaloso de los ríos del mundo. Tiene más de tres mil kilómetros de fondo navegable. No es, sin embargo, el único que ofrece facilidades viales. El San Francisco, el Purús, el Araguaia, el Tocantins y el Paraná hacen largos recorridos transitables por barcos. En no menos de 20.000.000 de caballos de fuerza se calcula el potencial hidráulico de los ríos brasileños. Hoy apenas se utilizan 1.064.318 kws. La potencialidad agrícola y ganadera del país es algo asombroso. El porvenir de sus industrias no tiene cálculo.

En ligeras líneas no se podría resumir el valor geográfico, económico, cultural, político e histórico de nuestro gigantesco vecino. Pero se puede expresar rápidamente lo que para nosotros significaría un mejor conocimiento de la realidad brasilera.

Pese al diferendo de las lenguas, el Brasil representa para Venezuela un campo experimental de inapreciable valor. Desde el punto de vista etnográfico es admitido que nuestros aruacos y caribes vinieron del Sur. En la selva brasilera vivieron, pues, los abuelos de nuestros indios primitivos. Cuando se compara el folklore de nuestras tribus primitivas con el folklore de los indios del Brasil saltan los elementos probatorios de la comunidad arcaica. Como al Brasil, a nuestro territorio llegaron también durante la época colonial tribus africanas que, a más de labrar la tierra para el enriquecimiento de los señores, sumaron su sangre para la formación del alegre y calumniado mestizaje de nuestros pueblos. Portugueses y españoles constituyeron una comunidad peninsular que da a su vieja Historia, a sus antiguos usos y a sus precisas costumbres una extraordinaria similitud. El plasma social brasilero tiene tanta semejanza con el nuestro como la que tenemos con colombianos y cubanos, así con éstos nos sintamos muchos más unidos en razón de la común tradición hispánica y de la inteligencia del idioma. A pesar de estas poderosas razones, muy poco sabemos de nuestros hermanos del Sur, con quienes comenzamos el intercambio comercial. Si algunos científicos y algunos escritores conocen el movimiento de las letras y de

las ciencias brasileras, la mayoría se contenta con hablar de Carmen Miranda, del carnaval de Río, de la Carioca y de las aguamarinas. Puede que en nuestro aislamiento influya exageradamente el problema de la lengua. Ocurre que el portugués no es idioma dominante ni en la política ni en el comercio del mundo, y su relativa semejanza con el español hace que su estudio sistemático se descuide en razón de la "facilidad de entenderlo" que le encuentra nuestra gente.

La cultura literaria y científica del Brasil ofrece estupendos monumentos. En Medicina, la Escuela de Sao Paulo y el Instituto "Oswaldo Cruz" tienen crédito entre las mejores instituciones del Nuevo y del Viejo Mundo. En las especialidades de Derecho, de Ingeniería, de Ciencias Económicas, de Química, de Antropología, de Biofísica, de Agronomía, las once Universidades que llevan el peso de impartir la enseñanza superior, figuran como de primer rango. Gilberto Freyre, Arthur Ramos, Euclides Da Cunha son figuras cimeras en el estudio de nuestra sociedad americana. En el mundo de la poesía, el Brasil ha dado en Cecilia Meireles la primera poetisa actual de lengua portuguesa. La Organización social del Brasil podría facilitar elementos de comparación y de estudio útiles para nuestras experiencias locales. Más fácil de adaptar resultan las conclusiones derivadas de la observación de hechos realizados en una área geográfica semejante por una sociedad de comunes factores étnicos, que empeñarnos en mirar hacia la vida de comunidades disímiles en usos, costumbres y origen.

En una extensión que disemina enormemente la población, el Brasil ha logrado reducir al 56% el índice de analfabetismo, a la par que exhibe como timbre de honor social el índice menor de criminalidad en América. Ya esto sólo valdría para el más atento estudio del desarrollo social de aquel pueblo.

País en organizado proceso de crecimiento, debiera el Brasil ser mejor conocido por nosotros, no ya por lo que podríamos aprender de su valiosa experiencia técnica, cultural e industrial, sino por ser nuestro vecino poderoso y en razón de las circunstancias antropológicas que permiten adaptar fácilmente el resultado de observaciones allá logradas en diversos campos de la actividad social. El destino geográfico nos ha

puesto al lado de este inmenso país, donde se están echando las bases para una de las más avanzadas etapas de la civilización universal. Hoy mismo en el Brasil se está operando una profunda transformación político-social, que empieza a colocarlo en sitio prestante en el concierto de nuestra sufrida América Latina. La vitalidad del pueblo brasilero ha hecho sentir sus valores nacionalistas y ha pedido enfáticamente que la política de la gran república se dirija por sus propios intereses y no por los intereses dudosos y antagónicos de los Estados Unidos. A esta fuerza clara, legítima, dignificadora, la propaganda norteamericana ha opuesto una tozuda crítica, que ayer llamó "enfermizo y corrosivo" al nacionalismo defensivo de Latinoamérica y que ahora pretende presentarlo como una expresión subversiva contra las propias autoridades brasileras. El editorial de "The New York Times", del 28 de octubre de 1952, es el más desvergonzado testimonio de la falacia con que el imperialismo yanqui intenta dividir la conciencia interna de nuestra América mulata. Al pretender presentar el gobierno del Presidente Vargas como víctima del movimiento nacionalista, que adversa con neta conciencia de dignidad los pactos de asistencia militar con Estados Unidos, lejos de favorecer al Magistrado, lo hace aparecer como comprometido con los intereses del imperialismo, a quien, como tal, atacaría la conciencia democrática y nacionalista del Brasil. Vergonzosa defensa que mancilla la figura del Presidente brasilero. Sucio e inhábil argumento que se convierte en *boomerang* contra los pretensos y amañados defensores del gobierno de Río de Janeiro.

Ni el nacionalismo brasilero ni el nacionalismo de cualquier otro país de la América Latina, es arma creada para agredir libre y espontáneamente a Estados Unidos. Nuestro nacionalismo es expresión natural de una legítima voluntad de ser y, al mismo tiempo, reacción lógica contra un sistema que pretende convertir en meras colonias del Norte a nuestros sufridos países iberoamericanos. Brasil, como la mayor de nuestras repúblicas, por ley natural de tamaño y de importancia ha de mostrarse como país puntero en la lucha por nuestra nueva independencia. Como en los años de la invasión napoleónica a la península Ibérica, son de prueba y de creación para nuestra América los años que cursan. Se está jugando nuevamente el destino independiente de estos países. La posición es clara. Se persigue de una parte la creación de un sistema que

aspira hacer del nuevo mundo una comunidad regida por Washington, al igual de la Commonwealth que dirige Londres; y por la otra, se busca una realidad inter-americana que logre, por medio de la formación de recios bloques continentales, el equilibrio que nos defienda de la absorbente potencia del Norte. Hombres, libros, periódicos, dinero, hacen el juego a las pretensiones del coloso yanqui. A nosotros nos quedan como armas defensivas la dignidad, la entereza, la resistencia a los halagos, la inteligencia que nos guíe para defender los patrimonios de la República. En el presente caso, afortunadamente en la Cancillería de Itamaratí dura la habilidad, el señorío y la prudencia de la vieja diplomacia del Emperador Pedro II. Prudencia, señorío y habilidad que serán parte para dar a la resistencia, del pueblo del Brasil el carácter quemante de su valor etimológico. Brasa ardiente ha de ser para el imperialismo yanqui la personalidad vigorosa y vigilante del gran país del Sur. Brasa llamada a quemar a quienes intentan ultrajar nuestra libre determinación de pueblos.

BANDOLEROS

Desde Curaçao, el 30 de septiembre de 1813, dirigió José Domingo Díaz la primera de sus tremebundas cartas al pueblo de Venezuela. Ninguna literatura más virulenta, más apasionada, ni más calumniadora ha recogido nuestra antología política. En aquellas cartas Bolívar y los bravos patriotas que nos dieron Patria independiente, aparecen vestidos de los más rojos y horripilantes arreos de asesinos, depredadores y ambiciosos verdugos de los pueblos. "Hombres incapaces para gobernar y astutos para sus negocios", es lo menos que les dice el libelista. "Venenosa anarquía difundida por todas las clases, ha formado (del país) una masa incomprensible, tumultuaria, llena de modificaciones y movimientos que la hacen correr en el furor de sus pasiones a su inevitable disolución". Cuando pinta a Páez, lo presenta "como jefe de una tribu de los árabes del desierto, llamando a sus banderas, bajo la impunidad del robo, del asesinato, de la violencia de todos los principios sociales", a los llaneros facinerosos.

Al escribir así, José Domingo Díaz usaba el mismo lenguaje que los colonialistas, los imperialistas y los opresores de todos los tiempos han usado y siguen usando para dar apariencia de legitimidad a la coyunda. En Londres, en París y en Washington, la Corte de España pagaba escritores que dieran ámbito al concepto de que en el mundo adolorido y fecundo de nuestra América se movía una sociedad descompuesta, a cuya cabeza unos bandoleros ambiciosos se dedicaban al incendio, al robo y asesinato de los pueblos. Tanto como vencer las fuerzas de la opresión interior, los Padres de la Patria buscaron contrarrestar, ya por medio de la propia pluma, ya con la ayuda de escritores amigos, los

efectos funestos de la campaña de descrédito pagada por España. En 1817, el ilustre venezolano Manuel Palacio Fajardo publicaba en inglés, e inmediatamente en francés, un cuadro analítico de la revolución de la América española. En el orden de la victoria este libro cumplía una labor tan eficaz como la realizada por los veteranos ingleses que Luis López Méndez contrataba para venir en ayuda de los soldados criollos. Con él se buscaba desvestir a los patriotas de América la indumentaria de bandoleros que les adjudicaban las fuerzas del colonialismo hispánico, tan bien reforzadas por la diplomacia de la Santa Alianza.

El bandolerismo ha llegado a connotar en el orden de la política un valor que no le reconoce el léxico ordinario. El concepto estricto de ladrón y de salteador de caminos que corresponde al vocablo bandolero, ha subido a la categoría de rebelde contra las autoridades arbitrarias. En 1949, las masas rurales del liberalismo colombiano que, no pudiendo ejercer en las urnas su voluntad cívica, resistieron la autoridad, se trocaron de inmediato, según la apropiación gubernamental, en bandoleros vulgares. Cuando Sandino tomó la voz de la dignidad nicaragüense y se levantó contra la insolencia de los marinos yanquis que ultrajaban la soberanía de la Patria, lo convirtió el denuesto imperialista en mero jefe de bandoleros. Actualmente los diarios ofrecen en todas sus ediciones largos relatos sobre el bandolerismo de los pueblos africanos. Lejos de presentar el cable la relación completa de lo que ocurre en el mundo negro sometido a la bota de los británicos, se limita a informaciones encaminadas a sólo hacer resaltar los crímenes y las depredaciones de los Kikuyes.

Para refutar un editorial de "The New York Times", Joachin H. Seyppel escribe desde Lousiana en defensa de los Mau Mau. En su carta, el escritor empieza por asentar que menos "satánicos" resultan los patriotas de Kenya que los ingleses que dirigen las "demostraciones de fuerza" para contener la onda de "terror" de los nativos.

No alaba, tampoco, el autor de la carta los medios rudos de que los indígenas de Kenya se valen para intentar hacer buenas las palabras de Inglaterra cuando ofreció justicia a los cuatro millones de nativos, que hoy ven sus mejores tierras explotadas por los inmigrantes europeos.

Condena él la maldad de los medios utilizados para el sojuzgamiento de los negros rebeldes, por hallarse en contradición con la cultura de que hace gala la feliz Albión.

El incomunicativo sistema colonial inglés ha movido actualmente la rebeldía en la ancha zona que se extiende desde el Sudán hasta Sudáfrica. Kenya, Uganda, Tanganyika, Nysanland, las Rhodesia, Basutoland, Bechuanaland y Swaziland, viven un rudo estremecimiento de protesta contra las formas opresivas del imperialismo británico. Mientras éste aprieta más la mano, con la crispatura característica de los agonizantes, más encendido tono alcanza la voz de protesta de los pueblos sojuzgados.

Asia y Africa sienten en carne viva el dolor del coloniaje, mayor aún del que sintieron nuestros Padres, cuando se echaron a los caminos de la revolución. Socialmente constituíamos nosotros un mestizaje de categoría, que arrancaba, por línea legítima, del propio país dominador. A la hora del momento rebelde, el criollo se sabía igual al español. Si dentro había un problema de desnivel social, en el área del imperio compartíamos con el peninsular un plasma que nos daba semejanza. El coloniaje británico en Africa es apenas el sedentarismo de una trata de negros. Como no está autorizado el tráfico internacional de esclavos, se mantiene a éstos en su propio habitat, a la orden caprichosa de los amos. Allí trabajan la tierra y allí se les ofrece como camino civilizador el whisky con que los regalan y los embotan los señores distantes.

Ante este hombre blanco que explota sin compasión los pueblos retrasados, tiene derecho la gente de color para seguir pensando que Adán y Eva eran negros, como hijos naturales de la tierra; que negros eran también Abel y su descendencia, y que la blancura de Caín y de sus hijos apenas vino a producirse cuando el fratricida palideció de terror ante el reclamo del Altísimo por el asesinato del hermano.

Al considerar esta dolorosa verdad, resulta en extremo incorrecto que naciones como las hispanoamericanas, surgidas del coloniaje y expuestas a un nuevo coloniaje imperialista, permanezcan indiferentes ante la suerte de los países oprimidos en Africa y en Asia. Necesario es tener

presente que nuestros aliados naturales no son los pueblos que se gozan de la esclavitud de las naciones pequeñas. Bueno es pensar que también España y Miranda, Bolívar y Miguel José Sanz, Sucre y Cristóbal Mendoza, San Martín e Hidalgo fueron llamados bandoleros por las autoridades españolas.

Parece que bandolero en el argot secreto de la Libertad, contrario al argot de los opresores, significase noble rebeldía y altiva conciencia de la dignidad humana.

LA BATALLA POR EL BUEN CINE

Extraordinario ámbito ha alcanzado la patriótica y noble idea de defensa del cine criollo y de lograr una mejor y más barata exhibición de películas extranjeras. El problema, por razón de sus características nacionalistas, ha colocado en un mismo frente a los representantes de todas las fuerzas vivas de la capital. Desde el manso e ilustre Arzobispo Primado hasta el rojo agitador de barrio; desde el oligarca con recto sentido de la moralidad y de la Patria hasta la sencilla maestra de escuela; desde el intelectual hasta el semi-analfabeto; desde la empingorotada señora del Country Club hasta la obrera humilde que vive bajo los puentes o en la eminencia intransitable de los cerros, todos, todos han venido uniendo sus voces en pro de un sistema económico y de una regulación administrativa que modifique la actual situación de nuestras salas de cine.

Esta virtud tienen los grandes problemas que se refieren a la defensa de lo que linde con la misma nacionalidad. Tan poderoso es el reclamo que en un momento dado llega a hacer el pueblo por mediación de cualquier hombre, de cualquier institución o de cualquier órgano de prensa, que inmediatamente se produce una conjunción de fuerzas, aun de las más contradictorias, en torno a la idea o al principio que interesa por igual a tirios y troyanos, así la conjunción se produzca muchas veces al empuje de opuestas maneras de verse el mismo problema.

El caso del cine, tanto como problema moral y como problema de dignidad artística, ha sido presentado en su profunda realidad de tema que interesa al propio orden de la nacionalidad.

El cine, además de vía de penetración y de succión del capital financiero yanqui, es escuela corruptora de la moral común y de la moral política de nuestros pueblos. El cine es vehículo del cual se vale el imperialismo para promover vivencias disolventes en el espíritu de los pueblos. Hollywood es en realidad un cuartel donde se adiestran los forbantes de la nueva aventura aniquiladora de nuestros pueblos. Además, el cine es renglón especulativo, por medio del cual el comercio extrae al pueblo buenos bolívares a cambio de malas películas.

Complejo en sí, el problema del cine debe ser encarado con energía y dignidad por pueblo y gobierno. Junto con promoverse una bien orientada industria nacional del cine, debe pensarse en el valor educativo de lo que se ofrece al pueblo. El cine es una escuela hasta el presente entregada al interés de los comerciantes. Mientras las leyes ponen a la educación común cortapisas tan absurdas como la disposición que impide a los Liceos particulares impartir enseñanza nocturna a la clase trabajadora, ocupada durante el día en menesteres de salario, se dejan abiertos hasta la media noche, sin cuidado alguno, estos funestos planteles donde en forma intensiva se enseña la liviandad, el robo, el adulterio, la traición, el odio entre los pueblos, la embriaguez, el uso de drogas heroicas, el espionaje vil. Esas famosas universidades populares puestas al servicio del capitalismo yanqui, no han sido intervenidas jamás por el Estado. Las autoridades escolares que buscan trabas a los Colegios privados, jamás se han interesado por mirar el funcionamiento de estos planteles, donde se enseña con el color y con la voz, donde el vicio canta sus más depravadas canciones y donde la guerra hace la mejor propaganda del odio.

Pareciera que las autoridades educacionales no hubiesen advertido que los cines son también planteles que debieran estar sometidos al mismo régimen a que están los institutos clásicos. ¡Qué escándalo monumental no se formaría si en el Colegio de San Ignacio un profesor dijese algo que rozase con la "filosofía educacional" del oficialismo! Sin embargo, nadie alza la voz cuando se difunde el odio, el vicio, la traición y la muerte en las salas de cine.

Sobre esta tragedia de profundos alcances morales, se encima el problema de la extranjerización de la conciencia del pueblo. El cine

americano es una excelente escuela para formar pitiyanquis. Desmejora la propia concepción de la vida y empuja a la servil imitación de modas forasteras. A través de sus films, el imperialismo de Wall Street busca la uniformidad subalterna de los pueblos sobre los cuales pretende erigir su señorío.

Problema moral y problema económico, el del cine es ante todo –aunque huelgue el repetirlo– problema que atañe a la nacionalidad. Por donde al ser presentado en forma clara y rotunda, todas las voces responsables se han conjugado para dar mayor amplitud a la noble y patriótica campaña en pro de su mejoramiento. Está indicando, también, este hecho que el nacionalismo no es un valor desamparado en el orden de lo social y lo político. El nacionalismo ha irrumpido como voz de alerta en orden a salvar la Patria. A quien pregone sus consignas, se le oye y se le sigue. Los grupos superan diferencias. Los distingos ideológicos se absuelven fácilmente para unir a todos los que sienten la Nación como fin moral y no como medio concupiscente. Ya se mira cómo nuestro nacionalismo no es una fuerza pugnaz, sino un mero propósito de defensa de nuestros elementales derechos a vivir con independencia y con decoro. Despabiladamente ya se comprende cómo el nacionalismo sirve de vínculo para la común defensa cuanto más sean las cosas comunes que nos atan. Organizado sobre la unidad de adentro, nos da fuerzas para buscar la unidad de fuera.

Buen frente el que ha promovido la actual lucha contra el cine corruptor. Encabezadas por el Primado, de palabra dulce y suave autoridad, todas las fuerzas se aúnan para ganar la batalla por el buen cine. Seguramente habrá de llegarse a la conquista de un instrumento administrativo, que permita dar al cine su verdadero carácter de vehículo educador, tanto como defender con él al público de la voracidad de las empresas. Ningún color ideológico determinado puede tener la campaña que se enderece a defender los valores de la nacionalidad. Las diferencias se deponen para mirar sólo el interés sagrado de la comunidad nacional.

BALANCE

Las páginas recogidas en este volumen fueron escritas en América durante el curso de 1952. Ellas, junto con la apreciativa que mereciéronme hechos y conceptos, recogen el tono y el vaivén de la política de nuestro mundo continental.

Cuando las reviso, a la hora de entrar de nuevo en prensa, encuentro que muchas situaciones han variado desfavorablemente para la causa de nuestras naciones latinoamericanas. Algunas nobles banderas puestas en el asta de la política, han sido arriadas con sorpresa de los pueblos. En cambio, en el área de la inteligencia, el problema se ventea mucho mejor. Si los gobiernos han cedido, los pueblos mantienen más viva la vigilancia. Se ha planteado la realidad como problema de pueblos traicionados por quienes asumieron la rectoría de su destino. Todo se hace por ende en terrenos disímiles y contradictorios. Aparentemente pareciera que van ganando la partida los valores contrarios a la América libre. En cambio, cuando se mira con el debido reposo, es fácil advertir cómo la conciencia de los pueblos se hace cada vez más vigorosa y cómo las voces defensivas del nuevo nacionalismo cobran ámbito mayor.

Quizás ningún lugar del mundo sea más propicio para sentir la comunidad de la América Latina, como la vieja matriz peninsular, de donde fueron los altos símbolos que dan signo uniforme y diferencia personal a nuestros pueblos angustiados.

Estas consideraciones me llevan a mantenerme aun más firme en mi vieja fe de que no perecerán los valores que forman el entresijo de

nuestro mundo espiritual. Nuevas fuerzas aparecerán en la superficie social de América. Hoy, las viejas oligarquías cantan su última nota, como cisnes que se acercan a la muerte. Tras de ellas, el pueblo aparecerá en su plenitud decisoria, para dar nuevo sentido y nuevo marco a la política de las naciones. Sin afán alguno, luchando como si fuéramos inmortales, ya veremos por nuestros propios ojos, o por los ojos de mejores generaciones, el triunfo de las ideas que hoy llenan de esperanza nuestros corazones de obreros del destino.

Aunque muchos flaqueen, quedan más brazos para levantar las airosas banderas. Aunque muchos, atemorizados o vendidos, cierren los labios que ayer divulgaron elevadas consignas, en silencio mil más meditan mejores acciones. Al lado de la buena luz, pareciera que luces erradizas llamaran a los navegantes al escollo. Las naves que puedan encallar por el maleficio de las señas serían, en todo caso, naves cargadas de peligrosa impedimenta. Los bajeles de la dorada esperanza tienen, en cambio, bien puesta la mirada avizora en la roja señal de los fareros de experiencia.

Madrid, 12 de noviembre de 1953.

PATRIA ARRIBA
(Nuevo ensayo sobre los valores de la hispanoamericanidad) (1955)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Madrid: Edics. Independencia, 1955. 99 p.

A LA CIUDAD DE AREVALO,
CUNA DE MIS MAYORES.

EXERGO

La evocación emocionada que hago en estas páginas no lleva intento alguno de historiar los remotos orígenes de la Villa de Arévalo. Al severo dato atestiguado por la Historia, enredo indocumentada leyenda, sin cuidar en nada de hacer distingos críticos. Mi propósito sólo ha sido alabar la severa tierra castellana de donde procede mi apellido y tomar, a la vez, este homenaje como oportunidad feliz de volver sobre el viejo y desamparado tema de los valores que dan sustancia de tiempo a las nacionalidades hispanoamericanas.

Sin temor alguno a que se me moteje de fastidiosa persistencia, habré de insistir siempre sobre la necesidad de considerar las categorías diferenciales y unitivas transmitidas por la tradición hispánica, como fecundo estrato subyacente donde afinca el orden de nuestra sociedad americana. En razón de no haber hecho cuenta de la fuerza resistente de dichas bases, tanto el continente hispanoamericano –visto como unidad regional– cuanto nuestro propio país, en su valor de pueblo, han sufrido una profunda distorsión, que, en cambio, han sabido aprovechar para sus planes expansivos poderosas potencias. Sobre nuestra desunión de países y sobre nuestra invalidez de pueblo ha sido fácil al extraordinario imperio angloamericano dominar los intereses económicos y morales de los países formados al calor de las instituciones de la vieja España.

Muchos han dado en entender que esta rebusca de valores tradicionales corresponde a una actitud opuesta al progreso y a la universalidad. Imaginan, con Petrarca, que la Historia sea una manera de evadir el

presente, sin pensar que en el pasado se ganan fuerzas para defender el porvenir de los pueblos. De ella derivan la Gravitas *y la* Constantia *que sirvieron de virtudes cardinales a la potencia del pueblo romano. En este orden de ideas, mi empeño se ha enderezado a hacer ver a nuestros países como defendiendo los viejos valores de cultura que dieron forma al andamiaje donde fraguaron nuestras nacionalidades, logramos apoyatura resistente, tanto para nuestra personalidad presente como para realizar mejor el sentido universalista que nos transmitió la propia nación colonizadora. Solamente sobre la densidad personal anterior y sobre el justo valor de las categorías de la cultura podemos dar a nuestra hora presente fuerza adecuada para que los tiempos futuros sientan su presencia constante. Para proyectarnos en el mundo por venir necesitamos la integridad de nuestra hora de pueblo, y éste es tanto más pueblo cuanto más enraizada esté su sustancia social en las duras piedras del tiempo.*

Para defender el mestizaje que da colorido a nuestros pueblos, úrgenos conocer las raíces de donde arranca la sociedad presente. Españoles, negros e indios se juntaron para formar el soma de nuestras colectividades. De los tres ingredientes, el español aportó los signos cargados de Historia que dieron mayor personalidad a la mezcla y más amplitud de contenido a las sociedades nuevas.

Nuestra americanidad impone el estudio y la ponderación del plasma hispánico que la sirve de elemento unitivo. No nos ata a los hispanoamericanos la circunstancia de movernos en medio de comunidades con vecindad geográfica (Ya Francia y Alemania serían ejemplo de tierna hermandad). No nos une tampoco un sustrato aborigen continuo, pues en el mundo procolombino tan diferente de un tolteca era un tupí–guaraní como pudo serlo un griego de un celta. Los mismos negros llevados de Africa, pese a la uniformidad de la piel, correspondían a comunidades en extremo diferenciadas. El español, en cambio, representaba una Historia con ensambles uniformes de cultura.

Aun para hacerles fáciles los medios de que se sumen a nuestra unidad concencial de pueblo, las mismas masas inmigratorias, que han venido agregando savia y espíritu a la nación, necesitan una constante

histórica que mantenga en los ánimos los valores que dan sello creador a lo hispanoamericano. Los viejos mitos de Ledesma, de José María España, de Miranda, de Bolívar, del Negro Primero, de José Vargas, obran como imponderables en el orden de unificar la actual conciencia del pueblo, al cual muchos, con fines interesados, pretenden dar una mera valorización industrial o un leve tono de sabor geográfico, fácil de captar en las lentes de una kodak o en el brillo de artificiosa cláusula. La universalidad, sin la severidad del continente que la reciba y reelabore, conduce a la dispersión infecunda. Para la mayor eficacia de la prédica de la catolicidad evangélica, San Pablo se hacía judío con los judíos, griego con los griegos, bárbaro con los bárbaros. Unos y otros, sin negar su peculiaridad nacional, podían sentir la igual estructura esencial interior. *Del mismo modo, la universalidad de los valores humanos puede aposentar realmente en una conciencia determinada, sin necesidad de que ésta abjure lo particular que da fuerza a pueblos, familias e individuos. Sin el apoyo, en cambio, de la pujanza plasmática que transmite ímpetu a los pueblos, a las familias y a los hombres, no medran envergadura las alas que buscan la infinitud de los grandes valores sin tiempo y sin espacio. Víctor Hugo, genio de ideas universalistas, no se desdeñó de decir: "Je cherche l'idéal, mais en touchant toujours du bout du pied le rèal. Je ne veux ni perdre terre comme poëte, ni perdre France comme homme politique".*

Dura, recia, a veces cruel, España fué la maestra en el proceso de formar los nuevos pueblos. Las manos de sus hombres llevaron a las Indias la llama de la luz antigua. Atenas, Alejandría, Roma ya habían aposentado sus tesoros de luces en los monasterios y en las Universidades españolas. Cuando el Renacimiento iluminaba de alegría el rostro de los hombres de Europa, las carabelas de España buscaron tierras más anchas donde pudiera crecer la vocación ecuménica del hombre español. Tanto creció en el Nuevo Mundo, que a vuelta de tres siglos Miranda, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, Hidalgo, Santander, Morelos, Camilo Torres, Simón Rodríguez, del Valle, Roscio, Palacio Fajardo, Caldas, Peñalver, Rivadavia, Bello e Irisarri eran por sí solos batallas campales que aseguraban a la América española su derecho a constituirse en autónomas naciones.

Mirar hacia la vieja España con sentido de creación permanente es servir a la defensa de nuestra autonomía moral, amenazada por signos extraños que intentan remarcar con otro sello nuestra fisonomía de pueblos. En el presente trabajo evocativo yo tomo el hilo del familiar ancestro. Ayer, también, para exaltar la venezolanidad, ensayé la evocación afectiva de mi pueblo natal. Hoy, Historia arriba, he llegado a la tierra antigua de los Padres que fueron a echar en el Siglo XVI los cimientos de la Patria venezolana. Al explorar su mundo viejo, busco avivar los sentimientos nuevos que me unen a una Historia que en retrospectiva hazaña hizo suya la propia Historia de la Madre Patria. Cuando nuestros países ganaron su autonomía política, no sólo dieron signos diferenciales a la reseña que en los viejos textos españoles se capitulaba como Historia de países coloniales. Con dar cuerpo autónomo a la Historia de la dominación española en nuestra tierra, también hicimos nuestra la Historia que en su voluntad medulosa habían trasladado al Nuevo Mundo los intrépidos conquistadores. En Castilla, en Extremadura, en Andalucía, en Asturias, en Vasconia, se movía durante la alta Edad Media la Historia germinal de Venezuela. Sus personajes, sus hechos, su cultura ya vivían en potencia remota en la voluntad de los hombres y de las mujeres que acá pensaban, acá trabajaban, acá guerreaban, acá sufrían y acá rezaban. Los enemigos de la revolución española, redujeron, en cambio, la Historia de Venezuela y la Historia de América a un proceso artificial de rebeldía con data apenas en 1810. Esa Historia sin raíces ayudó a la delicuescencia que ha desfigurado el rostro moral de nuestras nacionalidades en peligro. México mismo, con su fabulosa historia precortesiana, vió quebrada su cultura aborigen a la manera como se quiebra un cántaro de barro al chocar con un caldero, según plástica expresión de Alfonso Reyes. Para unir en vano su hora presente con el pasado de la antigua autonomía destruída por las huestes conquistadoras de España, tendría que abjurar el gran país hermano todos sus extraordinarios valores en el orden de la nueva cultura universal. Esa falta de asimilación de la propia Historia ha hecho más grave y doloroso en México el proceso de desarticulación por donde la técnica y la fuerza del Norte han logrado apoderarse de grandes recursos económicos y morales del maravilloso país de Hidalgo y de Morelos. Empeñados los indigenistas en sostener una lucha artificial y fuera de tiempo entre

Hernán Cortés y Guatemoc, no han hecho sino dejar al descubierto las brechas por donde se introduce el enemigo. Embrazados el príncipe aborigen y el conquistador aguerrido, harían, en cambio, fácil la defensa de un orden donde por igual crece la prestancia imperiosa de ambos próceres.

Antes que en propósito personal de memorar decrépitos linajes, deben, quienes lean estas líneas, pensar que sólo me ha movido el ánimo forzudo de pintar la confluencia creadora de los mundos que incidieron sobre el suelo de Venezuela para formar la nueva sociedad nacional. Por la gracia de Dios, en aquel remoto momento se creaba ya para mí el honroso derecho y el indeclinable deber de sentirme ciudadano de Venezuela y, por lo tanto, ciudadano de América. También, por la gracia de Dios, me mantengo fiel a los compromisos de lealtad contraídos con la comunidad nacional que ha ayudado a formar mi espíritu de hombre.

Si hoy, segundo día de noviembre, hubiese amanecido en la distante Caracas de mis sueños, habría hecho el camino del camposanto, para adornar de flores aromosas la tumba donde mis padres duermen. Si viviese en Trujillo, en San Lázaro, en Valera, en Maracaibo, habría ido a hacer lo mismo en los viejos cementerios o en las iglesias antiguas donde reposan las cenizas de los abuelos cercanos. Sobre la tierra donde se confunden con el limo primitivo los huesos de los mayores, adquiere dimensión solemne el concepto de la Patria, por donde faltar a sus deberes es tanto como traicionar la sombra de los muertos que antecedieron nuestra presencia en el orden de la Historia.

Así la Patria sea una categoría magistral que acompaña al hombre adonde quiera que fije su transitoria morada, su sentido realízase con vivacidad extraordinaria al amor inmediato de los valores que surgen de su carácter íntimo y doméstico. Un concepto hedonista de la vida ha dado curso a la frase de Pacuvio citada por Cicerón: *Patria es ubicunque est bene.* Al amparo de esta consigna cómoda, se desdibuja de la voluntad del hombre el concepto de lucha y de deber que sirve de fundamental ingrediente al patriotismo. En el propio suelo nacional se haría fácil estar bien a quienesquiera que pongan por finalidad de sus actos la satisfacción de mezquinos intereses. Si la Patria fuese simplemente el lugar donde se pueda vivir a dos carrillos, nada mejor que acomodar la conciencia del bien a las peculiaridades del orden social donde se vive por juro de heredad. Con esta filosofía simplista, Séneca, desterrado en Córcega, no habría exclamado con voz doliente: *Carere Patria intolerabile est.* ¡Sufrimiento intolerable es vivir fuera de la Patria!

En la distancia obligada a que hoy vivo de Caracas, de Trujillo, de Valera, de Maracaibo y de San Lázaro, he tenido que buscar Historia arriba la patria chica que, en medio de la variada y generosa geografía de la Madre Patria, guarda las cenizas de los viejos abuelos que dieron vida a los audaces conquistadores de América de donde proceden las familias europeas que me dieron apellido.

*

El conquistador español representa un tipo singular en el orden de la Historia Universal. Como el argonauta griego, llevaba en la pupila avizora una visión que dominaba la larga curva marina, ora confundida con las movedizas aguas del ancho océano, ora con el verde desierto de las llanuras solitarias; como el romano admirable, tenía la fuerza de una resistencia fraguada durante ocho siglos de pelear contra el moro aguerrido, sin más descanso que echarse sobre las propias armas, junto a los caballos que "paravan dentro de las cámaras donde dormían con sus mujeres, porque luego que oían dar el apellido tuviesen prestos sus arreos"; como el Cruzado medieval, su espíritu estaba saturado del aire místico-militar que hizo de fieros soldados, como Fernando III y Luis IX, santos de suavidad angélica para los altares iluminados de las severas catedrales, donde se hacía realidad pétrea la comunidad del pueblo cristiano.

En nuestra América hay una jerarquía terrígena que arranca de los hombres que hicieron la Conquista. En Estados Unidos del Norte el respeto al vínculo ultramarino ha hecho que la fronda de los árboles brotados del semillero de los *Pilgrims Fathers* rompa las líneas de todas las posibilidades genealógicas. Por mucho tiempo, en cambio, en nuestra América española se hizo poco precio del abolengo hispánico. Investigar la línea sucesoral de las familias fué algo que cayó en el viejo concepto de "limpieza de sangre", por donde se ganaron títulos y prebendas en la Colonia. Otros, llevados de aura de fatuidad, la dieron por revaluar linajes para fines de falso lucimiento de personales entronques con viejos hidalgos y con antiguos nobles.

Mirando al bulto este proceso de rebusca de cepas familiares, se lo pudo tomar apresuradamente como actitud doblemente anti-republicana. De

una parte, se vio un empeño tonto de exhibir valores contrarios al orden de la igualdad democrática; desde otro ángulo, se consideró todo tipo de investigación genealógica como acusado testimonio de un espíritu de retorno a las formas coloniales. La falta de serenidad de juicio que caracterizó a muchos historiadores y políticos del siglo pasado hizo que estos temas cayeran en el orden de las cosas vedadas desde el punto de vista de lo genuinamente republicano y nacional. Hubo época de nuestra historiografía durante la cual todo se miró a través del cristal de lo anti-español. El patriotismo se juzgó una permanente actitud anti-española. Con atacar la Historia antigua, se creyó compensar toda manera de pecados actuales contra la propia República. Se pudo irrespetar impunemente los valores de la ciudadanía, a condición de abjurar de España como genitora de nuestra cultura. Alabar a Voltaire y denigrar a Jovellanos fué buen seguro para violar las instituciones nuevas. En más de un ensayo he tratado de probar cómo, en cambio, nada ha contribuído tanto a desarticular nuestra continuidad de pueblo como el empeño sistemático de confundir las formas políticas del sistema colonial con la realidad histórico-social cuajada durante los tres siglos de acomodo de las nacionalidades hispanoamericanas. Se confundió el modo "del estar" con la esencialidad "del ser" de los pueblos. Se ponderó la criatura; mas se denigró el vientre que la nutrió y contuvo.

El abandono de estos valores ha llegado a provocar la delicuescencia actual de nuestro carácter de nación. En nombre de un falso patriotismo, o más bien de una chabacana patriotería, se dio en negar y en atacar nuestras propias raíces hispánicas y se hizo doctrina de progreso todo lo que condujese al reniego de los signos donde pudo haber alcanzado firmeza la fecunda tradición de nuestro pueblo. Fácil resultó a los abanderados del progreso entreguista demoler portales donde aún lucían severas heráldicas coloniales, para adecuar el nuevo orden arquitectónico a la propaganda de la "Coca-Cola" y de los "Studebaker". Por un falso espejismo, juzgóse que lo democrático y lo tradicional estaban mortalmente en riña. Los apologistas de la licencia negaron el papel que corresponde a la jerarquía en el mismo orden de levantar el nivel de las clases desafortunadas. Sin sentir en sí mismos los valores populares, se

limitaron ciertos políticos a engañar a las masas, mientras con la otra mano cerraban la puerta por donde aquéllas podían ganar categoría superante.

Los románticos sostenedores de la creación *ex nihilo* llegaron a practicar una manera de rito de abjuración de todo lo que signifique un valor pre-republicano, y practicaron tal rito como testimonio de lealtad a la independencia. Nada les importaba, en cambio, hipotecar por medio de una conducta antinacional y anti-democrática la propia independencia de que se decían literariamente devotos. Con tal procedimiento negaron la propia realidad del ente social que supo quebrantar la antigua dominación colonial. Esta liturgia de negación concluyó por destruir las categorías que hubieran podido servir de vértebra para la gran cuaja del pueblo. Confundidas las realidades positivas de la nación con las realidades negativas esgrimidas por la bandería de la política, se miró a lo superficial de la problemática social con prescindencia de la sustantividad somática de los hechos antiguos. La Patria, más que realidad de suelo y que categoría funcional en el orden del espíritu, fué confundida con el interés momentáneo de la aventura partidista. Sobre la inmoble concepción del pueblo como totalidad creadora, se levantó el concepto parcial y movedizo de sector agobiado por las fuerzas de la perenne explotación, extendida, con menoscabo de la justicia, hasta servir vanamente a quienes lucran con su candor y con su angustia para señorear sobre sus propias necesidades. En nuestra América, los peores martillos para golpear al pueblo han sido forjados con la sufrida materia de los yunques viejos.

El pueblo histórico encierra, en cambio, un mundo de contradicciones. Viene del viejo pueblo español, como trasplante de fuerza y de cultura que buscaba área más dilatada para su realización. También en naves sombrías llegó a nuestros territorios una masa de gente arrancada de su fecundo suelo africano, y que sumaría su vigor al vigor de las bestias de que se ayudaba el colonizador en la obra de cebar la nueva riqueza. Ambos factores alígenas –dominador el uno, esclavo el otro– se agregaron a la resignada experiencia del poblador aborigen, para integrar la heterogénea unidad social que forman el basamento de la República.

Bajo los símbolos del pueblo dominador se realizó la alquimia de las sangres y se crearon los valores mestizos de donde recibieron rango diferencial las nuevas nacionalidades. Una hermenéutica hostil, como hija de la cruenta guerra emancipadora, provocó, en cambio, la desviación de los conceptos fundamentales de la Historia nacional, y condujo, consecuentemente, a un desmayo concencial, que terminó por desconocer las más valiosas raíces de la tradición del país. El pueblo dejó de hacer precio del significado de las fuerzas antiguas que pudieron darle unidad resistente, y se entregó a la fiesta nueva, por donde se lo llevó a la negación de su propio destino nacional.

Pero al lado de los alegres seguidores de tan peligrosas novedades, dispuestos a toda hora a trocar el patrimonio antiguo con el oropel de la conquista nueva, han permanecido espíritus vigilantes que, sin negar la fuerza del progreso y de la técnica, persiguen para éstos su mejor impulso en las ondas de la Historia propia. Cauce arriba se ha buscado, para mejor cuidarla,la fuente de las aguas de donde deriva impulso la rueda nueva. De la aportación antigua se ha mirado por más valiosa la del hombre que llevaba en la mano la antorcha de la vieja cultura mediterránea.

Cuando se trató de romper las amarras políticas que mantenían a la ya secular sociedad indiana atada al poder metropolitano, se acumularon por los nuevos hombres vicios, defectos y crímenes a los viejos conquistadores. Se trasladó al campo de lo histórico una mera contienda de actualidad política. Se confundió la raíz hispánica con el brazo del soldado nuevo, empeñado en mantener para provecho forastero el dominio sobre la tierra y el imperio sobre una sociedad ya crecida para gobernarse por sí sola. Sin espacio para el análisis, los Padres de la República dieron en hipostasiar a los capitanes del fernandismo con los capitanes que habían llevado a la tierra los primitivos valores de cultura, en cuyo nombre ellos se adelantaban a rechazar la propia ingerencia de la Metrópoli. No advirtieron ni Bolívar, ni Urdaneta, ni Páez, ni Peñalver, ni Mendoza, ni López Méndez, ni Briceño, ni ninguno de los grandes patricios que dieron líneas a la República, cómo eran ellos –sucesores legítimos en el rango de la sangre y de la cultura de los capitanes antiguos– quienes, en nombre de aquéllos, se enfrentaban a los

nuevos capitanes que negaban los derechos creados por las generaciones surgidas del esfuerzo de los Padres del Siglo XVI. Ni Diego de Losada, ni Juan de Villegas, ni Juan Rodríguez Suárez, ni Diego García de Paredes, ni Sancho Briceño, ni Alonso Pacheco, ni Garci González de Silva, Ni Diego Fernández de Serpa, forcejeaban como imperativo de tiempo en el ánimo de Monteverde, de Boves, de Morillo, de Moxó, de la Torre y de Correa. Por lo contrario, Losada, Villegas, Rodríguez Suárez, García de Paredes, Alonso Pacheco, Sancho Briceño, Fernández de Serpa daban tono a la sangre altiva de los Padres de la República, ocupados ahora en rechazar, con gallardía digna de su origen, la permanencia del régimen colonial.

*

Los símbolos mejores de la Patria habían ido en las manos ásperas de los recios capitanes que conquistaron y colonizaron el suelo nacional. A su afirmativo intento de espaciar en el Nuevo Mundo la Historia Universal, negros esclavos e indios sojuzgados se sumaron también para la obra de realizar la cultura nueva. Un sentido de gravedad ecuménica convertía a nuestro mundo de las Indias en anti-Babel llamada a conjugar la dispersa intención del hombre. Frente a la pugna de inmóviles estamentos y de falsas jerarquías que dividían el suelo social de Europa, la América morena sería un mundo epítome, donde habrían de compendiarse las pugnacidades europeas. Los innúmeros valores heridos en el viejo continente por la soberbia y por la altanería de un mundo clasista, estaban llamados a convalecer bajo una concepción más humana, valga decir más cristiana, de la sociedad. En América, San Pablo no necesitará pedir a Filemón la libertad de Onésimo en nombre del amor de Cristo. En el Mundo Nuevo San Pablo ordenará la ruptura de los rangos que se fundan en una apreciativa anti-humana de la dimensión del hombre. De la vieja España, donde habían fraguado los diversos valores del mundo mediterráneo y del Norte europeo, iba buen engrudo para dar posibilidad aglutinante a la estructura igualitaria de los pueblos nuevos. Mientras el inglés sembró en Norteamérica un distingo racista que aún dura como negación de los valores humanos, en el Continente iberoamericano, pese a los complejos no superados que afloren en muchas páginas de su

Historia, se hizo sentir desde los comienzos la pujanza de conceptos cargados de humanidad, que buscaban su hora de plenitud en el campo de los hechos.

Lo que significó para los espíritus tradicionistas del Norte la memoria de los *Pilgrims Fathers*, eso mismo debió de haber significado para nosotros el recuerdo de los conquistadores y pobladores del Siglo XVI. Con ellos llegaron a nuestro suelo americano los signos de la nueva Patria. Padres de la Patria, al igual de los Padres de la Independencia, los llamó espíritu tan culto y liberal como Manuel Díaz Rodríguez. Subir hasta ellos en el orden de la investigación genealógica, es tanto como asomarnos en función personal a las viejas ventanas desde las cuales la alegre Europa renacentista avizoró el porvenir de América. Con saber sus nombres y conocer los entronques que a ellos nos llevan, no se gana, como piensan los necios buscadores de linajes, mérito alguno para nuestra obra actual. Cuando yo desando la selva de los apellidos coloniales, sólo siento cómo crece mi compromiso con la Historia nacional y cómo se hace más recio mi deber de servir la causa de la integridad presente de un pueblo que arranca del remoto esfuerzo en que estuvo comprometida la voluntad de mis mayores.

Más fácil me es subir hasta los Conquistadores que llegar individualmente al tronco indígena o a la raíz esclava de mi estirpe. Hubo durante la Colonia quienes se ocuparon en formar árboles que ayudaban a mantener o a fingir prestigios de hidalguía. El nombre, en cambio, del esclavo de donde arranca la abuela parda que sumó su sangre a la sangre altiva y presuntuosa de los Briceños del Siglo XVIII, no hubo sino empeño por borrarlo de la historia familiar. Nada he podido saber tampoco del bondadoso indio timotíes que tomó en la vieja encomienda de Jajó nombre nuevo para figurar en el orden civil con apelativo castellano. Ambos abuelos, para la investigación histórica, los miro como amorosas puertas entenebrecidas por donde, en cambio, me viene sangre, fuerza, dolor, ensueño y rebeldía que gravitan sobre mi conciencia de mestizo. Sus caminos tampoco podría hoy buscarlos en España, donde los abuelos que llevaron los símbolos mayores tuvieron, en cambio, solar conocido. Quemaron las naves cuando aposentaron en

las Indias, pero en la Península distante quedó el ombligo que los mantenía unidos al mundo de cultura que con su esfuerzo buscaba nuevos horizontes donde distenderse para ganar formas más frescas.

*

En este día horro de inmediatos valores terrígenos, he buscado Historia arriba la Patria chica de mis antecesores peninsulares. De Arévalo, en Castilla la Vieja, era nativo el primer Briceño que llegó a Venezuela el año 1528. En un sentido de realidad nacional, de aquel audaz aventurero arranca la historia de la familia Briceño de Venezuela.

Felipe II, por Cédula datada en Segovia el 13 de julio de 1573, declaró hijosdalgo de solar conocido a los Conquistadores y a sus descendientes legítimos. Esta era, pues, hidalguía nueva, ganada en la recia empresa de fundar ciudades. Aun al servicio de los factores alemanes, a quienes Carlos I arrendó la primitiva Provincia de Venezuela, los pobladores se sintieron comprometidos en una obra de civilidad. Cuando Ambrosio Alfinger arregló el primer gobierno de la flamante Coro, Sancho Briceño inició funciones de justicia en el cargo de Alcalde Ordinario de la ciudad.

De 1528 a 1545 la existencia de Sancho Briceño discurre haciendo caminos a través de la selva virgen y de las llanuras desiertas. Su vida es igual a la vida de todos los fundadores. Lucha agria con los indios, lucha feroz con la selva, lucha aventurada con los ríos sin vado y con las bestias feroces. "No era Don Sancho, escribe Roberto Picón Lares, de los hombres para el ocio y el regalo; a buscar laureles había venido, y osado va a cortarlos en los campos de la lucha. Con Spira figura en la primera expedición a El Dorado tentador. Vanos fueron los esfuerzos por hallar el rico país; mas con ello no curaron de sus embelecos los recios varones que la emprendieron; por el contrario, el fracaso servíales de acicate para las que la sucedieron. Animados de ese mismo espíritu de combate y sacrificio, se llevó a cabo la segunda expedición en busca del remoto país. Felipe de Hutten la comandó, y Don Sancho fue de los primeros en alistarse y de los que más pruebas de valor dieron al realizarla. Intrépido, como a sus demás compañeros, lo vemos atravesar

el desierto y la selva; intrépido, trepar las montañas inaccesibles; intrépido, arrostrar la batalla del clima y del hambre, hasta ser uno de los treinta y nueve valientes que en la selva amazónica pusieron a lucir para los siglos la victoria de los Omeguas, émula en las Otumbas y Cajamarca, a cuya gloria cuadra sólo un recio canto de gesta o las valientes estrofas de un romance".

El correr sin descanso por los caminos delirantes del oro, jamás aparecido, tomó algún sosiego cuando se inició el proceso de la fundación de pueblos. A esto, más que a probar fortuna en gordas minas, han ido los caballeros andantes de este nuevo Orden de Caballería. El discurso aventurero cede ante el relativo reposo de la vida de ciudad. Juan de Carvajal ha dispuesto asentar la gente en el valle de El Tocuyo, y en 1545 aparece la segunda ciudad venezolana. Luego hay Cabildo que administra justicia en forma menos áspera que la administrada por el feroz capitán, y corrido un año, ya las vacas, las ovejas y las cabras han multiplicado su número inicial. En la encomienda, el poblador ensaya con el indio nuevos cultivos. En el pueblo se levantan casas anchas como las casas de Castilla, y algunos adelantan a labrar en los portales viejos escudos de hidalguía.

Pronto la necesidad de desbrozar la tierra pone de nuevo a Briceño en movimiento. En 1548 está con Juan de Villegas en la toma de posesión de la Laguna de Tacarigua, y corridos cortos años andariega con Damián del Barrio en pos de vetas de oro.

Las jornadas fundadoras siguen, y a luego de pocos años Sancho Briceño está en el Valle de las Damas, entre los aguerridos capitanes que acompañan a Juan de Villegas en la fundación de la Nueva Segovia de Barquisimeto. Aquí permanece el conquistador mientras puede retornarse a su casa de El Tocuyo. Trabaja la mina y cultiva el campo. Estos hidalgos dividen su tiempo entre el Cabildo, donde se dan normas de república a las nacientes comunidades, y la tierra, que sirve de sustento a la riqueza nueva.

En 1557, Diego García de Paredes recibe poderes de los Alcaldes-Gobernadores de El Tocuyo para ir a poblar en Occidente la tierra

generosa de los cuicas. Briceño va entre los capitanes audaces que acompañan al hijo ilustre de quien fué asombro en las guerras de Italia. Dificultada la paz y ocurrido el abandono de la Nueva Trujillo, luego Briceño regresa a ella con Francisco Ruiz, investido ahora del carácter de Maese de Campo. En Trujillo deja para siempre Sancho Briceño su nuevo solar; pero antes que sus raíces se enreden *ad perpetuam* en el ambiente trujillano, recibe grata y riesgosa encomienda de viajar a España *.

(*) Cuando José Domingo Tejera publicó en "Panorama", de Maracaibo, por 1917, su estudio histórico-crítico sobre Antonio Nicolás Briceño, llamado El Diablo, dió a la luz el árbol de la familia Briceño que guardaba entre viejos papeles el ilustre Dr. Ricardo Labastida. Coincidió esta publicación más o menos con los estudios sobre "Próceres trujillanos", que preparaba el Dr. Vicente Dávila. Aquellas investigaciones pusieron en resalto el hecho de que numerosas familias venezolanas de alta prez, incluso la del propio Libertador Simón Bolívar, descendían del viejo tronco sembrado por Sancho Briceño. Esto llevó a Dávila a ampliar las investigaciones sobre la familia Briceño, rematadas con la publicación de su árbol, en libro circulado cuando en Trujillo se inauguró el busto del fundador, costeado por sus descendientes, a instancias del propio Dávila. La dimensión extraordinaria de que se alaba a la familia Briceño deriva del simple hecho de la masculinidad que ha mantenido en sitio de primicia el apellido y de la circunstancia de haber sido condensados los árboles parciales, pues doble o triple sería el árbol, por caso, de la familia Cuaresma de Melo, de donde procede la mujer de Briceño. Iguales o más largas serían las proles de cualquier otro tronco fundador si se las buscase en la totalidad de su función sanguínea. Fijado también el hecho de que los apellidos Bastidas, La Bastida, Labastidas y Berdugo, de Trujillo, son matices del mismo árbol Briceño, ya que así firmaron hijos de Francisco de La Bastida, casado con una hija de don Sancho, pudo hacerse la fusión de la familia, hoy desparramada en Venezuela, Colombia, Panamá y Centroamérica.

Si lo hecho por Dávila con el apellido Briceño se hiciese con los demás apellidos del Siglo XVI, estudiados por Felipe Francia, Luis Alberto Sucre, Ambrosio Perera y demás genealogistas venezolanos, fácil sería a la mayoría de los compatriotas que hoy olvidan el ancestro hispánico, hallar el hilo que les permitiera desandar caminos hasta dar con la flota que llevó los abuelos a nuestras playas afortunadas. Ni hidalguía ni mérito social alguno habrían de derivar de semejante indagación. En cambio, escucharían el tumultuoso ímpetu de una corriente histórica que los compromete a la defensa permanente de los valores de la venezolanidad. Sabrían entonces que no pueden comportarse frente a la suerte del país como los advenedizos y traidores con conciencia de muelle, en cuyos amarraderos los piratas aseguran fácilmente sus naves sombrías. Aunque, si a verlo bien vamos, han sido ilustres descendientes de Próceres quienes mayor empeño han tomado en la tejedura de las nuevas amarras con que se intenta sojuzgar la libertad de la Patria. Sin hacer caso de la responsabilidad que los abuelos asumieron en la Historia heroica, aquéllos proceden como inmigrantes sin conciencia aún de la nueva nacionalidad, a quienes sólo preocupase el grosor de los intereses del dinero habido en cualquier forma.

Anteriormente los vecinos habían diputado misiones que viniesen a la Corte a tratar problemas atinentes con la vida de la Provincia. En el año 1560 los grupos ya tenían mayor arraigo y las ciudades habían aumentado en número. Coro, El Tocuyo, Nueva Segovia, Nueva Valencia y Nueva Trujillo representaban ya núcleos civiles, donde tomaba fuerza la vida institucional de la Gobernación y Capitanía General. En febrero de 1560 se reúnen en la Nueva Segovia representantes de los Cabildos de las cinco ciudades de Venezuela. Es el primer congreso de Municipios que junta la tierra. No deliberan solos los pueblos; empero, conjugan su fuerza naciente para que su voz alcance mayor tesitura. Tampoco son los representantes del poder real quienes ejercen la función deliberante. Son los pueblos mismos, asistidos de las voces que los representan, quienes asumen la guarda de sus intereses. Aún más. En esta reunión primeriza de Cabildos, los representantes del común adelantan a solicitar derechos que contradicen los derechos de las autoridades reales. Ellos empiezan a sentirse la voz de la tierra que remarca con su signo diferencial la voluntad ya declinante de quienes vinieron a sojuzgarla para beneficio del poder lejano de los Reyes. Las cosas grandes comienzan a formarse por medio de pequeños esfuerzos. Cuando Damián del Barrio, Cristóbal Antillón, Pedro de Campo y Cristóbal Albornoz firmaron por ante el Escribano público y de Cabildo, Bernardo Heslín, las instrucciones dadas a Briceño, se anticipaban a futuras acciones que definirían el carácter de la república.

En manos de Sancho Briceño vienen al trono real las peticiones de los pueblos recién surgidos a la vida pública. El negociador alcanzará mercedes que superan las solicitadas, pero entre ellas precisa hacer mención de la que da rango singular a la Provincia. Muchas tienen sólo alcance piadoso y van dirigidas al mantenimiento del culto y a la difusión de la fe. La conquista mira también al problema de las almas, y quieren los colonos que los curas y sacristanes de la Nueva Segovia y de la Nueva Trujillo tengan su congrua bien cubierta; quieren, además, que las religiones de San Francisco y Santo Domingo envíen de sus casas de La Española frailes que misionen la Provincia. En el repartimiento de las encomiendas ya se observan injusticias, y los Gobernadores anulan a su capricho títulos antiguos, sin que los titulares sean rendidos en juicio abierto a razón de incorrectos procederes. Sobre esto también quieren pronunciamiento los vecinos de Venezuela.

La colonia es pobre y reclama apoyo para su agricultura y su comercio. Las comunicaciones con España son por demás lentas y el almojarifazgo encarece las mercancías. Entre las peticiones viene una enderezada a que un navío de registro vaya cada año a la Borburata, exento de la mitad de los derechos de entrada y salida. Junto con ésta viene otra solicitud que hoy es difícil de entender en sus plenos alcances económicos. El régimen no lo ha inventado España, ni de él ha hecho renglón de provecho la Corona. El sistema es tan viejo como la crueldad humana. En la época de la horda, los hombres se comían a sus enemigos rendidos. Aquello tenía, junto con una función de economía alimenticia, un valor de rito bárbaro. La antropofagia era tanto un sistema dietético como una ceremonia sacrifical. Mas, cuando el hombre meditó que su enemigo vivo era más útil que su enemigo convertido en posta, lo puso a trabajar. Quince siglos de cultura cristiana no han podido abolir este tremendo sistema de trabajo. La esclavitud tiene filósofos y apologistas. Aristóteles mismo la dió ribetes de falsa justicia. La esclavitud se ha llegado torcidamente a utilizar hasta con fines humanitarios. Abolido el primer sistema de sojuzgamiento de los indios, se ha pensado ahora en aliviar su suerte. Al Rey Fernando y a su heredera la Princesa Doña Juana ha pedido en su testamento la Reina Católica que "pongan mucha diligencia y no consientan ni den lugar a que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y Tierra Firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados, y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean". Sobre este codicilo indiano, Bartolomé de las Casas y Antón de Montesinos han alzado sus grandes voces para defender la débil indiada. El indio no será jamás esclavizado ni sometido a recias faenas. Los rudos trabajos de la mina y del cañamelar reclaman, en cambio, brazo fuerte. Ya no es posible continuar la feroz saca de indios para el servicio esclavo. Las palabras de los doctores y teólogos han ganado en las Cédulas el camino de la justicia isabelina y el sistema presente ya mira a la protección del indígena abatido. Se necesita, empero, quien trabaje el ras de la tierra y el socavón minero. Doscientas piezas de negros son pedidas como merced real para su distribución entre los vecinos. La humanidad invocada para proteger a los aborígenes es olvidada cuando trátase de utilizar la mano de obra rendidora del negro africano. Parece que para estos negros de Africa no haya nacido aún el

alma que Paulo III ya asignó a los indios de América. Contra los negadores del alma de los negros habrá más tarde de luchar fieramente el dulce y paciente San Pedro Claver. En los barcos negreros empezó a llegar a las Indias un mundo sombrío, cuyas raíces apenas ahora inquietan a los antropólogos. Hasta reyes y príncipes de abolidos imperios primitivos fueron encadenados y herrados. En muchas de aquellas tribus sojuzgadas perduraba la semilla deforme de una primitiva evangelización cristiana. Un lejano soplo bíblico hacía creer a los negros sufridos que los hombres creados por Dios habían sido primitivamente todos negros, como producto de la tierra, y que sólo variaron de color cuando Caín palideció de espanto ante las palabras del Altísimo que pedíale cuenta del asesinato del hermano. Condenado a vivir en el caney, tal como si fuese bestia de carga, cuando aún no había alcanzado refugio libre en el inaccesible quilombo, el negro aportó su fuerza a la nueva economía, mientras al amparo de uniones desprovistas de solemnidad sacramental, sumó también su rebeldía y su dolor al torrente impetuoso de los nuevos cuadros demográficos.

Cubiertos los reclamos de la fe y de la economía, los personeros de los Cabildos venezolanos entraron a discutir materia de mayor trascendencia. En los años corridos de 1528 hasta la fecha ha ocurrido tres veces el mismo problema de la absoluta vacancia de la primera autoridad de la Provincia. Con tal causa se ha discutido el derecho de los Alcaldes a ejercer la representación del Rey. Muerto Alfínger en 1533, los Justicias de Coro desconocieron la autoridad con que el Teniente Gobernador, Bartolomé de Santillana, pretendió proseguir en el ejercicio del mando. Hubo entonces lucha abierta entre el Cabildo y quienes se decían representantes de la fuerza ejecutiva. En el estricto ámbito de la incipiente institucionalidad, el Cabildo representaba la pluralidad de las voces que deliberaban en nombre de la ciudad frente al exclusivismo de quien ordenaba en nombre del Imperio. El Municipio naciente ganó la batalla de la civilidad, por donde se introdujo en la práctica política el nuevo derecho de suplencia de los Alcaldes ordinarios. Cuando murió Pérez de Tolosa, surgió nueva querella entre los cabildantes y el Teniente de Gobernador, y cuando en 1557 Arias de Villacinda sintió cercana la muerte, despojó de autoridad a su Teniente y declaró que era a los Alcaldes a quienes correspondía el gobierno de la tierra.

Mas este derecho no era aún suficientemente robusto. Al pretender convalidarlo, Arias de Villacinda le había dado aspecto precario, por donde quedaba sometido a nuevos caprichos de los gobernantes. Las pretensiones de los cabildantes venezolanos necesitaban ser robustecidas por la propia voluntad del Rey. El Procurador Sancho Briceño habría de alegar en la Corte las razones que asisten a los criollos para que se les confirme el privilegio que se han tomado de propia iniciativa. Excepcional en el derecho de Indias, esta prerrogativa nuestra, según frase de Depons, más habilidad en el negociador que la alcanzó que tino político en quien la concedió a los Cabildos americanos.

*

Armado de sus pliegos y provisto de viáticos mezquinos, Sancho Briceño hizo el viaje de remontada del Atlántico. Después de treinta y dos años de ausencia vuelve a la vieja Patria. Cuando marchó a las Indias, en la flota de García de Lerma, no frisaba aún con los veinticinco años. Ahora retorna con un sentido nuevo de la vida y con una idea nueva del mundo. Ya el suyo no es el mundo de la España vieja. En Venezuela le han empezado a nacer hijos. En la misma nave que lo había llevado a América viajaba un matrimonio amigo. Eran Juan Cuaresma de Melo, antiguo Mayordomo de los Duques de Medina-Sidonia, y Luisa de Samaniego. Cuando la hija mayor de éstos estuvo en edad de matrimonio, la desposó Sancho Briceño. De esta unión saldrá una prole abrahámica, llamada a enredarse de mil modos en la Historia de la naciente Provincia.

La flota debió surgir en el Guadalquivir, poblado de mástiles a la altura de Sevilla, cuando la primavera ponía en flor las lindas praderas de El Andaluz. Todo era bullicio inquietud en la alegre ciudad donde tenían las Indias su capitalidad económica y donde los pasajeros de ella provenientes eran solicitados con curiosidad idéntica a la de los venecianos que recogían, con alargadas orejas y ojos inmóviles de asombro, los fantásticos relatos de Marco Polo sobre las tierras del Gran Khan.

Estas mismas rutas las transitó el viajero en 1528, cuando, con expectativa semejante a la de quienes hoy siguen curiosos sus relatos,

había él hecho corro, bajo lánguida luminaria en el barrio de Santa Cruz, a los marineros regresados del Mar de las Tinieblas. Hoy, sus palabras reposadas repiten historias leyendarias, que parecen sostenidas sobre la propia voz que entona a la distancia el cante grande, en cuyas notas se quiebra el silencio de la noche, olorosa a claveles y jazmines.

Tomando la vía de Córdoba, Ciudad Real y Malagón, a vuelta de pocos días nuestro viajero ya divisa las finas agujas y solemnes torres que dan perfil enhiesto a la imperial Toledo, donde Felipe II inicia su vida conyugal con Isabel de Valois. La austera Toletum, tan vieja como fundada por el propio padre Adán, según aseguran los devotos de leyendas, ha sido testigo una vez más de hechos trascendentales. A las pasadas Cortes de 1559, sucede la jura del Príncipe Don Carlos, que tantos comentarios provocó entre la aristocracia y la misma gente común; y tras jura y Cortes, la alegría de las continuas fiestas con que el Rey Felipe muestra lo que en su vida espiritual representa la tibia sonrisa de la Reina, venida de Francia a sustituir los vestigios parameños del recuerdo de la difunta María de Inglaterra.

Viene Sancho Briceño de personero de Venezuela ante esta compleja y empingorotada Corte, cuyas influencias las comparten en lucha feroz las banderías del Duque de Alba y del Príncipe de Eboli. El ha de acercarse a los Secretarios Eraso y Vázquez que llevan la línea política en el Consejo real, pese a que los negocios de Indias están sustraídos un tanto al fragor de la política en que albistas y ebolistas procuran ganar puntos para las cosas de Castilla, de Flandes o de Italia. El ha ido al grano del problema y provisto de buenas recomendaciones, pronto da con las señas del doctor Francisco Fernández de Liébana, cuya autoridad de Fiscal del Consejo de las Indias tiene fuerza determinante en el ánimo del Rey. En buenas manos ha dejado los asuntos encomendados a su influencia y prosigue, vía Avila, viaje a la nativa Villa de Arévalo.

*

Las aguas del Adaja empiezan a ponerle en contacto con la tierra natal. Ya está en Castilla la Vieja, de todos alabada por ser raíz y apoyo del reino.

...de toda Spaña Castiella es mejor,
porque fué de los otros el comienzo mayor.

dice el Cantar de Gesta. Como las ágiles linfas, deseara él correr para sentir ya el secreto olor que se levanta del suelo donde floreció el prestigio de su Linaje. Sin embargo, en Avila espera tener algún refuerzo de influencias para su causa. Acá, también, precisa reconfortar el espíritu de fiel castellano con un buen baño de piedra frente a murallas, torres, bóvedas, fachadas, agujas y campanarios que hacen de Avila, más que por su altura geográfica, la corona indiscutida de la vieja Castilla. En la solemne barbacana de la Catedral, el viajero aviva recuerdos lejanos. Esta severa iglesia fué construída con un humano sentido de guerra. Su propio ábside está empotrado en la recia muralla levantada para hacer efectiva la defensa de la población. Cuando Briceño recorre las naves y dependencias de la Catedral, siente un vigoroso pálpito al verse en la antigua sacristía gótica. Aquí tuvieron junta secreta los Comuneros de Castilla, cuando pensaron poner coto a la influencia extranjerizante de los flamencos y alemanes de Carlos I. ¿Qué hizo él en este tiempo? Toda Castilla sintió el ardor de aquel gran movimiento nacionalista y democrático. Sin embargo, Arévalo, su villa natal, colocada a mitad de los caminos de quienes buscaban ganar la voluntad vacilante de la noble Reina enclaustrada en Tordesillas, estuvo a favor de la autoridad del César distante. Aquella actitud señera del poblado habíala determinado justamente el peso de su Linaje. Ahora él regresa de América con pliegos donde germinan vientos de autonomía. Cuando mozo (¿catorce años?, ¿acaso dieciséis?), él pudo tomar una pica en servicio de su pariente el Alcalde de Corte, don Rodrigo Ronquillo Briceño, para probar en tal forma más solidaridad con su apellido que claro discernimiento del grave problema político debatido sobre la áspera llanura castellana. Medio asustado escuchó en Arévalo el relato de aquel tremendo 21 de agosto de 1520, cuando su pariente el Alcalde de Corte y el famoso Capitán Fonseca ordenaron quemar a Medina del Campo, por haber sus leales habitantes resistido la orden de entregar su artillería ligera para ir a rendir a los altivos segovianos. A varias ferias había asistido él en la ciudad martirizada, cuando todo en ella era fiesta de brocados, de joyas, de tapices, de sedas y de paños.

Después, vió al pueblo mártir levantando de nuevo sus casas, al provecho de la fraterna y agradecida entrega que de sus pinares hicieron los espantados vecinos de Segovia.

En el recato de la sacristía abulense, el viajero cree oír el susurro de voces que discurren acerca del derecho de los reyes. Cuando era joven, había escuchado la palabra autorizada de su severo y áspero deudo don Rodrigo, que hacía la exaltación de la legitimidad de los derechos de Don Carlos frente a las pretensiones de las rebeldes Comunidades castellanas. En su pequeño mundo de las Indias, Sancho Briceño ha visto ahora formarse el grumo de un derecho nuevo, que terminará por alzarse también frente a la propia autoridad de los reyes. Esto que él viene a pedir para los Alcaldes de Venezuela es testimonio de voluntades que buscan expansión. En Villalar fueron abatidos los Municipios castellanos; ahora en América, bajo techumbres aún pajizas, renace el ímpetu que sojuzgaron acá los vasallos del Cardenal Adriano. Allá, en el mundo distante de las Indias, él empezó a servir la nueva república, metido en las hopalandas de los Justicias. En el incipiente Cabildo de la flamante ciudad de Coro tuvo comienzo su vida pública. Vara en mano, más se sintió personero de un orden de equidad que agente de la fuerza bruta. Ahora ha venido a la Corte en busca de mayor ámbito para las funciones del Cabildo venezolano. Cuando mañana mueran los representantes del Rey, serán los hombres de la tierra quienes habrán de asumir el gobierno de las ciudades mientras llegan las nuevas autoridades. Con este peculiar derecho comienza a moverse el autonomismo de la Provincia. Quienes en el futuro hayan de exaltar el valor del Municipio como piedra angular del edificio político hispanoamericano, tropezarán con su nombre de personero de los nacientes pueblos. Cuando se examine el discurso que la Historia ha formado para el grito rebelde, aparecerá la prole del conquistador con voces tan sonoras como las voces de Simón Bolívar, de Cristóbal Mendoza, de Antonio Nicolás Briceño, de Mariano Montilla.

El viajero, pese la trascendencia de su misión, no mide hasta dónde apuntará mañana su recuerdo. Su propia evocación de los sucesos de 1520 se esfuma presto de la mente, al dejar la mole solemne de la

Catedral. Ya ni distingue en el recuerdo que fue doña Teresa Briceño, esposa de Ronquillo, quien puso del lado de éste la íntegra voluntad de los Linajes de Arévalo.

La última etapa del viaje la hace con el corazón más agitado. Vencido el trozo roqueño de la vía, donde el viajero tropieza con la ruda sustancia de que fué labrado el milagroso nido de piedra de la ciudad abulense, y dejados atrás los campos de dorada espiga que empiezan a segar los labradores, el camino se mete en el oloroso y apretado pinar que anuncia la cercanía de Arévalo. A su pueblo natal llega Sancho Briceño. El pueblo es hogar ancho y dilatado, así la casa antigua esté desierta y no haya en él bendición de los padres ni abrazo de los hermanos. Don Pedro, el recio padre, también ganó las vías de América, y en Bogotá su nombre quedará con el recuerdo de la molienda del trigo. Castellanos dirá en sus solemnes *Elegías* que

> ...el que primero fabricó molino
> el tesorero fue Pedro Briceño,
> antiguo capitán y señalado.

Para sentir el calor de antaño están, en cambio, deudos y amigos y si amigos y deudos también faltaren, están la brisa embalsamada y el rodar de las aguas del Arevalillo y del Adaja amenos; están las murallas austeras y las torres vetustas; están el cielo lejano y la tierra próxima donde descansa su Linaje.

*

Ya está en su viejo pueblo el caminante que viene de la América lejana. Treinta y dos años hace que sus pasos hicieron la vía de Arévalo a Sevilla en pos del camino de la aventura. El pueblo es el mismo pueblo dejado entonces. Sigue siendo tan vistoso como antes el tesoro de "sus templos magníficos, de sus casas ilustres, de sus muros fortísimos, de sus torres invencibles". Como antes, también abunda en ambos ganados y tiene sobra de deleitoso vino. Su aguja marca gratos horizontes: al Este, Segovia; al Oeste, Salamanca; al Norte, Avila, y al Sur, Medina del Campo. Colmada de Historia y de aventuras, en ella se siente vivir el

tiempo. Cuando el propio Hércules vino a sembrar la semilla de piedra de donde surgiría la flor inmóvil de las agujas, las torres y las murallas de Avila, los primitivos arevacos tenían asiento en la graciosa isla que forman el Adaja y el Arevalillo. Fuertes y belicosos, pudo sólo rendirlos el brazo de Aníbal en la memorable batalla de la Barca de Oreja. Altivos y orgullosos bajo la dominación romana, recibieron el año 65 del propio San Segundo, discípulo de San Pedro, la palabra regeneradora de Cristo. Durante el dominio visigótico, robustecieron el espíritu y levantaron la ardiente fe que los llevó a acompañar al desgraciado Rey Rodrigo en su rota a las montañas asturianas.

Toda esta altivez y todo este prestigio tienen ancho cauce en la tradición familiar de los Briceños. El bien lo sabía cuando se partió al Nuevo Mundo en pos de fortuna y de aventuras; ahora buscará en las viejas memorias y en los archivos familiares datos ciertos que le permitan levantar probanza del mérito de sus antepasados. Todavía el Rey Felipe no ha creado la hidalguía democrática de los fundadores y pacificadores de las Indias. En los Cabildos americanos hay quienes quieren gastar mayores ínfulas en razón de viejos blasones familiares. Para igualarse con estos engreídos hidalgos, él levanta rigurosa testifical de la nobleza de sus apellidos *.

En llegando a su Villa natal y pese las nuevas amarras indianas, se siente espiritualmente vinculado a ella, como los basamentos de las murallas que dividen en dos partes el poblado. Más que piedras, los pueblos son Historia y él sabe que la historia de su familia tiene un arraigo pétreo en la formación y en el decoro de la Villa.

Alguna vez, de chico, Briceño se escurrió a las juntas que los primeros viernes de cada año celebraba su estirpe en la Iglesia de Santa María la Mayor, para atender a las cosas relacionadas con el Linaje. El se había

(*) En la relación genealógica que levantó el Doctor Cristóbal Hurtado de Mendoza, en la ciudad de Trujillo, por diciembre de 1795, entre los instrumentos exhibidos por testimonio de la limpieza de su estirpe, figuraba uno que decía: "Información fecha en Arévalo, año de mil quinientos sesenta y uno: pr. Andrés de Mendoza, escribano de dha. Villa, de la nobleza e hidalguía de Sancho de Brizeño". Esta pieza, que debió permanecer en los archivos de la familia, no ha aparecido en parte alguna. A ella pertenecía un pergamino con las armas de los Briceños que circunstancialmente llegó a mis manos en 1930.

acostumbrado a oír a los mayores llamarse cabeza de los cinco Linajes que componían el señorío de la rancia Villa. También había oído desde chico estas historias que ahora refresca al amor de escribanos, de frailes, de parientes y de curas.

Con Alfonso I, de quien la vieja Crónica dice que "ganó muy fiera tierra toda con su espada", bajaron de las montañas asturianas cinco caudillos decididos a dejar la vida en manos de los moros por ganar la cristiana libertad de su patria antigua.

La Historia y la leyenda llámanlos Juan Briceño de Porres, Hernán Martínez de Montalvo, Juan Berdugo, Gómez García Sedeño y García Tapia. Con los Briceños, que eran siete, cabalgaba también su fiera madre, doña Urraca de Porres. Frente a la ciudad, bien defendida por los moros, acampó la gente de Alfonso I, compuesta por cinco mil lanzas, entre peones y jinetes. Mauregato, bastardo del Rey, se presentó a la puerta del Alcocer con pliego dirigido al Gualí. El pliego proponía la entrega de la Villa con pacto de respeto a las mujeres, propiedades, costumbres y religión de los vencidos, libres de tomar la ruta de Toledo. Alegaban los cristianos como razón que hacía inútil la resistencia mora, la lucha sangrienta que en Damasco mantenían abbasidas y omeyas y la guerra que el emir de Córdoba, Jusu-El Fehú, sostenía con el jeque Abem-Horath. Los moros desoyeron la propuesta y prosiguió el continuo lanzamiento de dardos sobre fortalezas y barbacanas, hasta que los cristianos en un desesperado esfuerzo por defender vidas y sangre, retaron la caballerosidad de los árabes y propusieron que se decidiese la suerte del sitio por medio de lucha cuerpo a cuerpo de cinco caballeros cristianos con cinco caballeros mahometanos. El desafío fue aceptado. Garci González Briceño, hermano del caudillo Juan Briceño de Porres, hizo honor a las palabras de la recia doña Urraca: "No fincaréis ante mí sin ganar la victoria, pues prefiero saber que muertos sois, antes que oír de vuestros esfuerzos y valor que no lo pudo conseguir para mi amada y antigua Patria". Y si supo hacer honor al mandato de la madre, supo en la recia lucha con el infiel dar fuerza a la tradición lingüística que dice ser la voz Briceño alteración del vocablo *bisceño*, con que se aludía al doble ceño de los feroces caudillos arevacos de donde arrancaba la estirpe, con tantas gracias y mercedes favorecida por los reyes godos.

Como verdaderos valientes lucharon los caballeros Briceño, Montalvo, Berdugo, Sedeño y García Tapia. Entre músicas de atabales y exabelas se libró el heroico combate, a cuyo término Arévalo quedó por las armas del cristiano. Entró de nuevo en la heráldica ciudad la cruz de Cristo y de nuevo comenzó en ella el proceso de las formas cristianas de su cultura. Como premio al esfuerzo singular, el Rey Alfonso I comenzó por hacer justicia a los cinco caudillos que la habían arrancado de manos de los moros y que habían de proseguir encabezando las fuerzas cristianas que la reconquistarían de nuevas pérdidas, hasta la definitiva consolidación de su libertad durante el reinado de Alfonso VI.

A los Briceños, demás del "Fuero de los Excusados", a todos concedido, otorgó el Rey privilegio de que tuviesen la guarda del castillo principal, situado en la mera junta que hacen los ríos Arevalillo y Adaja, y para sus oficios religiosos y enteramientos, les fué señalada más tarde la Iglesia de Santa María la Mayor, erigida sobre las bases de la antigua mezquita. Con esto alcanzaron fuero de casa solariega y derecho a reunirse con título de "Linaje de Briceño", cada viernes primero del año, a fin de deliberar acerca de la participación de la familia en el gobierno de la Villa. Como escudo les fue señalada una águila de oro picada y armada de gules, sobre campo de azur, al cual agregaron bordura con ocho aspas de San Andrés, en razón de haber asistido estos caballeros al socorro del Alcázar de Baeza, vísperas de San Andrés del año 1227.

Acogidos al Fuero Juzgo de los reyes visigodos, los cinco Linajes constituyeron el *Concilium* que dirigía los negocios de la ciudad. A ellos tocaba el goce de la tierra en calidad de conquistadores. Intervenida por el carácter feudal de los señores, la propiedad, sin embargo, se fue adscribiendo lentamente a familias comprometidas a *non partirse del lugar sin voluntad o sin mandamiento del su Concilio*, y que se obligaban a pagar pechos y a dar prestaciones, entre los cuales figuraba la curiosa entrega de una gallina el día de Todos los Santos a los jefes de cada uno de los cinco Linajes.

Cuando alboraba el Siglo XVI el carácter de los Linajes había sufrido grande merma. Hasta el Siglo XV, el Concejo *(Concilium)* y Hermandad y Alguacilazgo lo proveían exclusivamente los caballeros linajudos. Las

juntas cadañeras celebradas por los apellidos en las Iglesias que les habían sido atribuídas, tenían por fin principal hacer la elección de los funcionarios de la ciudad. Ahora, en cambio, existe una fuerza nueva. El estado llano ha comenzado a ganarle puntos a los señores feudales. Frente a los Linajes engreídos, han cuajado, también, los Sexmos. La Corona ha comenzado el proceso de vender los cargos de Regidores. Quienes miren a solo el interés pecuniario de la disposición, apenas hallan en ella un testimonio más de la voracidad de las arcas reales. La venalidad de las funciones concejiles corresponde, en cambio, al proceso anti-feudal que se ha producido en el orden del Poder y de la riqueza. A voces de los ricos y sutiles comerciantes judíos, ya el pueblo había empezado a dar su batalla a los señores absorbentes y había logrado que el Procurador que cada tres años los vecinos elegían de común acuerdo, en juntas celebradas a son de campana en el Portal de la Cárcel Real, tomase asiento en el Concejo que integraban los Regidores nombrados por los Linajes. Los años han corrido desde que la vieja Villa feudal se concretaba a solo pulir blasones dentro de las murallas infranqueables. En torno suyo una población ha ido creciendo. Moriscos y judíos instalados en los arrabales han llegado a formar una comunidad mayor que la comunidad interior. Conventos y Casas-Fuertes con los emblemas de los viejos apellidos, han sido construídos también extramuros de la Villa. El progreso ha impuesto todas estas mudanzas, llamadas a influir en la propia acción hasta hoy ejercida por los Linajes.

El viejo Sexmo, a cuyo abrigo el pueblo labrador ha venido conquistando y manteniendo fuerza para su arraigo y su defensa, ha llegado a argüir privilegios frente a la nobleza. Desde los agrios tiempos de la reconquista, las aldeas se prestaban auxilio mutuo para defenderse de la morisma. Lo que hizo la necesidad guerrera lo mantuvo la conciencia de conjugar recursos para mejor provecho de las faenas agrícolas y para mejor defender su trabajo, no ya del riesgo de los bandoleros que infestaban los caminos, sino también de la voracidad de los señores que oprimían sus derechos.

Bajo la persecución que tenía origen en uno y otro sitio, se formaron las juntas sexmeras, hasta llegar a constituir la singular institución que tomó

por generoso título el de "Universidad de la Tierra de Arévalo". En ella, la voz de los derechos de los débiles labradores ganó fuerza extraordinaria frente al avaro poder de la nobleza. De su seno saldrá también el nuevo Procurador que al lado del Procurador de la gente común de la Villa, discutirá con los altivos representantes de los Linajes sobre el destino del pueblo. Los ariscos señores feudales tienen quienes se opongan a sus antiguos intocados privilegios. La justicia va ganando puntos a la vieja fuerza de hidalgos y de nobles. Para abajar la altivez de los Linajes, el Rey aprovecha la fuerza del pueblo, como tercer brazo que mantenga el equilibrio del Poder, aunque éste más mire a los sofísticos derechos de la realeza que a los legítimos derechos de los hombres. El águila de los Briceños y el león de los Berdugos ya tienen menos cielo donde volar y menor fuerza para rugir. El uno mudo y pasmada la otra, quedarán como mera memoria en las herraduras heráldicas.

El curso de estas luchas se refresca con curioso interés en la memoria de Sancho Briceño. A él ciertamente interesa poca cosa que acá crezca la fuerza de los Linajes o la fuerza del pueblo. Con su gente apenas mantiene el ardoroso vínculo de Historia que ha venido a recoger en copioso documento. Lo suyo se lo llevará, pues, a América como simple recuerdo. Sobre preguntas cargadas de circunstancias heroicas, irán deponiendo los testigos acerca del mérito de sus abuelos Briceños, Berdugos, Osorios y Montalvos. Desde los tiempos viejos vienen unidos los Linajes de Arévalo. El es Briceño y Alvarez de la Cárcel. Algunos de sus nietos firmarán Berdugo, para mantener el prestigio de esta estirpe, que lejos de evocar con su apellido oficios inhumanos, recuerda la desinencia visigótica de Berugos o Bergundos. En grueso expediente, entre cuyas hojas, como flor seca que marcase el libro de una novia, entró a dormir largo sueño el pergamino amarillento con el águila de oro y patas rojas del apellido, Sancho Briceño retornará a América con pieza de hidalguía, donde el fino oído de la Historia percibirá mañana el eco de las voces que hicieron los antiguos Cantares de Gesta. Junto con estas hojas, sin aparente trascendencia, llevará a sus hijos el viejo Cristo de marfil con que agonizaron a los cercanos abuelos y el retablillo de Nuestra Señora de las Angustias, que le dona vieja parienta, ansiosa de que en las Indias tenga culto la Patrona de Arévalo.

A la par de las Cédulas que gana para el mejor gobierno de la Provincia, lleva este expediente, iluminado de nombres heroicos y fatigado de acciones guerreras. No faltará allí la prueba de que fueron Briceños los fundadores en Arévalo de la Orden de Caballeros Templarios, ni se omitirá que Sancho, como él, llamóse el último de los Briceños que tuvo en tiempos de Juan II la guarda del Castillo concedido a los hijos de la fiera doña Urraca de Porres. Hasta la casa de Andrés Ruiz Briceño figurará en las pruebas, como seguro hospedaje de Sancho IV, cuando este Rey visitó a Arévalo, a principios de 1284. En estos años, vale la pena contar con abuelos ilustres. Sancho Briceño, aunque modesto en sí, quiere hacer que su persona no desmerezca ante otros hidalgos que alegan mercedes en gracia de papeles. Aún se siente pegado a estos resabios muy del tiempo. En cambio, cuando en su villa natal pasea viejos sitios y huelga ante el antiguo palacio de Isabel la Católica, muy cercano a una de las casas de sus parientes; cuando recorre la vieja judería y el rico barrio moro, ahora despoblados; cuando dobla humilde la rodilla ante la milagrosa imagen de Nuestra Señora de las Angustias, venerada por todos los arevalenses; cuando se detiene curioso a descifrar las severas armas que decoran los pétreos portales de las austeras mansiones de la Villa; cuando con fe robusta y clara ora frente al imponente Cristo de la Luz, que mantiene el fervor de los feligreses de San Juan; entonces él no intuye que su vida de hoy está cambiando el propio sentido de su Linaje y que mañana saldrán de él luces nuevas que darán claridad a su memoria.

Sancho Briceño, más que personaje obligado a mirarse en los espejos empolvados del tiempo, será hombre con robusta y penetrante proyección de futuro. Como sus demás compañeros de conquista y fundación en las Indias, él es principio enérgico más que término decadente de estirpes decrépitas. En el ancho mundo de América ellos están echando las bases de una nueva organización social, donde el Sexmo y el Linaje habrán de confundirse en una realidad humana con mayores posibilidades de creación. Las aristas que acá separan grupos y sistemas serán sustituídas en América por frescos y nobles sentimientos de igualdad. Allá el hidalgo tomará la humilde azada y el tosco barretón para aleccionar al indio en el cultivo de frutos europeos. Sin desdeñarse de la raza nueva, unirá su sangre a la sangre de indígena y de esclavo y tomará

del marco geográfico americano el sentido de universalidad y de permanencia que promueven las peculiaridades de un mundo donde el sol mantiene una dilatada uniformidad de luz y de calor. Justamente el más egregio de sus descendientes sabrá poner los intereses del pueblo sobre los intereses de los abolengos y luchará con gloria hasta la muerte por crear las líneas filosóficas de las nuevas nacionalidades americanas. No alcanza a adivinar el conquistador que llevó a las Indias los símbolos del dominio de los Reyes sobre las tierras recién descubiertas y que ahora ha regresado a la Corte con la personería de las ciudades incipientes, cómo el trueque que se realiza en su persona es testimonio y anticipo del cambio por venir. La misma fuerza de acá salida a la conquista de tierras donde señoree el imperio español, allá se tornará en estímulo creador de libertad y de igualdad. Quizá de España no ha partido aún para las Indias la estirpe que lleve el apellido de la gracia, pero Sancho Briceño ya ha comenzado a engendrar la savia que dará nutrimento al árbol donde el nombre glorioso de Simón Bolívar lucirá como estrella de primera magnitud en el cielo, aún entenebrecido, que cubre al viejo mar de cuyos fantasmas los fenicios quisieron que el propio Hércules librase al azul Mediterráneo *.

La extraña fuerza del destino que ha hecho presa de su voluntad le hace mantener sobre el propio paisaje y sobre la mera presencia de la tierra, la imagen delirante de los bárbaros caminos que unen las comunidades indianas de que se siente personero. Lo que menos parece relacionado con América, él lo enlaza en su discurso con los problemas de la tierra, cuya procura ejerce como imperioso deber. No atinó a conocer a la

(*) Francisca Berdugo, hija de Sancho Briceño, casó con el capitán Lucas Mexía de Vilches, y entre otros hijos procrearon a:
II. Juan Mexía de Narváez, Regidor Perpetuo y Alcalde Ordinario de Trujillo, casado con María Sanz de Graterol, quienes tuvieron entre otros hijos a:
III. Juana de Vilches y Narváez, mujer del capitán Andrés Marín Granizo, natural de Gojar, en Andalucía. Padres de:
IV. Francisco Marín de Narváez, quien en su testamento declaró que era padre de:
V. Josefa Marín de Narváez, mujer que fue de Pedro Ponte de Andrade. Padres de:
VI. María Petronila Ponte. Mujer de Juan de Bolívar. Padres de:
VII. Juan Vicente Bolívar y Ponte, casado con María de la Concepción Palacios. Padres de:
VIII. EL LIBERTADOR.

monja Teresa de Jesús, que tanto ruido está metiendo con su reforma carmelitana. Conoció, en cambio, a la maestra de la monja, su parienta María de Briceño, de la Orden de San Agustín. De muchacho anduvo por el barrio de San Pedro, donde los padres de San Juan de la Cruz tejían tocas de seda, entre cuyos hilos pudo enredarse, como perla invisible, la mirada amorosa del Extático. Orgullo de esta región castellana han de ser estos valientes reformadores. Ya el nombre de Teresa cubre de alegría el espíritu cuando los vecinos cuentan todo lo que ha padecido por mejorar su religión. ¡Cómo holgaría él si estos religiosos pasasen el océano y fueran a América a predicar la fe! A eso ha venido también a la Corte. La conquista no es mera empresa guerrera. Tiene el conquistador contraídos graves deberes con el alma de los indios. Más fácil que llevar religiosos de acá, es que a Tierra Firme se trasladen algunos frailes dominicos o franciscanos de sus conventos de La Española. Cuando Sancho Briceño visitó el Convento franciscano hubo de platicar largo con el Padre Guardián acerca de estos sus proyectos misionales. El fraile menor recoge las palabras del viajero con extraordinario interés. El mismo desearía pasarse a ese mundo misterioso de las Indias, donde tántas almas esperan la luz de Cristo. Si los hijos todos del Serafín de Asís sienten a una deseos de darse a la predicación, las ovejas de este convento enfervorizan su pasión de Evangelio al recuerdo de haber sido esta casa de Arévalo fundada en 1214 por el propio Serafín de Umbría y ante el permanente testimonio de efusión franciscana que constituyen los santos cuerpos de Fray León y de Fray Lorenzo, simados en el polvo de la propia capilla levantada en la celda donde vivió y oró el Patriarca Seráfico.

Semilla de Evangelio también se siente el conquistador. Por hoy apenas busca misioneros que vayan a regar en las Indias la palabra de Dios. Con Cédula, que obligue a los frailes de La Española a pasarse a Venezuela, regresará el Procurador. En El Tocuyo y en Trujillo los religiosos fundarán mañana sus primeras casas. En ellas, los descendientes de Sancho Briceño tomarán el áspero sayal con que harán sacrificada vida que los lleve a ganar, también, como sus deudos Isabel de Berdugo y María de la Cárcel, luces de santidad, a cuyo suave reflejo se haga menos rojo el halo sangriento que da relieves de terror a la memoria de Antonio

Nicolás Briceño, feroz en la lucha por la libertad de la tierra, en la misma medida en que los viejos abuelos supieron ganar el mote de "dos ceños" que usan de apellido *.

En las Casas del Cabildo, Sancho Briceño ha platicado largo con los Regidores de Arévalo. Estos severos castellanos que ejercen el gobierno de la Villa duélense de la decadencia que han venido provocando las medidas contra judíos y moriscos. El Albaicín y el Mentidero están viendo cómo se vacían sus moradas. "Pues mientras a los moros y a los hebreos apriétanlos porque se partan los que tienen intereses en sus herencias, vosotros os alongáis también para las Indias, magüer se acabe el pueblo", dícele el Corregidor, don Alfonso Agudo. Sancho Briceño invoca la necesidad de nuevos horizontes para el espíritu, acá cargado de compromisos, y explica cómo en América la memoria de la vieja tierra ilumina su propio empeño de crecer. En todos estos hombres que tienen la autoridad de la Villa, se empina el orgullo de sentirse señores, aunque decadentes, de una comunidad ilustre, que hasta el reinado de Carlos I vió sus calles transitadas por reyes y su castillo y su palacio convertidos en Corte donde se alojaron monarcas, príncipes e infantes, y que al llamado de Enrique IV escuchó el galopar de los procuradores venidos a celebrar Cortes Generales del Reino. Altivos, presuntuosos y enérgicos, estos Berdugos, Briceños, Velásquez, Montalvos, Tapias, Osorios y Sedeños que se juntan en las salas capitulares, se creen con voz capaz de alzarse contra el mismo Rey, tal como hicieron a boca de siglo, cuando Juan Velásquez, con apoyo del común, negó homenaje a Germana de Foix, con quien el aragonés Fernando había pretendido sustituir a la

(*) Ana Briceño Samaniego, hija de Sancho Briceño, casó con el conquistador Francisco de la Bastida, de los fundadores de Trujillo, y entre otros hijos tuvieron a:
II. Rodrigo de la Bastida Briceño, casado con María Fernández de Graterol, quienes tuvieron a:
III. Sargento Mayor y Capitán a Guerra Sancho Briceño Graterol, casado con Luisa Alonso de Rosales. Padres de:
IV. Capitán Rodrigo de la Bastida Briceño, casado con Ana Graterol Saavedra. Padres de:
V. Alférez Real Rodrigo Hipólito de la Bastida Briceño, casado con Fracisca Isabel de Toro. Padres de:
VI. Capitán Pedro Briceño Toro, casado con Gertrudis Quintero Príncipe. Padres de:
VII. Antonio Nicolás Briceño, el Viejo, casado con Fracisca Briceño Toro. Padres de:
VIII. El Diablo Briceño.

Reina Isabel de Castilla. Bien supieron entonces estos nobles cabildantes de Arévalo cumplir con su deber de honrar a la difunda Reina. Para castigar a la aldea de Madrigal de Las Altas Torres, el Rey Fernando IV, el *Emplazado,* obligó a sus vecinos a rendir vasallaje al Concejo de Arévalo. Quedaba enfeudada moralmente la aldea en el señorío de los Linajes. Pero cuando en 1340 el iracundo rey Fernando castigó a la díscola aldea, no alcanzó a pensar que en ella habría de nacer en formas de mujer el más grande de los soberanos de España. Como hija, pues, de Madrigal, Isabel era también hija de Arévalo. Aquí tuvo palacio la Reina. Aquí dobló la rodilla ante la imagen querida de Nuestra Señora de las Angustias. Arévalo la miró por suya. Arévalo tenía que desagraviar su memoria ofendida por esposo que, a fuer de político calculador y vengativo, se atrevió a trocar su grandeza sin par con la extranjera que apenas aportaba al trono una prenda leve de amañada amistad con Francia. Así cumplían los caballeros de Arévalo sus compromisos históricos. Respondían así aquellos cabales señores al honor que a la Villa tocaba por haber visto en sus términos la luz de la vida quien sumaría un mundo nuevo a la grandeza misional de España.

Todos estos recuerdos llevan una aura de tibio sabor hogareño al espíritu de Sancho Briceño y le hacen sentir los vínculos espirituales que átanlo a la Villa egregia. Mas, su espíritu es campo ganado ya por otras fuerzas. A la voz de la tradición que le dice dónde está el molde de su estirpe, responde la voz nueva de la Patria que está edificando para las generaciones que arrancarán de su fiera voluntad de fundador de pueblos. La lucha librada en su ánimo es como la lucha de la débil criatura que se abre camino hacia la luz en el vientre materno. Lucha y desgarro para vivir una vida donde mejor crecerá la vida antigua. Toda la carga de Historia que Sancho Briceño siente gravitar sobre su conciencia de castellano rancio y cabal, habrá de volcarla en un extraño mundo donde, bajo distintas formas y sistemas varios, moveranse mejor los viejos símbolos. Como Atlas, él camina encorvado bajo el peso del mundo que lleva sobre los hombros robustos. Todo lo que ya no cabe en la Villa erizada de heráldica y de prejuicios feudales, lo trasladará a la tierra virgen, fecunda y alegre de América. Sus papeles, iluminados de añeja e inútil hidalguía, son mero testimonio de obsoletos procesos históricos que buscan campo más ancho y tierra más fecunda para su

cabal transformación. Aún los meros porquerizos que en las Indias se convirtieron en cabos de audaces expediciones, no representan ya una simple voluntad servil, sino todo el ímpetu sin nombre de un pueblo en pos de mayores dimensiones para sus imperativos históricos. Tan holgada viajaba la Canción de Gesta en la mente iluminada de los letrados y de los hidalgos, como en la conciencia adormecida de los menestrales y de los labriegos que tomaban pasaje en las naves del milagro aventurero. Eran todos a una la Historia de un mundo ya formado que se abría paso para ganar mayor dimensión y frescura mayor en nuevos climas y bajo nuevos soles. Todos sienten la contradicción de un proceso donde alterna la altivez del señor con la rebelde sumisión del siervo amarrado a la tierra que otro insiste en titularse por suya. Como en las antiguas fiestas de Vulcano, los hombres se pasan de mano a mano antorchas audaces con que dan permanencia al fuego creador. En el corazón y en la mente de estos aventureros va la cultura de España a ganar categorías altivas en la tierra americana. Como son hombres y no ángeles quienes se encargan de verter la recia alma peninsular en el tosco vaso de la América morena, con las virtudes van también los pecados de la raza. De esas virtudes y de esos pecados habrán de surgir las formas donde radica la personalidad de un mundo que aún lucha por ganar derecho a que su voz sea oída en el concierto universal de la cultura.

*

Cuando Sancho Briceño hace el viaje de regreso a la Corte, los puertos y caminos blanquean aún por la nieve invernal. El yermo castellano da más longura a las distancias y trasmite mayor nostalgia al adiós definitivo con que el viajero mira las torres y las almenas de la Villa natal. Acá quedan entre las recias murallas todo lo que fue su mundo. Con los papeles ganados en el Consejo, ya tendrá para probar a sus amigos de Venezuela que no en balde les dijo que en la Corte contaba con gente capaz de abrirle, sin necesidad de doblones, los caminos de la gracia real. A sus deudos, don Andrés Berdugo y don Francisco Berdugo, Caballeros en la Corte de Felipe II, y al Abad Briceño, también amigo del Rey, les era fácil lograr que los asuntos de Briceño se despachasen pronto y favorablemente. Mientras otros Procuradores permanecían largos años en pos de mezquinas mercedes, él regresa presto con gracia que lo exhibe como afortunado negociador.

Ya el indiano no tiene nada que hacer en la Península. Lo llama la voz de la sangre nueva. Sus hijos son venezolanos. En ellos ya luce "el agudo trascendido y delicado ingenio" que el doctor Juan de Cárdenas descubrirá con ojo zahorí en los nativos de las Indias. Su nueva tierra, distinta de la tierra parda y solemne de Castilla, es la tierra salvaje de América. En el majestuoso Guadalquivir que duerme bajo el cielo embrujado de Sevilla, toma presto la nave que lo llevará al hogar lejano. Los baúles, adornados con invención de clavos y herraduras, están colmados de gregüescos, de sayos, de jubones, de capas y plumajes. Van también libros y abundantes especias. Géneros de Holanda, paños de Valencia. Bien seguras, en cofre de doble llave, viajan las Cédulas, la probanza de hidalguía, el Cristo de marfil de los abuelos, el retablillo de la Virgen de las Angustias. Van el regalo para la familia y las mercedes obtenidas para bienestar de la Provincia. Viajan, también, en estrecha unión de sentido, la historia muerta de su gente y los símbolos vivos que marcaron rumbo de religiosidad a la acción secular de sus mayores.

En el corazón de Castilla ha dejado la tierra de los padres. Su historia, en cambio, más que en los cuidados papeles, la lleva en la recia voluntad asomada a los ventanales del futuro. El va a hacer tradición a las nuevas generaciones de la herencia recibida de las generaciones pasadas. El mundo que con él muere, en él renace en tierra más ancha, bajo soles más tibios, al amor de fecundas ventiscas. El se siente trigo evangélico que, muerto bajo la nieve inverniza, se multiplicará en generosa cosecha de panes. Al tomar el imponente galeón, deja en los muelles la última tierra adherida a la suela de las recias botas. De la Patria original lleva sus signos como hierro que marca la indomable conciencia con que habrá de ganar categoría iluminada en las tierras del mundo nuevo. Del hidalgo de encendida lealtad a la Corona, saldrá una prole de varones empeñados en abrir en la tierra virgen caminos a la dignidad humana. Con fiereza igual a la fiereza primitiva de los ancestros arevacos, su estirpe engrosará los ejércitos criollos de la libertad republicana. A la cabeza de ella, Antonio Nicolás Briceño, con todos los atributos satánicos de la venganza, se yergue en fiero corcel con una cabeza de castellano en la diestra. Es la ley del tiempo que sustituye la cabeza de los moros castigados por el propio Santiago, con la cabeza de los castellanos empeñados en mantener la esclavitud de América. Los siglos se han

encargado de dar nuevo signo a la fiereza del Linaje. En el escudo de Arévalo, un caballero sobre ágil corcel, en representación de las estirpes liberadoras, blande la espada sobre la cabeza de un moro rendido. En la punta del escudo de Venezuela un caballo sin jinete que asesine, representará la ansiada carrera de la libertad sobre el ras de la tierra igualitaria. Por abolir el terco jinete, aún luchan hombres que se saben obligados a convalidar cada día el derecho a la heredada libertad.

Tornado a las Indias, el viejo conquistador prosigue su obra de fundador de pueblos. Dura es la tarea que cumplen estos hombres. Siglo tras siglo va cuajando la nueva realidad política. Se echaron primero las bases de las ciudades; más tarde se hará mérito de saberlas defender. En las probanzas de servicios con que se lucran mercedes, a la benemerencia derivada de los antiguos hechos de conquistar y de poblar, se suman los títulos que da el haber luchado contra los corsarios ingleses, holandeses y franceses que amenazan la estabilidad de la Provincia. Cuando el fundador reaparezca con su propio nombre en la persona del nieto Sancho Briceño de Graterol, ya éste agregará a los servicios de sus mayores sus propias luchas por la defensa de la Patria. El Siglo XVII y el Siglo XVIII fueron en realidad una continua vigilia frente a la asechanza del pirata. Pacífica era la vida interior de la Provincia. Se trabajaba la mina y se labraba la tierra. El ganado aumentaba. Se hacía más próspero el comercio. Los cultivos nuevos ganaban espacio en provecho de la riqueza. Poco a poco crecía la nación y poco a poco se ponían a flor de realidad los extraordinarios distingos que separaban a la España de acá de la España de allá. Se ponía, también, en resalto la profunda diferencia que había surgido entre el pensamiento y los métodos de los hombres. Cuando se empezó a formar la Colonia, ya hubo espíritus que disintieron en la manera de comportarse frente a los intereses de la tierra. Junto con la Colonia nació el espíritu anti-colonial que terminó por ganar la independencia. En el fondo de las primeras naves conquistadoras viajaba, también, el espíritu de justicia y de igualdad del español. Con el poseso caminó el santo. Con el rapaz aventurero, el filósofo meditativo. Sentían todos cómo una uniforme corriente interior regaba el suelo moral de los dos hemisferios, pero todos miraban, a la vez, cómo en el suelo de acá y en el suelo de allá brotaban flores cuyos pétalos acusaban, si no género nuevo en el orden de la cultura, en cambio, sí una especificidad que hacía distintas las tendencias inmediatas.

Sin advertirlo, los hombres antiguos habían levantado un andamiaje para cosa nueva. Con los desiderata de la tierra y en gracia a la complicada confluencia de sangres y de estilos, se había producido un elemento distinto, aunque semejante, al viejo arquetipo castellano. En el Sur, en el Norte, en la tórrida zona de las Indias, España había vertido su mismo espíritu, pero al fraguar, cada región le dió un matiz, un aire, un modo que, aún mantenida la unidad sustancial en medio de la pluralidad desemejante, prestaba mayor colorido y más tipicidad al extraordinario conjunto de los pueblos.

Para esa unidad diversa buscaban y defendían un sentido de permanencia continental los hombres que avituallaban tropas y salían con ellas a defender los puertos de la amenaza corsaria. Diferenciados criollos y españoles desde la hora y punto en que el propio nativo de la Península –Sancho Briceño, Juan Cuaresma de Melo, Alonso Pacheco, Garci González de Silva, Simón de Bolívar o Sebastián Díaz de Alfaro–, se sintió más hombre de las Indias que brazo del poder de España, hubo de producirse entre ellos un problema de diferencia global de conducta política, que se movía oculto y silencioso más allá del gran problema de la nacionalidad, incitado por las incursiones piráticas. El criollo frente al invasor era el patriota que resistía el intento foráneo de despersonalizar la Historia y de alterar la cultura nueva. Mientras tanto, frente a la autoridad doméstica, el criollo expresaba un ímpetu contenido de autonomía.

El pueblo antiguo había adquirido relieve que lo obligaba a ganar para sí los atributos de la independencia internacional. En el ánimo de quienes en recatada junta de letrados discutían la separación, estaba presente la voz antigua de los Padres del Siglo XVI. Cuando Venezuela se declaró soberana e independiente, Briceños, Pachecos y Mendozas, en cuya sangre fluía el plasma de don Sancho, firmaron, enérgicos, el acta que solemnizó la declaración definitiva. Cuando se eligió nuevo gobierno republicano, el primero en empuñar el bastón de la Magistratura civil fue Cristóbal Mendoza, el mismo que al final de la Colonia había alegado entre brillantes pruebas de hidalguía, el mérito de descender del primer Alcalde de Coro en 1528. El mismo Mendoza que, entre sus papeles de hidalguía, guardaba el pergamino con el blasón de los Briceños que don

Sancho hizo iluminar en Arévalo el año 1561. En manos del austero repúblico bien estaba la vara de la justicia empuñada por Sancho Briceño cuando la nueva Patria comenzaba a andar*. De Francisca Berdugo, hija de Briceño, arrancaba también la más antigua estirpe venezolana de los Bolívar. El rostro del Libertador, armado de sable tajante en la batalla de Araure, exhibe la fiereza antigua de los rebeldes arevacos. En realidad, doble era el ceño que en aquella hazaña magnífica endureció la faz del Libertador de América...

Sobre el pacífico valor del suelo, la Patria vive como un viento de Historia. Algunos toman por realidad creadora de este aire generoso el significado pasajero y hedonista de la gloria ganada por los hombres antiguos. En esta gloria se mueve fácilmente la Patria de los discursos, de las coronas, de los bustos, de las estatuas, de los desfiles. Con esa Patria se abren camino los mismos negociantes internacionales y aún se gana falso prestigio de celo en la guarda de la nacionalidad. Para sentir la Patria como fuerza creadora de futuro, urge llevarla visceralmente con nosotros mismos, como un deber y una consigna irrenunciables. Ni la gota de agua del tinajero, ni la pradera y el monte llenos de luz, ni la palmera enhiesta, ni la empinada sierra, ni el rizado lago, ni el río majestuoso, pueden confundirse con la Patria, si en ella no se ha puesto sentido social de sacrificio y de creación. Algunos rebajan la categoría de la Patria hasta confundirla con el mero suelo sin sentido donde brota la riqueza tentadora. Patria, nación, gobierno y beneficio se juntan para ellos en una dimensión pecaminosa. Ciertos conductores políticos

(*) Ana Briceño Samaniego, hija de Sancho Briceño, casó con el conquistador Francisco de la Bastida, de los fundadores de Trujillo, y entre otros hijos tuvieron a:
II. Rodrigo de la Bastida Briceño, casado con María Fernández de Graterol, quienes tuvieron a:
III. Sargento Mayor y Capitán a Guerra Sancho Briceño Graterol, casado con Luisa Alonso de Rosales. Padres de:
IV. Capitán Rodrigo Briceño de la Bastida, casado con Ana Graterol Saavedra. Padres de:
V. Alférez Real Rodrigo Hipólito de la Bastida Briceño, casado con Francisca Isabel de Toro. Padres de:
VI. Regina Briceño Toro, casada con Antonio Montilla Altube. Padres de:
VII. Gertrudis Eulalia Montilla Briceño, casada con Luis Bernardo Hurtado de Mendoza. Padres de:
VIII. Doctor Cristóbal Mendoza, primer Presidente de Venezuela.

llegan a mirar la demografía como mero problema de sanidad física. Olvidados del espíritu, sólo piden brazos que exploten la riqueza y brazos que soporten los fusiles.

Más que almohada suave para sueño plácido, la Patria es aguzada vigilia en pos de formas para el deber constante. Viene de atrás su gran fuerza creadora, pero cada día debemos librar la batalla individual que nos asegure la heredada libertad y nos dé derecho a llamarnos sus guardianes fieles. Algunos han hallado cómodo el camino de la conducta dúplice. Alaban en público el pasado nacional; exaltan el mérito alcanzado por los abuelos ilustres; en libros y en tribunas muéstranse por defensores apasionados de la gloria de los héroes; con viejos escudos y amarillentos manuscritos exornan las salas de recibimiento; mas, en el gabinete sombrío dialogan en otra lengua con los nuevos piratas a quienes venden el suelo y la dignidad de la nación, si en vedadas antesalas no han recibio ya el precio y la consigna de su obrar público. La sangre moral de Alonso Andrea de Ledesma la han reemplazado por el plasma sin espíritu de los vecinos que mercaron vino, pan y cecina con los invasores de Amyas Preston. La Historia no guarda el nombre de los traidores que tomaron alegres las treinta monedas con que los piratas pagaron voluntades rendidas. Los cronistas antiguos pensaron que las nuevas generaciones no necesitaban conocer las señas de quienes habían entregado los caminos de la Patria. No pensaron, tampoco, los viejos analistas que nuestra generación estaba condenada a ver mayores traiciones y más vergonzosas ventas. El poeta Ulloa habría enloquecido de espanto ante la voz que adelantase a anunciarle la posible entrega de Garci González de Silva o de Sebastián Díaz de Alfaro. Si los poetas y cronistas de hoy tuviesen la misma sensibilidad impresionable del misterioso vate que cantó la conquista de Caracas, las casas de locos fueran Parnasos donde las suaves Musas estarían reemplazadas por Furias sombrías que repitiesen entre anatemas funestos nombres de gran lustre, hoy comprometidos en la venta de la Patria. Como en doliente otoño, los viejos árboles de iluminado abolengo se verían desnudados de su fronda decorosa y en las ramas sin hojas se verían aposentar, en cambio, los tordos invasores.

En mi Patria, para mí "remota y prohibida", suelo acercarme a la tumba de mis muertos con el fin de enfervorizar el recuerdo viviente y activo del pasado. Como sitio donde asistían dioses subterráneos miraron los antiguos a los sepulcros de los antepasados. En verdad, sobre la tierra donde moran nuestros mayores gana más realismo el sentido de la Patria. De ella parece que saliesen voces con mandatos sagrados.

John Ruskin, maestro en la gracia y el sentido de escuchar el lenguaje de las cosas inmóviles, atinó al decir que para hablar a las generaciones futuras de ningún modo alcanza mayor fuerza la palabra de los hombres como cuando eligen por tribuna el brocal de las tumbas. De ellas, como de profundas cisternas, brotan mensajes solemnes. A hombres irreflexivamente tomados por el aire desordenado de la falsa revolución acaso suene mal este auscultar las voces de los muertos. Imaginan que tal práctica presupone un culto de estática fúnebre frente a la realidad antigua. Su carencia de reflexión no les permite alejar de la tumba la idea inmediata de un sauce, a cuya sombra llora un poeta romántico. No alcanzando a medir el valor profundo de las palabras y de los hechos que sobreviven a los hombres, dan en el yerro de desconocer que cuando se pondera el valor de la voz de los muertos, más que alabarse la muerte, se exalta lo que aún vive de los hombres de ayer. Más que gesto de conformidad con lo destructivo, es rebusca de viva permanencia para la parte valiosa del pasado. Lejos de mostrar un complejo fúnebre, el estudio devoto de los tiempos pretéritos indica pasión de eternidad que lucha contra la inconsistencia de lo temporáneo. Cuando se pondera el pensamiento de Bolívar, de Sucre, de Vargas, de Juan de Dios Picón, de Toro, de Acosta, de Morales Marcano, de Manuel María Carrasquero, se reconoce la parte aún viva para la acción permanente de hombres físicamente simados en la tierra. Todos escuchan el eco de esas grandes voces; todos repiten aún mecánicamente sus consignas. En cambio, las voces de los otros, las voces de los muertos que no alcanzaron la ofuscante permanencia de los triunfadores, contienen también mensajes de acción donde logran fuerza nobles y secretos propósitos encaminados al mantenimiento de las líneas de la Patria. Yo, mientras más añeja y complicada miro mi estirpe venezolana, mejor concibo el mundo diferencial de América y más recio siento el andamiaje que echaron los arquitectos del pueblo antiguo y perdurable, donde asienta el pueblo

nuevo. Con sentir la reciedumbre de las raíces que me atan al suelo moral de la nación, más comprometido me considero en la defensa de su patrimonio y de sus símbolos, y capaz, más que muchos, de exprimir los zumos sagrados que aclaran el metal vigoroso en que quiere ser mantenida la vieja voz de la tierra.

Algunos demagogos de la Historia niegan trascendencia a este elemento evocativo, por cuanto, a juicio suyo, su aceptación como valor útil constituiría una posición anti-popular. Débiles para ganar fuerza con los aires permanentes del pasado, ensordecen al rumor de la ventisca pseudo-revolucionaria y dan en negar el mérito permanente del pueblo antiguo que fabricó la tradición.

El pueblo sin nombre que ayer hizo la Patria duerme fuera de los panteones erigidos por los oligarcas de la gloria. Anónimos, los hombres que edificaron nuestro pasado yacen en ceniza a todo lo ancho de la Patria, como semilla donde toma fuerza de Historia la desnuda geografía nacional. Al borde de sus tumbas, yo me he sentado muchas veces a evocar el pasado de Venezuela. En Caracas, en Trujillo, en Maracaibo, en San Lázaro, en Valera, yo he solido acercarme a la tierra donde duermen mis padres. Más que rito de doméstico alcance, para mí es liturgia con la cual rindo homenaje de respeto al pasado de mi pueblo. Con los míos, siento que honro a los difuntos sin nombre que fabricaron la nación antigua.

Son los difuntos sin aniversario, de donde arranca la fuerza poderosa del pueblo; los que ayer hicieron la riqueza que detentan manos avaras y poderosas; los que ayer mantuvieron en silencio una decorosa resistencia frente a la injusticia gozadora. Sobre la tumba de sus muertos, Walt Whitman soñaba en los cementerios de Long Island con la grandeza extraordinaria de Estados Unidos. Ayer, en cambio, en la ciudad de Caracas fué demolido un viejo camposanto, donde, entre otros, dormían su sueño eterno José de Austria, el primero de los historiadores de la guerra emancipadora, y Juan Vicente González, desollado Jeremías de nuestros viejos dolores. Los hombres del momentoso éxito son enemigos de toda tradición que dé energía al sentido popular de la Patria. Mientras más fláccida, en cambio, sea la conciencia nacional, mayores

facilidades halla en ella el extranjero para lucrar con sus valores morales y con su rico patrimonio geográfico. Para mercar con la dignidad de las naciones, mejor, en realidad, resulta una geografía desnuda de Historia, sobre cuyas dimensiones métricas sea más hacedera la aplicación del articulado del Código de Comercio o del Código de Minas con que se suele sustituir las normas severas del Derecho Político. La dignidad humana que toca a toda criatura por la gracia de llevar un espíritu se supedita al derecho torticero derivado de la fuerza que amedrenta.

Contra el desánimo que promueve la entrega de los valores primordiales de la nación urge levantar voces que insuflen sentido a la acción de los hombres. Cuando los hombres vivos decaen y se entregan ante la menor amenaza, queda aún el recurso de citar a los espantos. Llegada es la hora de que Tirteo, vestido de Hamlet, conjure a los muertos contra los vivos que traicionan el destino de los padres. He creído fervorosamente en el valor formativo de los cánones históricos. Otros han buscado las acciones de los hombres de ayer como oportunidad vana de concupiscente regocijo o como complicidad sacrílega para el crimen del momento. He juzgado yo, por el contrario, que la voz de la Historia es testimonio del pueblo que ayer luchó por anchar el radio de sus posibilidades humanas y viva expresión de valores que dan categoría y unidad a la acción presente de los hombres. Justamente, cuando he buscado los nombres de mis antepasados de sangre y de mis antepasados de conciencia, he solicitado ayuda de la parte de ellos que en mí sobrevive. Lejos de perseguir fantasmas inaprehensibles, he caminado en pos de la realidad del mundo invisible de ayer, donde entierra sus raíces el mundo activo y creciente del momento. La cultura antigua transfiere savia, fortaleza, carácter y espíritu a las formas nuevas de la nación, en el mismo grado, por si no más, en que el sudor del obrero y el pensamiento del sabio se juntan para crear la riqueza y para ajustar las normas que hagan posible el progresivo desarrollo de la sociedad. El pueblo, tanto como unión de brazos que trabajan, es mezcla de conciencias que sienten el deber de realizar la justicia. Con los brazos vivos no se suman los brazos muertos; en cambio, a la conciencia nueva la sirve de sustentáculo poderoso la conciencia creadora de la Historia.

En la distancia a que vivo del suelo de mis padres, he querido sumarme hoy a la gente que honra a los difuntos. Ninguna fecha como el día de los muertos para sentir el forastero la realidad agresiva de la tierra extranjera. Treinta años ha, tal día como hoy, yo escribía en la semi-latina Nueva Orleans cómo el día de difuntos siente uno "que la razón de la Patria se hunde hasta la tierra misma que cubre las cenizas de los muertos", y cómo entiéndese que aquélla, "más que concepto político, es realidad de sentimientos transmitidos con la sangre y tradición que se alarga tanto como el recuerdo de los mayores desaparecidos". Vivía yo en la gran nación del Norte de América. Sus usos, sus costumbre, sus nombres, sus recuerdos, poco hablaban a mi realidad indoespañola. Su suelo era para mí suelo extraño. Sus cementerios estancaban los ríos viejos de donde provenían los nuevos ríos de una humanidad diferenciada de mi castiza humanidad venezolana. Ninguna voz podía levantarse de las tumbas con la lección de experiencia antigua que pudiera avivar mi sustancia personal. Apenas, de los cementerios vacíos de voces que hablasen a mi transitorio sentido de hombre nacional, se alzaba la voz de una filosofía irénica, que me hacía pensar en el sueño irrealizable de una hora mejor para la atormentada sociedad de los hombres. *Pax perpetua* sólo obtenible bajo el silencio de la tierra. Comunidad universal de voluntades, exhibida con fúnebre sentido en el hostal donde Kant logró el esquema de su ensayo sobre la paz universal.

Vivía yo entonces en el mundo de emociones, de pensamientos y de intereses opuestos al mundo de mi Patria. Allá se había extendido el espíritu de la vieja Inglaterra. Hasta mi suelo nativo, los conquistadores españoles habían descogido la heráldica alfombra del trono de Castilla. Cuando crecieron las colonias de uno y otro origen, se confederaron arriba los herederos del pensamiento de Walter Raleigh, de Amyas Preston, de Morgan y de Hawkins. Abajo del Río Grande dilató su contradictoria semilla el pueblo que logró hacer del propio Sancho Panza un filósofo justiciero y medio tonto, que, si no gozó de ojos apropiados para mirar un yelmo en una bacía, tuvo, en cambio, sentido resignado y tolerante juicio para ver en el modesto artefacto lo que decía la realidad del barbero y lo que soñaba a pleno sol nuestro señor Don Quijote. Distintas habían sido las raíces de los pueblos. Distintos eran,

por tanto, sus espíritus. Para dialogar con las voces del pasado norteamericano, hecho poderoso en lo que fueron colonias de España y de Francia, me hubiera sido necesario; sobre el sensible metal del símbolo oral, poseer el metal secreto de una conciencia formada por la sedimentación de las edades.

El cuadro es ahora muy diverso. En la madre Patria tienen compendio moral los valores de todas las patrias lejanas de la América mulata. Para hablar con signos que traigan al espíritu la imagen distante y prohibida de la Patria, acá sobran los caminos. En Extremadura, por caso, podría vivir hoy un día trujillano, y sobre el mármol que cubre los huesos de los genitores de quienes de Trujillo salieron a fundar mi pueblo natal, podría hacer una nueva evocación de la homónima ciudad pacífica donde comenzó mi vida. Pero más a la medida de la distancia geográfica y de mis afectos personales tengo al pueblo de los Briceños. En Arévalo me sentiré hoy, una vez más, como en tierra propia, como en hogar viejo, cual si regresara a caserón solariego, donde apergaminada gente repitiese aún palabras descoloridas que ayer tuvieron vida en labios de mis mayores.

*

La austera meseta castellana, más que el melancólico "mapa de reposo", donde buscara descanso la musa de Miguel Hernández, es hoy extraordinaria fantasía y desbordada locura de oros de mil tonos. Los enhiestos álamos y chopos visten de amarillo como para una procesión litúrgica. ¡Cómo vuela la imaginación en pos de los milagrosos batihojas que labraron el áureo sortilegio de estas gasas y estos tules con que fueron cubiertas las recias nervaduras de las ojivas audaces de tan extraordinaria catedral arbórea! Cuando los indios hablaron a los conquistadores de un remoto país donde todo era oro, el viejo Sancho Briceño debió de recordar los altos chopos y de los tupidos álamos otoñales de la meseta de Castilla. Caminos dorados buscaba más allá de los delirantes horizontes el atrevido conquistador. La fiebre del oro ponía fuego en los ijares de los raudos caballos. En mí, en cambio, la fiebre del anhelo, acicateado por la ausencia de la Patria, medra dulce sosiego ante la visión dorada de las hojas que caen cual lluvia de paz

agonizante sobre la tierra desnuda y morada. Como estas hojas pasará mi dolor. Como estas hojas caerán de su delirio diabólico las vanas alegrías.

A cuatrocientos años de distancia, ¡cómo varían paisajes y personas! Sueño de Patria nueva, fábula de ciudades donde las casas descansaban sobre sillares de oro, alentaba la mente del abuelo remoto. Su mundo no era en verdad el mundo de las letras; pero en la Villa ilustre, y en roce con los hombres que llevaban en ella la voz de la cultura, fácil pudo ser al conquistador intuir el difuso orden de valores humanos que sobrenadaba más allá de la áspera realidad de los hechos encaminados a distender la materialidad del Imperio español. Junto con la alucinada aventura en pos de mitológicos Cipangos, un ímpetu de asentar para la vida nueva, ordenada y pacífica, servía también de estímulo al viejo poblador. Venido al suelo el fantástico edificio de El Dorado, preciso fue fundar sobre la realidad inmoble de la tierra. Como rodarán una a una las hojas luminosas de los altos árboles que orillan el camino hasta quedar desnudos álamos y chopos, así cayeron de la altura de los sueños el polvo, las láminas, los arcos, las fuentes y las torres de las ciudades por los españoles fantaseadas y buscadas al aleve consejo de indios deseosos de que la selva, ya que ellos no podían, rindiese la audacia de quienes, con mejores armas,habían ido a destruir su sosiego y a enseñorear sobre la tierra donde libremente discurría para ellos una existencia sin memoria.

Dejado en Adanero el firme camino que sigue a Valladolid, en poco tiempo el rápido vehículo me ha puesto frente a los ojos las torres gemelas de San Martín y las otras torres de San Miguel, de San Juan, de Santo Domingo de Silos, del Salvador, de Santa María la Mayor. Esta ciudad de hoy, así haya ganado en categoría política a la antigua Villa, es apenas un doloroso recuerdo del esplendor que hizo de Arévalo obligado corazón y nudo caminero de la alta meseta castellana. De la población vieja poco queda por testimonio de lo que reza el verso cuando dice que

la mejor villa que encierra
el condado de Castilla

es Arévalo; y su tierra:
un pinar que nunca yerra,
una dehesa y dos ríos...

Si los viejos castillos, templos y murallas han sido destruídos por obra de guerras y del inclemente progreso, en cambio hay suficiente memoria para guardar todo lo que no cabe en ruinas y despojos. En este viejo pueblo de los Briceños no hay ni para remedio viejo alguno que cargue el apellido. Muchos años hace que la estirpe subsiste apenas en cuartos o quintos apellidos. Pero cuando he dado mi nombre, sin esfuerzo alguno, sin afán de Historia, luciendo una erudición realenga, la persona con quien hablo me dice en tono afable: "Usted, pues, es de los cinco Linajes". He de confesar que aquello me sonó a cosa extraña. No había leído aún la *Historia de Arévalo*, de don Juan José de Montalvo, que luego me fue obsequiada por el Alcalde de la ciudad, en quien, con el don de gobierno, se hermana la conciencia de saberse personero de una tradición egregia*. El libro lo llevé bajo el brazo mientras recorría con cariño y admiración el viejo y ya dormido solar de mis mayores peninsulares. Después del Alcalde conocí al Párroco de Santa María, la vieja iglesia donde, los Briceños hicieron sus enterramientos y donde, con aire feudal, se reunía el Linaje el primer viernes del año para entender de sus problemas señoriles. El libro seguía bajo mi brazo; mas Alcalde y Párroco eran Historia abierta que fue descubriéndome los secretos de cada rincón, de cada calle, de cada barrio, de cada escudo. Y cuando ya no tuve la conversación de las autoridades de la ciudad ni escuché tampoco la voz airosa del poeta que guarda la crónica severa del pueblo, un viejo encantador, cargado de la chispa sencilla y aguda del buenazo de Sancho, después de saberme descendiente de antiguos señores de Arévalo, me invitó a tomar en su casa una copa del mejor vino de su cosecha. La casa de mi imprevisto amigo es un sencillo hostal, construido al abrigo de restos de las derruídas murallas árabes. El viejo había oído hablar de los Briceños. Sabía distinguir también el águila explayada de las antiguas armas familiares. Me habló de América, con esa simpleza de los labriegos castellanos que no han acabado de

(*) Don Juan José Gómez Sáinz.

entender que nosotros constituímos hoy repúblicas emancipadas de España. Carente de letras, esta buena gente campesina tiene una idea confusa del viejo mundo de las Indias y como nos escucha hablar un castellano fluente y correcto, da en imaginarnos parte aún del Imperio español. "Hará buen rato que se partieron sus abuelos –me dice–, pues yo no he topado acá con Briceño alguno". "Cuatrocientos años", le respondo sonreído. Sin inmutarse me agregó, en tono de gente hecha a contar siglos: "Pues eso es ya más que un rato".

Cuando tropecé con este amable castellano ya había visitado las lápidas borrosas de Santa María la Mayor, la primitiva iglesia donde oían Misa los Briceños y donde hicieron sus primeros enterramientos. El templo es hoy una verdadera lástima. Cerrado por ruinoso para el culto, lo franqueó para mí la amabilidad del viejo y erudito Párroco. Las inscripciones de las lápidas son algo ininteligible. ¡Cuántos pasos vivos se han deslizado sobre estas losas muertas!... ¿De quiénes son? ¿Qué existencias se pensó perpetuar en la condensada frase de las leyendas? El roce constante de los vivos ha borrado los emblemas y los nombres. Apenas si se distinguen águilas pasmadas y mútilas y cruces incompletas de San Andrés. Tampoco de ellas sale murmurio alguno de voces, como los efesinos decían que se levantaba de la losa bajo la cual dormía el cuerpo milagroso de Juan el Teólogo. Aquí todo es silencio doblado por las ruinas húmedas y sombrías.

Sin embargo, sobre estas lápidas mudas he afincado mi voluntad de soñar. Aguas arriba buscan los exploradores la fuente de los ríos. Yo también me he venido Patria arriba en busca del manadero de mi historia. La mía, como individuo, carece de relieve. Su pequeñez cabe entre las líneas de un pálido relato sin más salientes que muchos errores y amarguras sin cuento. Pero, al buscar los sitios donde nacieron y murieron mis lejanos abuelos medievales, remuevo la solera de una Historia en la cual hunde sus profundas raíces la Historia de mi Patria venezolana. Alguien, con sutil sentido de correlación de los hechos antiguos, ha vinculado a Arévalo con América y la Hispanidad. Cuando joven, la futura gran Reina, a cuya rapaz mirada se debió la hispanización de nuestro mundo americano, vivió en esta Villa, y de Arévalo a Madrigal, y de Madrigal a Arévalo, recorrió frecuentemente, con su

hermano Don Alfonso y con su amiga Beatriz de Bobadilla, los tupidos pinares que daban suave sombra a la ruta entre ambas poblaciones. En Arévalo debió de haber escuchado entonces, aun sin medirlas el sentido, muchas de esas misteriosas palabras donde se afianzaba la onda renacentista promovida por el curioso espíritu de Juan II.

Al buscar en la España nutricia los caminos de mi historia familiar, apenas tomo la cabeza de uno de los mil larguísimos hilos que se unieron para tejer el cañamazo donde se urde cuotidianamente nuestra Historia nacional. Cuando hoy se me imposibilita el acercarme a los inmediatos manaderos donde se aviva la Historia presente de mi pueblo, justo es que me venga Historia arriba en busca del suelo particular donde crecieron mis remotos abuelos peninsulares.

Cualquiera podría creer que en esta rebusca de valores se mueve un presuntuoso afán de inútiles linajes. Con mi conducta y por medio de las ideas expuestas en mis libros he probado hasta la saciedad cómo en la silenciosa noche del recuerdo no me asusta el ruido de las cadenas que llevaron en sus pies vigorosos los remotos y sufridos abuelos que me mantienen en comunión sanguínea con el dolor de los humildes. De ellos, tanto como de reflexionar sobre la justicia, me viene el hilo recio de pasión de pueblo con que están cosidas las fojas de mi expediente de ciudadanía. No a humos de vulgar demagogia creo en las cualidades excelentes de la gente humilde que en mi Patria sufre el desdén de clases, si poderosas en recursos materiales, en cambio, ayunas de virtudes. Pocos como yo han exaltado la fuerza de nuestro calumniado mestizaje, hoy en forma sistemática negado aun por hombres que muestran en el rostro señales delatoras de vecindad con los linajes "prohibidos" Los apologistas del nuevo racismo, donde afincan teorías que niegan al pueblo sus derechos, han hecho religión del reniego del mestizo. Para mejor negar al bajo pueblo, abjuran de indios y de negros; para negar la tradición unificadora, condenan el pasado hispánico. Sin partida de nacimiento, como hombres nacidos sin ley ni bendiciones, mejor se saben para el negocio de la venta.

Con un pie en la realidad inmediata de los hechos, con otro pie en el mundo negado de la Historia, he insistido y seguiré insistiendo en la

urgente necesidad de fijar el valor diferencial de nuestra cultura mestiza de indios, de negros y españoles. En la confluencia de los grupos, al peninsular corresponde la superioridad de los signos. En manos del conquistador viajaba a las Indias un mundo de Historia que iba a superponerse a mundos menores, cuyos relatos vagaban en el área de leyendas gobernadas por dioses aún envueltos en el frescor primitivo de la botánica nutricia, o cuya extraordinaria cultura en el orden del cálculo y de la construcción, buscaba, sin embargo, comunión con dioses que se alimentaban con sangre de hombres y mujeres degollados al pie de sus altares.

Cuando los pueblos nuevos crecieron para la autonomía creyeron que, como testimonio de libertad política, debían borrar el viejo apellido de familia; tanto como si los hijos, al llegar a la mayoridad, buscasen apelativo nuevo para sustituir el apellido severo de los padres. Un acratismo antihistórico promovió en Hispanoamérica la exaltación de los valores políticos que arrancaban de la peculiaridad de una caprichosa geografía, fijada con tinta de leyenda por el viejo Consejo de las Indias. Se olvidó lo continuo de la América formada por España y se dio sueltas a una pluralidad de aspiraciones y de reservas, que fue utilizada a tiempo por el espíritu absorbente de la otra América. Al mismo tiempo, se negaron al pueblo los recios arrimos de su mejor tradición y la fuerza creadora de su vigoroso mestizaje.

Hoy, ante la realidad del riesgo, Hispanoamérica ha meditado la lección de su destino. Han sentido nuestros pueblos indefensos y traicionados la necesidad imperiosa de volver sobre sí mismos en pos de canon que dé vigor e impulso a su fuerza defensiva. Como espejo donde mirarse el rostro alargado por la agonía de la lucha, han dado con las aguas profundas de su vieja y desahuciada Historia. En sí mismo, en su preterida tradición, en el sentido que determina la peculiaridad de su genio y de su cultura morena, se ha dado cuenta de que viven los únicos valores que escapan al afán de venalidad de quienes ponen su destino al servicio de extraños intereses.

*

Para meditar sobre su Historia gloriosa y fecunda, en este día ausente de difuntos cercanos, yo he ido Patria arriba hasta el hogar donde hace más

de cuatro siglos vivieron los abuelos partidos a las Indias. No he venido a buscar la sombra de mi gente vieja. He venido a subirme en escalera de siglos para mirar desde las airosas torres de los templos que guardan las cenizas de los padres antiguos cómo se dilata el tropel de hombres y de generaciones que terminaron por pulir los signos de la nueva Patria. Desde las torres de cimientos árabes de Santa María la Mayor, no sólo diviso el castillo en ruinas, con cuya guarda se honró a Juan Briceño de Porres, y el altivo follaje de los pinos que ensombrecen el valle estrecho donde corre el Arevalillo quejumbroso. Toda la meseta melancólica de Castilla, cruzada de blancos caminos y de resignada gente, viénese a mis ojos. No es ya la llanura de hoy, sino la llanura antigua la que luce ante la mirada delirante. Es la tierra vieja. La parda tierra antigua, donde discurrió la gente que se enrumbó hacia América. Arévalo ya no es Arévalo. Arévalo es Sevilla, y es Cádiz, y es Palos de Moguer. Hay suave movimiento de aguas en el río y golpe salvaje de caballos marinos en el grande océano. Las carabelas imponentes emproran a Occidente. Un mundo se mueve sobre las aguas terribles. Hombres y mujeres respiran a pecho ancho este aire cargado de sal, de yodo y de humedad. La nave parece fabricada por gigantes. Cíclopes semejan estos hombres semidesnudos que gobiernan las gruesas jarcias. ¿Cuánto alcanza la eslora de este barco fantástico? El inmenso velamen parece empujado por las propias manos de Dios. Para arrastrar tanta gente se necesita, en verdad, una fuerza extraordinaria. Guerreros, frailes, hidalgos, letrados, menestrales, pastores, mujeres y niños de imposible recuento forman el pasaje de este gran viaje. También yo me siento a bordo. Sí, también yo viajo, y van conmigo mis hijos y mis nietos. Nietos grandes, fornidos, cuyos ojos cargados de lejanía veo por vez primera. Generaciones activas y alegres que se nutrirán de la sangre de mis hijos. Un mundo inmenso, misterioso, lleno de gérmenes de luz, navega en la nave fantástica. Todos saben, como los marinos audaces de Plutarco, que navegar es necesario aún más que el propio vivir. Nadie teme a la muerte. Como buen hijo de España, este pueblo aventurero que se ha echado sobre las aguas, sólo teme a la eternidad. Hoy la suerte está en el mar. La conciencia estremecida de la Historia quiere ancharse sobre tierras sin nombre y bajo soles radiantes y eternos. Todo el viaje es un grito de salvaje aleluya. Sin que se la vea, la tierra viaja segura en el ánimo de los confiados navegantes. Todo es tierra firme para el espíritu

que afinca los pies sobre la fe de su destino. Inmenso es el porvenir de este pueblo andariego. Pasarán los siglos, y aunque aparezca enredado en actitudes contrarias a su deber antiguo, su voz crecerá más que las torres y que los montes donde se encierra la riqueza tentadora. Para ganarse la libertad, amenazada por nuevos piratas, sus hombres, como crecieron antes, crecerán de nuevo, ahora no sobre el lomo de raudos corceles, sino sobre las piernas ciclópeas de su poderosa conciencia. Sobre el timón de la nave están, como en sus velas inmensas y trepidantes, las manos poderosas de Dios...

Arévalo y Madrid, noviembre de 1953.

POST- SCRIPTUM

Este ensayo, cargado de dolor, de lirismo y de esperanza, no pudo ser editado en el curso del presente año. Circunstancias varias han hecho que aparezca en letras de molde después de haberme puesto un nuevo día de difuntos en condiciones de espíritu semejantes a las que me llevaron a Arévalo en noviembre de 1953.

François Mauriac escribió recientemente que él, pese a lo piadoso de las jornadas anuales a los cementerios, jamás se ha agregado a ellas. Sus muertos, declara, los lleva consigo en la memoria y en ellos piensa y por ellos ora diariamente. El gran maestro francés dice cierto cuando así se expresa. La lealtad obliga a que carguemos fresco el recuerdo de los seres con quienes ayer convivimos y, con él, la memoria altiva y amorosa de quienes formaron nuestra conciencia de hombres. Es proceso de integridad personal. Los hombres sin memoria son como seres evadidos del mundo de la responsabilidad. Los pueblos sin Historia funcional son, también, como comunidad desprovista de memoria. Tanto como comunidades irresponsables. Tener memoria es un anticipo de tener voluntad. La memoria y la voluntad son como los polos que fijan el movimiento de la conciencia humana. Quien camina, tanto ha de saber hacia dónde va como saber de dónde viene. Para "poder ser", se requiere "ser ya". Es decir, poseer una conciencia de sí mismo. Estar dentro de un orden de deber.

Las grandes crisis de los pueblos coinciden, como la crisis presente del mundo, con un abandono de la problemática del ayer y del mañana. Se mira apenas con sentido milenarista al precio fugaz del presente

inseguro que se ofrece a la posibilidad del placer. El tono delicuescente que señala el comportamiento general del hombre tiene raíces explicativas en la falta de examen introspectivo. En el pequeño ámbito de su propia memoria, el hombre hace su descenso hacia los umbrales que le sirven de comienzo ascendente de la personalidad. En el campo de la Historia, los pueblos hallan los estratos primitivos donde se fundan los pilares capaces de soportar los arcos del futuro. El análisis se hace tanto más claro cuanto más preciso sea el conocimiento de las causas y de los fines que engendran y dirigen las acciones de los hombres y las acciones de los pueblos. Sin estos exámenes, pueblos y hombres carecen de sentido moral y de sentido histórico. Sin sentido moral y sin sentido histórico, ni los hombres ni los pueblos pueden cumplir su fundamental función humana. Serían anti-pueblos y anti-hombres. Hordas gobernadas por leyes fisiológicas y seres físicos regidos por las leyes de la necesidad. Colectividades y unidades con sólo el sello que les impongan quienes aprovechan su debilidad y su inconsistencia.

Frente a los problemas nacionales yo me he impuesto el deber, en apariencia estéril e infructuoso, de avisar el peligro que constituye cualquier tipo de claudicación concencial. Mi nacionalismo no se integra en el cuadro agresivo del nacionalismo de quienes se cierran a la comprensión ecuménica del hombre. Más de una vez he dicho que el nacionalismo no se opone al internacionalismo de las grandes ideas de paz, de concordia y de cultura; el nacionalismo se opone apenas al imperialismo que reclama para su mayor robustecimiento la permanencia subordinada de colectividades atrasadas que lo sirvan. El nacionalismo no niega el espíritu societario, sino la actitud rendida del vasallaje disimulado. El nacionalismo hispanoamericano –tan combatido hoy por la Prensa estadounidense– representa la defensa de los valores primordiales que dan derecho a nuestros pueblos para ser mirados y tratados como factores autónomos de cultura. Sus líneas varias reclaman la revaluación de los altos signos desmejorados por una interesada y caprichosa crítica. Desde la lengua hasta la religión que dan sentido de unidad a nuestro fornido mestizaje, todo ha de ser mirado como un complejo de factores valentísimos en el proceso de nuestro devenir de naciones. La ruptura de esa unidad ha sido, en

cambio, presupuesto de quienes medran con el desconcierto de nuestros pueblos. En este orden de ideas, mi labor no persigue sino el mejoramiento y la defensa de generaciones expuestas a la deserción de su deber moral y a la negación de su finalidad histórica. Buena paga para mi insistencia sería que mañana nuestros pueblos recordasen su crisis presente como dura y aprovechada ocasión de haber meditado con buen éxito acerca de su dignidad y de su deber. Buena paga para mi trabajo será el triunfo de la idea que mira en la potencia calumniada de nuestras colectividades mestizas, posibilidades exactas de fecunda creación. A la guerra y sumisión antigua, la paz alegre del blanco, del negro y del indio en el torrente plasmático que alimenta al pueblo.- Madrid, el 30 de noviembre de 1954.– Laus Deo.

FUENTES

Oviedo y Baños: "Historia de la Provincia de Venezuela".
Dr. Vicente Dávila: "Próceres Trujillanos". Caracas, 1921.
Dr. Vicente Dávila: "Don Sancho Briceño. Su monumento en Trujillo. "El árbol de los Briceños". Caracas, 1927.
José Domingo Tejera: "El Diablo. Panorama". Maracaibo, 1917.
Roberto Picón Lares: "Apologías", 1952.
Mario Briceño Iragorry: "Los Fundadores de Trujillo". Caracas, 1930.
Juan José de Montalvo: "De la historia de Arévalo y sus Sexmos". Valladolid, 1928.

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 8

Alegría de la tierra (Pequeña apología de nuestra agricultura antigua). Caracas: Edición de Industria Pampero (Biblioteca Venezolanista), 1952, 177 p.

- 2a. ed. Caracas: Edics. Edime (Col. Temas Nacionales), 1953. 164 p.
- 3a. ed. Caracas: Edics. Edime, 1959. 164 p.
- 4a. ed. Pról. de Ramón J. Velásquez. Caracas: Fundación Mario Briceño Iragorry / Fundación Polar, 1983. 162 p.
- [5a. ed.] Prefacio de Aura Loreto de Rangel. Pról. de Ramón J. Velásquez. Caracas: Edic. Especial de la Procuradoría Agraria Nacional, 1988. 162 p.

También en: - **Obras selectas.** Caracas: Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 627-736.

Aviso a los navegantes (tradición, nacionalidad y americanidad). Caracas: Edics. Edime (Col. Temas Nacionales), 1953. 167 p.

- 2a. ed. Santiago de Chile: Edit. Universitaria, 1955. 147 p. Con. tit. **Tradición, nacionalidad y americanidad.**

También en: - **La historia como elemento creador de la cultura.** Presentación de Guillermo Morón. Prólogos de Ramón J. Velásquez y Joaquín Gabaldón Márquez. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Col. Estudios, monografías y ensayos, 67), 1985 (387 p.) pp. 149-294.

Patria arriba (Nuevo ensayo sobre los valores de la hispanoamericanidad). Madrid: Edics. Independencia, 1955. 99. p.

INDICES DEL VOLUMEN 8

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Abel: 295.
Abem-Horath: 332.
Academia Nacional de la Historia: 66, 189, 203.
Academia Sueca: 265.
Acosta, Cecilio: 107, 108, 212, 229, 231, 347.
Acosta, José de: 77, 86, 126, 135, 137.
Acosta Ortiz, Pablo: 285.
Acosta Saignes, Miguel: 107, 223, 224.
Adaja (río, Arévalo, España): 327, 330, 331, 333.
Adán: 295, 327.
Adanero (España): 352.
Adriano (Cardenal): 329.
Africa: 186, 295, 307, 324.
Africa del Norte: 111.
Aguado, Pedro de: 60.
Agudo, Alfonso: 339.
Aguilar Gorrondona, José Luis: 258.
Alabama: 253.
Alah: 23, 71.
Alamo, Francisco de Paula: 68.
Alamo, [José Angel de]: 157.
Albión: 228, 295.
Albornoz, Cristóbal: 323.
Albornoz, José Luis: 258.
Alcalá, [José Gabriel]: 157.
Alcalá, Pedro de: 111.
Alcázar de Baeza: 333.
Alcocer (puerta de): 332.
Alderete, [Bernardo José]: 40, 99, 111.
Alegría de la Tierra de MBI: 149.
Alejandría: 309.
Alemania: 40, 130, 307.
Alfinger, Ambrosio: 112, 320, 325.
Alfonso I (de Castilla): 332, 333, 355.
Alfonso VI: 333.
Alonso de Rosales, Luisa: 339, 345.
Los Alpes: 263.
Amazonas: 114, 288.
América: 19, 24, 30, 50, 57, 60, 61, 65, 69, 72, 77, 91, 96, 97, 111, 114, 116, 119, 127, 135, 141, 152, 153, 157, 158, 162, 163, 170, 171, 175, 183, 185, 186, 187, 188, 214, 217, 234, 235, 237, 241, 248, 264, 278, 279, 281, 283, 289, 290, 293, 294, 301, 302, 310, 311, 314, 316, 318, 319, 328, 325, 329, 330, 335, 336, 338, 339, 340, 341, 342, 345, 347, 351, 353, 354, 356, 357.

América Central. Véase: *Centroamérica.*
América del Norte. Véase: *Norteamérica.*
América del Sur. Véase: *Sudamérica.*
América Española. Véase: *América Hispánica.*
América Hispánica: 95, 141, 152, 163, 214, 215, 218, 225, 294, 309, 314, 356.
América Latina. Véase: *Latinoamérica.*
American Tobacco Company: 132.
El Amor y la amistad de Tirso de Molina: 41.
Ampíes, Juan de. Véase: Martínez de Ampíes, Juan.
Amsterdam: 130.
Andalucía: 40, 115, 310, 337.
Los Andes, (Cordillera de): 23, 47, 66, 67, 69, 101, 102, 114, 125.
Andes colombianos: 53.
Andresote [Andrés López del Rosario]: **189-192.**
Anglería, Pedro Mártir de: 40.
Anglo-Iranian Oil Company Ltd: 251.
Anglo-Persian Company: 256.
Angostura: 55, 206, 237, 238.
Aníbal: 331.
Anteo: 27.
Antequera, José de: **159-163.**
Antigua (Guatemala): 50, 95, 96.
Antiguo Testamento: 203.
Antillas: 56, 101, 120, 127, 170.
Antillón, Cristóbal: 323.
Apolo: 183.
Apologías de Roberto Picón-Lares: 363.
Aragua: 62, 66.
Araguaia (río): 288.
Arandia, Mario: 100.
Las Araujas (Trujillo): 102.
Araujo, Juan Bautista: 103.
Arbenz, Jacobo: 282.
"El árbol de los Briceños" de Vicente Dávila: 363.
Ardive, Antonio: 96.
Arevalillo (río, España): 330, 331, 333, 357.
Arévalo (España): 305, 307, 320, 327, 328, 330, 331, 333, 335, 336, 338, 340, 343, 345, 351, 353, 354, 355, 357, 358, 359.
Arévalo González, Rafael: 108.
Argentina: 104, 152, 211.
Argüelles [Alcalde de Maracaibo]: 65.
Arias de Villacinda, [Alonso]: 325, 326.
Ariel de José Enrique Rodó: 152.
Arismendi, José Loreto: 252.
Aristóteles: 324.
Arroyo Alvarez, Eduardo: 26.
Aruacos (indios): 49.
Asia: 119, 186, 295.
Asociación Venezolana de Periodistas: 209.
Asturias: 310.
La Asunción (Paraguay): 159, 160.
Atayde: 67.
Atenas: 67, 309.
Atlantic Fruit Company: 35.
Atlántico: 326.
Atlas: 340.
Audiencia de Caracas: 160.
Augusto: 264.
Austria, José de: 348.
Avalos, José de: 128.
Avila, Luis Manuel: 257.
Avila (España): 39, 48, 327, 328, 330, 331.
El Avila (cerro): 22, 143.

Avila Gráfica (Editorial): 145.
Ayacucho: 72.
Ayamanes (indios): 41.
Babel: 318.
Baden (Alemania): 40.
Bajo Caroní: 247.
Baldó, José Ignacio: 285.
Banco Agrícola y Pecuario: 145.
Banibas (indios): 49.
Baptista, Eusebio: 108.
Baralt, Rafael María: 25.
Barceloneta: 238.
Barinas: 129, 130, 157.
Barnola, Pedro Pablo: 257.
Barquisimeto: 42, 44, 142.
Barreto, Jaime: 100.
Barrio, Damián del: 321, 323.
Barrio de San Pedro (Arévalo, España): 338.
Baruta: 83.
Basílica de Santa Teresa y Santa Ana: 22.
Bastida, Francisco de la: 339, 345.
Bastida Briceño, Rodrigo de la: 39, 339, 345.
Bastida Briceño, Rodrigo Hipólito de la: 339, 345.
Bastidas, José Ignacio: 104.
Basutoland (Africa): 295.
Batalla de Araure: 345.
Batalla de Barca de Oreja: 331.
Baviera: 42.
Bechuanaland (Africa): 295.
Beethoven, Ludwig van: 223.
Bejarano, Lázaro: 112.
Belice: 95, 225.
Belón: 127.
Bello, Andrés: 17, 25, 33, 34, 38, 42, 47, 59, 88, 96, 97, 108, 109, 127, 183, 229, 231, 282, 309.
Berdugo, Andrés: 341.
Berdugo, Francisca: 337, 345.
Berdugo, Francisco: 341.
Berdugo, Isabel de: 338.
Berdugo, Juan: 332, 333,
Berlanda, Tomás de: 34.
Bermúdez, [José Francisco?]: 206.
Bermúdez, Juan: 157.
Bernáldez [de Quirós, Alonso]: 39.
Berrío, Antonio de: 156.
Berti, José Rafael: 18.
Betancourt, Rómulo: 125.
Betania: 183.
Bethlehem Steel Company: 240.
Billiken: 210.
Birmania: 121.
Blanco, Eduardo: 205.
Blanco, Andrés Eloy: 33.
Blanco-Fombona, Rufino: 104.
Blandín, [Bartolomé]: 20, 21, 22.
Bobadilla, Beatriz de: 355.
Boconó: 60, 75, 88, 89, 102.
Bogotá: 56, 84, 153, 209, 330.
Bolet-Peraza, Nicanor: 215.
Bolívar (familia): 345.
Bolívar (Edo.): 206, 240, 243, 244.
Bolívar, Juan de: 337.
Bolívar, Simón: 10, 25, 27, 55, 56, 87, 98, 103, 104, 105, 107, 109, 131, 137, 153, 156, 169, 170, 171, 175, 178, 185, 187, 198, 206, 210, 225, 229, 231, 238, 284, 293, 296, 309, 317, 322, 329, 337, 347.
Bolívar, Simón de (El Viejo): 334.
Bolívar y Ponte, Juan Vicente: 337.
Bolivia: 283, 284.
Borburata: 39, 324.
Bourges: 70.
Boves, José Tomás: 24, 143, 318.
Boyacá: 170.
Braden (Embajador): 283.

Brasil: 47, 113, 161, 227, 238, **287-290.**
Brewe, Sam-Pope: 282.
Briceño (Abad): 341.
Briceño (familia): 322, 331.
Briceño (Los): 319, 332, 335.
Briceño, [Ignacio Ramón]: 157.
Briceño, Antonio Nicolás (El Diablo): 157, 317, 322, 329, 338, 339, 342, 363.
Briceño, Antonio Nicolás (El Viejo): 339.
Briceño de la Bastida, Rodrigo: 345.
Briceño de Porres, Juan: 332, 357.
Briceño, Garci-González: 332.
Briceño, María de: 338.
Briceño, Pedro: 330.
Briceño, Sancho: 38, 156, 318, 320, 321, 322, 323, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 333, 335, 336, 337, 338, 340, 341, 344, 345, 351, 363.
Briceño, Teresa: 330.
Briceño Graterol, Sancho: 339, 343, 345.
Briceño-Iragorry [familia]: 117.
Briceño Samaniego, Ana: 339, 345.
Briceño Toro, Francisca: 339.
Briceño Toro, Pedro: 339.
Briceño Toro, Regina: 345.
Briceño y Briceño, Domingo: 25.
Brillat-Savarin: 30, 69, 111,
Brizeño, Sancho de: 331.
Broadway: 143.
Brooklin: 143.
Buenos Aires: 161, 169, 209.
Bujanda, Ezequiel: 33.
Bujay (Edo. Trujillo): 88.
Burbusay: 103.
Cabo Finisterre: 287.
Cabrera, [José Luis]: 157.
Cáceres, Francisco de: 156.
Cáceres de Arismendi, Luisa: 27.
Caco: 43.
Cádiz: 357.
Caín: 266, 295, 325.
Cajamarca: 321.
Cajigal, [Juan Manuel]: 151.
Calabozo: 129.
Calcaño, Julio: 99, 114.
Calcaño Enríquez, Eduardo: 258.
Caldas, [Francisco José de]: 309.
California: 251.
El Callao: 243, 244, 245.
Calle Arriba (Trujillo): 102.
Camacho, Francisco: 49.
Cámara de Editores de Revistas (Caracas): 209.
Camba, Julio: 119.
Cambrone, ?: 104.
Camejo, Pedro ["Negro Primero"]: 309.
El Camino de El Dorado de Arturo Uslar Pietri: 205.
Campo, Pedro de: 323.
Canadá: 35, 42, 101.
Canarias (Islas): 34, 111.
Capadare: 102, 131.
Capilla de San Felipe (Caracas): 24.
Capua: 261.
Carabobo: 42, 170, 183.
Caracas: 3, 11, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 29, 30, 31, 42, 48, 59, 65, 71, 75, 78, 83, 86, 101, 102, 103, 108, 115, 128, 131, 143, 145, 147, 151, 152, 157, 163, 166, 169, 191, 210, 271, 273, 287, 313, 314, 346, 348, 363.
Carache: 75, 102.
Cárcel, María de la: 338.
Cárdenas, Juan de: 342.
Cariaco: 62.
Caribe (mar): 35, 36, 50, 170.

Caribes (indios): 49.
Carlos (Príncipe, España): 327.
Carlos I (de España): 30, 39, 60, 320, 328, 329.
Carlos III: 128.
Carlos V. Véase: Carlos I de España.
Caroní (río): 238, 248.
Caroní, (sabanas del): 206.
Carora: 101, 102.
La Carraca: 198.
Carrasquero, Manuel María: 108, 347.
Carreños (Los): 22, 23.
Carrillo, Alfonso: 95.
Carrión, Benjamín: 152.
Cartagena (Colombia): 49, 55.
Carvajal, Juan de: 321.
Carvajal (Mesa de, Edo. Trujillo): 87.
Casa León, Marqués de. Véase: Fernández de León, Antonio.
Casa de Contratación de Sevilla: 29.
La Casa Blanca (EE. UU.): 187, 188.
Casacoima: 87.
Casas, Juan de: 249.
Casas, Bartolomé de las: 324.
Casona, Alejandro: 67, 72.
Castel Fuertes, Marqués de: 160.
El Castellano en Venezuela de Julio Calcaño: 99.
Castellanos, Juan de: 48, 54, 56, 60, 112, 330.
Castellón, [Jácome]: 112.
Castilla: 30, 77, 78, 310, 321, 327, 328, 342, 350, 351, 352, 357.
Castilla la Vieja: 320, 327, 328.
Castro, ? (patriota de Caracas): 157.
Castro, Cipriano: 26, 67, 113, 217.
Castro Guevara, Julio: 95.
Catalá, José Agustín: 145.
Cataluña: 234.
Cazorla, [Luis José]: 157.
La Ceiba (Edo. Trujillo): 100, 103.
Ceiba de San Francisco (Caracas): 41.
Cementerio de Anauco (Caracas): 166.
Cementerio de Cipreses (Caracas): 166.
Cementerio de La Fraternidad (Caracas): 166.
Cementerio de los Canónigos (Caracas): 166.
Cementerio de Los Hijos de Dios (Caracas): 166.
Cementerio de Los Ingleses (Caracas): 166.
Cementerio de Las Mercedes (Caracas): 166.
Cementerio de La Misericordia (Caracas): 166.
Cementerio de San Pedro (Caracas): 166.
Cementerio de San Pablo (Caracas): 166.
Cementerio General del Sur: 166.
Centroamérica: 35, 36, 47, 83, 84, 122, 169, 322.
Cercano Oriente: 49.
César: 328.
Chacabuco: 104.
Chacao: 21, 31.
Charcas: 159, 160.
Chesterton, [Gilbert Keith]: 79.
Chicago: 104, 235.
Chile: 281, 282.
Chimborazo: 207.
China: 49.

Chittenden, (Mr.): 36.
Los Chorros (Caracas): 83, 86.
Chuao (Edo. Aragua): 30.
Cicerón, [Marco Tulio]: 313.
Cigarrera Bigot: 132.
Cipango: 352.
Cisneros, José Luis de: 84, 102, 130, 136.
Ciudad Bolívar: 239.
Ciudad Real (España): 327.
Clavo, Juan Bautista: 39.
Clemente, Lino de: 157.
Cochinilla (Barinas?): 130.
Codazzi, Agustín: 42, 55, 66, 122, 130.
Cold Spring: 165.
Colegio de San Ignacio [Caracas]: 298.
Colmenero de Ledesma, Antonio: 30.
Colombia: 18, 69, 83, 92, 114, 122, 170, 239, 284, 287, 322.
Colón, [Cristóbal]: 125, 126, 198.
Colonia Tovar: 228.
Commonwealth: 291.
Compañía de Jesús: 69.
Compañía Guipuzcoana: 23, 31, 49, 66, 102, 116, 120, 128, 143, 189.
Comuneros de Castilla: 328.
Comuneros de Mérida: 190.
Conde de San Javier: 128.
Conferencia Panamericana: 215.
Consejo de Indias: 29, 45, 48, 89, 327, 356.
Consejo Venezolano del Niño: 220.
Convento de San Felipe Neri: 22.
Córcega: 313.
Cordoba: 327, 332.
Corea: 274.
Coro: 25, 112, 320, 323, 329, 344.
Corporación Venezolana de Fomento: 247.
Corpus Christi: 68.
Correa [y Guevara, Ramón]: 318.
Corte de España: 278, 293.
Corte de San Jaime: 237.
Cortés, Hernán: 60, 311.
Cortés, León: 19.
Cortesi, Felipe: 227.
Cos, Bernabé: 100.
Costa Rica: 18, 19, 36, 69, 114, 122, 209.
Cova, Jesús Antonio: 107.
Cova, [Mariano de la]: 157.
Craso: 262, 264.
Creole Petroleum Corporation: 143, 255, 259.
Crespo, [Joaquín]: 113.
La Cristalina (Edo. Trujillo): 88, 89, 101.
Cruz del Sur: 210.
Cuaresma de Melo, Juan: 322, 326, 344.
Cuauhtémoc: 311.
Cuba: 56, 85, 145, 170, 171, 193, 284.
Cubagua: 53.
Cuenca, Héctor: 29.
Cuenza & Cía: 245.
Cuicas (indios): 53, 60.
Cumaná: 87, 130, 157.
Cumanacoa: 129.
Cundinamarca: 122.
Curaçao: 112, 190, 293.
Cuyamel Fruit Company: 35, 36.
Cuyuní: 239.
Da Cunha, Euclides: 289.
Damasco: 332.
Darío, Rubén: 183.
Dávila, Vicente: 322, 363.
De la historia de Arévalo y sus Sexmos de Juan José de Montalvo: 363.

Del origen y principio de la lengua castellana de Alderete: 40.
Delgado, Salvador: 157.
Depons, [François]: 62, 130, 326.
Descripción exacta de la Provincia de Benezuela de José Luis de Cisneros: 102.
Detroit: 93.
Díaz, José Domingo: 158, 293.
Díaz de Alfaro, Sebastián: 29, 31, 32, 344, 346.
Díaz de Vivar, Ruy: 72.
Díaz Moreno, Alonso: 156.
Díaz Rodríguez, Manuel: 107, 319.
Díaz Sánchez, Ramón: 66.
Diez, Julio: 245.
Diez Madroñero, [Diego Antonio]: 21, 22.
La Dificultad: 100.
Dimas: 276.
Discoverie of Guiana de Walter Raleigh: 237.
"Don Sancho Briceño. Su monumento en Trujillo" de Vicente Dávila: 363.
Don Quijote: 350.
El Dorado: 239, 320, 352.
Dos Ríos (Cuba): 170.
Los Dos Caminos: 86.
Drake, Francis: 40.
Du Pont: 254.
Dupouy, Walter: 220.
Duque de Alba: 327.
Ecuador: 101, 121.
La Edad de oro de José Martí: 171, 214.
Ediciones Edime: 147.
Ediciones Independencia (Madrid): 303.
Egaña, Manuel R.: 240.
Ejido (Edo. Mérida): 63, 75.
El Salvador: 18.
El Diablo de José Domingo Tejera: 363.
El Elbacín: 339.
Elegías de ilustres varones de Indias de Juan de Castellanos: 54, 330.
Elite (Revista): 210.
Emparan, [Vicente]: 249.
Enchiridion de Erasmo: 112.
English, ? (Coronel): 238.
Enrique IV: 339.
Enrique VIII: 71.
Erasmo, Desiderio: 112.
Eraso (Secretario de Felipe II): 327.
Ernst, Adolfo: 83.
Escalona, Juan: 27.
Escandinavia: 35.
Escuque: 60.
Esequibo: 211.
Esfialtes: 191.
La Esmeralda: 87.
Espacio de tiempo de Alirio Ugarte-Pelayo: 182.
España: 29, 39, 40, 41, 49, 61, 66, 77, 86, 103, 126, 127, 189, 199, 225, 234, 238, 248, 294, 307, 309, 310, 315, 318, 319, 322, 324, 326, 328, 337, 340, 341, 343, 344, 351, 354, 355, 356, 357.
España, José María: 109, 156, 191, 229, 231, 296, 309.
La Española (Isla): 135, 338.
Espartaco: **261-264.**
Espejo, Francisco: 27.
Estados Unidos: 17, 35, 38, 42, 44, 59, 66, 70, 72, 83, 84, 88, 92, 101, 120, 122, 136, 138, 141, 170, 187-88, 214, 220, 221, 233, 236, 248, 251, 253, 255, 256, 257, 259, 263, 264,

274, 277, 279, 282, 283, 284, 288, 290, 314, 348.
Estrada Cabrera, [Manuel]: 36.
Europa: 22, 29, 30, 35, 39, 40, 50, 69, 72, 82, 84, 116, 126, 186, 219, 278, 289, 309, 318, 319.
Eva: 295.
Extremadura: 310, 351.
Fast, Howard: **261-264.**
Federación de Estudiantes de Venezuela: 151.
Federico El Grande: 42.
Felice-Cardot, Carlos: 189, 191.
Felipe II (de España): 30, 320, 327, 331, 341.
Felipe V: 189, 191.
Fernández, Juan Mariano: 100.
Fernández de Graterol, María: 339, 345.
Fernández de León, Antonio [Marqués de Casa León): 96, 98, 130.
Fernández de Liébana, Francisco: 327.
Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo: 39, 77, 88, 125, 126, 136.
Fernández de Serpa, Diego: 156, 318.
Fernández Ortiz, Alejandro: 69.
Fernández Peña, [Juan Antonio]: 157.
Fernando de Aragón (El Católico): 324, 339.
Fernando III: 314.
Fernando IV (El Emplazado): 340.
Fernando VII: 158.
Fierro, Lucio: 227.
Filadelfia: 70, 188, 278.
Filemón: 318.
Filipo: 183, 205.
Fisiología del gusto de Brillat-Savarin: 30, 111.
Flandes: 327.
Florián: 70.
Foix, Germana de: 339.
Fonseca, ? (Capitán): 328
Fonseca Betancourt, Pedro de: 29.
Frágenas, Andrés: 151.
Francia, Felipe: 322.
Francia: 41, 43, 61, 69, 82, 127, 142, 200, 233, 248, 274, 307, 309, 327, 340, 351.
Fray León: 338.
Fray Lorenzo: 338.
Freyre, Gilberto: 113, 289.
Fuero Juzgo: 333.
Fundación Mendoza: 188.
Gabaldón, Arnoldo: 285.
Gabaldón, José Rafael: 33, 35.
Gabaldón Márquez, Joaquín: 257, 258.
Galán ?: 190.
Gallas: 262.
Galipán: 83.
García Sedeño, Gómez: 332, 333.
García Tapia, ?: 332.
García Calderón, Francisco: 152.
García de Lerma, ?: 326.
García de Paredes, Diego: 156, 318, 321.
García de Sena, Manuel: 188.
[García] Mohedano, [José Antonio]: 20, 21, 22, 23, 27.
García Monge, Joaquín: 36, 152, 153.
Garmendia, Fortunato: 257.
Getysburg: 70.
Giannini, ?: 254.
Gil Borges, Esteban: 127.
Girajaras (indios): 49.
Glasgow (Escocia): 17, 19, 20.
Godoy, Gonzalo: 228.
Gojar (Andalucía): 337.

Gómez, [Juan Vicente]: 101, 113.
Gómez Sáinz, Juan José: 353.
González, Juan Vicente: 86, 348.
González de Silva, Garci: 318, 344, 346.
González Gorrondona, J.J.: 91.
González Rincones, [Rafael]: 228.
González Torres de Navarra, Manuel: 21.
González Videla, [Gabriel]: 281.
Gonzalo Salas, Carlos: 67.
Grace Line: 57.
Granada (España): 111.
Gran Bretaña: 218, 257.
Gran Khan: 326.
Gran Sabana: 228.
Graterol Saavedra, Ana: 339, 345.
Grecia: 183, 264.
La Grita: 129, 157.
Guacara: 87.
Guadalquivir (río): 326, 342.
Guaicaipuro (cacique): 107, 108, 109, 137.
La Guaira: 20, 31, 43, 62, 114, 130.
Gual, Manuel: 156.
Guanare: 130.
Guaraúnos (indios): 49.
Guarico (Edo. Lara): 75.
Guárico: 60.
Guaruto: 129.
Guasipati: 55.
Guatemala: 18, 36, 50, 95, 96, 122, 169, 209, 283.
Guayamaca: 53.
Guayana: 50, 55, 86, 206, 207, 237, 238, 239, 241, 247, 248, 287.
Guayana Inglesa: 228.
Guayana Mines Limited: 243.
Las Guayanas: 248.
Guerra, Cristóbal: 63.
Guerra de Secesión de Estados Unidos: 62.
Guerra Federal: 130.
Guillotin, [José Ignacio]: 42.
Guinea: 69, 77.
Guipúzcoa (Prov. de España): 23, 191.
Gulf Oil Corporation: 251, 255, 256, 259.
Gumilla, José: 23.
Guzmán [Blanco, Antonio]: 113, 131.
Hacienda "Blandín": 22, 24.
Hacienda "La Floresta": 22, 24.
Hacienda "Los Aguacates" (de Fernando Peñalver): 25.
Hamburgo: 130.
Hamlet: 349.
Haro, Cristóbal de: 126.
El Hatillo: 83.
Hawkins, [John]: 39, 65, 350.
Haydn, Joseph: 19, 22.
Henrique (Príncipe de Baviera): 42.
Henríquez Ureña, Pedro: 41.
Hércules: 330, 337.
Hermanas de San José de Tarbes: 228.
Hernández, Alejandro: 81, 145.
Hernández, [José Gregorio] 285.
Hernández, Miguel: 351.
Herodoto: 61.
Herring, Carlos: 238.
Hesíodo: 183.
Heslín, Bernardo: 323.
Hidalgo, [Miguel]: 153, 296, 309, 310.
Hilea (amazónica): 287.
Hispanoamérica. Véase: América Hispánica.
Historia de Arévalo de Juan José de Montalvo: 353.

Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela de José de Oviedo y Baños: 363.
Historia del tabaco: 133.
Historia General y Natural de las Indias de G. Fernández de Oviedo: 39, 136.
Historia Natural y Moral de las Indias de José de Acosta: 86.
Hogar Americano: 26.
Holanda: 42, 83, 190, 342.
Holliwood: 217, 298.
Hospital de San Lázaro: 115.
Hospital de Santa Ana: 115.
Hostos, Eugenio María de: 185.
Hotel Waldorf Astoria: 138.
Hoyo Caliente (Trujillo): 102.
Hugo, Víctor: 309.
Humboldt, [Alejandro de]: 66.
Hungría: 248.
Hurtado de Mendoza, Cristóbal: 331.
Huirtado de Mendoza, Luis Bernardo: 345.
Huston, Luther A.: 253.
Hutten, Felipe de: 320.
Ibáñez del Campo, Carlos: 281.
Icaque: 60.
Iglesia de Santa María la Mayor (Toledo): 333, 352.
Iglesia de San Andrés (Arévalo, España): 354.
Ile de France: 69.
El Imperio del banano de Ch. D. Kneper y J. H. Soothill: 35–36.
India: 61.
Indias: 30, 35, 40, 67, 70, 125, 309, 318, 320, 326, 335, 341, 342, 344, 354, 357.
Industria Ferro (Pinar del Río): 85.
Industrias Pampero: 3.
Inglaterra: 35, 40, 41, 50, 56, 61, 70, 71, 117, 225, 233, 237, 238, 239, 350.
Inquisición: 128.
Instituto Libre de Cultura Popular: 205.
Instituto Oswaldo Cruz (Brasil): 289.
International Petroleum Cartel: 255.
Irán: 120.
Irisarri, [Antonio José]: 309.
Iron Mines: 240.
Isaacura, Julián: 100.
Isabel de Castilla (La Católica): 324, 336, 340.
Isabel I (de Inglaterra): 40.
Isabel II: 95.
Isla de los Gigantes: 112.
Islas Británicas: 240.
Italia: 61, 82, 121, 142, 248, 322, 327.
Itamaratí: 291.
Iturbe, [Juan]: 285.
Jeffray, Ricardo: 238.
Jajó: 319.
Japón: 56, 93.
Jefferson, Thomas: 188.
Jehová: 71.
Jeremías: 348.
Jesucristo: 10, 57, 71, 183, 267, 276, 318, 331, 333, 338, 342.
Jiménez de Quesada, Gonzalo: 41.
Jovellanos, [Gaspar Melchor de]: 315.
Juan el Teólogo: 354.
Juan II: 336, 355.
Juana (La Loca): 324.
Juárez, [Benito]: 153.
Judas: 122.
Julio César: 264.
Jesú El Fehú: 332.
Kant, Manuel: 350.

Kentucky: 84, 121.
Kenya: 294, 295.
Key Ayala, Santiago: 25.
Kneper, Ch. D.: 36.
La Logia (riachuelo de): 55.
La Torre, [Gral.]. Véase: Torre y Pando, Miguel de la.
Labastida, Ricardo: 322.
Lago de Maracaibo: 30, 59, 100.
Lagunillas (Mérida): 129.
Lander, Tomás: 25.
Lara (Edo.): 66, 83.
Lara, Jacinto: 243.
Larramendi, ? [Jesuita]: 99.
Latinoamérica: 277, 278, 284, 290, 301.
Lauro, Antonio (s. XVIII): 24.
Lázaro: 183.
Ledesma, Alonso Andrea de: 71, 73, 108, 109, 137, 156, 178, 191, 210, 229, 231, 309, 346.
Legación de Estados Unidos en Venezuela: 152.
Leiva, Ramón David: 257.
Léntulo Baciato: 262, 264.
León, Juan Francisco de: 5, 137, 143, 156, 190, 191, 229, 231.
Leyendas históricas de Arístides Rojas: 61.
Libro raro de Gonzalo Picón Febres: 129.
Life: 210.
Lima: 158, 160, 161.
Limonta, José de: 115, 128.
Linares Alcántara, Francisco: 234.
Lincoln, [Abraham]: 70, 121, 178, 188, 264.
Linneo: 31, 127.
Liscano, Juan: 85.
Llorens Torres, Luis: 185, 186.
Londres: 25, 33, 40, 97, 209, 237, 258, 291, 293.
Long Island: 165, 348.
López de Gómara, [Francisco]: 48, 49.
López de León, Pedro: 126.
López Méndez, Luis: 108, 157, 237, 294, 317.
"Los fundadores de Trujillo" de M.B.I.: 363.
Losada, Diego de: 156, 318.
Louisiana: 294.
Lucrecio: 183.
Luis IX: 314.
Luis XV: 41.
Luis XVI: 41, 42.
Macarao: 62.
Machado, Gabriel: 62.
Machado, Juan: 62.
Madrid: 30, 41, 209, 302, 303, 358, 361.
Madrigal de las Altas Torres: 340, 354.
Mahoma: 71.
Maipú: 104.
Maiquetía: 67, 212.
Malagón (España): 327.
Malaparte, [Curzio]: 109.
Maldonado, Juan: 156.
Maldonado, Samuel Darío: 37.
Mamo: 113.
Manamo (caño): 238.
Manaure (cacique): 112.
Maneiro, [Manuel Plácido]: 157.
Mangano, Silvana: 121.
Manger, Peter: 218, 219.
Manizales (Colombia): 18.
Mar de las Tinieblas: 287, 327.
Maracaibo: 23, 48, 49, 65, 89, 102, 104, 115, 143, 252, 257, 313, 314, 322, 348, 363.
Maracapana: 53.
Maracay: 101.
Marco Polo: 326.
Margarita (isla de): 59, 63, 157, 191.
María (Virgen): 183.

María de Inglaterra: 327.
Marín de Narváez, Francisco: 337.
Marín de Narváez, Josefa: 337.
Marín Granizo, Andrés: 337.
Márquez Cañizález, Augusto: 47.
Marta: 183.
Martí, José: 153, **169–172**, 185, 193, 214.
Martí, [Mariano]: 22, 115.
Martínez de Montalvo, Hernán: 332, 333.
Martínez de Ampíes, [Juan]: 112, 156.
Martínez Sierra, [Gregorio]: 83.
Martinica: 23.
Mata, Andrés: 33.
Mauregato: 332.
Mauriac, François: 359.
Maxudian, Yevant: 252.
Maxudian Oil Company: 252.
Maya, [Manuel Vicente]: 157.
Medellín: 84.
Médici, María de: 127.
Medina, Harold: 254.
Medina Angarita, Isaías: 116, 243, 245.
Medina del Campo: 328, 330.
Medina Sidonia (Duques de): 326.
Medio Oriente: 49, 278.
Mediterráneo (mar): 48, 337.
Meireles, Cecilia: 289.
Memoria de los abonos, cultivo y beneficios que necesitan los diversos valles de la provincia de Caracas para la plantación del café: 25.
Mena, ?: 162.
Méndez, Conny: 11, 13.
Méndez, Ramón Ignacio: 157.
Mendoza, Andrés de: 331.
Mendoza, Cristóbal: 229, 296, 317, 329, 344, 345.
Mene Grande Oil Company: 255, 256.
Mensaje sin destino de M.B.I.: 149, 204, 217.
El Mentidero: 339.
Mercurio: 43.
Mérida: 49, 55, 65, 66, 67, 102.
La Mesa (cerro de): 247.
Mesa de Esnujaque: 101.
Mesas de Moromuy (Barinas): 130.
Mexía de Narváez, Juan: 337.
Mexía de Vilches, Lucas: 337.
México: 69, 115, 128, 170, 209, 211, 278, 310.
Michelena, Santos: 25, 229, 231, 285.
Mijagual: 157.
Minerva: 183.
Miranda, Carmen: 289.
Miranda (Edo.): 107, 108.
Miranda, Francisco de: 27, 103, 157, 162, 163, 198, 229, 231, 296, 309.
Misiones del Caroní: 55, 227.
Mississipi (río): 121.
Mistral, Gabriela: 152.
Moctezuma: 60.
Mohedano (Pbro.). Véase: [García] Mohedano, [José Antonio].
Molina, Tirso de: 41.
Mompó, Fernando de: 160, 161.
Monagas, [Hnos.]: 113.
Monagas, José Gregorio: 129.
Monasterio, Pedro: 145.
Monay: 101.
Monroe, [James]: 278.
Montalvo, Juan José de: 353, 363.
Montesinos, Antón de: 324.
Monteverde, Domingo: 318.
Montilla, Mariano: 329.
Montilla Altube, Antonio: 345.

Montilla-Briceño, Gertrudis Eulalia: 345.
Moporo: 100.
Las Moradas de Santa Teresa de Jesús: 48.
Morales Marcano, José María: 347.
Morazán, [Francisco]: 153.
Morelos, José María: 185, 225, 309, 310.
Morgan, [Henry]: 350.
Morillo, [Pablo]: 318.
Moscú: 209.
Mossadegh, [Mohamed]: 120, 281.
Motagua (río): 36.
Moxó, [Salvador de]: 318.
Mozart, Wolfgang Amadeus: 19, 22.
Mucuchíes: 41, 67.
Mucurubá: 67.
El Nacional: 26.
Navidad: 92.
Negro Miguel: 109, 137.
New Goldffield: 244, 245.
New Jersey: 251.
Nicaragua: 50, 141.
Nicot, Juan: 127.
Niño, Alonso: 63.
Nirgua: 23.
Noráfrica: 49.
Norteamérica: 51, 65, 69, 152, 240, 318, 350.
Noulan, Thomas: 238.
Nuestra Señora de Candelaria (navío): 29, 30, 31.
Nuestra Señora de la Paz de Trujillo: 59, 60.
Nuestra Señora de las Angustias: 335, 336, 340, 342.
Nueva Andalucía: 129.
Nueva Dublín: 238, 240.
Nueva Erin: **237-241.**
Nueva Granada: 55, 122.
Nueva Inglaterra: 178, 240.
Nueva Orleans: 85, 350.
Nueva Providencia: 243.
Nueva Segovia de Barquisimeto: 54, 321, 323.
Nueva Trujillo: 322, 323.
Nueva Valencia: 323.
Nueva York: 43, 51, 68, 77, 78, 83, 85, 102, 166, 169, 209, 214, 215, 217, 233, 255, 263, 264, 284.
Nueva Zamora de Maracaibo: 55, 59.
Nuevo Mundo: 10, 39, 50, 65, 72, 111, 128, 135, 153, 163, 198, 240, 289, 309, 310, 318, 331.
Nuevo Reino de Granada: 53, 54.
Nuevo Testamento: 203.
Nysanland: 295.
O'Higgins, [Bernardo]: 153, 225, 309.
O'Leary, [Daniel Florencio]: 237.
Ocampo, [Gonzalo de]: 112.
Ocumare del Tuy: 75.
Offendburg (Alemania): 40.
Olavarría, Domingo Antonio: 62.
Olavarriaga, Pedro José: 31, 49, 66, 102, 189.
Olavide, Pablo de: 162.
Olivares, Juan Bautista: 24.
Olivares, Juan Manuel: 23, 24.
Omeguas (indios): 321.
Onésimo: 318.
Orden de San Agustín: 338.
Orden de San Francisco: 323.
Orden de San Jerónimo: 111.
Orden de Santo Domingo: 323.
Orden de los Caballeros Templarios: 336.
Orden de los Carmelitas Descalzos: 40.
Orea, Telésforo: 278.
Orinoco (río): 56, 121, 128, 191, 207, 237, 238.

El Orinoco Ilustrado de José Gumilla: 23.
Orituco: 129.
Oropeza, Pastor: 275, 285.
Orrendaín, Pablo: 96.
Ospina Pérez, [Mariano]: 84.
La Otra Banda (Mérida): 66.
La Otra Banda (Trujillo): 102.
Otumbas (indios): 321.
Oviedo y Baños, José de: 363.
Osford-López, Eduardo: 228, 245.
Pacheco, Alonso: 156, 318, 344.
Pacheco Briceño, ?: 157.
Pacífico (Océano): 40.
Pacuvio: 313.
Páez, [José Antonio]: 83, 113, 293, 317.
Pagola, ?: 157.
Palacio Fajardo, Manuel: 157, 294, 309.
Palacios, Juan José: 53.
Palacios, María de la Concepción: 337.
[Palacios y] Sojo, [Pedro Ramón]: 22.
Palos de Moguer: 357.
Palúa (Edo. Bolívar): 240, 241.
Pampán: 101, 102.
Panamá: 56, 122, 153, 159, 322.
Panaquire: 190.
Pandora: 257.
Panorama (Diario-Maracaibo): 322, 363.
El Pao: 249.
El Pao (cerro de). 240.
Paragua (selvas de la): 23.
Paraguay: 284.
Páramo de Misisí: 101.
Paraná (río): 288.
Paredes, Eloy: 108.
Paredes Urdaneta, Rafael: 125.
Parent Teacher Association (Plumcroft, Inglaterra): 219.
Parilli, Luis: 67.
París: 23, 57, 69, 209, 293.
Parmentier, Antonio Agustín: 41, 42.
Parque de Los Caobos (Caracas): 93.
Parra [León], Caracciolo: 203.
Párraga [Alcalde de Maracaibo]: 65.
Partido Demócrata [norteamericano]: 255.
Pasaje (puerto de Guipúzcoa): 23.
Patagonia: 284.
Paterson & Sons: 17.
Paúl, Felipe Fermín: 157.
Paulo III: 325.
Paz Estensoro, [Víctor]: 282, 283.
Pearson, Drew: 138, 139.
Pedro II (de Portugal): 291.
Pemones (indios): 227.
Peña Chavarría, Toño: 19.
Peñalver, Fernando: 25, 157, 231, 309, 317.
Península Ibérica: 290, 320, 342, 344.
El Pentágono (EE.UU.): 187, 198.
Penzini Hernández, Juan: 132, 133.
Perera, Ambrosio: 322.
Pérez de Tolosa, Juan: 60, 325.
Pérez-Prado, [Dámaso]: 223.
Perón, [Juan Domingo]: 282, 283.
Perú: 47, 60, 69, 114, 115, 128, 159.
El Perú (Edo. Bolívar): 244, 245.
Petrarca, [Francisco]: 307.
Petróleo, cuadro de Elisa Elvira Zuloaga: 251.
Petroleum Cartel: 258.
Piar, [Manuel]: 55, 206.
Piaroas (indios): 114.

Picón, Juan de Dios: 108, 229, 231, 347.
Picón Febres, Gonzalo: 129.
Picón Lares, Roberto: 320, 363.
Pie de Sabana (Edo. Trujillo): 87.
Pilgrims Fathers: 178, 314, 319.
Pimentel, [Juan de]: 48, 59.
Pinar del Río (Cuba): 85.
Pineda León, Pedro: 17.
Plan Marshall: 219.
Plutarco: 262, 264, 357.
Pocó: 100.
Polo Norte: 42.
Pompeyo: 264.
Ponte, María Petronila: 337.
Ponte de Andrade, Pedro: 337.
Porres, Urraca de: 332, 336.
Porres Toledo [y Vosmediana, Pedro de]: 113.
Portales y Meneses, [Diego]: 66.
Portugal: 127.
Portuguesa: 83.
Post (semanario, Inglaterra): 218.
Potosí: 160.
Praga: 209.
Prática y teoría de las apostemas de P. López de León: 126.
Premio Nobel: 265.
Preston, Amyas: 71, 191, 346, 350.
Príncipe de Eboli: 327.
"Pro Missionibus" de M.B.I.: 227.
Próceres trujillanos de Vicente Dávila: 322, 363.
Provincia de Caracas: 25.
Provincia de Guayana: 129.
Provincia de Maracaibo: 129.
Provincia de Mérida: 42, 157.
Provincia de Soconusco: 30.
Provincia de Trujillo: 42.
Provincia de Venezuela: 84, 102, 320.
Puerto Cabello: 23, 44, 113, 191.
Puerto Ordaz: 240, 241.
Puerto Rico: 170, 185.
Purús (río): 288.
Quevedo, Numa: 99, 104.
Quibor: 66, 142.
Quijano, Alonso: 153.
Quijote: 72.
Quince Días (revista): 210.
Quintero, Angel: 25.
Quintero, José Humberto: 65.
Quintero Príncipe, Gertrudis: 339.
Quito: 60.
Rahn Cosimi, Reinhard: 257.
Raleigh, Walter: 40, 207, **237–241**, 350.
Ramírez, José María: 157.
Ramos, Arthur: 135, 289.
Rangel, Rafael: 102, 285.
Razetti, [Luis]: 285.
Renán, Ernesto: 181.
República Dominicana: 141, 170.
La Revista Ilustrada de Nueva York de Nicanor Bolet-Peraza: 215.
Revista Nacional de Cultura (Caracas): 211.
Revolución Comunera: 160.
Revolución Francesa: 42.
Reyes, Alfonso: 310.
Rhodesia: 295.
Rincón de los Toros: 87.
Río de Janeiro: 209, 277, 287, 289, 290.
Río Grande: 284, 350.
Ripalda, [Jerónimo]: 43.
Ripert, ? (Profesor): 258.
Rísquez, [Francisco Antonio]: 285.
Rivadavia, [Bernardino]: 309.
Rivas, José Félix: 27.
Rockefeller, [Nelson]: 143, 254.
Rockefeller (Los): 188.
Rodó, José Enrique: 152.

Rodrigo (rey de España): 331.
Rodríguez, Elías: 285.
Rodríguez, Simón: 309.
Rodríguez del Toro, Francisco: 157.
Rodríguez Domínguez, Juan Antonio: 157.
Rodríguez Suárez, Juan: 156, 318.
Rojas, Arístides: 21, 61, 66, 99, 189.
Rojas, José María de [El Marqués]: 61.
Rojas, José María [padre]: 61.
Roma: 166, 198, 209, 261, 262, 263, 309.
Romero Sánchez, Manuel Octavio: 132, 133.
Ronquillo Briceño, Rodrigo: 328, 329, 330.
Ronsard, [Pierre de]: 127.
Roosevelt, [Franklin Delano]: 264.
Roraima: 227.
Las Rosas, (páramo de, Edo. Trujillo: 101.
Roscio, [Juan Germán]: 157, 231, 309.
Rosenblat, Angel: 99, 101.
Royal Dutch-Shell: 251, 255, 256, 259.
Rue Sainte Honoré (París): 162.
Ruiz, Francisco: 53, 322.
Ruiz Briceño, Andrés: 336.
Ruiz Vallejo, Diego: 53, 54, 60.
Rusia: 248.
Ruskin, John: 347.
Ruza, Miguel: 100.
Saavedra, Francisco de: 116.
Sabaneta de San Lázaro (Edo. Trujillo: 81, 103.
Salamanca: 330.
Salas, Julio César: 63.
Salazar, Carlos: 95.
Salias, Vicente: 24.
Samaniego, Luisa de: 326.
Samurray, Sam: 36.
San Agustín: 33, 338.
San Andrés: 333.
San Antonio [de los Altos]: 83.
San Diego: 87.
San Félix (Edo. Bolívar): 206, 240.
San Francisco (río): 288.
San Francisco de Asís: 338.
San Isidro Labrador: 48, 145.
San Jacinto: 102.
San José (Costa Rica): 19, 36, 152.
San José del Unare: 60.
San Juan: 336.
San Juan de la Cruz: 338.
San Juan (torres de): 352.
San Lázaro: 348.
San Lázaro (Edo. Trujillo): 81, 313, 314.
San Martín, José de: 104, 153, 185, 225, 284, 296, 309.
San Martín (torres de): 352.
San Miguel (torres de): 352.
San Pablo: 309, 318.
San Pedro: 331.
San Pedro Claver: 325.
San Rafael las Hortensias (Guatemala): 95.
San Salvador (isla de): 125.
San Segundo: 331.
San Vicente Mártir (fragata): 23.
Sánchez, Jesús Leopoldo: 59.
Sánchez, Joaquina: 27, 76.
Sánchez Gutiérrez, Reinaldo: 135, 243.
Sancho IV: 336.
Sancho Panza: 350, 353.
Sandino, [Augusto César]: 141, 294.

Sanín Cano, Baldomero: 152, 153.
Santa Alianza: 294.
Santa Cruz (Cardenal): 126.
Santa Cruz (Barrio de, Sevilla): 327.
Santa Elena de Uairén: 287.
Santa Fe de Bogotá: 31.
Santa María la Mayor: 354, 357.
Santa María la Mayor (Toledo, España): 331.
Santa Rosa de Santa María de Lima: 72.
Santa Teresa de Jesús: 39, 48, 72, 338.
Santamaría, [Juan ?]: 153.
Santana, Raúl: 21.
Santander, Francisco de Paula: 25, 309.
Santiago (Apóstol): 108, 342.
Santiago (Edo. Trujillo): 101.
Santiago de Chile: 209.
Santiago de León de Caracas. Véase: *Caracas.*
Santillana, Bartolomé de: 325.
Santo Domingo (Isla de): 34, 39, 49, 53, 55, 101, 284.
Santo Domingo de Silos: 352.
Sanz, Miguel José: 296.
Sanz de Gaviria, Andrés: 61.
Sanz de Graterol, María: 337.
Sao Paulo (Brasil): 289.
Sata y Bussy, José de: 157.
Sears: 143.
Segovia (España): 320, 329, 330.
Las Segovias (Nicaragua): 141.
Segunda Guerra Mundial: 127, 137.
Selecciones [del Reader's Digest]: 73, 210, 213.
Séneca: 313.
Sepúlveda, Ginés de: 112.
Sequera, Carlos: 141.
Serafín de Umbría: 338.
Sevilla: 30, 39, 126, 326, 330, 342, 357.
Sforza, Ludovico: 88.
Shakespeare, [William]: 152, 257.
Shaw, George Bernard: 257.
Siam: 121.
Sifontes, [guayanés]: 153.
Signos (revista): 210.
Simón, Pedro: 60, 67.
Sociedad Económica de Amigos del País: 25.
Sociedad Patriótica: 27, 157.
Socony Vacuum Oil Company: 251.
Sojo, [Pbro.]. Véase: [Palacios y] Sojo [Pedro Ramón].
Soothill, J. H.: 36.
Soriano, Luis: 151.
Sotillo, Pedro: 60.
Spark, John J.; 253.
Sparkman, John: 255, 258.
Spinden, ?: 49.
Spira, Jorge: 320.
Stalin, José: 125.
Standard Oil Company: 251, 254, 255, 256.
Sucre, [Antonio José de]: 103, 296, 309, 347.
Sucre, Luis Alberto: 322.
Sudáfrica: 295.
Sudamérica: 65, 84, 288.
Sudán: 295.
Suecia: 219.
Swaziland: 295.
Tabacalera Venezolana: 132.
Tacarigua (Laguna de): 321.
Táchira: 40, 42, 67, 136.
Tacubaya: 153.
Tales of Manhattan (filme norteamericano): 123.
Támesis: 237.
Tanganyika: 295.
Tapatapa: 96, 129.

Tapices de historia patria de M.B.I.: 203.
Tapire: 129.
Tegucigalpa: 36, 95.
Tejera, Enrique: 285.
Tejera, José Domingo: 322, 363.
Tellería, José María: 25.
Temas (revista): 210.
La Tempestad de W. Shakespeare: 152.
Los Teques: 75.
Teta de Niquitao: 122.
Texas Company: 251.
The New York Times: 253, 277, 278, 279, 282, 290, 294.
Thevet, Andrés: 127.
Tibet: 42.
Tierra Firme: 53, 112, 191, 324, 338.
Tierra Firme de Julio César Salas: 63.
Tierra Firme (revista): 210.
Tierra Morada (Edo. Trujillo): 88.
Timoto-cuicas (indios): 41, 49.
Tío Sam: 139, 283, 284.
Tirteo: 183, 349.
Tocantins (río): 288.
El Tocuyo: 53, 59, 60, 66, 96, 102, 112, 119, 122, 142, 321, 323, 338.
Toledo: 50, 327, 332.
Tordesillas: 328.
Torna Buona: 126.
Toro, ? (patriota de Valencia): 157.
Toro, Fermín: 25, 26, 108, 109, 212, 229, 231, 347.
Toro, Francisca Isabel de: 339, 345.
Torre y Pando, Miguel de la: 206, 318.
Torres, Camilo: 309.
Torres de Navarra, ? (Obispo): 22.
Tovar, Manuel Felipe: 25.
Tovar Ponte, Martín: 27.
Tracia: 264.
"La Transformación" de Conny Méndez: 11, 13.
Tratado Michelena-Pombo: 239.
Tres Ríos (Costa Rica): 18.
Tribunal de Cuentas de Caracas: 128.
Trinidad (isla de): 225, 240.
La Trinidad (Caracas): 96.
Trujillo: 44, 45, 49, 55, 61, 67, 75, 77, 81, 83, 84, 87, 88, 89, 96, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 157, 313, 314, 322, 331, 337, 338, 339, 345, 348, 351, 363.
Truman, [Harry S.]: 132, 216, 253.
Tucacas: 191.
Tunja: 54, 56, 122.
Tupi-guaraní (indios): 135.
Turquía: 69.
Ubico, [Jorge]: 95.
Uganda: 295.
Ugarte, Manuel: **151-153.**
Ugarte Pelayo, Alirio: 182.
Ugueto, Luis: 151.
Ulate, Otilio: 152.
Ulloa (poeta) [Francisco Antonio ?]: 346.
Unda, [José Vicente]: 157.
Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza: 273.
United Fruit Company: 35, 36, 38, 95, 132, 283.
United States Steel Company: 240.
Universidad de Caracas: 156.
Universidad de Santa Rosa. Véase: Universidad de Caracas.
Universidad de Salamanca: 126.
Unzaga y Amézaga, Luis de: 23.
Upata: 129, 247.

Urbano VIII: 126.
Urdaneta Gabaldón, José Manuel: 111.
Urdaneta, [Rafael]: 317.
Uslar Pietri, Arturo: 205, 207.
Vaccaro, Brothers: 35.
Valencia (España): 234, 342.
Valencia (Venezuela): 62, 87, 157.
Valenciennes (Francia): 161.
Valera: 101, 313, 314, 348.
Valladolid: 352, 363.
Valle, [José Cecilio del]: 309.
Valle de las Damas (Edo. Trujillo): 321.
Valles de Aragua: 66, 129.
Valles de Caracas: 30.
Valois, Isabel de: 327.
Van Velser [Los]: 165.
Vargas, [Getulio]: 290.
Vargas, José [María]: 108, 229, 231, 285, 309, 347.
Varina: 262.
Vasconcelos, José: 152.
Vasconia: 310.
Vázquez, ? (Secretario de Felipe II): 327.
Vegas, Martín: 295.
Velásquez, Francisco: 23.
Velásquez, Juan: 339.
Velásquez, Ramón: 119.
Velazco Ibarra, [José María]: 281, 282.
Venezolana de Tabacos: 132.
Venezuela: 10, 11, 17, 19, 21, 23, 25, 26, 29, 31, 33, 36, 38, 44, 47, 49, 55, 56, 62, 63, 65, 68, 82, 84, 86, 87, 93, 96, 100, 101, 103, 112, 113, 114, 120, 129, 130, 131, 133, 136, 138, 143, 152, 156, 170, 181, 185, 190, 200, 204, 206, 207, 211, 212, 213, 215, 217, 224, 227, 229, 233, 234, 235, 236, 238, 239, 245, 248, 252, 253, 255, 256, 257, 259, 274, 278, 288, 293, 310, 311, 320, 322, 323, 326, 327, 329, 338, 341, 343, 344, 345, 348.
Venezuela heroica de Eduardo Blanco: 205.
Venezuelan Oil Concessions: 253, 257.
Verástegui, Pedro: 129.
Via Apia: 261.
Victoria (reina de Inglaterra): 239.
La Victoria (Edo. Aragua): 66, 96.
Viet-Nam: 274.
Vilches y Narváez, Juana de: 337.
Villagagnon, Durand de: 127.
Villalar (España): 329.
Villalobos, Marcelo: 156.
Villalpando: 191.
Villegas, Juan de: 53, 156, 318, 321.
Virgilio: 166, 183.
Virginia (EE. UU.): 40.
Virreinato de Santa Fe: 24.
Vision (revista): 73, 210.
Vives, Juan Luis: 267.
Vogt, William: 273, 274, 275.
Voltaire, [Françoís Marie Arouet de]: 315.
Vulcano: 341.
Walker, William: 36, 188.
Wall Street: 166, 187, 188, 299.
Walton, Guillermo: 238.
Washington, George: 175, 264.
Washington: 170, 209, 253, 255, 264, 278, 282, 283, 284, 291, 293.
Waterloo: 237.
Wells, [H. G.]: 258.
Whitman, Walt: **165-167**, 183, 188, 348.
Wilson, [Woodrow]: 264.

Yanez, Francisco Javier: 25.
Yaracuy: 189, 190.
Yepes Gil, Mariano: 75.
Yugoslavia: 248, 283.
Yuruari (sabanas del): 206.
Yuruari: 240, 243.
Zamurray, Sam: 188.
Zuloaga, Elisa Elvira: 251.
Zumeta, César: 203.

INDICE DE MATERIAS

ACULTURACION. Véase: **CULTURA – Aculturación, Transculturación.**

AFRICA. Véase: **HISTORIA – Continental – Africa.**

AGRICULTURA
- **Historia:** 96–8, 113.
- **Productos**
  - **Algodón: 59–63.**
  - **Añil: 95–8.**
  - **Arroz: 117–23.**
  - **Azúcar: 111–23.**
  - **Cacao: 24, 29–32.**
  - **Café: 17–20, 21–7.**
  - **Cambur: 33–8.**
  - **Maíz: 47–52.**
  - **Papa: 39–45.**
  - **Tabaco: 125–33.**
  - **Trigo: 48–50, 65–8.**
  - **Yuca:** 135–9.

ALGODON. Véase: **AGRICULTURA – Productos – Algodón.**

AMERICANIDAD: 308.

AMERICANISMO: 170. Véase también: **HISPANOAMERICANISMO.**

AÑIL. Véase: **AGRICULTURA – Productos – Añil.**

ARMAMENTISMO – Industria: 273–6.

ARROZ. Véase: **AGRICULTURA – Productos – Arroz.**

ARTESANIA. Véase: **ECONOMIA – Artesanía.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 36, 151, 244, 355.

AUTONOMISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Autonomismo.**

AVICULTURA. Véase: **ECONOMIA – Avícola.**

AZUCAR. Véase: AGRICULTURA – Productos – Azúcar.

BELLISMO: 33–4. Véase también: INDICE ONOMASTICO.

BOLIVARIANISMO: 104–5. Véase también: INDICE ONOMASTICO.

BRASIL. Véase: **CULTURA – NACIONAL – Brasil.**

CACAO. Véase: **AGRICULTURA – Productos – Cacao.**

CAFE. Véase: **AGRICULTURA – Productos – Café.**

CAMBUR. Véase: **AGRICULTURA – Productos – Cambur.**

CATOLICISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Catolicismo.**

CENSURA. Véanse: – **PERIODISMO – Libertad de expresión.**
– **RELIGION – Doctrinas – Católica – Censura.**

CHILE. Véase: **HISTORIA – Nacional – Chile.**

CINE: 297–9.

COLOMBIA. Véase: **ECONOMIA – Nacional – Colombia.**

COLONIA. Véanse: – **CULTURA – Períodos – Colonial.**
– **ECONOMIA – Períodos – Colonial.**
– **HISTORIA – Períodos – Colonial.**

COLONIALISMO CULTURAL. Véase: **CULTURA – Imperialismo, Antimperialismo.**

COMERCIO. Véase: **ECONOMIA – Comercio.**

CONCESIONES ECONOMICAS. Véase: **ECONOMIA – Concesiones.**

CONQUISTA. Véase: **HISTORIA – Períodos – Conquista.**

CONSTITUCION NACIONAL: 151.

CONTROL DE NATALIDAD: 273-6.

CRISIS
- **Agrícola:** 9, **17-144.**
- **Cultural:** 73, **209-212.**
- **De nacionalidad:** 104-5.
- **Moral:** 166, 181, 199, 266-7, 275-6, 298.

CUBA. Véase: **HISTORIA - Nacional - Cuba.**

CULTURA
- **Aculturación, Transculturación:** 193-6, 207, 209-12, 213, 224-5, 226, 227, 230-1, 271, 285, 308, 325.
- **Clásica**
  - **Griega:** 155.
  - **Romana:** 261-2.
- **Folklore - Fiestas y tradiciones:** 21.
- **Gastronomía:** 48, 49, 50, 72, 77, 119-20, 136-8.
- **Historia [de la]:** 174.
- **Imperialismo, Antimperialismo:** 79, 153, **185-7, 209-12, 213-6, 218-21,** 267-8, 271, **283-5,** 298, 360.
- **Lengua:** 30, 37, 40-1, 50, 61, 69, 99, 111, 186, 269-71.
- **Mitología: 88-9,** 325.
- **Música:** 22-3, 24.
- **Nomenclatura: 21-2.**
- **Nacional**
  - **Brasil:** 287.
- **Períodos**
  - **Colonial:** 21, 75, 234-5, 324.
- **Popular**
  - **Utensilios:** 35, 50, 62.
- **Tendencias**
  - **Hispanismo: 308-61,** 356, 361.
  - **Leyenda Negra, Leyenda Dorada: 203-7.**
  - **Nacionalismo:** 72-3, 138, 182, 183, **186-8,** 191, 217, 228, 230, 233-6, 245-6, 259-60, 274, **277-9,** 281-5, **301-2,** 360.
  - **Regionalismo**
    - **Trujillanidad:**60
- **Valores:** 19, 195, 269-71.

ECONOMIA
- **Agrícola:** 9, 17-144, 174.
- **Artesanal:** 59.
- **Avícola:** 69, 73.
- **Comercio**
  - **Importación, Exportación:** 17, 18, 20, 26, 29-32, **43-5**, 49, **51-2**, 53, 55, 56-7, 62-3, 65-6, 67, 68, 78-9, 81, 82-8, 92-3, 99-104, 120-1.
  - **Pulpería: 99-105.**
- **Concesiones:** 240, **243-6**, 248-9, 251-4, 255-7.
- **Doméstica (Granjería):** 114-5, 117.
- **Imperialismo económico: 34-6**, 38, **44-5**, 81, 132, 141, 143, 175, 238-41, 248-9, 253, 259-60, 274, 277-9, 281.
- **Industrial:** 19, 51, 174, 237-41, **243-6**, 247-9, 251-4, 255-60.
- **Instituciones Económicas:** 31, 189.
- **Nacional**
  - **Colombia:** 92-3.
  - **Francia:** 41.
  - **Inglaterra:** 40.
- **Pecuaria:** 57.
- **Períodos**
  - **Colonial:** 20, 53-5, 115, 128-30, 234.
  - **Independentista:** 55.
  - **Pre-colombino: 48.**
- **Política económica:** 29, 38, 44, 253.
- **Proyectos:** 189.

EDUCACION
- **Instituciones:** 151.
- **Legislación:** 228, 229.
- **Libertad de enseñanza:** 214.
- **Movimiento estudiantil:** 151.
- **Niveles**
  - **Primaria:** 228.
- **Política Educativa:** 299.
- **Propósitos:** 228.
- **Rural:** 228.

ESPAÑA. Véase: **HISTORIA – Nacional – España.**

ESTADOS UNIDOS. Véanse: **– HISTORIA – Nacional – Estados Unidos.**
– POLITICA – Nacional – Estados Unidos.

ETNOLOGIA – Esclavitud: 40, 113, 324. Véase también: **SOCIOLOGIA – Esclavitud.**

EVANGELIZACION. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Católica – Misiones – Protestante – Misiones.**

EXPORTACION. Véase: **ECONOMIA – Comercio – Importación, Exportación.**

FIESTAS Y TRADICIONES. Véase: **CULTURA – Folklore – Fiestas y tradiciones.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**
  - **Guerra:** 265.
  - **Justicia:** 265.
  - **Libertad:** 220–1.
  - **Paz:** 265.
  - **Tolerancia:** 26.

FUERZAS ARMADAS – Intendencia: 55.

FRANCIA. Véanse: **– ECONOMIA – Nacional – Francia.**
– HISTORIA – Nacional – Francia.

GANADERIA. Véase: **ECONOMIA – Pecuaria.**

GASTRONOMIA. Véase: **CULTURA – Gastronomía.**

GENEALOGIA: 320–331, 344–5.

GRANJERIA. Véase: **ECONOMIA – Doméstica.**

GUATEMALA. Véase: **HISTORIA – Nacional – Guatemala.**

HISPANOAMERICANISMO: 152–3, **277–9, 281–5, 290–1, 301–2,** 307.

HISTORIA
- **Conciencia histórica:** 166–7.
- **Continental – Africa:** 294–5.
- **Instituciones:** 323.
- **Nacional**

- **Chile:** 281.
- **Cuba:** 170-1.
- **España:** 327-8, 332-3, 334.
- **Estados Unidos:** 188.
- **Francia:** 41.
- **Guatemala:** 36, 283.
- **Inglaterra:** 225.
- **Italia:** 261.
- **Nicaragua:** 294.
- **Paraguay:** 159-61.
- **Puerto Rico:** 185.

- **Pensamiento historiográfico: 178,** 195, 204-7, 224, 246, 319, 356, 359.
- **Períodos**
  - **Colonial: 21-7,** 60, 316-7, 324, 344-5.
  - **Conquista:** 112-3, 314, 320, 321, 328-9.
  - **Independentista:** 156-8, 200, 237, 293-4, 317.
  - **Pre-independentista:** 159.
  - **Republicano:** 151, 238, 316.
- **Revoluciones y guerras: 189-92.**
- **Tendencias**
  - **Revisionismo histórico: 203-7.**

IMPERIALISMO. Véanse: - **CULTURA - Imperialismo, antimperialismo.**
- **ECONOMIA - Imperialismo, antimperialismo.**
- **POLITICA - Doctrinas - Imperialismo, antimperialismo.**

IMPORTACION. Véase: **COMERCIO - Importación, exportación.**

INDEPENDENCIA. Véanse: - **ECONOMIA - Períodos - Independentista.**
- **HISTORIA - Períodos - Independentista.**

INDIGENISMO: 324.

INDUSTRIA TEXTIL: 63.

INGLATERRA. Véanse: - **ECONOMIA - Nacional - Inglaterra**
- **HISTORIA - Nacional - Inglaterra.**

INSTITUCIONES
- Económicas. Véase: **ECONOMIA - Instituciones.**
- Educativas. Véase: **EDUCACION- Instituciones.**

- Históricas. Véase: **HISTORIA - Instituciones.**
- Políticas. Véase: **POLITICA - Instituciones.**
- Religiosas. Véase: **RELIGION - Doctrinas - Católica - Instituciones.**

ITALIA. Véase: **HISTORIA - Nacional - Italia.**

LEGISLACION. Véase: **EDUCACION - Legislación.**

LENGUA. Véase: **CULTURA - Lengua.**

LEYENDA DORADA. Véase: **CULTURA - Tendencias - Leyenda Negra, Leyenda Dorada.**

LEYENDA NEGRA. Véase: **CULTURA - Tendencias - Leyenda Negra, Leyenda Dorada.**

LIBERALISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, Ideologías y Sistemas - Liberalismo.**

LIBERTAD
- De enseñanza. Véase: **EDUCACION - Libertad de Enseñanza.**
- De expresión. Véase: **PERIODISMO - Libertad de expresión.**

LIMITES. Véase: **POLITICA - Tratados - Límites.**

LITERATURA: 152, 165, 183, 214-5, 220, 263-4.

MAIZ. Véase: **AGRICULTURA - Productos - Maíz.**

MEDICINA: 285.

MESTIZAJE. Véase: **SOCIOLOGIA - Mestizaje.**

MINERIA. Véase: **ECONOMIA - Minera.**

MISIONES. Véanse: - **RELIGION - Doctrinas - Católica - Misiones - Protestante - Misiones.**

MITOS. Véase: **CULTURA - Mitología.**

MUSICA. Véase: **CULTURA - Música.**

NACION - Concepto: 182, 206, 229-30, 348.

NACIONALIDAD: 9, 19, 33, 56, 104-5, 108-9, 155, 156, 166-7, 177-9, 181-3, 185, **193-5, 197-201,** 204-5, 211, 214, 226, 227, 230, 299, 301, 348-9. Véase también: **CRISIS - De Nacionalidad.**

NACIONALISMO. Véanse: **-CULTURA - Tendencias - Nacionalismo.**
-POLITICA - Doctrinas, ideologías y Sistemas - Nacionalismo.

NICARAGUA. Véase: **HISTORIA - Nacional - Nicaragua.**

OPORTUNISMO POLITICO. Véase: **POLITICA - Tendencias - Camaleonismo, Casaleonismo.**

PANAMERICANISMO: 278. Véase además: **HISPANOAMERICANISMO.**

PAPA. Véase: **AGRICULTURA - Productos - Papa.**

PARAGUAY. Véase: **HISTORIA - Nacional - Paraguay.**

PATRIA - Concepto: 155, 182, **197-201,** 203, 228-9, 316, **345-7.** Véase también: **PUEBLO - Concepto.**

PATRIOTISMO: 182, 313, 315.

PENSAMIENTO
- Historiográfico. Véase: **HISTORIA - Pensamiento Historiográfico.**
- Sociológico. Véase: **SOCIOLOGIA - Pensamiento Sociológico.**

PERIODISMO
- **Libertad de Expresión:** 220.
- **Publicaciones periódicas:** 209-12

POLITICA
- **Doctrinas, ideologías y sistemas**
  - **Imperialismo, antimperialismo:** 36, 141, 182-4, 295.
  - **Nacionalismo:** 141, 224-6, 290-1.
  - **Liberalismo:** 294.
- **Instituciones:** 160, 325-6, 334.
- **Nacional**
  - **Estados Unidos:** 278.
- **Tendencias**
  - **Autonomismo:** 225-6, 310.

- **Casaleonismo, Camaleonismo:** 37.
- **Tratados - Límites:** 237-9.

POLITICAS. Véanse: - **ECONOMIA - Política Económica.**
- **EDUCACION - Política Educativa.**
- **RELIGION - Política Religiosa.**

PROPIEDAD TERRITORIAL: 243-4.

PROYECTOS ECONOMICOS. Véase: **ECONOMIA - Proyectos.**

PUBLICACIONES PERIODICAS. Véase: **PERIODISMO - Publicaciones Periodicas.**

PUEBLO - Concepto: 177-8, 181, 223, 308. Véase también: **PATRIA - Concepto.**

PUERTO RICO. Véase: **HISTORIA NACIONAL - Puerto Rico.**

PULPERIA. Véase: **ECONOMIA - Comercio - Pulpería.**

RACISMO. Véase: **SOCIOLOGIA - Racismo.**

RELIGION
- **Doctrinas**
  - **Católica**
    - **Censura:** 21.
    - **Historia:** 21-2.
    - **Instituciones:** 22, 323.
    - **Misiones:** 227, 323, 325.
  - **Protestante**
    - **Misiones:** 228.
- **Política Religiosa:** 22.

REPUBLICA. Véase: **HISTORIA - Períodos - Republicano.**

REVISIONISMO HISTORICO. Véase: **HISTORIA - Tendencias - Revisionismo Histórico.**

REVOLUCIONES Y GUERRAS. Véase: **HISTORIA - Revoluciones, Guerras y Conspiraciones.**

ROMA. Véase: **CULTURA - Clásica.**

SOBERANIA: 239.

SOCIOLOGIA
- **Esclavitud:** 261-2.
- **Mestizaje:** 356.
- **Pensamiento Sociológico:** 91-4.
- **Racismo:** 318, 354.

TABACO. Véase: **AGRICULTURA - Productos - Tabaco.**

TIRAS COMICAS: 214, **217-21.**

TRADICION, TRADICIONISMO, TRADICIONALISMO: 71, 142, 166, 173-6, 177-9, 181, 194, 196, **223-6.**

TRANSCULTURACION. Véase: **CULTURA - Aculturación, Transculturación.**

TRIGO. Véase: **AGRICULTURA - Productos - Trigo.**

TRUJILLANIDAD. Véase: **CULTURA - Tendencias - Regionalismo - Trujillanidad.**

UTENSILIOS. Véase: CULTURA - Popular - Utensilios.

VALORES CULTURALES. Véase: **CULTURA - Valores.**

VENEZOLANIDAD: 23, 156, **173-6,** 181, 241, 246, 309, 310, 322, 348, 349.

XENOFOBIA: 279.

YUCA. Véase: **AGRICULTURA - Productos - Yuca.**

Impresión realizada para el Congreso de la República
en los Talleres Gráficos de AVILA ARTE, S.A.,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela
en el mes de octubre de 1990

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988